LOS TRABAJOS DE HÉRCULES

Agatha Christie

NOTA PRELIMINAR DE LA AUTORA

El nombre de pila de Poirot me indujo irresistiblemente a escribir esta serie de historias cortas. Inicié el trabajo con gran entusiasmo, mas al poco tiempo perdí el ánimo ante el gran cúmulo de dificultades que no había previsto. Escribí sin titubear algunos de los episodios, tales como El león de Nemea y La hidra de Lerna. El toro de Creta, asimismo, salió de mi pluma con toda naturalidad; pero algunos de los «trabajos» eran un desafío a mi ingenio. El jabalí de Erimantea me tuvo en suspenso durante mucho tiempo, y lo mismo pasó con El cinturón de Hipólita. Y en cuanto a La captura del Cancerbero he de reconocer que me hizo perder todas las esperanzas. No podía imaginar ninguna acción apropiada a dicho título. Así es que durante seis meses no volví a ocuparme del asunto. Pero de pronto, subiendo un día las escaleras del «metro», se me ocurrió la idea. Pensé en ella con tanta excitación que subí y bajé las escaleras siete u ocho veces y por poco me atropella un autobús cuando, al fin, me dirigía a casa. El fregadero es el lugar más seguro y apropiado para planear mentalmente una historia. El trabajo meramente mecánico ayuda al fluir de las ideas y resulta delicioso encontrarse hechas las tareas domésticas sin acordarse de que una las hizo. Recomiendo de forma particular la rutina de los trabajos caseros a todas aquellas personas que pretendan crear una obra literaria. Ello no incluye el cocinar, pues en sí ya es una creación, mucho más divertida que escribir, mas, por desgracia, no tan bien pagada.

AGATHA CHRISTIE

INTRODUCCIÓN

El piso de Hércules Poirot estaba amueblado a la última moda. Los adornos de metal cromado, y los sillones, si bien tapizados confortablemente, eran de formas cuadradas y sólida apariencia.

En uno de ellos se hallaba sentado Poirot, pulcramente, sin pasar de la mitad del asiento. Frente al detective, en otra butaca, estaba el doctor Burton sorbiendo con deleite un vaso de «Château Mouton Rothschild» que le ofreció su anfitrión. La apariencia del doctor no era tan relamida como la de su amigo. Era regordete y desaliñado, con una cara rubicunda y bonachona que relucía bajo la enmarañada masa de blancos cabellos. Tenía una risa profunda y sibilante y había adquirido el hábito de esparcir la ceniza de sus cigarros tanto sobre él, como sobre todo lo que le rodeaba. Poirot perdía el tiempo rodeándole de ceniceros.

El doctor Burton preguntó:

—Dígame, ¿a qué santo viene eso de Hércules?

—¿Se refiere usted a mi nombre de pila?

—Mal puede llamarse de pila, ya que es absolutamente pagano —objetó el otro—. Pero ¿por qué? Eso es lo que quiero saber. ¿Algún capricho de su padre? ¿Algún antojo de su madre? ¿Razones de familia? Si mal no recuerdo, aunque mi memoria ya no es lo que era, tuvo usted un hermano que se llamaba Aquiles, ¿no es cierto?

Poirot repasó mentalmente los detalles de la carrera de Aquiles Poirot. ¿Ocurrió en realidad todo aquello?, se preguntó.

—Sólo por poco tiempo —replicó al fin.

El doctor Burton eludió con prudencia mencionar de nuevo a Aquiles Poirot.

—Los padres debieran tener más cuidado con los nombres que ponen a sus hijos —reflexionó—. Vea usted; tengo varias ahijadas y una de ellas se llama Blanca, aunque es más morena que una gitana. Luego está Deirdre; Deirdre de los Dolores, y ha resultado ser más alegre que unas castañuelas. Y por lo que se refiere a Paciencia, hubieran hecho mejor llamándola impaciente —el viejo profesor de lenguas clásicas se estremeció—; pesa ahora ciento sesenta y ocho libras, aunque no tiene más que quince años. Dicen que es gordura infantil; yo no lo creo. ¡Diana! Querían que se llamara Helena, pero hice valer mis derechos. No podía hacer menos conociendo el aspecto de sus padres... ¡y el de su abuela! Traté con todas mis fuerzas de que se llamara Marta o Dorcas, o algo que fuera razonable... pero no me sirvió de nada... perdí el tiempo... Los padres son gente muy caprichosa.

Empezó a reír por lo bajo mientras su cara se arrugaba. Poirot lo miró inquisitivamente.

—Me estoy imaginando la conversación que sostendrían su madre

de usted y la difunta señora Holmes, mientras cosían sus ropitas o hacían calceta: «Aquiles, Hércules, Sherlock, Mycroft...»

Poirot no parecía compartir el buen humor de su amigo.

—Por lo que veo, quiere usted decir que, físicamente, no soy ningún Hércules.

Los ojos del doctor Burton se fijaron en Poirot. Sobre su pulcra y diminuta persona, vestida con pantalones de etiqueta, correcta chaqueta negra y elegante corbata de pajarita. Recorrieron su figura desde los zapatos de charol hasta la cabeza en forma de huevo y el inmenso bigote que adornaba su labio superior.

—Con franqueza, Poirot: no se le parece usted en nada —dijo Burton—. Supongo que nunca habrá tenido tiempo para estudiar los clásicos —añadió.

—Así es.

—Pues es una lástima. Una verdadera lástima. Se ha perdido usted algo bueno. Si de mí dependiera, todo el mundo estaría obligado a estudiarlos.

Poirot se encogió de hombros.

—*Eh bien!* Pues yo he progresado sin tener necesidad de ellos.

—¡Progresar! ¡Progresar! No es cuestión de progresar. Ahí es donde todos se equivocan. Los clásicos no son el trampolín para alcanzar un éxito rápido, como los cursos por correspondencia. Las horas durante las cuales trabaja un hombre no son las que importan, sino sus horas de descanso. Ése es el error en que todos incurrimos. Póngase usted por ejemplo. Ha tenido muchos éxitos en el curso de su carrera y ahora quiere dejar sus ocupaciones y vivir tranquilamente... ¿Qué hará entonces con sus horas libres?

Poirot contestó sin vacilar:

—Me dedicaré... al cultivo de calabacines.

El doctor Burton se sorprendió.

—¿Calabacines? ¿Qué quiere decir? ¿Esas cosas verdes e hinchadas que saben a agua?

—¡Ah! —exclamó Poirot con entusiasmo—. Ése es el punto más interesante de la cuestión. Lo que hace falta es que no sepan a agua.

—Vamos. Ya comprendo... Espolvoreándolos con queso, con cebolla picada o con salsa blanca.

—No, no. Está usted en un error. Me figuro que puede mejorarse el actual sabor del calabacín. Se le puede dar —puso los ojos en blanco— un *bouquet...*

—Por favor, tenga en cuenta que no se trata de un clarete.

La palabra «bouquet» recordó al doctor Burton el vaso que tenía a su lado. Bebió un sordo y lo paladeó.

—Es muy bueno este vino; tiene calidad —hizo un gesto de aprobación con la cabeza—. Pero ese asunto de los calabacines... ¿no hablará usted en serio? No querrá decir... que está dispuesto a encorvarse... —con gesto de consternación sus manos descendieron

hasta su abultado estómago— a encorvarse para abonar esas cosas con estiércol; alimentarlas con guedejas de lana empapadas en agua y todo lo demás que suele hacerse.

—Al parecer, está usted muy enterado de cómo se cultivan los calabacines —argumentó Poirot.

—Durante mis estancias en el campo he visto cómo lo hacían los hortelanos. Pero, Poirot, ¡vaya ocupación! Compare eso —bajó la voz hasta un tono insinuante— con un buen sillón frente a una chimenea encendida, en una habitación alargada y baja de techo, atestada de libros... debe ser una habitación alargada, no cuadrada. Con muchos libros. Un vaso de oporto... y un libro abierto en la mano. El tiempo vuelve atrás cuando usted lee:

«De nuevo por su destreza,
el vinoso mar el piloto endereza
la rápida nave zarandeada por los vientos.»

Primero recitó las estrofas en griego, con voz sonora, y luego las tradujo.

—Desde luego al traducir, nunca puede uno llegar a compenetrarse con el verdadero espíritu del texto original —comentó.

Estaba tan entusiasmado que, de momento, se olvido de Poirot. Y éste, contemplando a su amigo, sintió una repentina duda... un remordimiento incómodo. ¿Habría perdido algo? Le invadió la tristeza. Sí; debió trabar conocimiento con los clásicos... tiempo atrás. Ahora, por desgracia, era demasiado tarde.

El doctor Burton interrumpió estos melancólicos pensamientos.

—¿Y quiere usted decir que está realmente dispuesto a retirarse? —preguntó.

—Sí.

El doctor soltó una risita apagada.

—No lo hará —dijo.

—Le aseguro que...

—No será usted capaz de ello. Está demasiado interesado por su trabajo.

—No; de veras. Ya lo tengo todo dispuesto. Unos pocos casos mas; seleccionados especialmente, no todo lo que se presente, compréndame. Sólo problemas que tengan un atractivo personal.

El doctor Burton gesticuló.

—Sí; eso es lo que se dice siempre. Solamente un caso o dos; sólo un caso más y así sucesivamente. Su despedida no será como la de una *prima donna.*

Volvió a reír mientras se levantaba lentamente. Parecía un simpático enanito de pelo blanco.

—Los de usted no son los «trabajos» de Hércules —le dijo—. Son trabajos de su afición. Ya verá usted como tengo razón. La apuesto lo

que quiera a que dentro de dos meses está usted todavía aquí y los calabacines no son más —se estremeció— que simples calabacines.

El doctor Burton se despidió de su amigo y salió de la rectangular y severa habitación.

Paso por estas páginas para no volver a ellas. Solamente nos interesa lo que dejó tras él; es decir, una idea. Porque después de su marcha, Poirot volvió a sentarse y como en sueños, murmuró

—Los trabajos de Hércules... *mais oui, c'est une idee, ça...*

Hércules Poirot se hallaba al día siguiente repasando un grueso volumen encuadernado en piel y otros tomos más delgados, a la vez que daba rápidos vistazos a varias hojas de papel escritas a máquina.

La señorita Lemon, su secretaria, había recibido instrucciones en el sentido de que hiciera acopio de referencias acerca de Hércules.

Y sin la menor muestra de curiosidad, porque era de las que no se extrañan de nada, la eficiente secretaria había llevado a cabo su trabajo.

Poirot se zambulló de cabeza en un revuelto mar de erudición clásica referente en su mayoría a Hércules, célebre héroe que, después de muerto, fue elevado a la categoría de dios y recibió honores divinos.

Hasta ahí la cosa iba bien... pero después no fue todo coser y cantar. Durante dos horas, Poirot leyó sin descanso, hizo anotaciones, frunció el ceño y consultó las notas escritas a máquina, así como los otros libros de referencia. Finalmente, se recostó en su asiento y sacudió la cabeza. La disposición de ánimo que tuviera la noche anterior parecía haberse disipado. ¡Qué gente!

¡Hércules, por ejemplo... un héroe! ¡Y qué héroe! ¡Qué otra cosa fue, más que un tipo corpulento y musculoso, de escasa inteligencia e instintos criminales! Poirot se acordó de un tal Adolphe Durand, un carnicero que fue juzgado en Lyon por el año 1895; un individuo con la fuerza de un toro que había asesinado a varios niños. La defensa alegó que su cliente padecía epilepsia, lo cual seguramente era cierto; mas a pesar de ello se discutió durante varios días si se trataba de *grand mal* o *petit mal.* Posiblemente Hércules sufría de lo primero. Poirot movió negativamente la cabeza. Si éste era el concepto que los griegos tenían de un héroe, no podía compararse con la idea que del mismo sujeto se tiene en los tiempos modernos. Le sorprendió, además, el conjunto de modelos clásicos. Aquellos dioses y diosas parecían tener tantos alias como cualquier criminal de nuestros días. No había duda de que eran tipos de tendencias delictuosas. Alcoholismo, libertinaje, incesto, rapto, saqueo, homicidio, trampas... Lo suficiente para tener constantemente ocupado a un *jugue d'instruction.* Nada de vida familiar respetable. Ni orden ni método. Hasta en los crímenes que cometían se apreciaba la falta de esto último.

—¡Vaya con Hércules! —dijo Poirot con acento desilusionado

mientras se levantaba.

Miró con aprobación todo lo que le rodeaba. Una habitación cuadrada con buenos muebles modernos y hasta una escultura constituida por un cubo puesto sobre otro y, encima de ellos, uno hilos de cobre geométricamente dispuestos. En mitad de aquella habitación, relumbrante y ordenada, «él mismo». Contempló su figura en el espejo. Un Hércules moderno... muy distinto de aquel desagradable tipo desnudo, de abultados músculos, que blandía una porra. Allí estaba él, con su persona pequeña y maciza, vestida con un correcto traje de calle y con un bigote... un bigote que Hércules no hubiera soñado nunca en poseer... un bigote magnífico, aunque algo sofisticado por la modernidad de los tiempos.

Y, no obstante, entre Hércules Poirot y el Hércules clásico existían puntos de semejanza. Sin lugar a dudas, ambos fueron útiles librando al mundo de ciertas plagas. Cada uno de ellos podía considerarse como benefactor de la sociedad en que había vivido.

Al marcharse, la noche anterior, el doctor Burton había dicho: «Los de usted no son los "trabajos" de Hércules...»

Pero el viejo fósil se había equivocado en eso. Podían volver a ejecutarse los «Trabajos de Hércules...» ¡de un Hércules moderno! ¡Una ingeniosa y divertida chifladura! En el período precedente a su retirada del oficio aceptaría doce casos; ni uno más ni uno menos. Y estos doce problemas los escogería él de forma que tuvieran cierto parecido con los doce trabajos que llevó a cabo Hércules. Sí; aquello no sería solamente divertido, sino artístico y espiritual.

Poirot cogió el Diccionario Clásico y volvió a enfrascarse en la lectura de la mitología. No tenía la intención de seguir puntualmente los pasos de su prototipo. Nada de mujeres, ni hablar de la camisa de Neso... Solamente los «Trabajos».

El primero de ellos, por lo tanto, sería el del león de Nemea.

—El león de Nemea —repitió, paladeando, saboreando con fruición las palabras.

Como era lógico no esperaba que se le presentara un caso en que tuviera que vérselas con un león de carne y hueso. Sería mucha coincidencia que la Dirección del Parque Zoológico le encargase resolver un problema relacionado con un auténtico león.

No; tenía que tratarse de una cosa simbólica. El primer caso podía referirse a una célebre figura pública, ¡algo sensacional y de gran importancia! Un criminal de campanillas... o alguien que fuera como un león, para la opinión publica. Cualquier conocido escritor, o un político, o un pintor... ¿y por qué no podía ser alguien perteneciente a la realeza?

Le gustó la idea.

No debía tener prisa... Esperaría... esperaría a que se le presentara aquel caso de tanta importancia que iba a ser el primero de los «Trabajos» que él mismo se había impuesto.

CAPÍTULO PRIMERO
EL LEÓN DE NEMEA

1

—¿Alguna cosa interesante, señorita Lemon? —preguntó Poirot cuando entró en su despacho a la mañana siguiente.

Tenía plena confianza en la señorita Lemon. Era una mujer sin imaginación, pero poseía un instinto certero. Cualquier cosa que ella calificaba como digna de consideración, lo era por regla general. Había nacido para ser secretaría.

—No hay mucho, monsieur Poirot. Sólo una carta que me figuro le interesará. La puse encima de las demás.

—¿De qué se trata? —preguntó el detective.

—Es de un señor que le ruega investigue la desaparición de un perrito pequinés propiedad de su esposa.

Poirot se detuvo con un pie en el aire. Lanzó una mirada de profundo reproche a la señorita Lemon, pero ella no se dio cuenta. Había empezado a teclear en la máquina de escribir y lo hacía con la rapidez y precisión de una ametralladora.

Poirot estaba sorprendido; sorprendido y amargado. La señorita Lemon, la eficiente secretaria, le había decepcionado. ¡Un perrito pequinés! Después del sueño que tuvo la noche anterior, en el que se vio saliendo del Palacio de Buckingham, adonde fue llamado para recibir personalmente el agradecimiento real... Fue una lástima que su criado entrara en aquel momento en el dormitorio para servirle el chocolate matutino.

Estuvo a punto de proferir unas expresiones satíricas y mordaces. No las profirió porque la señorita Lemon no las hubiera oído, de todas formas, dada la rapidez y eficacia con que estaba escribiendo a máquina.

Poirot lanzó un gruñido de disgusto y cogió la carta colocada sobre el montoncito que su secretaria había formado en uno de los lados de la mesa.

Sí; era exactamente como había dicho la señorita Lemon. Unas señas de la capital y una petición concisa y ruda, en términos comerciales. Su objeto: el secuestro de un perrito pequinés. Uno de esos caprichos de ojos saltones que las damas ricas acostumbran mimar con exceso. Los labios de Hércules Poirot se fruncieron al leer aquello. No era ninguna cosa desacostumbrada. Nada fuera de lugar, o... sí, sí; en un pequeño detalle la señorita Lemon tenía razón. Había algo que no era corriente.

Poirot tomó asiento y leyó la carta con detenimiento. No era la

clase de asunto que quería ni que se había prometido él mismo. No era un caso importante bajo ningún aspecto; no revestía significación alguna: No era... y aquí radicaba el punto crucial de su objeción... un apropiado «Trabajo» de Hércules.

Pero por desgracia, sentía curiosidad... Levantó la voz hasta el punto en que la señorita Lemon pudiera oírle por encima del ruido que producía con la máquina de escribir.

—Telefonee a sir Joseph Hoggin —ordenó—, y pregúntele a qué hora me recibirá en su despacho.

Como de costumbre, la señorita Lemon había tenido razón.

—Yo soy un hombre sencillo, señor Poirot —dijo sir Joseph Hoggin.

El detective hizo un gesto comprensivo con la mano derecha. Con ella quería expresar, si así se prefiere, su admiración por la valía de la carrera que había hecho sir Joseph, al tiempo que apreciaba la modestia del caballero al describirse de tal forma. También podía haber significado una elegante desestimación de dicho calificativo. Pero en cualquier caso, no permitía entrever el pensamiento que dominaba entonces en la mente de Hércules Poirot. Sir Joseph, sin duda alguna era (utilizando el término en su sentido más familiar) un hombre de lo más sencillo. Los ojos del detective se fijaron en los abultados carrillos, en los diminutos ojos porcinos, en la nariz grande y bulbosa y en la boca de labios finos y apretados que poseía su interlocutor. Todo el conjunto le recordaba a alguien; pero de momento, no pudo precisar. Un recuerdo le turbaba tenazmente. Hacía mucho tiempo... en Bélgica... algo relacionado con jabón...

Sir Joseph continuó:

—No me gustan las fiorituras ni quiero andarme por las ramas. Mucha gente, señor Poirot, ni se hubiera preocupado por este asunto. Lo hubiera anotado como un crédito incobrable y se hubiera olvidado de él. Pero Joseph Hoggin no es de ésos. Soy un hombre rico... y, por decirlo así, doscientas libras ni me van ni me vienen...

Poirot se apresuró a comentar:

—Le felicito.

—¿Eh?

Sir Joseph calló durante un momento. Sus ojuelos se estrecharon aún más.

—Pero ello no quiere decir que tenga la costumbre de ir tirando el dinero por ahí —expresó secamente—. Lo que quiero lo pago. Pero al precio que rija en el mercado... no más.

—¿Se da usted cuenta de que mis honorarios serán elevados? —preguntó Poirot.

—Sí, sí. Pero ello —sir Joseph lo miró con expresión astuta— no tiene la menor importancia.

Hércules Poirot se encogió de hombros.

—Yo no regateo —anunció—. Soy un experto en estas cosas y como tal tendrá que pagar por mis servicios.

—Ya sé que es usted una celebridad dentro de su profesión —observó sir Joseph con franqueza—. Hice unas cuantas averiguaciones y comprobé que es usted el mejor hombre de que puedo disponer. Quiero llegar al fondo de esta cuestión y no me importa lo que valga. Por eso he acudido a usted.

—Ha tenido mucha suerte —dijo Poirot.

—¿Eh? —volvió a preguntar sir Joseph.

—Muchísima suerte —prosiguió Poirot con firmeza—. Puedo decir, sin pecar de inmodestia, que me hallo en la cúspide de mi carrera. Quiero retirarme dentro de poco para vivir en el campo, viajar y ver mundo; y también, tal vez, para cultivar mi jardín y dedicar preferente atención a mejorar la calidad de los calabacines. Son unas hortalizas magníficas... pero carecen de sabor. Mas ésta no es la cuestión. Deseaba tan sólo explicarle que antes de retirarme he de llevar a cabo cierta tarea que me he impuesto. He decidido aceptar doce casos... ni más ni menos. Una especie de «Trabajos de Hércules», si me permite que se lo diga así. Su caso, sir Joseph, es el primero de los doce, y me atrae —suspiró— por su sorprendente falta de importancia.

—¿Importancia? —preguntó sir Joseph.

—No; dije por su falta de importancia. Mis servicios han sido requeridos para investigar asesinatos, muertes inexplicables, atracos y robos de joyas. Pero ésta es la primera vez que se me llama para que emplee mi talento para aclarar el secuestro de un perrito pequinés.

El financiero lanzó un gruñido y dijo:

—¡Me sorprende usted! Hubiera jurado que a causa de su profesión le habían importunado muchas mujeres con cosas de sus perros favoritos.

—En eso tiene razón. Pero es ésta la primera ocasión en que me llama el marido de una de esas mujeres para que me ocupe del caso.

Los ojillos de sir Joseph lo miraron con expresión calculadora.

—Empiezo a comprender las alabanzas que de usted me hicieron. Es usted un hombre muy sagaz, señor Poirot —dijo.

El detective murmuró:

—Cuénteme lo que ocurrió. ¿Cuándo desapareció el perro?

—Hace exactamente una semana.

—Supongo que su esposa estará muy disgustada.

Sir Joseph lo miró con sorpresa.

—No lo ha entendido usted —observó—. El perro nos fue devuelto.

—¿Devuelto? Entonces, ¿puede decirme qué es lo que pinto yo en esta cuestión?

La cara de sir Joseph enrojeció.

—¡Porque malditas las ganas que tengo de que me estafen! Voy a contarle todo lo que ha sucedido, señor Poirot, El perro desapareció hace una semana en los jardines de Kensington, adonde fue para dar

su acostumbrado paseo con la señora de compañía de mi mujer. Al día siguiente, mi esposa recibió una petición de rescate por doscientas libras. ¡Nada menos que doscientas libras! Y todo por una condenada bestezuela chillona que siempre está enredada en los pies de uno.

—Y como es natural, no le pareció a usted bien pagar tal cantidad —observó Poirot.

—Desde luego que no... o, mejor dicho, no me lo hubiera parecido de haber sabido lo que pasaba. Milly, mi mujer, estaba perfectamente enterada de ello. No me dijo nada y mandó el dinero en billetes de una libra, según lo convenido, a la dirección que le dijeron.

—¿Y le devolvieron el perro?

—Sí. Aquella misma noche sonó el timbre en la puerta y al abrir encontramos al animalito sentado en el umbral. Pero no se veía un alma por los alrededores.

—Muy bien. Continúe.

—Entonces, como es natural, Milly confesó lo que había hecho y yo perdí un poco los estribos. No obstante, al poco rato me calmé, porque después de todo, la cosa estaba ya hecha y no hay que esperar que una mujer se porte con sentido común. Hasta me hubiera olvidado del asunto, de no haber encontrado a Samuelson en el club.

—¿De veras?

—¡Maldita sea! ¡Este caso debe ser un verdadero barullo! Exactamente lo mismo le había sucedido a él. Le habían sacado trescientas libras a su mujer. En fin; esto ya era demasiado y decidí hacer algo para evitar que continuaran los raptos. Entonces le escribí a usted.

—Posiblemente, sir Joseph, lo más apropiado y menos costoso hubiera sido avisar a la policía.

Sir Joseph se restregó la nariz.

—¿Es usted casado, señor Poirot? —preguntó.

—No he conocido esa felicidad, por desgracia.

—¡Hum! —refunfuñó el financiero—. Si tuviera la dicha de conocerla, sabría que las mujeres son unos seres muy curiosos. Mi mujer chilló históricamente cuando se mencionó a la policía; se le metió en la cabeza que algo le pasaría a su precioso *Shan Tung* si yo avisaba a la comisaría. No quiso ni oír hablar de ello... y le puedo asegurar que no le gustó mucho la idea de que le llamáramos a usted. Pero me empeñé en esto último y por fin accedió, aunque a regañadientes.

—Ya me doy cuenta de que la situación es muy delicada —comentó Poirot—. Tal vez sería conveniente que me entrevistara con su señora esposa para conseguir de ella algunos detalles más y, al mismo tiempo, tranquilizarla acerca de la futura seguridad de su perro.

Sir Joseph asintió y se levantó.

—Le llevaré en mi coche ahora mismo —dijo.

2

En un salón de grandes proporciones, profusa decoración y atmósfera caldeada, se hallaban sentadas dos mujeres.

Cuando entraron sir Joseph y Hércules Poirot, un perrito pequinés corrió hacia ellos ladrando con furia y dando peligrosas vueltas alrededor de los tobillos del detective.

—*Shan... Shan...,* ven aquí. Ven con tu mamita, cariño... Cójalo, señorita Carnaby.

La otra mujer se apresuró a obedecer y Poirot observó:

—Un verdadero león.

Con la respiración anhelante, la señorita Carnaby cogió en brazos a *Shan Tung.*

—Sí; desde luego —convino—, es un excelente perro guardián. No teme a nada ni a nadie. Pero es un buen chico.

Después de haber hecho las necesarias presentaciones sir Joseph anunció:

—Bueno; señor Poirot. Le dejo solo para que prosiga el asunto.

Y haciendo una ligera inclinación de cabeza salió de la habitación.

Lady Hoggin era una mujer corpulenta, de aspecto petulante y cabellos teñidos de color rojizo. Su acompañante, la aturdida señorita Carnaby, era rolliza, de apariencia agradable, y su edad podía cifrarse entre los cuarenta y los cincuenta años. Trataba a lady Hoggin con gran deferencia y se veía que le tenía un miedo atroz.

—Y ahora, lady Hoggin —dijo Poirot—, cuénteme todas las circunstancias de este abominable crimen.

La mujer se sonrojó.

—No sabe cuánto me alegro de oírle decir eso, señor Poirot. Porque fue un crimen. Los pequineses son terriblemente sensitivos... tan sensitivos como los niños. El pobrecito *Shan Tung* pudo morir de miedo o de cualquier otra cosa peor.

La señorita Carnaby se apresuró a subrayar tal afirmación.

—Sí; fue una cosa inicua... inicua.

—Por favor, cuénteme lo que sucedió.

—Pues verá. *Shan Tung* salió a dar un paseo por el parque con la señorita Carnaby.

—¡Ay pobre de mí! Sí; yo tuve la culpa —prorrumpió la aludida—. ¿Cómo pude ser tan estúpida... tan descuidada?

Lady Hoggin comentó con acidez:

—No quiero hacerle ningún reproche, señorita Carnaby, pero creo que debió tener más cuidado.

—¿Qué ocurrió?

La señorita Carnaby empezó a hablar volublemente y con cierto aturdimiento:

—¡Fue una cosa extraordinaria! Estuvimos dando un paseo. *Shan Tung* iba atado con la correa, pues ya había dado su carrerita por el césped. Estaba ya a punto de dar la vuelta para regresar a casa cuando me llamó la atención un bebé que tomaba el sol en un cochecito... una preciosidad de criatura... Me sonrió... tenía unas mejillas sonrosaditas y unos rizos adorables. No pude resistir la tentación de hablar con su niñera y preguntarle qué edad tenía el bebé... «Diecisiete meses», me dijo. Y estoy segura de que llevaba tan sólo un minuto o dos hablando con ella, cuando de pronto miré a mi alrededor y no vi a *Shan.* Habían cortado la correa...

—De haber prestado más atención, nadie hubiera podido cortar la correa a hurtadillas —dijo lady Hoggin.

La señorita Carnaby pareció a punto de echarse a llorar.

—¿Y qué ocurrió luego? —preguntó Poirot.

—Miré por todos lados, como es natural. Pregunté al guardia si había visto a un hombre con un perrito pequinés en brazos, pero me dijo que no se había fijado... No supe qué hacer... Seguí buscando, pero al fin no tuve más remedio que volver a casa...

La señorita Carnaby calló y Poirot no tuvo ninguna dificultad en imaginar la escena que seguiría.

—¿Y luego se recibió la carta? —preguntó.

Lady Hoggin prosiguió la relación.

—En el primer correo de la mañana siguiente. Decía que si yo quería vivo a *Shan Tung* debía enviar doscientas libras, en billetes de una libra, por paquete sin certificar, a nombre del capitán Curtis, 3, Bloomsbury Road Square. Añadía que si marcaba el dinero o avisaba a la policía le... le cortarían las orejas y el rabo a *Shan Tung.*

La señorita Carnaby empezó a lloriquear.

—¡Qué horrible! —murmuró—. ¿Cómo puede haber gente tan mala?

Lady Hoggin continuó:

—Decía también que si mandaba el dinero en seguida me devolverían aquella misma noche a *Shan Tung* sano y salvo; pero que si luego avisaba a la policía, *Shan Tung* pagaría las consecuencias.

La señorita Carnaby murmuró otra vez entre sollozos:

—¡Oh, Dios mío! Me temo que ahora... aunque, desde luego, el señor Poirot no pertenece a la policía...

Lady Hoggin observó con ansiedad:

—Ya comprenderá, señor Poirot, que debe usted proceder con mucho cuidado.

El detective se apresuró a calmar su ansiedad.

—Yo no pertenezco a la policía, como ha dicho la señorita Carnaby. Llevaré a cabo las indagaciones de una forma muy discreta. Puede tener usted la seguridad, lady Hoggin, de que *Shan Tung* estará completamente seguro. Se lo garantizo.

Ambas mujeres parecieron aliviadas de un gran peso al oír esto

último y Poirot prosiguió:

—¿Conserva la carta?

—No. Me dijeron que la enviara junto con el dinero.

—¿Y lo hizo así?

—Sí.

—¡Hum...! Es una lástima.

La señorita Carnaby observó con viveza:

—Pero yo guardo la correa del perro. ¿Puedo ir por ella?

La mujer salió de la habitación y Hércules Poirot aprovechó su ausencia para formular unas cuantas preguntas acerca de ella.

—¿Amy Carnaby? ¡Oh, es de completa confianza! Una buena persona, aunque algo simple. He tenido varias señoritas de compañía y todas ellas han sido completamente tontas. Pero Amy está muy encariñada con *Shan Tung y* se disgustó terriblemente cuando se lo quitaron... ¡y qué otra cosa podía hacer, si se preocupó por un bebé y descuidó a mi corazoncito! No; estoy completamente segura de que ella no tiene nada que ver con esto.

—Así parece —convino Poirot—. Pero como el perro desapareció estando con ella, debemos asegurarnos de su honradez. ¿Hace mucho tiempo que está al servicio de usted?

—Cerca de un año. Tengo excelentes referencias de ella. Estuvo con lady Hartingfield hasta que ésta murió... durante diez años, según creo. Después cuidó por algún tiempo de una hermana inválida que tiene. En realidad, es una persona excelente... pero como le dije, completamente tonta.

En aquel momento volvió Amy Carnaby, un poco más sofocada, llevando en la mano la correa del perro. La entregó solemnemente a Poirot mientras le dirigía una mirada llena de esperanza.

El detective examinó cuidadosamente la correa.

—*Mais oui* —dijo—. No hay duda de que la cortaron.

Las dos mujeres seguían sus movimientos con expectación.

—Me la guardaré —anunció por fin Poirot.

Y se la guardó en un bolsillo con gran ceremonia. Ambas mujeres dieron un suspiro de alivio. El detective había hecho lo que esperaban de él.

3

Hércules Poirot tenía la costumbre de no dejar nada sin comprobar...

Aunque, por lo visto, no parecía posible que la señorita Carnaby fuera otra cosa más que la mujer atontada y algo estúpida que aparentaba ser, Poirot se las arregló para entrevistarse con una encopetada señora, sobrina de la difunta lady Hartingfield.

—¿Amy Carnaby, dice usted? —preguntó la señorita Hartingfield—. Desde luego, la recuerdo perfectamente. Era una buena persona y hacía muy buenas migas con tía Julia. Muy aficionada a los perros y una excelente lectora. Tenía también mucho tacto y nunca contrariaba a un enfermo. ¿Qué le ha ocurrido? Espero que no se encontrará en ningún apuro. Hace cosa de un año facilité informes de ella a una señora cuyo nombre empezaba por H...

Poirot explicó apresuradamente que la señorita Carnaby seguía todavía en su empleo. Sólo se trataba, dijo, de un pequeño incidente ocasionado por un perro que se extravió.

—A la señorita Carnaby le gustan muchos los perros. Mi tía tenía un pequinés. Se lo dejó a ella cuando murió y Amy estaba loca por él. Creo que se llevó un disgusto terrible cuando el perrito se le murió. Sí; es una buena persona, aunque no precisamente una intelectual.

Hércules Poirot convino en que la señorita Carnaby tal vez no pudiera ser descrita de tal forma.

Su siguiente gestión fue localizar al guarda del parque que habló con la señorita Carnaby la tarde de autos. No le costó mucho lograrlo. El hombre recordaba el incidente.

—Una mujer de mediana edad, algo corpulenta... parecía estar fuera de sí... había perdido a su perrito pequinés. La conozco de vista, pues trae el perrito casi todas las tardes. La vi cuando llegó y lo llevaba consigo. Estaba muy apurada cuando se le perdió. Vino corriendo a buscarme y me preguntó si había visto a alguien llevando un perrito pequinés. ¿Qué le parece? El parque está lleno de perros; de todas clases... terriers, pequineses, alemanes, perro salchicha... hasta borzois... para todos los gustos. ¿Cómo quiere que me fije en un pequinés más que en otro?

Hércules Poirot hizo un pensativo gesto afirmativo con la cabeza.

Luego se dirigió al 3 Bloomsbury Road Square.

Los números 38, 39 y 40, correspondían conjuntamente al «Balaclava Private Hotel». Poirot subió los peldaños y abrió la puerta. En el interior fue recibido por un ambiente lóbrego y un olor a coles cocidas con cierta reminiscencia de arenques ahumados. A la izquierda se veía una mesa de caoba sobre la que descansaba una melancólica maceta de crisantemos. Colgado de la pared, encima de

la mesa, un gran casillero recubierto de bayeta, con algunas cartas en sus departamentos. Poirot contempló pensativamente todo aquello durante unos momentos y luego abrió la puerta que había a su derecha. Correspondía a una especie de sala de estar, con mesillas y ciertos mal llamados sillones recubiertos de cretona de dibujo deprimente. Tres señoras ancianas y un viejo caballero de fiero aspecto levantaron la mirada y contemplaron al intruso con expresión de grave reproche. Hércules Poirot enrojeció y volvió a cerrar la puerta.

Recorrió un pasillo hasta llegar al pie de la escalera. A su derecha, otro pasillo que derivaba en ángulo recto del primero conducía a lo que parecía ser el comedor de los huéspedes.

Hacia la mitad de este pasillo había una puerta sobre la que un letrero rezaba*:* «Oficina».

Poirot llamó con los nudillos y como no recibiera respuesta, abrió y dio una ojeada al interior. Vio una gran mesa cubierta de papeles, pero en la habitación no había nadie. Salió; cerró la puerta de nuevo y entró en el comedor.

Una muchacha de aspecto melancólico, vestida con un delantal sucio, iba de aquí para allí, llevando un cestito con cuchillos y tenedores.

El detective preguntó con timidez:

—Perdone, ¿podría ver a la patrona?

La muchacha lo miró con ojos apagados.

—No lo sé —respondió.

—No hay nadie en la «oficina» —explicó Poirot.

—Pues no le puedo decir dónde estará.

—Tal vez —prosiguió pacientemente el detective— podrá usted encontrarla.

La muchacha lanzó un suspiro. Ya era bastante fatigosa su rutina diaria para que ahora viniera a colocarle esta nueva carga sobre sus deberes.

—Bueno; veré lo que puedo hacer —anunció con triste acento.

Poirot le dio las gracias y salió de nuevo al vestíbulo, sin atreverse a exponer su persona a las malévolas miradas de los que ocupaban la sala de estar. Contemplaba el casillero recubierto de bayeta, cuando el crujido de unas faldas y un fuerte olor a violetas de Devonshire le anunciaron la llegada de la patrona.

La señora Harte era la amabilidad en persona.

—No sabe cuánto siento que no me haya encontrado en la oficina —exclamó—. ¿Desea alquilar alguna habitación?

—No era precisamente lo que quería —murmuró Poirot—. Deseaba saber si residió aquí últimamente un amigo mío. Un tal capitán Curtis.

—Curtis... —repitió la señora Harte—. ¿Capitán Curtis? ¿Dónde he oído yo ese nombre?

Poirot no le ayudó a recordar. La mujer sacudió la cabeza con

obstinación.

—Entonces, ¿debo entender que no se ha hospedado aquí el capitán Curtis? —preguntó Poirot.

—Últimamente, no; seguro. Y, sin embargo, el nombre me resulta familiar. ¿Puede describirme a su amigo?

—Eso resultaría un poco difícil —se excusó Poirot—. Supongo que algunas veces recibirán cartas para gente que no vive aquí, ¿verdad?

—Sí, suele ocurrir; desde luego.

—¿Y qué hacen con esas cartas?

—Pues las guardamos durante cierto tiempo. Como comprenderá, puede suceder que la persona en cuestión llegue al poco tiempo de recibirse la carta. Pero si pasado mucho tiempo nadie reclama las cartas o paquetes postales, los devolvemos a la estafeta de Correos.

Poirot hizo un lento gesto afirmativo con la cabeza.

—Comprendo —dijo—. Lo cierto es que escribí una carta a mi amigo y la dirigí a este hotel.

La cara de la señora Harte se iluminó.

—Ya está todo explicado. Debí ver ese nombre en un sobre. Pero como, en realidad, se hospedan aquí tantos militares retirados, o se quedan por unos pocos días... Déjeme ver.

Registró el casillero.

—No está ahí —dijo Hércules Poirot.

—Supongo que se la habrán devuelto al cartero. Lo siento mucho. Espero que no sería nada importante.

—No, no, no tenía ninguna importancia.

Cuando Poirot se dirigió hacia la puerta, la señora Harte, envuelta en el penetrante olor a violeta lo siguió.

—Si viniera su amigo...

—No es probable. Debí equivocarme...

—Cobramos unos precios muy moderados —dijo la señora Harte—. El café después de la comida está incluido en el precio de la pensión. Me gustaría que viera una de las habitaciones...

Aunque con alguna dificultad, Poirot pudo escapar al fin.

4

El salón de la señora Samuelson era más grande, mucho más profusamente adornado y disfrutaba de una cantidad más sofocante de calefacción central que el de lady Hoggin. Poirot avanzó un poco aturdido entre doradas consolas y grandes grupos escultóricos.

La señora Samuelson era más alta que lady Hoggin y se teñía el cabello con peróxido. El pequinés se llamaba *Nanki Poo.* Sus ojos saltones miraron a Poirot con arrogancia. La señora Kebler, acompañante de la señora Samuelson, era delgada y macilenta, al contrario que la rolliza señorita Carnaby, pero hablaba tan volublemente como ésta. También había sido inculpada de la desaparición del perro.

—Créame, señor Poirot; fue la cosa más asombrosa del mundo. Todo ocurrió en un segundo, al salir de Harrods. Una *nurse* me preguntó qué hora era...

—¿Una *nurse?* ¿Una enfermera?

—No, no... una niñera[1]. Llevaba un bebé precioso. Un chiquitín con unas mejillas sonrosadas... Dicen que los niños de Londres no tienen aspecto saludable, pero estoy segura de que...

—Ellen —atajó la señora Samuelson.

La señorita Kebler se sonrojó, tartamudeó unas palabras y calló. Su señora comentó agriamente:

—Y mientras la señora Kebler se inclinaba sobre el cochecito de un niño que nada tenía que ver con ella, aquel atrevido pícaro cortó la correa de *Nanki Poo* y se lo llevó.

La señorita Kebler murmuró, llorosa:

—Todo ocurrió en un segundo. Miré a mi alrededor y no vi a *Nanki...* tan sólo tenía en mi mano la correa cortada. ¿Tal vez le gustaría verla, señor Poirot?

—De ninguna manera —se apresuró a contestar el detective, pues no quería hacer colección de correas cortadas—, parece que poco después recibió usted una carta.

La historia era exactamente la misma. La carta y las amenazas de violencia respecto a las orejas y el rabo de *Nanki Poo.* Sólo dos cosas eran diferentes: la suma de dinero solicitada, que ascendía a trescientas libras, y la dirección a que debía remitirse. Esta vez era el comandante Blackleigh, en el Harrington Hotel, 76, Clonnel Garden, Kensington.

La señora Samuelson prosiguió:

—Cuando me devolvieron sano y salvo a *Nanki Poo,* fui yo misma a esa dirección. Después de todo, se trataba de trescientas libras.

---

[1] *Nurse,* en inglés, significa niñera o enfermera.

—Naturalmente.

—La primera cosa que vi fue el sobre en que había enviado el dinero, metido en una especie de casillero que había en el vestíbulo. Mientras esperaba a que acudiera la propietaria me guardé el sobre en el bolsillo. Pero por desgracia...

—Por desgracia —terminó Poirot—, cuando lo abrió vio que sólo contenía unos recortes de papel.

—¿Cómo lo sabe? —La señora Samuelson se volvió espantada hacia él.

Poirot se encogió de hombros.

—Como es natural, *chére madame,* el ladrón se cuidó de recoger el dinero antes de devolver el perro. Reemplazó los billetes por trozos de papel y repuso el sobre en el casillero para que no advirtieran su falta.

—Allí no se había hospedado nunca nadie que se llamara comandante Blackleigh.

El detective sonrió.

—Desde luego, mi marido se incomodó muchísimo al saberlo. A decir verdad, estaba fuera de sí... completamente fuera de sí.

—¿No se puso usted... ejem... completamente de acuerdo con él, antes de mandar el dinero?

—Claro que no —contestó con decisión la señora Samuelson.

Poirot la miró con expresión inquisitiva y ella explicó:

—No me atreví. Los hombres son muy especiales cuando se trata de dinero. Jacob hubiera insistido en acudir a la policía y yo no podía arriesgarme a ello. Tal vez le hubiera ocurrido algo a mi pequeñito *Nanki Poo.* Como es lógico, cuando todo hubo pasado tuve que decírselo a mi marido, porque debía explicar las causas de que hubiera puesto en descubierto mi cuenta corriente.

—Eso es..., eso es... —comentó Poirot.

—Nunca lo vi tan furioso. Los hombres —dijo la señora Samuelson, mientras se ajustaba un elegante brazalete de diamantes y daba vuelta a las sortijas que llevaba en los dedos— no piensan en otra cosa más que en el dinero.

5

Hércules Poirot subió en el ascensor hasta las oficinas de sir Joseph Hoggin. Entregó su tarjeta y le anunciaron que sir Joseph estaba ocupado en aquel momento, pero que le recibiría tan pronto le fuera posible. Al cabo de un rato, una arrogante rubia salió del despacho de sir Joseph, llevando en la mano gran cantidad de papeles. Al pasar dirigió una mirada desdeñosa al estrambótico hombrecillo que esperaba.

Sir Joseph estaba sentado tras una inmensa mesa de caoba. En la barbilla tenía una mancha de carmín.

—Bien, señor Poirot. Siéntese. ¿Tiene algo nuevo que contarme?

El detective contestó:

—El asunto en sí es de una simplicidad encantadora. En cada uno de los casos, el dinero se envió a una de esas pensiones u hoteles privados en los que no hay portero ni encargado de recepción y donde gran cantidad de huéspedes entran y salen continuamente, incluyendo entre ellos un buen porcentaje de militares retirados. Resulta, pues, facilísimo para cualquiera, entrar en el vestíbulo, o retirar una carta del casillero. Luego, o bien puede llevársela, o puede sacar el dinero y reemplazarlo por recortes de periódicos. Por lo tanto, en todas las ocasiones, nos encontramos con que la pista termina en un callejón sin salida.

—¿Quiere usted decir que no tiene idea de quién lo hizo?

—Tengo algunos proyectos; mas harán falta unos pocos días para llevarlos a la práctica.

Sir Joseph lo miró con curiosidad.

—Buen trabajo. Entonces, cuando tenga que informarme de alguna cosa...

—Iré a su casa.

—Si llega usted al fondo de este asunto, habrá llevado a cabo un excelente trabajo —opinó sir Joseph.

—No tiene por qué preocuparse; no fracasaré. Hércules Poirot nunca falla.

Sir Joseph Hoggin miró fijamente al hombrecillo.

—Tiene usted mucha confianza en sí mismo, ¿verdad? —preguntó.

—Enteramente, y con razón.

—Bien —sir Joseph se recostó en su sillón—: Ya sabe que antes de la caída siempre está orgulloso uno de lo bien que sabe andar.

6

Hércules Poirot, sentado frente a la estufa eléctrica, que le producía una plácida satisfacción por su diseño geométrico, daba instrucciones a su criado y factótum.

—¿Has entendido, George?

—Perfectamente, señor.

—Lo más probable será un piso o departamento pequeño. Debe encontrarse dentro de un aérea limitada. Al sur del parque, al este de la iglesia de Kesington, al oeste de los cuarteles de Knightsbridge y al norte de Fullham Road.

—Comprendido, señor.

Poirot observó:

—Es un caso curioso. Demuestra que hemos topado con un verdadero talento para la organización. Y tenemos, además, la sorprendente invisibilidad del actor principal... el propia león de Nemea, si puedo llamarlo así. Un caso muy interesante. Desearía que mi cliente me fuera más atractivo, pero, por desgracia, se parece a un fabricante de jabón, de Lieja, que envenenó a su esposa para poder casarse con una secretaria rubia que tenía. Fue uno de mis primeros éxitos.

George sacudió la cabeza y dijo gravemente:

—Esa rubias, señor, son responsables de una gran cantidad de disgustos.

7

Tres días después, el inapreciable George anunció:

—Ésta son las señas, señor.

Hércules Poirot cogió el trozo de papel.

—Excelente, George. ¿Y qué día de la semana?

—Los jueves, señor.

—Los jueves. Hoy, por fortuna, es jueves. Por lo tanto, no necesitamos esperar.

Veinte minutos después, el detective subía las escaleras de un humilde bloque de viviendas situada en una calleja que derivaba de una vía más transitada. El número 10 de Rosholm Mansions estaba en el tercer piso, que era el último; y no había ascensor. Poirot subía trabajosamente la angosta escalera de caracol.

Se detuvo para recobrar el aliento en el último descansillo. Por debajo de la puerta del número 10 salió un ruido que vino a romper el silencio. El agudo ladrido de un perro.

Poirot hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sonrió ligeramente. Oprimió el botón del timbre.

Los ladridos crecieron en intensidad. Se oyó el ruido de unos pasos que se acercaban y se abrió la puerta...

La señorita Carnaby dio un paso atrás llevándose una mano al amplio pecho.

—¿Me permite que entre? —preguntó Hércules Poirot.

Y sin aguardar la respuesta pasó adelante.

A su derecha vio abierta la puerta de un saloncito y entró por ella. La señora Carnaby, como si anduviera en sueños, siguió al detective.

La habitación era pequeña y estaba atestada de chismes. Entre ellos se veía un ser humano; una mujer anciana tendida en un sofá, cerca de la estufa de gas. Cuando entró Poirot, un perrito pequinés saltó del sofá y avanzó lanzando unos cuantos ladridos recelosos.

—¡Aja! —dijo Poirot—. ¡Éste es el primer actor! ¿Cómo estás, amiguito?

Se inclinó y extendió la mano. El perro la olfateó mientras sus inteligentes ojos no se apartaban de la cara del recién llegado.

La señora Carnaby murmuró desmayadamente:

—¿Lo sabe todo, entonces?

Hércules Poirot, asintió.

—Sí, lo sé —miró a la mujer del sofá—. Su hermana, ¿verdad?

La señorita Carnaby contestó mecánicamente:

—Sí, Emily... éste es el señor Poirot.

Emily Carnaby dio un respingo y exclamó:

—¡Oh!

—*¡Augusto!* —llamó su hermana.

El pequinés la miró, movió la cola y luego resumió su escrutinio de la mano de Poirot. De nuevo meneó la cola ligeramente.

Poirot cogió al perro con suavidad, tomó asiento y puso a *Augusto* sobre sus rodillas.

—Ya he capturado al león de Nemea. He llevado a cabo mi tarea.

Amy Carnaby preguntó con voz seca y dura:

—¿Lo sabe usted todo, en realidad?

Poirot asintió otra vez.

—Así lo creo. Usted organizó este negocio, contando con la ayuda de *Augusto.* Salió con el perrito de su señora a dar el acostumbrado paseo, lo trajo aquí y luego se dirigió al parque, pero llevándose a *Augusto.* El guarda la vio acompañada de un pequinés, como siempre, y la niñera, si alguna vez damos con ella, asegurará que cuando usted le habló llevaba consigo un perro de tal raza. Pero mientras conversaba con la niñera cortó usted la correa y *Augusto,* perfectamente adiestrado, escapó sin esperar un momento y vino directamente a casa. Pocos minutos después dio usted la alarma diciendo que le habían robado el perro.

Hubo una gran pausa. La señorita Carnaby se enderezó orgullosa y con cierta patética dignidad.

—Sí —dijo—. Ocurrió todo de esa forma. Y yo... no tengo nada más que decir.

La mujer que se hallaba tendida en el sofá empezó a llorar suavemente.

—¿Nada en absoluto, señorita? ¿Está segura? —preguntó Poirot.

—Nada —replicó la señorita Carnaby—. He sido una ladrona... y me han descubierto.

El detective murmuró:

—¿No tiene usted nada que decir... en su propia defensa?

Una mancha encarnada se extendió de pronto por las pálidas mejillas de la señorita Carnaby.

—No... no me pesa lo que hice. Estoy segura de que es usted un hombre bondadoso, señor Poirot, y que tal vez me comprenderá. Sepa usted que he tenido una gran preocupación.

—¿Preocupación?

—Sí. Supongo que será difícil de entender para un caballero. No soy una mujer inteligente, ni poseo preparación adecuada para desempeñar otro oficio que el que tengo actualmente. Además, me estoy haciendo vieja y el porvenir me aterra. No he sido capaz de ahorrar nada..., ¿y cómo podía hacerlo si tenía que cuidar de Emily? Y a medida que tenga más edad seré más incompetente y no habrá nadie que necesite mis servicios. Quieren gente joven y activa. Conozco a muchas que se encuentran en mi situación. Cuando nadie te necesita tienes que vivir en un cuarto miserable, sin fuego y con no mucho para comer; hasta que por fin ni siquiera puedes pagar el alquiler... Existen asilos, desde luego, pero no resulta fácil entrar en

ellos si no se tienen amigos influyentes; y yo no los tengo. Hay muchísimas mujeres como yo; pobres seres inútiles, sin nada más en perspectiva que un miedo mortal a la vejez...

Su voz tembló.

—Así fue como —continuó hablando— algunas de nosotras nos unimos... y lo planeé todo. En realidad fue *Augusto* quien me lo sugirió. Ya sabe usted que para mucha gente un pequinés es exactamente como otro. Tal como creemos que son los chinos. Aunque, desde luego, es ridículo pensar una cosa así. Cualquiera que entienda algo de perros no confundirá a *Augusto* con *Nanki Poo,* con *Shan Tung* y con otro pequinés. *Augusto* es mucho más inteligente y más fino; pero, como le dije, para la mayoría de la gente, un pequinés no se diferencia de otro. *Augusto* me dio la idea... Contando también con el hecho de que la casi totalidad de las señoras adineradas tienen perros pequineses.

Poirot sonrió.

—Ha debido ser un sustancioso... negocio —dijo—. ¿Cuántas componen la banda? ¿O tal vez sería mejor preguntarle si han llevado a efecto con éxito estas operaciones frecuentemente?

La señorita Carnaby contestó:

—*Shan Tung* hizo el número diecisiete.

El detective levantó las cejas.

—Le felicito. Su organización tuvo que ser excelente.

Emily Carnaby intervino.

—Amy fue siempre una gran organizadora. Nuestro padre, que fue vicario de Kellington, en Essex, no se cansaba de repetir que Amy era un verdadero genio planeando cosas. Ella se encargaba en todas las ocasiones de los preparativos para las fiestas y tómbolas de caridad.

Poirot hizo una pequeña reverencia y dijo:

—De acuerdo. Como delincuente, señorita, es usted de las mejores.

Amy Carnaby exclamó:

—¡Yo una delincuente! ¡Dios mío, eso es lo que soy...! Aunque nunca tuve la impresión de serlo.

—¿Qué sintió, entonces?

—Tiene usted mucha razón. Infringía la ley. Pero, compréndame... ¿cómo se lo explicaría? Casi todas esas mujeres que utilizan nuestros servicios son groseras y desagradables. Lady Hoggin, por ejemplo, nunca mide el alcance de las palabras que me dirige. El otro día dijo que el tónico que suele tomar tenía un gusto raro y prácticamente me acusó de haber estado manipulando con él. Y más cosas por el estilo —la señora Carnaby enrojeció—. Todo ello es realmente desagradable. Y lo que más enfurece es e! no poder decir nada ni contestar como se merece. Supongo que me comprenderá.

—La comprendo a la perfección —contestó Poirot.

—Y ver cómo malgastan el dinero... es irritante. Sir Joseph nos relata a veces los *coups* que da en la City... cosas que en la mayor

parte de las ocasiones me parecen francamente deshonestas, si bien he de reconocer que mi cabeza no comprende los misterios de las finanzas. Pues bien, señor Poirot, todo esto me trastornaba y creí que si le quitaba un poco de dinero a esta gente, la cual, al fin y al cabo, había tenido pocos escrúpulos en conseguirlo, no iba a perjudicarse por la pérdida... En resumen, creí que aquello no estaría mal.

—Un moderno Robin Hood —comentó Poirot—. Dígame, señorita Carnaby, ¿hubiera usted llevado a cabo alguna vez las amenazas que intercalaba en sus cartas?

—¿Amenazas?

—¿Hubiera llegado a mutilar a los animales en la forma que detallaba?

La señorita Carnaby lo miró con horror.

—Claro que no. ¡Nunca hubiera hecho una cosa así! Eso era tan sólo... un toque artístico.

—Muy artístico. Dio buen resultado.

—Ya sabía yo que lo daría. En mi fuero interno imaginaba lo que yo sentiría si fuera *Augusto* el amenazado y, por otra parte quería estar segura de que las interesadas no dirían nada a sus maridos hasta que hubiera pasado todo. El plan dio un magnífico resultado en todas las ocasiones. En el noventa por ciento de los casos, las señoras de compañía se encargaban de depositar la carta en Correos. Pero antes abríamos los sobres utilizando el vapor; sacábamos los billetes y los reemplazábamos con recortes de papel. En una o dos ocasiones, las propias señoras se encargaron de echar las cartas en el buzón. Entonces, como es natural, tuvimos que ir hasta el hotel a que iban dirigidas y cogerlas del casillero. Pero eso no presentaba muchas dificultades.

—¿Y la cuestión de la niñera? ¿Hubo tal niñera en todos los casos?

—Pues verá usted, señor Poirot. De todos es sabido que las viejas se vuelven locas por los bebés. Por lo tanto, era completamente natural que al quedar absortas por uno de ellos no se dieran cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Hércules Poirot suspiró.

—Su psicología es excelente —dijo—. La organización irreprochable y, además, es usted una magnífica actriz. Su actuación del otro día, cuando me entrevisté con lady Hoggin, no tuvo el menor fallo. No se menosprecie nunca a sí misma, señorita Carnaby. Puede ser usted lo que llamamos una mujer inexperta; pero no hay nada que falle en su cerebro, ni se puede dudar de su valor.

Amy Carnaby sonrió con desgana.

—Y no obstante, he sido descubierta, señor Poirot.

—Sólo por *mí.* ¡Eso era inevitable! Después de la entrevista que sostuve con la señora Samuelson, me di cuenta de que el secuestro de *Shan Tung* constituía uno de los eslabones de una cadena. Ya me había enterado de que había heredado usted un perro pequinés y que

tenía una hermana inválida. Sólo tuve que rogar a mi insustituible criado que buscara un pisito, dentro de un radio determinado, ocupado por una señora inválida que tuviera un pequinés y una hermana que la visitara una vez a la semana en su día libre. Fue muy sencillo.

Amy Carnaby se irguió.

—Ha sido usted muy amable —dijo—. Ello me anima a pedirle un favor. Ya sé que no puedo eludir el castigo que merezco por lo que he hecho. Supongo que me enviarán a la cárcel. Pero si puede, señor Poirot, evite que se haga mucha publicidad sobre el caso. Sería penoso para Emily... y para los pocos que nos conocieron en otros tiempos. Me imagino que podré entrar en la prisión con nombre falso. ¿Cree usted que sería contraproducente solicitar una cosa así?

—Me parece que podré hacer algo mejor que eso —contestó Poirot —. Pero antes que nada, quiero dejar bien sentada una cosa. Este negocio debe terminar. No deben desaparecer más perros. ¡Se acabó!

—Sí, sí, desde luego.

—Y tiene que devolver el dinero que consiguió de lady Hoggin.

Amy Carnaby cruzó la habitación, abrió un cajón de una cómoda y volvió, llevando en la mano un puñado de billetes envueltos que dio a Poirot. El detective cogió el dinero y lo contó. Luego se levantó.

—Posiblemente, señorita Carnaby, conseguiré convencer a sir Joseph para que no presente ninguna demanda.

—¡Oh, señor Poirot!

Amy Carnaby juntó las manos; su hermana dio un grito de júbilo y *Augusto,* por no ser menos, ladró y movió la cola como gratitud hacia el detective.

—Y en cuanto a ti, amigo mío —dijo Poirot, dirigiéndose al perro—, desearía me pudieras dar una de tus cualidades. Tu manto de invisibilidad. En todos esos casos nadie sospechó que había un segundo perro complicado. *Augusto* posee la piel del león que lo hace invisible.

—Desde luego, señor Poirot. De acuerdo con lo que dice la leyenda, los pequineses fueron leones en tiempos pasados. ¡Y todavía conservan el corazón del rey de los animales!

—Supongo que *Augusto* será el perro que le legó lady Hartingfield y que, según me dijeron, había muerto. ¿No la preocupó nunca el dejar que viniera solo a casa, a través del tránsito callejero?

—No, señor, Poirot. *Augusto* sabe muy bien lo que hacer. Lo adiestré cuidadosamente para ello. Hasta sabe cuáles son las calles de dirección única.

—En ese caso —opinó Hércules Poirot—, es superior a muchos seres humanos.

8

Sir Joseph recibió a Poirot en el despacho de su casa.

—Bien, señor Poirot —dijo—. ¿Consiguió llevar a cabo su bravata?

—Permítame que antes le formule una pregunta —replicó el detective mientras tomaba asiento—. Sé quién es el delincuente y estimo posible presentar pruebas suficientes para que le condenen. Pero en ese caso, dudo de que pueda usted recobrar nunca su dinero.

La cara de sir Joseph tomó un tinte violáceo.

—Pero yo no soy un policía —prosiguió Poirot—. Actúo en este caso meramente para defender los derechos de usted. Creo que podré recobrar intacto su dinero si no presenta demanda alguna.

—¿Eh? —dijo sir Joseph—. Eso necesita que se piense un poco.

—Usted es el que ha de decidir. Hablando en términos estrictos, supongo que debería denunciar el caso por bien del interés público. Mucha gente le aconsejaría lo mismo.

—Eso creo yo —contestó secamente el financiero—. Al fin y al cabo no sería su dinero el que se volatilizaría. Si hay alguna cosa que yo aborrezco, es que me estafen. Nadie lo hizo sin que pagara las consecuencias.

Sir Joseph dio un enérgico puñetazo sobre la mesa.

—Bien. ¿Qué decide entonces?

—¡Quiero la «pasta»! Nadie se ha jactado de haberse quedado con doscientas libras de mi propiedad.

Hércules Poirot se levantó, fue hacia la mesa y extendió un cheque por doscientas libras que luego entregó a su interlocutor.

—¡Maldita sea! ¿Quién diablos es el culpable? —preguntó sir Joseph.

—Si acepta el dinero no debe hacer preguntas —replicó Poirot.

El financiero dobló el cheque y lo guardó en su bolsillo.

—Es una lástima. Pero aquí de lo que se trata es del dinero. ¿Y cuánto le debo a usted, señor Poirot?

—Mis honorarios no van a ser muy elevados. Como ya le dije, este asunto carecía de toda importancia —hizo una pausa y luego prosiguió—: casi todos los casos de que me encargo ahora son asesinatos...

Sir Joseph se sobresaltó ligeramente.

—¿Y son interesantes? —preguntó.

—Algunas veces. Es curioso; me recuerda usted uno de mis primeros casos, en Bélgica, hace muchos años... El personaje protagonista se le parecía mucho a usted. Era un rico fabricante de jabón. Envenenó a su esposa para poder casarse con su secretaria. Sí; el parecido es extraordinario...

Un débil sonido salió de los labios de sir Joseph, que había tomado

un extraño color azulado. El tono rojizo de sus mejillas desapareció. Miró a Poirot con ojos que parecían salirse de las órbitas. Dio la impresión de encogerse en el sillón donde se sentaba.

Después, con mano trémula, registró su bolsillo; sacó el cheque que extendiera Poirot y lo rompió en pedazos.

—El asunto queda zanjado, ¿entiende? Considere esto como sus honorarios.

—Pero, sir Joseph; mis honorarios no hubieran sido tan considerables.

—Está bien. Guárdeselos.

—Los invertiré en una obra de caridad.

—Haga con ellos lo que le dé la real gana.

Poirot se inclinó hacia delante y advirtió:

—Estimo muy conveniente indicarle, sir Joseph, que, dada su actual posición, deberá tener usted un cuidado extraordinario con lo que hace.

La voz del financiero era casi inaudible al contestar:

—No se preocupe. Tendré mucho cuidado.

Hércules Poirot salió de la casa y cuando llegó a la acera, comentó para sí mismo:

—Por lo tanto... estaba yo en lo cierto.

9

Lady Hoggin dijo a su marido:

—Es extraño; este tónico tiene un sabor completamente diferente. Ya no sabe tan amargo como antes. ¿Por qué será?

Su marido rezongó:

—Cosas de los farmacéuticos. Son unos descuidados. Cada vez hacen las cosas diferentes.

—Eso debe de ser —replicó ella dubitativamente.

—Claro que es eso. ¿Qué podía ser, si no?

—¿Averiguó algo es hombre acerca del rapto de *Shan Tung?*

—Sí. Ha conseguido recuperar el dinero.

—¿Quién fue?

—No me lo dijo. Hércules Poirot es un tipo muy reservado. Pero no tienes por qué preocuparte.

—Es un hombre curioso, ¿verdad?

Sir Joseph se estremeció y levantó la vista, como si sintiera la invisible presencia de Poirot detrás de su hombro derecho.

—¡Es listo el condenado! —dijo.

Y añadió para sí mismo:

«¡Greta puede irse al diablo! ¡No voy a jugarme el cuello por una rabia platino!»

10

—¡Oh!

Amy Carnaby miró, incrédula, el cheque de doscientas libras.

—¡Emily! ¡Emily! Oye esto —exclamó.

«Apreciada señorita Carnaby:

«Permítame ofrecerle una pequeña aportación a su meritoria colecta, antes de que quede cerrada definitivamente.

»Suyo afectuosamente,

Hércules Poirot.»

—Amy —dijo su hermana—. Has tenido una suerte inaudita. Piensa dónde podrías estar a estas horas.

—En Woorwood Scrubbs..., ¿o en Holloway? —murmuró Amy—. Pero ya pasó todo..., ¿no es verdad, *Augusto?* Se acabaron los paseos por el parque con tu amita, o sus amigas, y unas pequeñas tijeras.

Lanzó un suspiro.

—¡Mi pequeño *Augusto*! Qué lástima. Con lo listo que es... Aprende cualquier cosa.

CAPÍTULO II
LA HIDRA DE LERNA

1

HÉRCULES Poirot pareció animar con la mirada al hombre sentado frente a él. El doctor Oldfield tendría unos cuarenta años. Su cabello rubio le griseaba en las sienes y los ojos azules tenían una expresión preocupada. Estaba algo turbado y sus maneras denotaban incertidumbre. Además, parecía como si le fuera dificultoso llegar a tratar el asunto primordial de su visita.

Tartamudeando ligeramente dijo:

—He venido a verle, señor Poirot, para hacerle una petición bastante extraña. Y ahora que estoy aquí, casi me inclino a no seguir adelante. Pues ahora me doy perfecta cuenta de que es un asunto sobre el cual posiblemente nadie pueda hacer nada.

—Respecto a ese punto, permítame que sea yo el que opine —observó Poirot.

Oldfield refunfuñó:

—No sé por qué pensé que tal vez...

Calló y Hércules Poirot acabó la frase:

—¿Que tal vez se le pudiera ayudar? Muy bien, quizá pueda ser así. Cuénteme su problema.

Oldfield se irguió y Poirot se dio cuenta de nuevo de cuan preocupado parecía aquel hombre. Con un tono desesperanzado en su voz, Oldfield dijo:

—No sacaría ningún provecho acudiendo a la policía... No podría hacer nada. Y sin embargo... cada día que pasa empeora la situación. Yo... no sé qué hacer...

—¿Qué es lo que empeora?

—Los rumores... Es muy sencillo, señor Poirot. Hace poco más de un año murió mi mujer. Estuvo enferma durante algunos años. Y ahora dicen... todos dicen que yo la maté... ¡que la envenené!

—¡Aja! —exclamó el detective—. ¿Y la envenenó usted en realidad?

—¡Señor Poirot! —exclamó el doctor Oldfield levantándose.

—Cálmese. Tome asiento otra vez. Tenemos pues, que usted no envenenó a su señora. Usted practica la medicina en un distrito rural, según supongo...

—Sí. En Market Loughborough, en Berkshire. Siempre estuve seguro de que era un pueblo donde la gente se dedicaba en gran escala a la murmuración, mas nunca llegué a suponer que llegaran a tal extremo —adelantó un poco la silla en que estaba sentado—. No puede usted imaginar lo que he tenido que pasar, señor Poirot. Al

principio no me di cuenta de lo que sucedía. Notaba que la gente se mostraba menos cordial, que existía cierta tendencia a evitar todo encuentro conmigo..., pero todo lo achacaba a mi reciente desgracia familiar. Luego, la cosa se hizo más patente. Hasta en la calle, la gente cambiaba de acera para no hablar conmigo. Cada día acuden menos pacientes a mi consultorio. Adonde quiera que vaya tengo la sensación de que se habla en voz baja; de que ojos hostiles me vigilan, mientras las lenguas maliciosas van vertiendo su veneno mortal. He recibido una o dos cartas... repugnantes.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Y... y yo no sé qué podría hacer para evitarlo. No sé cómo he de luchar contra esto... contra este tejido de mentiras y sospechas. ¿Cómo se puede refutar una cosa que nunca se dice cara a cara? Soy impotente... no puedo encontrarle una salida a esto... y lenta y despiadadamente me están buscando la ruina.

Poirot afirmó con aspecto pensativo.

—Sí. El rumor es exactamente igual que la hidra de Lerna, que tenía nueve cabezas y no podía ser destruida, porque tan pronto se le cortaba una de ellas, nacían dos para reemplazarla.

—Eso es —convino el doctor Oldfield—. No puede hacerse nada... ¡nada! Vine a verle, contando con usted como último recurso..., pero no creo que pueda hacer algo por mí.

Hércules Poirot permaneció callado durante unos instantes y luego observó:

—No diría yo tanto. Su problema me interesa, doctor Oldfield. Me gustaría destruir el monstruo policéfalo. Pero antes de ello, cuénteme algo más sobre las circunstancias que dieron lugar a tan maliciosa murmuración. Según me ha dicho, su señora murió hace poco más de un año. ¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Una úlcera gástrica.

—¿Se le hizo la autopsia?

—No. Venía padeciendo de trastornos gástricos desde hacía bastante tiempo.

Poirot asintió.

—Y los síntomas de una inflamación gástrica, y los del envenenamiento por arsénico son muy parecidos... Un hecho que todo el mundo sabe hoy en día. Durante los diez últimos años se han producido, por lo menos, cuatro sensacionales casos de asesinato, y en cada uno de ellos, la víctima ha sido enterrada sin que se sospechara nada, achacándose la muerte, en el certificado de defunción, a desórdenes gástricos. ¿Su señora era más joven que usted?

—No. Tenía cinco años más que yo.

—¿Hacía mucho tiempo que estaban ustedes casados?

—Quince años.

—¿Dejó algunos bienes al morir?

—Sí. Estaba en muy buena posición económica. Dejó aproximadamente unas treinta mil libras.
—Una suma muy bonita. ¿Se la legó a usted?
—Sí.
—¿Estaba usted en buenas relaciones con su esposa?
—Claro que sí.
—¿Nada de peleas ni escenas?
—Bueno... —Charles Oldfield titubeó—. Mi esposa era lo que se pudiera llamar una mujer de trato difícil. Estaba enferma y se preocupaba mucho por su salud. Por lo tanto, tendía siempre a enojarse y a no encontrar nada a su gusto. Había días en que nada de lo que yo hiciera la complacía.
Poirot asintió de nuevo y comentó:
—Sí; ya conozco a esa clase de mujeres. Se quejaría, posiblemente, de que no la cuidaba; de que se la despreciaba... de que su marido estaba cansado de ella y de que se alegraría cuando muriera.
La cara de Oldfield reflejó la verdad encerrada en las conjeturas del detective.
—Lo ha comprendido usted exactamente —dijo, sonriendo.
Poirot prosiguió:
—¿La cuidó alguna enfermera? ¿O una señora de compañía? ¿O, tal vez, una criada de confianza?
—Una enfermera fija. Una mujer muy sensata y competente. No creo que sea ella quien haya empezado las habladurías.
—*Le bon Dieu* ha dado lengua hasta a las personas más sensatas y competentes... y no siempre la emplean con cordura. ¡No tengo ninguna duda de que la enfermera habló, de que hablaron los criados, y de que habló todo el mundo! Ahí tiene usted todos los materiales que se requieren para iniciar un sabroso escándalo pueblerino. Y ahora le voy a preguntar otra cosa. ¿Quién es ella?
—No lo comprendo —el doctor Oldfield enrojeció a impulsos de su irritación.
Poirot comentó suavemente:
—Yo creo que me ha entendido muy bien. Le estoy preguntando por la dama con quien su nombre se ha visto mezclado.
El doctor Oldfield se levantó. La expresión de su cara era fría y dura.
—No existe ninguna dama en el caso —dijo—. Siento mucho, monsieur Poirot, haberle hecho perder tanto tiempo.
Se dirigió hacia la puerta.
—Yo también lo siento —observó Poirot—. Su caso me interesa. Me hubiera gustado ayudarle, pero no puedo hacer nada, a menos que me cuente usted toda la verdad.
—Ya se la he dicho...
—No...

El médico se detuvo y dio la vuelta.

—¿Por qué insiste en que hay una mujer relacionada con el asunto?

—*Mon cher docteur,* ¿cree acaso que no conozco la mentalidad femenina? Las murmuraciones de los pueblos se basan siempre en las relaciones entre un hombre y una mujer. Si un hombre envenena a su esposa con el fin de poder hacer un viaje al Polo Norte, o para disfrutar de la paz que depara la vida de soltero... no hay cuidado de que sus convecinos se tomen el menor interés por él. Pero cuando están convencidos de que el asesinato se cometió con el fin de que el hombre pudiera casarse con otra mujer, las habladurías crecen y circulan. Eso es psicología elemental.

Oldfield replicó con irritación:

—¡Yo no soy responsable de lo que piensen un hatajo de malditos murmuradores!

—Desde luego que no.

Poirot prosiguió:

—Por consiguiente, debe usted volver a tomar asiento y contestar a la pregunta que le hice antes.

Lentamente, casi con repugnancia, el médico volvió a ocupar su asiento.

Ruborizado en extremo, dijo:

—Me figuro que tal vez hayan hablado acerca de la señorita Moncrieffe. Jean Moncrieffe es mi ayudante; una muchacha muy agradable.

—¿Ha trabajado durante mucho tiempo con usted?

—Tres años.

—¿Le resultaba simpática a su esposa?

—Ejem..., pues no; no del todo.

—¿Estaba celosa de ella?

—¡Hubiera sido absurdo!

Poirot sonrió.

—Los celos de las mujeres casadas son proverbiales. Pero le diré algo más. Basándome en mi experiencia puedo asegurar que los celos, por inmotivados y extravagantes que parezcan, siempre están fundados en hechos reales. Existe un aforismo comercial que dice que el cliente siempre tiene razón, ¿verdad? Pues bien, lo mismo ocurre con el marido o la esposa que sienten celos. Por pequeñas e inconcretas que sean las pruebas, fundamentalmente siempre tienen razón.

El doctor Oldfield replicó con enérgico y seguro acento:

—¡Simplezas! En ninguna ocasión le dije a Jean Moncrieffe cosa alguna que no pudiera oír mi esposa.

—Tal vez. Pero eso no altera la veracidad de cuanto le acabo de decir —Hércules Poirot se inclinó hacia delante y con voz apremiante añadió—: Doctor Oldfield, voy a hacer cuanto pueda en este caso. Pero necesito que me sea usted absolutamente franco, sin

preocuparse de las apariencias convencionales o sus propios sentimientos. ¿No es verdad que dejó de gustarle su mujer desde cierto tiempo antes de que muriera?

El médico no replicó en seguida.

—Eh... este asunto acabará conmigo —dijo al fin—. Pero debo tener esperanza. De cualquier forma, presiento que será usted capaz de hacer algo por mí. Seré sincero con usted, monsieur Poirot. Mi mujer no me gustó nunca. Según creo, fui para ella un buen marido, pero jamás estuve enamorado.

—¿Y por lo que respecta a esa muchacha?

Un tenue sudor cubrió la frente del médico.

—Le... le hubiera pedido que se casara conmigo hace tiempo, a no ser por todo el escándalo y las habladurías que se han producido —confesó.

Poirot se recostó en su asiento.

—¡Por fin hemos llegado a los hechos verdaderos! —comentó—. *Eh bien,* doctor Oldfield: me encargaré de su caso. Pero recuerde que lo que sacaré a la luz será la verdad pura y simple.

Oldfield contestó con amargura:

—¡No será la verdad lo que me perjudique!

Titubeó un instante y luego añadió:

—Sepa usted que estuve considerando la posibilidad de presentar una demanda por difamación. Si pudiera atribuir una acusación concreta a alguien, tal vez mi nombre fuera vindicado. Algunas veces he pensado en ello... mas en otras creo que tal proceder sólo serviría para empeorar las cosas; dar mayor publicidad al asunto y hacer que la gente dijera: «No se ha podido probar nada, pero cuando el río suena...»

Miró a Poirot.

—Dígame, con franqueza, ¿hay algún modo de poder salir de esta pesadilla?

—Siempre existe una manera adecuada —contestó el detective.

2

—Nos vamos al campo, George —dijo Hércules Poirot a su criado.

—¿De veras, señor? —replicó el imperturbable George.

—Y el objeto de nuestro viaje es destruir un monstruo de nueve cabezas.

—¿De veras, señor? ¿Algo parecido al monstruo de Loch Ness?

—No tan palpable como eso. No me refiero a un animal de carne y hueso, George.

—No le comprendí, señor.

—Sería mucho más fácil si el monstruo fuera un ser real. No hay nada tan intangible y tan elusivo como el origen de una calumnia.

—Desde luego, señor. A veces es difícil precisar cómo empiezan esas cosas.

—Exactamente.

Hércules Poirot no se hospedó en casa del doctor Oldfield. Lo hizo en la posada del pueblo. A la mañana siguiente de su llegada, tuvo su primera entrevista con Jean Moncrieffe.

Era una muchacha alta de cabello cobrizo y de firmes ojos azules. Daba la sensación de estar siempre vigilante y en guardia contra los demás.

—De modo que el doctor Oldfield acudió a usted... Ya sabía que pensaba hacerlo.

Su tono carecía de entusiasmo.

—¿No le parece bien, acaso? —le preguntó Hércules Poirot.

Los ojos de ella se fijaron en los del detective.

—¿Qué puede usted hacer en este caso? —inquirió.

—Debe existir una manera de abordar la situación —replicó Poirot sosegadamente.

—¿De qué forma? —la muchacha profirió estas palabras con desdén — Quizá querrá ir a visitar a todas las viejas murmuradoras y decirles: «Por favor, cesen de hablar así. No es conveniente para el pobre Oldfield.» Y ellas le contestarían: «Le aseguro que nunca creí esa patraña.» Ahí está precisamente lo malo de esta cuestión. No espere que le digan: «¿No se le ocurrió nunca que la muerte de la señora Oldfield no fue lo que pareció?» No; lo que dirán será: «Desde luego, yo no creo esa historia acerca del doctor Oldfield y su mujer. Estoy segura de que él no hubiera hecho tal cosa, aunque la verdad es que, tal vez, no cuidó de ella como debiera y, además, no me parece muy prudente tener como ayudante a una muchacha tan joven... y no es que quiera decir que exista algo equívoco entre los dos. ¡Oh, no! estoy completamente segura de que no hay nada de eso...»

La joven se detuvo. Tenía la cara sonrojada y respiraba con

precipitación.

—Al parecer, sabe usted muy bien lo que se dice por ahí —comentó Poirot. ¿Y qué solución le daría usted a eso?

Ella cerró la boca firmemente.

—Lo mejor que podría hacer el doctor sería traspasar su clientela y empezar de nuevo en cualquier sitio.

—¿No cree que la calumnia le seguiría adonde fuera?

Ella se encogió de hombros.

—Debe arriesgarse.

Poirot calló durante un momento.

—¿Va usted a casarse con el doctor Oldfield, señorita Moncrieffe? —preguntó por fin.

La joven no pareció sorprenderse por la pregunta.

—No me lo ha pedido —replicó.

—¿Por qué no?

Los ojos de ella volvieron a fijarse en los del detective, pero ahora, durante un segundo, parecieron vacilar. Luego contestó:

—Porque no le he dado ninguna esperanza.

—¡Qué suerte encontrar a alguien que sea completamente franco! —exclamó Poirot.

—¡Seré tan franca como usted guste! Cuando me di cuenta de que la gente decía que Charles se desembarazó de su esposa con el propósito de casarse conmigo, me pareció que si nos casábamos daríamos razón a todos. Esperé entonces que al no verse ningún propósito de casamiento entre nosotros los rumores se extinguirían por sí solos.

—Pero no ha sido así.

—No; no lo fue.

—¿No le parece algo raro? —preguntó Hércules Poirot.

Jean contestó con acritud:

—La gente no tiene aquí muchas cosas para divertirse.

—¿Quiere usted casarse con Charles Oldfield? —volvió a preguntar Hércules Poirot.

La muchacha respondió fríamente:

—Sí. Lo quise desde el momento en que lo conocí.

—Entonces, la muerte de la esposa fue muy conveniente para usted, ¿verdad?

—La señora Oldfield fue una mujer muy desagradable. Francamente, me alegré cuando murió...

—Sí —convino Poirot—. ¡Es usted franca en extremo!

Ella sonrió con desdén.

—Tengo que hacerle una sugerencia —continuó el detective.

—¿Sí?

—Aquí hace falta que se tomen medidas drásticas. Le sugiero que alguien... posiblemente usted misma... escriba al Ministerio de la Gobernación.

—¿Qué es lo que se propone?
—Creo que la mejor forma de terminar con los rumores, de una vez para siempre, es conseguir que se exhume el cadáver y se haga la autopsia.
Ella retrocedió un paso. Abrió los labios y luego los volvió a cerrar. Poirot, entretanto, no la perdía de vista.
—¿Bien, mademoiselle? —preguntó por fin.
—No estoy de acuerdo con usted.
—¿Por qué no? Con toda seguridad, si el veredicto es de que la muerte sobrevino por causas naturales, callarán las malas lenguas.
—Si llega a pronunciarse tal veredicto, es posible.
—¿Sabe usted lo que está sugiriendo, mademoiselle?
La joven contestó impaciente:
—Sé perfectamente lo que digo. Está usted pensando en un envenenamiento por arsénico... y que puede probar que no fue envenenada de tal forma. Pero hay otras sustancias letales; los alcaloides vegetales. Al cabo de un año no es probable que se encuentren rastros de ellos, ni aun en el caso de que hubieran sido usados. Ya sé cómo son esos análisis oficiales. Pueden pronunciar un diagnóstico impreciso, diciendo que no hay nada que demuestre lo que causó la muerte... y las malas lenguas volverán a murmurar con más malicia que antes.
Hércules Poirot no respondió de momento.
—En su opinión, ¿quién es el más inveterado charlatán del pueblo? —preguntó luego.
La joven recapacitó y dijo:
—Creo que la señorita Leatheran es la peor víbora de todas.
—¡Ah! ¿Le sería fácil presentármela... de una manera casual, a ser posible?
—No creo que sea difícil. A estas horas de la mañana todas las viejas andan por el pueblo haciendo sus compras. Nos bastará dar un paseo por la calle Mayor.
Tal como dijo Jean, no hubo ninguna dificultad en los trámites de la presentación. Jean se detuvo ante la estafeta de Correos y se dirigió a una mujer alta y delgada, de mediana edad, en cuya cara destacaba una nariz afilada y unos ojos agudos e inquisitivos.
—Buenos días, señorita Leatheran.
—Buenos días, Jean. Qué día tan estupendo, ¿verdad?
Los astutos ojos de la mujer exploraron detenidamente al acompañante de la joven.
—Permítame que le presente a monsieur Poirot, que estará en el pueblo durante unos pocos días.

3

Mientras mordisqueaba delicadamente una pasta y sostenía sobre las rodillas una taza de té, Hércules dejó que la conversación se hiciera más confidencial entre él y la señorita Leatheran. La mujer había tenido la amabilidad de invitarlo a tomar el té y, por consiguiente, se hizo el firme propósito de averiguar exactamente qué se proponía hacer en el pueblo aquel pequeño y raro extranjero.

Durante algún tiempo el detective fue refrenando con habilidad los intentos de la vieja solterona para hacerle hablar... con lo que consiguió excitar aún más la curiosidad de ella. Luego, cuando juzgó que había llegado el momento, se inclinó hacia delante.

—¡Ah, señorita Leatheran! —exclamó—. He de reconocer que es usted demasiado lista para mí. Adivinó usted mi secreto. He venido a este pueblo a requerimiento del Ministerio de la Gobernación. Pero, por favor —bajó la voz—, no haga uso de esta información.

—Desde luego, desde luego —la señorita Leatheran se sintió halagada y emocionada hasta lo más íntimo de su ser—. El Ministerio de la Gobernación..., ¿no querrá usted referirse... a la pobre señora Oldfield?

Poirot, lentamente, hizo varios signos afirmativos con la cabeza.

—¡Bien, bien! —la mujer exhaló con estas palabras toda una gama de emociones agradables.

—Como comprenderá, es un asunto muy delicado —dijo Poirot—. Tengo orden de informar sobre si hay suficientes motivos o no para una exhumación.

—¡Van a desenterrar a la pobrecita! —exclamó la señora Leatheran —. ¡Qué horror!

Si hubiera dicho: «¡Qué estupendo!», en lugar de: «¡Qué horror!», las palabras hubieran cuadrado mejor al tono de su voz.

—¿Cuál es su opinión sobre el caso, señorita Leatheran?

—Pues verá, monsieur Poirot; se han dicho muchas cosas. Pero yo nunca hice caso de ellas. Ya sabe cuántas habladurías infundadas circulan por ahí. No hay duda de que el doctor Oldfield se ha portado de una forma rara desde que ocurrió la muerte de su mujer, pero yo siempre dije que no había por qué asociarlo a una conciencia culpable. Pudo ser, simplemente, el efecto de la pena que sentía. Desde luego, él y su mujer no se tenían mucho afecto. Y esto sí que lo sé... de buena tinta. La enfermera Harrison, que cuidó de la señora Oldfield durante tres o cuatro años, hasta que murió, está conforme con tal afirmación. Y, además, siempre me ha parecido, ¿sabe usted?, que la enfermera sospecha algo... No creo que ella haya dicho nada por ahí, pero por la forma en que habla se puede deducir, ¿no le parece?

Poirot comentó con tristeza:

—¡Existen tan pocos indicios sobre los que pueda uno trabajar...!

—Sí; ya lo sé, monsieur Poirot; pero si exhuman el cadáver lo sabrán todo.

—Desde luego —convino el detective—. Entonces lo sabremos todo.

—Ya han ocurrido casos como éste, desde luego —dijo la señorita Leatheran, temblándole las aletas de la nariz con excitación—. El de Armstrong, por ejemplo, y el de aquel otro hombre no me acuerdo de su nombre... y el de Crippen, desde luego. Siempre me pregunto si Ethel le Neuve fue su cómplice. Desde luego Jean Moncrieffe es una muchacha muy agradable, se lo aseguro... no me atrevería a decir que influyera sobre él..., pero los hombres hacen muchas tonterías por una chica, ¿no le parece? Y, desde luego, estuvieron siempre demasiado juntos.

Poirot no replicó. La miró con expresión inocente e inquisitiva, calculada para producir un nuevo lujo de información. En su fuero interno se estaba divirtiendo al contar las veces que repetía las palabras «desde luego».

—Y, desde luego —siguió ella—, con la autopsia y todo lo demás, saldrán a relucir muchas cosas, ¿verdad? Me refiero a los sirvientes. Los criados están enterados siempre de muchas interioridades, ¿no le parece? Y, desde luego, es completamente imposible impedirles que se entreguen a la murmuración, ¿verdad? Beatrice, la criada de los Oldfield, fue despedida casi inmediatamente después del entierro... Siempre me pareció una cosa rara... en especial, si se piensa en las dificultades con que se tropieza hoy para encontrar servidumbre. Da la impresión de que el doctor Oldfield tuviera miedo de que ella supiera demasiado.

—Me estoy convenciendo de que existen suficientes motivos para iniciar una investigación —dijo solemne Poirot.

La señorita Leatheran se estremeció con aparente repugnancia.

—No es muy agradable la idea —dijo—. Pensar que nuestro apacible pueblecito aparecerá en los periódicos... y en toda la publicidad que se dará al caso...

—¿Eso le preocupa?

—Un poco. Estoy algo chapada a la antigua.

—Y, como dice usted, posiblemente todo se reducirá a unas cuantas habladurías.

—Bueno... yo no diría tanto. Pues sepa usted que hay mucha verdad en el refrán de que cuando el río suena, agua lleva.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo —admitió Poirot.

El detective se levantó.

—¿Puedo fiarme de su discreción, mademoiselle?

—¡Oh, desde luego! No diré ni una palabra a nadie.

Poirot sonrió y se despidió.

En el vestíbulo, al recoger el sombrero de manos de una doncella,

dijo:

—He venido a investigar las circunstancias que concurrieron en la muerte de la señora Oldfield, pero te agradeceré que guardes la más estricta reserva sobre ello.

Gladys, que así se llamaba la chica, casi se desplomó sobre el paragüero. Respirando con excitación, preguntó:

—Oh, señor, ¿entonces fue el doctor quien lo hizo?

—Así lo has creído desde hace tiempo, ¿no es cierto?

—Bueno, señor; no he sido yo quien lo ha creído. Fue Beatrice. Estaba allí cuando murió la señora Oldfield.

—Y ella cree que hubo... —Poirot seleccionó cuidadosamente las melodramáticas palabras— «juego sucio».

Gladys afirmó agitadamente:

—Sí; eso cree. Y dice que la enfermera también está convencida de lo mismo. La enfermera Harrison. Quería mucho a la señora Oldfield y tuvo un disgusto terrible cuando se murió. Beatrice dice que la enfermera Harrison sabía algo, porque después de ocurrir el fallecimiento se puso decididamente frente al doctor, cosa que no hubiera hecho de no haber sucedido algo irregular, ¿no le parece?

—¿Dónde está ahora la enfermera Harrison?

—Cuida de la anciana señorita Bristow... en las afueras del pueblo. Encontrará la casa con facilidad. Tiene un porche delantero sostenido por columnas.

4

Poco después, Hércules Poirot estaba sentado frente a la persona que, sin duda alguna, sabía más cosas que nadie sobre las circunstancias que dieron origen a los rumores.

La enfermera Harrison era una mujer, guapa todavía, cuya edad rondaba los cuarenta años. Tenía las serenas facciones de una *madonna,* con ojos oscuros, grandes y de expresión afable. Escuchó atentamente al detective y luego dijo con lentitud:

—Sí; ya sabía que circulaban por ahí esos desagradables rumores. He hecho lo que he podido para impedirlo, pero ha sido inútil. A la gente le encantan estas emociones.

—Pero debe de haber ocurrido algo que haya dado lugar a esas habladurías, ¿verdad? —preguntó Poirot.

El detective notó que la expresión de zozobra reflejada en la cara de ella se acentuaba aún más. Pero la mujer se limitó a negar con la cabeza.

—Tal vez —sugirió Poirot— el doctor Oldfield y su esposa no se llevaran bien y eso dio lugar a los rumores.

La enfermera Harrison volvió a sacudir la cabeza con decisión.

—No. El doctor Oldfield fue siempre muy amable y paciente con su esposa.

—¿Estaba realmente muy enamorado de ella?

La mujer titubeó.

—No... no lo podría asegurar. La señora Oldfield era una mujer muy difícil de manejar; no estaba contenta de nada y hacía constantes peticiones de simpatía y atención que no siempre estaban justificadas.

—¿Quiere usted decir que la señora exageraba su condición?

La enfermera asintió.

—Sí... su propia salud era, mayormente, cosa de su propia imaginación.

—Y, sin embargo —observó Poirot con gravedad—, falleció...

—Sí; ya lo sé... ya lo sé...

El detective la contempló durante unos instantes. Veía su turbada confusión y su palpable incertidumbre.

—Creo... estoy seguro —dijo Poirot— de que usted sabe lo que, en principio, dio lugar a todas estas historias.

La enfermera Harrison se sonrojó.

—Bueno... —dijo—, tal vez lo pueda conjeturar. Creo que fue la criada, Beatrice, quien inició los rumores y me figuro qué fue lo que le puso tal idea en la cabeza.

—¿De veras?

La mujer habló con alguna incoherencia.

—Fue algo que tuve ocasión de escuchar... un fragmento de conversación entre el doctor Oldfield y la señorita Moncrieffe. Y estoy completamente segura de que Beatrice lo oyó también, aunque supongo que ella no lo admitiría nunca.

—¿Cuál fue esa conversación?

La enfermera calló durante uno instante, como si comprobara la fidelidad de su memoria. Luego dijo:

—Ocurrió tres semanas antes del ataque que causó la muerte de la señora Oldfield. Ellos se encontraban en el comedor y yo bajaba la escalera cuando oí que Jean Moncrieffe decía: «¿Cuánto va a durar esto? No estoy dispuesta a esperar más.» Y el doctor le contestó: «Ya queda poco, querida, te lo juro.» Ella repitió: «No puedo soportar esta espera. ¿Crees que todo irá bien?» «Desde luego. Nada puede salir mal. Dentro de un año, por estas fechas, estaremos casados», respondió él.

La mujer hizo una pausa.

—Ésta fue la primera noticia que tuve, monsieur Poirot, de que había algo entre el doctor y la señorita Moncrieffe. Yo sabía que él sentía gran admiración por ella y que ambos eran muy buenos amigos, pero nada más. Volví a subir la escalera... sufrí una fuerte impresión..., pero me había dado cuenta de que la puerta de la cocina estaba abierta y desde entonces pienso que Beatrice debió de estar escuchando. Como podrá usted ver, lo que hablaron podía tomarse en dos sentidos. Podía significar tan sólo que el doctor sabía que su esposa estaba muy enferma y no podría sobrevivir mucho más... y no tengo ninguna duda de que esto fue lo que quiso decir..., pero para alguien como Beatrice debió parecer la cosa diferente... como si el doctor y Jean Moncrieffe estuvieran... bueno... estuvieran planeando deliberadamente librarse de la señora Oldfield.

—¿Y no lo cree así usted misma?

—No... no; desde luego que no.

Poirot la miró escrutadoramente.

—Enfermera Harrison —dijo—-, ¿sabe usted alguna cosa más? ¿Algo que todavía no me haya dicho?

Ella enrojeció y dijo con violencia:

—No, no; de veras que no. ¿Qué más podría saber?

—No lo sé. Pero creo que debe de haber... algo.

Ella sacudió la cabeza. La expresión turbada de antes volvió a reflejarse en su cara.

Hércules Poirot comentó:

—Es posible que el Ministerio de la Gobernación ordene la exhumación del cadáver de la señora Oldfield.

—¡Oh, no! —la enfermera parecía horrorizada—. ¡Qué cosa más terrible!

—¿Cree usted que lo sería?

—Creo que sería espantoso. Puede imaginarse lo que se diría. Sería

terrible... verdaderamente terrible para el pobre doctor Oldfield.

—¿No opina usted que, en realidad, pudiera ser una cosa favorable para él?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si es inocente —dijo Poirot—, su inocencia quedaría probada.

El detective calló y esperó a que la insinuación enraizara en la mente de la enfermera Harrison. Vio cómo ella fruncía el ceño, perpleja, y luego se aclaraba su frente. Aspiró profundamente el aire y miró a Poirot.

—No había pensado en ello —dijo—. Al fin y al cabo, es la única cosa que se puede hacer.

Se oyeron unos golpes en el techo y la enfermera Harrison se levantó de un salto.

—Es mi paciente, la señorita Bristow. Ya se ha despertado de su siesta. Debo ir a ponerla cómoda antes de que le traigan el té y salga yo a dar mi paseo. Sí, monsieur Poirot; creo que tiene usted razón. Una autopsia aclarará de una vez para siempre este asunto. Pondrá las cosas en su sitio y se acabarán esos chismes contra el pobre doctor Oldfield.

Estrechó la mano de Poirot y salió precipitadamente de la habitación.

5

Hércules Poirot se dirigió a la estafeta de Correos y pidió una conferencia con Londres.

Una voz malhumorada sonó al otro extremo del hilo.

—¿Qué obligación tiene de ir sacando a la luz estos asuntos, mi querido Poirot? ¿Está seguro de que en este caso debemos intervenir nosotros? Ya sabe a qué se reducen muchas veces esas habladurías de pueblo... a nada en absoluto.

—Éste es un caso especial —respondió el detective.

—Bueno... si lo cree así... Tiene usted la desesperante costumbre de estar siempre en lo cierto. Pero si todo esto resulta luego una alarma infundada, no quedaremos muy satisfechos de usted, sépalo.

Poirot sonrió y murmuró:

—No. El que quedará satisfecho seré yo.

—¿Qué ha dicho? No le oigo.

—Nada. Nada de particular.

Colgó el teléfono.

Cuando salió de la cabina se apoyó en el mostrador de la oficina de Correos. Utilizando su tono de voz más atractivo, preguntó:

—¿Por casualidad podría decirme, madame, dónde reside actualmente la criada que estuvo con el doctor Oldfield? Creo que se llama Beatrice.

—¿Beatrice King? Desde entonces estuvo sirviendo en dos casas. Ahora está con la señora Marley, que vive al lado del Banco.

Poirot le dio las gracias y compró dos postales, un librito de sellos y un ejemplar de la cerámica local. Mientras efectuaba estas compras se las arregló para derivar la conversación hacia la muerte de la señora Oldfield. Se dio cuenta en seguida de la peculiar expresión furtiva que adoptó la cara de la encargada de la estafeta.

—Muy repentina, ¿verdad? —dijo la mujer—. Ha dado mucho que hablar, según creo lo habrá podido usted oír por ahí...

Por sus ojos pasó un destello de interés cuando preguntó:

—¿Tal vez será para eso por lo que quiere hablar con Beatrice King? Todos vimos algo raro en la forma tan imprevista con que fue despedida. Alguien creyó que la chica sabía algo... y tal vez sea así. Ella ha hecho algunas insinuaciones bastante claras.

Beatrice King era una muchacha bajita de aspecto mojigato y linfático. Su apariencia exterior era de estólida estupidez, pero sus ojos eran mucho más inteligentes de lo que sus maneras hubieran dejado sospechar. Parecía, sin embargo, que no sacaría nada de Beatrice. Se limitó a repetir :

—No sé absolutamente nada... No soy quién para decir lo que ocurrió allí... No sé qué es lo que quiere usted decir con eso de que oí

una conversación entre el doctor y la señorita Moncrieffe. No soy de las que gustan escuchar detrás de las puertas y no tiene usted ningún derecho a decir que yo lo hice. No sé nada.

Poirot preguntó:

—¿Has oído hablar alguna vez del envenenamiento por arsénico?

Un estremecimiento rápido y un furtivo interés se reflejó en el rostro adusto de la muchacha.

—¿Eso es, entonces, lo que había en la botella de la medicina? —inquirió.

—¿Qué botella?

—Una de las botellas de medicina que preparó la señorita Moncrieffe para la señora. La enfermera estuvo muy preocupada... me di cuenta de ello. Probó la medicina, la olió, la vertió en el lavabo y volvió a llenar la botella con agua del grifo. Era una medicina parecida al agua. Y una vez que la señorita Moncrieffe le preparó una tetera a la señora, la enfermera se la llevó otra vez a la cocina y la vació, porque dijo que el té no estaba hecho con agua hirviendo. Claro que todo eso fueron cosas que acerté a ver. Entonces pensé que eran debidas a las costumbres minuciosas y exigentes que tienen algunas enfermeras; pero ahora no sé... tal vez era algo más que eso.

Poirot asintió y dijo:

—¿Te gustaba la señorita Moncrieffe, Beatrice?

—No le hacía nunca caso... Es un poco egoísta. Y siempre he sabido qué está loca por el doctor. No había más que ver la forma cómo lo miraba.

Poirot movió de nuevo la cabeza afirmativamente.

Volvió a la posada y dio determinadas instrucciones a George.

6

El doctor Alan García, analista del Departamento oficial, se frotó las manos e hizo un guiño a Hércules Poirot.

—Bueno —dijo—. Supongo que esto le satisfará, monsieur Poirot. Es usted el hombre que siempre tiene razón.

—Muy amable —replicó el detective.

—¿Qué es lo que le puso a usted sobre la pista? ¿Habladurías acaso?

—Como dicen ustedes... «Entra el rumor, lleno de lenguas pintadas sobre él.»

Al día siguiente Poirot tomó una vez más el tren para Market Loughborough.

El pueblecito hervía de agitación, con el zumbido de una colmena. La excitación había empezado aunque suavemente, cuando se hicieron los preparativos para la exhumación.

Y ahora que los descubrimientos de la autopsia habían trascendido, la conmoción había llegado a su más alto grado de temperatura.

Hacía cerca de una hora que Poirot estaba en la posada y justamente acababa de tomar una sustanciosa comida compuesta por carne y un «pudding» de riñones, regado todo ello con buena cerveza, cuando le avisaron que una señora quería hablar con él.

Era la enfermera Harrison. Tenía el rostro blanco y ojeroso.

Se dirigió en derechura hacia Poirot.

—¿Es verdad...? ¿Es verdad lo que dicen, monsieur Poirot?

—Sí. Se ha encontrado arsénico en cantidad más que suficiente para causar la muerte.

La enfermera Harrison exclamó:

—Nunca pensé... ni por un momento pensé... —y se echó a llorar.

Poirot comentó con dulzura:

—Ya sabe usted que siempre la verdad ha de resplandecer.

Ella sollozó.

—¿Lo ahorcarán?

—Tienen que probarse muchas cosas todavía... —contestó el detective—. Oportunidad... acceso al veneno... vehículo con que fue administrado...

—Pero suponiendo, monsieur Poirot, que él no tenga nada que ver con ello... nada en absoluto...

—En ese caso —Poirot se encogió de hombros—, será absuelto.

La enfermera Harrison dijo lentamente:

—Hay algo... algo que, según creo, debí decirle antes... Mas no pensé que, en realidad, pudiera haber resultado esto. Fue una cosa... rara.

—Ya sabía yo que había algo más —respondió Poirot—. Sería

conveniente que me lo dijera ahora.

—No es mucho. Solamente que un día, cuando bajé al dispensario a buscar una cosa, Jean Moncrieffe estaba haciendo algo...

—¿De veras?

—Parece una tontería. Tan sólo fue que ella estaba rellenando su estuche de polvos para la cara... un estuche esmaltado, de color rosa...

—¿Sí?

—Pero no lo estaba rellenando de polvos... polvos para la cara quiero decir. Estaba vertiendo en él unos polvos que contenía una de las botellas del armario de los venenos. Cuando ella me vio se sobresaltó y cerró el estuche y lo guardó en el bolso, y puso rápidamente la botella en el armario para que no viera lo que era. Yo hubiera dicho que todo ello no tenía ningún significado..., pero ahora sé que la señora Oldfield fue envenenada... —calló de pronto.

—¿Me perdona un momento? —dijo Poirot.

Salió de la habitación y telefoneó al sargento Grey, detective de la policía de Berkshire.

Cuando volvió tomó asiento y tanto él como la enfermera Harrison guardaron silencio.

Con la imaginación veía Poirot la cara de una muchacha pelirroja y la que con su voz clara y fuerte decía: «No estoy de acuerdo con usted.» Jean Moncrieffe no deseaba que se hiciera la autopsia. Dio una excusa bastante plausible, pero el hecho subsistía. Una muchacha competente, eficiente... resuelta. Enamorada de un hombre ligado a una esposa enferma y quejumbrosa, cuya vida podía durar años y años, ya que, según lo dicho por la enfermera Harrison, sus males eran principalmente imaginarios.

Hércules Poirot suspiró.

—¿En qué piensa usted? —preguntó la enfermera.

—Lo malo de estas cosas... —contestó Poirot.

—No creo de ninguna forma que él supiera algo del asunto.

—No. Estoy seguro de que él no sabía nada.

Se abrió la puerta y entró el sargento Grey. En la mano llevaba un objeto envuelto en un pañuelo de seda. Lo desenvolvió y lo depositó cuidadosamente. Era un estuche esmaltado, de brillante color de rosa.

—Ése es el que vi —exclamó la enfermera Harrison.

—Lo hemos encontrado en el fondo de un cajón de la cómoda que hay en la habitación de la señorita Moncrieffe, dentro de una cajita de pañuelos. Por lo que veo, no hay huellas digitales en él, pero he de tener especial cuidado.

Con el pañuelo sobre la mano, apretó el resorte y la cajita se abrió.

—Esto no es polvo para la cara —elijo Grey.

Tomó un poco con la punta del dedo y lo probó con la lengua.

—No sabe a nada en particular.

—El arsénico blanco no tiene gusto alguno —dijo Hércules Poirot.

—Lo analizaremos en seguida —anunció Grey. Miró a la enfermera Harrison—. ¿Puede usted jurar que ésta es la misma caja?

—Sí. Estoy segura. Ése es el estuche que vi en poder de la señorita Moncrieffe cuando bajé al dispensario, una semana antes de que muriera la señora Oldfield.

El sargento Grey suspiró. Miró a Poirot e hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Poirot tocó el timbre.

—Digan a mi criado que venga, por favor.

George, el perfecto sirviente, discreto y callado, entró y miró inquisitivamente a su señor. Hércules Poirot dijo:

—Ha identificado usted este estuche de polvos, señorita Harrison, como el que vio en poder de la señorita Moncrieffe, hace cosa de un año. Se sorprenderá de saber que esta cajita, en particular, fue vendida por los Almacenes Woolworth hace unas pocas semanas y que, además, es de un modelo y color que solamente se ha fabricado durante los tres últimos meses.

La enfermera dio un respingo y miró fijamente a Poirot con sus ojos grandes y oscuros.

—¿Ha visto este estuche antes de ahora, George? —preguntó el detective.

George dio un paso adelante.

—Sí, señor. Yo vi cómo esta persona, la enfermera Harrison, lo compraba en los Almacenes Woolworth el viernes, día dieciocho. Siguiendo las instrucciones que me dio usted fui detrás de esta señorita para vigilar sus movimientos. Tomó un autobús el día que he mencionado y fue a Darmington, donde compró esta cajita. Después volvió a su casa. Más tarde, el mismo día, se dirigió hacia donde se hospeda la señorita Moncrieffe. De acuerdo con las instrucciones que tenia ya estaba yo en dicha casa. Vi cómo ella entraba en el dormitorio de la señorita Moncrieffe y escondía el estuche en el fondo de uno de los cajones de la cómoda. Lo pude ver muy bien por una rendija de la puerta. Después esta señora salió de allí creyendo que nadie la había visto. Puede decirse que en este pueblo nadie cierra la puerta de la calle y entonces estaba anocheciendo.

Poirot se dirigió a la enfermera Harrison con voz dura y en tono mordaz.

—¿Puede usted explicar estos hechos, enfermera Harrison? Creo que no. No había arsénico en esa cajita cuando salió de los Almacenes Woolworth, pero sí lo contenía cuando salió de la casa de la señorita Bristow —y añadió suavemente—: No fue usted muy prudente al guardar una reserva de arsénico en su poder.

La mujer sepultó la cara entre las manos. Con voz baja y empañada, dijo:

—Es verdad... todo es verdad... yo la maté. Y todo para nada...

nada... estaba loca...

7

—Debo pedirle que me perdone, monsieur Poirot —dijo Jean Moncrieffe—. Estaba muy enojada con usted... terriblemente enojada. Me parecía que estaba usted empeorando las cosas.

Poirot sonrió.

—Eso es lo que hice al empezar —dijo—. Era como en la vieja leyenda de la hidra de Lerna. Cada vez que se cortaba una cabeza nacían dos en su lugar. Al principio, los rumores crecían y se multiplicaban. Pero, al igual que mi tocayo Hércules, mi objetivo era llegar a la primera cabeza... a la original. ¿Quién empezó las habladurías? No me costó mucho tiempo el descubrir que tal persona fue la enfermera Harrison. Fui a verla... parecía ser una mujer agradable... inteligente y simpática. Pero a poco de hablar conmigo cometió una gran equivocación: repitió una conversación que oyó, sostenida entre usted y el doctor; mas esa conversación era falsa. Psicológicamente era inverosímil. Si usted y el doctor habían planeado matar a la señora Oldfield, eran ambos bastante inteligentes y equilibrados para no hablar de ello en una habitación con una puerta abierta y donde podían ser fácilmente oídos por cualquiera que bajara la escalera o estuviera en la cocina. Además, las palabras que le atribuía a usted no encajaban con su modo de ser. Eran las palabras de una mujer mucho más vieja y de un tipo completamente diferente. Eran palabras que podían haber sido imaginadas por la enfermera Harrison para ser utilizadas por ella misma en circunstancias parecidas.

»Por entonces —continuó Poirot— ya había considerado yo el asunto como una cuestión simple en extremo. Me había dado cuenta de que la enfermera Harrison era una mujer no muy vieja y todavía hermosa..., había tenido un contacto constante con el doctor Oldfield durante cerca de tres años. El doctor la apreciaba mucho y le estaba agradecido por su tacto y simpatía. Ella se hizo la ilusión de que si la señora Oldfield moría, el doctor le rogaría, con seguridad, que se casara con él. Pero, en lugar de ello, después de la muerte de la mujer se enteró que el doctor estaba enamorado de usted. Sin perder momento, guiada por la cólera y los celos, empezó a esparcir el rumor de que el doctor Oldfield había envenenado a su esposa. Así era cómo yo había visto la situación en principio —prosiguió el detective—. Era el caso de una mujer celosa y de un rumor falso; pero el conocido refrán de que cuando el río suena, agua lleva, me venía a la cabeza una y otra vez. Me pregunté si la enfermera Harrison había hecho algo más que esparcir un rumor. Algunas cosas que ella dijo sonaban un poco extrañamente. Me contó que la enfermedad de la señora Oldfield era, en su mayor parte,

imaginaria... que en realidad no sufría muchos dolores. Pero el propio doctor no tenía ninguna duda acerca de la realidad de la dolencia que padecía su esposa. Su muerte no le había sorprendido. Consultó a otro médico antes de ocurrir el fallecimiento y su colega había convenido en la gravedad de su estado. A modo de ensayo, adelanté la propuesta de la exhumación... La enfermera Harrison se asustó terriblemente ante tal idea. Pero luego, casi de repente, los celos y el odio se apoderaron de ella. Aunque encontraran arsénico, ninguna sospecha recaía sobre su persona. El doctor y Jean Moncrieffe serían quienes pagarían las consecuencias. No quedaba más que una esperanza —agregó Poirot—. Hacer que la enfermera Harrison se pasara de lista. Si existiera una posibilidad de que Jean Moncrieffe pudiera escapar, me figuré que la Harrison no dejaría piedra por remover con tal de verla complicada en el crimen. Di instrucciones a mi fiel George; el más discreto de los hombres y a quien ella no conocía. Debía seguirla sin perderla de vista. Y de esta forma... todo acabó bien.

—Ha sido usted maravilloso —comentó Jean Moncrieffe.

El doctor Oldfield intervino.

—Sí; de veras —dijo—. Nunca podré darle bastantes gracias. ¡Qué tonto y ciego fui!

—¿Fue usted también tan ciega, mademoiselle? —preguntó Poirot.

La joven contestó lentamente:

—Estuve muy angustiada. El arsénico del armario de los venenos no coincidía con la cantidad que yo tenía anotada...

Oldfield exclamó:

—¡Jean...! ¿No creerías que...?

—No, no. Tú no. Lo que pensé fue que la señora Oldfield se había apoderado de él... y que lo estaba utilizando con el fin de producirse una dolencia y atraerse la simpatía de los demás; pero que por inadvertencia había tomado una dosis excesiva. Temí que si se practicaba la autopsia y encontraban arsénico nunca tomarían en consideración tal teoría y llegarían a la conclusión de que tú lo habías hecho. Por eso nunca dije nada sobre el arsénico que faltaba. Hasta falsifiqué el registro de los venenos. Pero la última persona de quien hubiera sospechado era de la enfermera Harrison.

—Yo también... —dijo Oldfield—. Una mujer tan femenina y tan dulce... como una «madonna».

Poirot comentó con tristeza:

—Sí; posiblemente hubiera sido una buena esposa y madre... Pero sus emociones eran demasiado fuertes para ella —exhaló un suspiro y murmuró para sí mismo—: Ésa ha sido la lástima.

Luego dirigió una sonrisa al hombre de aspecto feliz y a la muchacha de cara vehemente que se sentaban frente a él. Pensó para sus adentros:

«Esos dos han salido de la sombra para disfrutar del sol... y yo...

he llevado a cabo el segundo "trabajo" de Hércules.»

CAPÍTULO III
LA CORZA DE CERINEA

1

Hércules Poirot dio con los pies contra el suelo buscando la forma de calentarlos. Luego se sopló los dedos. Copos de nieve se deshacían sobre su bigote.

Sonó un golpe en la puerta y apareció una criada. Era una muchacha campesina, de lenta respiración y rechonchos contornos, que miró con no poca curiosidad a Poirot. Era posible que la joven no hubiera visto jamás una cosa como aquélla.

—¿Ha llamado usted? —preguntó.

—Sí. ¿Tendría la amabilidad de encender el fuego?

La chica salió y volvió al cabo de un rato trayendo consigo papel y astillas. Se arrodilló ante la gran chimenea de estilo victoriano y empezó a encender el fuego.

Poirot continuó golpeando los pies, agitando los brazos y soplándose los dedos.

El detective estaba contrariado. Su coche, su costoso «Messarro Gratz», no se había conducido a la perfección mecánica que él esperaba de un automóvil. Y su chófer, un joven que disfrutaba de sustancioso salario, no había tenido ningún éxito al querer arreglar las cosas. El coche se había detenido definitivamente en una carretera secundaria, a milla y media del lugar habitado más cercano, en el mismo momento en que empezaba a caer una buena nevada. Hércules Poirot, que llevaba como de costumbre unos elegantes zapatos de charol, se vio obligado a recorrer milla y media que le separaba del pueblo de Hartly Dene; una localidad que durante todo el verano estaba bastante animada, pero que en invierno parecía casi desierta. El «Cisne Negro» registró cierta consternación ante la llegada de un huésped. El posadero estuvo hasta elocuente cuando insinuó que el garaje del pueblo podría proporcionar un coche para que el caballero pudiera seguir su viaje.

Poirot rechazó la sugestión. Su arraigado sentido de la economía se sintió ofendido. ¿Alquilar un coche? Ya tenía él uno... grande... y de los caros. En este automóvil y no en ningún otro se había propuesto continuar su viaje de regreso a la ciudad. Y de cualquier modo, aunque la reparación se realizara con toda rapidez, con la nieve que caía, no podría irse, por lo menos, hasta la mañana siguiente. Pidió una habitación, fuego y comida. Dando un suspiro de desaliento, el posadero lo llevó hasta la habitación, ordenó a la criada que se cuidara del fuego y se retiró a discutir con su mujer el problema de la

comida.

Una hora más tarde, con los pies extendidos hacia el agradable calor de las llamas, Poirot reflexionó indulgentemente sobre lo que acababa de comer. En realidad, la carne había sido dura y cartilaginosa; las coles de Bruselas, grandes, descoloridas e insípidas; las patatas, asimismo, tenían un corazón de piedra. Tampoco se podía alabar la ración de manzana asada con natillas que siguió. El queso estaba duro y las galletas blandas. No obstante, pensó Poirot mientras miraba con agrado las vacilantes llamas y daba delicados sorbos a una taza llena de un lodo líquido eufóricamente llamado café, mejor era tener el estómago lleno que vacío; y después de haber chapoteado por senderos cubiertos de nieve, llevando zapatos de charol, el sentarse frente a un buen fuego era como encontrarse en la gloria.

Sonó un golpecito en la puerta y apareció la criada.

—Perdone, señor; ha venido un hombre del garaje y desea hablar con usted.

Poirot replicó con amabilidad:

—Dígale que suba.

La muchacha soltó una risita y se retiró. Poirot consideró benévolamente que la descripción que de él diera la joven a sus amigos les proporcionaría diversión para muchos días.

Se oyó otro golpe dado en la puerta... un golpe diferente... y el detective invitó:

—Pase.

Levantó la vista y miró con aprobación al joven que entró y se quedó parado, con aire confuso, dando vueltas a la gorra que llevaba en las manos.

«He aquí —pensó Poirot—, uno de los más bellos ejemplares de la raza blanca que jamás vi; un joven sencillo con la apariencia externa de un dios griego.»

El muchacho habló con voz baja y ronca:

—Es acerca del coche, señor; lo hemos traído al pueblo y hemos encontrado el origen de la avería. Estará arreglado dentro de una hora o poco más.

—¿Qué es lo que se ha descompuesto? —preguntó Hércules Poirot.

El joven se lanzó ansiosamente a explicar detalles técnicos y el detective movió de cuando en cuando la cabeza, aunque sin escuchar lo que el otro le decía. La perfección física era una de las cosas que más admiraba. Opinaba que existían en el mundo demasiadas falsificaciones en aquel aspecto.

Murmuró para sí mismo: «Sí; un dios griego... un joven pastor de la Arcadia.»

El joven calló de pronto. Fue entonces cuando las cejas de Poirot se fruncieron durante un segundo. Su primera reacción había sido estética; pero la segunda fue mental. Cerró un poco los ojos con

curiosidad cuando levantó la mirada.
—Comprendo —dijo—. Sí; ya comprendo —hizo una pausa y luego añadió—: Mi chófer ya me explicó todo lo que acaba usted de explicarme detalladamente.
Vio el color subir a las mejillas del muchacho y la súbita contracción de los dedos sobre la gorra que sostenían.
El mecánico tartamudeó:
—Sí... ejem... sí, señor. Ya lo sé.
Hércules Poirot prosiguió con suavidad:
—Pero pensó usted que sería mejor venir en persona a decírmelo, ¿verdad?
—Ejem... sí, señor. Pensé que sería preferible.
—Eso demuestra que es usted muy concienzudo en sus cosas. Muchas gracias.
En las últimas palabras había un ligero pero inconfundible acento de despedida; mas Poirot no esperaba que el otro se fuera, y acertó. El joven no se movió.
Movía los dedos convulsivamente, estrujando fuertemente la gorra.
Al fin dijo con voz baja y turbada:
—Ejem... perdone, señor..., ¿no es cierto que es usted detective...? ¿Es usted el señor Hércules Poirot? —pronunció el nombre con todo cuidado.
—Eso es —contestó Poirot.
El color de la cara del joven creció en intensidad.
—Leí un artículo sobre usted en un periódico.
—¿De veras?
La cara del muchacho era ahora de color escarlata. Había en sus ojos una expresión de angustia y de súplica a la vez. Hércules Poirot acudió en su ayuda.
—¿De veras? —repitió—. ¿Qué es lo que quiere de mí?
Las palabras salieron entonces como un torrente de la boca del joven.
—Temo que considerará esto como una desfachatez por mi parte, señor. Pero ya que por casualidad ha venido usted a este pueblo... bueno... es una oportunidad que no puedo desaprovechar. Y más, sabiendo quién es usted y de qué forma tan admirable resuelve los casos. De cualquier modo, me dije, creo que debo consultarle. No hay ningún inconveniente en ello, ¿verdad?
Poirot sacudió la cabeza.
—¿Necesita usted que le ayude en algo? —preguntó.
El joven asintió y con voz ronca dijo:
—Se trata... se trata de una muchacha. Quisiera saber si... si se encargaría usted de buscarla por mi cuenta.
—¿Buscarla? ¿Es que ha desaparecido?
—Eso es, señor.
Poirot se irguió en su asiento y dijo con sequedad:

—Sí; tal vez le podría ayudar. Pero a quien debe usted acudir es a la policía. Ellos se ocupan en estas cosas y tienen a su disposición más medios que yo.

El muchacho restregó los pies en el suelo y con acento indeciso, observó:

—No puedo hacer eso, señor. No se trata de una cosa así. A decir verdad, es algo extraordinario.

Poirot le miró fijamente y luego le indicó una silla.

—*Eh bien;* si es así, siéntese... ¿Cómo se llama usted?

—Williamson, señor. Ted Williamson.

—Siéntese, Ted. Cuénteme todo lo que ocurrió.

—Gracias, señor.

Acercó una silla y se sentó cuidadosamente en el borde de ella. Sus ojos tenían todavía aquella expresión perruna de súplica.

—Cuénteme —repitió Poirot.

Ted Williamson aspiró profundamente el aire.

—Pues verá usted, señor. Ocurrió de esta forma. Yo no la vi más que aquella vez. Y no sé nada más de ella, ni siquiera su nombre. Pero todo ha sido muy raro; la devolución de mi carta y todo lo demás...

—Empiece por el principio —interrumpió Poirot—. No se dé prisa, cuénteme las cosas tal como sucedieron, sin descuidarse nada.

—Sí, señor. Bueno..., tal vez conocerá usted Grasslawn, señor: esa gran finca de recreo que hay junto al río, una vez pasado el puente que lo cruza.

—No tengo ni la menor idea.

—Pertenece a sir George Sanderfield, quien la utiliza durante el verano para pasar los fines de semana y para organizar partidas de caza o de pesca. Acostumbra traer gente alegre y divertida; gente de teatro y cosas parecidas. Y esto ocurrió el pasado mes de junio... la radio se estropeó y me llamaron para que la arreglara.

Poirot asintió con la cabeza.

—Así es que fui a ver lo que pasaba —continuó el joven—. El dueño de la casa y los invitados estaban en el río; la cocinera había salido y el mayordomo fue a servir las bebidas en la lancha donde paseaba su señor y los demás. En la casa sólo había quedado aquella muchacha. Era la doncella de una de las invitadas. Me hizo entrar y me llevó hasta donde estaba la radio. Ella se quedó allí mientras yo trabajaba. Así es que nos pusimos a charlar... Se llamaba Nita, según me dijo, y era la doncella de una bailarina rusa que había sido invitada por sir George.

—¿De qué nacionalidad era? ¿Inglesa?

—No, señor. Debía ser francesa, según creo. Tenía un acento muy curioso, pero hablaba bien el inglés. Ella... se mostró amigable desde el principio, y por ello, al cabo de un rato, le pregunté si podría salir aquella noche para ir al cine, pero me contestó que su señora la

necesitaría. Sin embargo, dijo que podría salir a primera hora de la tarde, porque los demás no regresarían del río hasta el anochecer. En resumen, aquella tarde hice fiesta sin pedir permiso, lo que por poco me cuesta el empleo, y nos fuimos a dar un paseo por la orilla del río.

Se detuvo, una ligera sonrisa distendió sus labios, mientras sus ojos, con expresión soñadora, parecían rememorar aquellos momentos.

—Era bonita, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Era la cosa más preciosa que pueda usted imaginar. Su pelo era como el oro... lo llevaba recogido a ambos lados, como dos alas. Y tenía una manera tan fácil y alegre de andar, que daba gloria verla. Yo... no... bueno... me enamoré de ella sin más preámbulos, señor. No tengo por qué ocultarlo.

Poirot hizo un nuevo gesto afirmativo con la cabeza y el muchacho prosiguió:

—La chica me dijo que su señora volvería dentro de una quincena y quedamos de acuerdo para vernos otra vez —hizo una pausa—. Pero no volvió nunca más. La esperé en el sitio convenido, pero no vino; hasta que decidí ir hasta la casa y preguntar por ella. Me dijeron que la bailarina rusa estaba allí y su doncella también. Fueron a buscarla, pero cuando llegó vi que no era Nita. Era una muchacha morena y de aspecto desenvuelto y descarado. Se llamaba Marie. «¿Quería usted verme?», me dijo con acento gazmoño. Debió darse cuenta de mi sorpresa. Le pregunté si era la doncella de la señora rusa y le dije algo acerca de que ella no era la que yo conocí antes. Entonces empezó a reír y me contestó que la última doncella había sido despedida súbitamente hacía pocos días. «¿Despedida?», pregunté—. «¿Y por qué?» La chica se encogió de hombros y extendió las manos. «¿Cómo quiere que lo sepa?», dijo. «No estaba yo allí.»

«Pues bien, señor: todo aquello me dejó desconcertado. De momento no supe qué decir, pero después me armé de valor y me las arreglé para ver otra vez a Marie con el fin de pedirle que me diera la dirección de Nita. No le dejé sospechar siquiera que desconocía incluso su apellido. Le prometí que le haría un regalo si me proporcionaba las señas que me interesaban, pues Marie era de las que no trabajaban en balde. Me facilitó la dirección, unas señas de North London, y escribí a Nita. Pero a los pocos días me devolvieron la carta, indicando que el destinatario no vivía ya allí.

Ted Williamson calló. Sus ojos fijos de profundo color azul se clavaron en Poirot.

—¿Se ha dado cuenta, señor? —preguntó—. No es un caso para la policía. Pero necesito encontrarla, aunque no sé ni por dónde empezar. Si... si pudiera hacerlo usted por mí... —el color de su cara subió de tono—. Tengo... tengo algo guardado. Puedo disponer de cinco libras... o de diez acaso.

—No necesitamos, de momento, discutir el aspecto monetario de la

cuestión. Primero, recapacite sobre este punto... Esa muchacha, Nita..., ¿sabe su nombre de usted y dónde trabaja?

—Sí, señor.

—¿Pudo ponerse en contacto con usted, si lo hubiera deseado?

Ted respondió con lentitud.

—Sí, señor.

—¿No cree, entonces, tal vez...?

El joven le interrumpió.

—Quiere usted decir que yo me enamoré de ella, pero que ella no me corresponde, ¿verdad? Quizá sea cierto en un sentido... Pero yo le gustaba... le gustaba... aquello no fue un mero pasatiempo para ella. He recapacitado sobre todo esto y tengo la seguridad de que debe existir un motivo para lo que ha ocurrido. Ya sabe usted que estaba mezclada con una pandilla bastante divertida. Debió de encontrarse en algún apuro... ya sabe a qué me refiero.

—¿Cree usted que se vio envuelta en circunstancias deshonrosas para ella? ¿Por culpa de usted?

—Mía, no, señor —Ted enrojeció—. Entre ella y yo no hubo nada censurable.

Poirot lo miró con aspecto pensativo y murmuró:

—Y si lo que usted supone es cierto... ¿todavía desea encontrarla?

El rubor volvió a crecer de punto en la cara de Ted.

—Sí; lo deseo, y no hay más que hablar. Quiero casarme con ella, si accede. Y no me importa absolutamente nada la clase de lío en que haya podido verse envuelta. Si se decidiera usted a buscarla...

Hércules Poirot sonrió y dijo para sí mismo:

—«Cabellos como alas de oro.» Sí, creo que éste es el tercer «trabajo» de Hércules... Si la memoria no me falla, creo que aquello ocurrió en Arcadia.

2

Poirot miró con aspecto pensativo el trozo de papel en que Ted Williamson había escrito laboriosamente un nombre y una dirección.

Señorita Valetta; 17, Upper Renfrew Lane, número 15.

Dudaba de que pudiera conseguir algo en aquellas señas. Es más, estaba seguro de que no se enteraría de muchas cosas. Pero había sido la única pista que Ted le pudo ofrecer.

Upper Renfrew Lane era una calle apartada pero respetable. Una mujer corpulenta, de ojos legañosos, abrió la puerta del número 17 cuando llamó Poirot.

—¿La señorita Valetta?

—Se marchó hace mucho tiempo.

El detective avanzó un paso cuando vio que la puerta iba a cerrarse otra vez.

—¿Tal vez podría usted facilitarme su dirección actual?

—No puedo decírsela, pues no dejó ninguna.

—¿Cuándo se marchó?

—Este verano pasado.

—¿Podría decirme exactamente cuándo?

Un alegre tintineo surgió de la mano derecha de Poirot, donde dos medias coronas chocaban entre sí con buena camaradería.

La mujer de los ojos legañosos se suavizó de una forma casi mágica. Derrochó afabilidad.

—No sabe lo que me gustaría poder ayudarle, señor. Déjeme que recuerde. Agosto... no, fue antes... Julio... eso es, julio. Durante la primera semana de julio. Se marchó precipitadamente. Creo que regresó a Italia.

—Entonces, ¿era italiana?

—Eso es, señor.

—Estuvo al servicio de una bailarina rusa, ¿verdad?

—Ni más ni menos. Madame Semoulina o algo parecido. Actuaba en el Thespiam, en ese ballet que ha tenido tanto éxito. Era una de las estrellas principales.

—¿Sabe usted por qué causa perdió su empleo la señorita Valetta?

La mujer titubeó un momento antes de contestar.

—Lo siento, pero no lo sé.

—La despidieron, ¿verdad?

—Bueno... creo que hubo un poco de jaleo. Pero, de todas formas, la señorita Valetta no dejó entrever nada de lo que ocurrió. No era de las que se van de la lengua; aunque parecía estar fuera de sí por lo que le había pasado. Tenía un genio endiablado, como de buena

italiana; sus ojos negros centelleaban y la miraba a una como si fuera a meterle un cuchillo entre las costillas. Yo no me hubiera atrevido a ponerme frente a ella cuando tenía uno de sus arrebatos.

—¿Y está usted completamente segura de que no sabe la dirección actual de la señorita Valetta?

Las medias coronas volvieron a sonar incitantemente. La respuesta llegó con acento verídico.

—Quisiera saberlo, pues tendría mucho gusto en decírselo. Pero ya ve... se marchó de pronto y así quedó la cosa.

—Sí; así quedó la cosa...

3

Ambrose Vandel tuvo que dejar a la fuerza la entusiasta descripción de un decorado que estaba preparando para un nuevo ballet y facilitó sin rodeos los informes que le pedían.

—¿Sanderfield? ¿George Sanderfield? Un sujeto desagradable. Forrado de billetes, pero dicen que es un bribón. ¡Una buena pieza...! ¿Algo con una bailarina? Desde luego... tuvo un asunto con Katrina. Katrina Samoushenka. Seguramente la habrá visto usted bailar. Es... es deliciosa. «El cisne de Tounela»... debe haberlo visto usted. Y eso de Debussy ¿o de Mannine?... *La biche au bois.* Ella bailó Con Michel Novgin. También es un magnífico bailarín, ¿no es cierto?

—¿Era amiga de George Sanderfield?

—Sí; solía pasar los fines de semana en la finca que él tiene junto al río. Creo que da unas fiestas espléndidas.

—¿Le sería posible, *mon chéri,* presentarme a mademoiselle Samoushenka?

—Pero, mi querido amigo, ¡si la chica ya no está en Londres! Se fue a París o a cualquier otro lado, con bastante precipitación por cierto. Dijeron que era una espía bolchevique o algo así. Yo, personalmente no lo creo; pero ya sabe usted cuánto gusta a la gente decir cosas como éstas. Katrina siempre pretendió ser una rusa blanca... su padre fue un príncipe o un gran duque... ¡lo de siempre! Viste mucho más —Vandel hizo una pausa y volvió a la conversación que más le absorbía— como le iba diciendo, si quiere usted captar el *esprit* de Bathsheba, debe profundizar adecuadamente en la tradición semítica. Yo lo expreso con...

Y siguió charlando animadamente.

4

La entrevista que Hércules Poirot concertó con sir George Sanderfield no empezó bajo buenos auspicios.

La «buena pieza», como había dicho Ambrose Vandel, estaba ligeramente mosqueado por aquella visita. Sir George era un hombre bajo y fornido, de cabello basto y pescuezo grueso y grasiento.

—Bien, monsieur Poirot —dijo—. ¿En qué puedo servirle? Creo que... no nos conocíamos antes de ahora.

—No. No habíamos sido presentados.

—Bueno. ¿De qué se trata? Le confieso que siento gran curiosidad por saberlo.

—Oh; no es nada de particular... una simple información.

El otro soltó una risita nerviosa.

—Quiere que le dé algún informe de carácter reservado, ¿verdad? No sabía que le interesaban los negocios.

—No se trata de los *affaires.* Es una cuestión relacionada con una dama.

—Ah; una mujer.

Sir George se inclinó en el sillón y pareció descansar. Su voz tenía ahora un tono más tranquilo.

—Según creo —dijo Poirot—, conocía usted a mademoiselle Katrina Samoushenka.

Sanderfield rió.

—Sí. Una criatura encantadora. Es una lástima que se haya ido de Londres.

—¿Cuándo se marchó?

—Pues, francamente, no lo sé. Supongo que se enfadaría con la Dirección. Era una temperamental... un genio muy ruso. Siento no poder ayudarle, pero no tengo ni la más mínima idea de dónde debe estar ahora. No he sabido más de ella.

Su voz tenía un acento de despedida cuando se levantó.

—Pero no es a mademoiselle Samoushenka a quien me interesa encontrar —observó Poirot.

—¿De veras?

—No; se trata de su doncella.

—¿Su doncella? —Sanderfield miró fijamente al detective.

—¿Tal vez... la recuerda usted? —preguntó Poirot.

Sanderfield volvió a mostrar el desasosiego de antes.

—¡Válgame Dios! —dijo con afectación—. No; ¿cómo había de acordarme de ella? Recuerdo que tenía una, desde luego... era una chica de cuidado. Servil y fisgona. Yo en su lugar no haría caso de una de las palabras que dijera esa muchacha. Es una mentirosa

innata.

—Por lo que se ve, recuerda usted muchas cosas de ella —murmuró Poirot.

Sanderfield se apresuró a contestar:

—Tan sólo la impresión que me causó; nada más... Ni siquiera recuerdo su nombre... Déjeme ver... Marie, no sé qué... En fin, temo que no le podré ayudar a encontrarla. Lo siento.

Poirot comentó:

—En el «Thepsian Theatre» me dijeron que se llama Marie Hellin y hasta me facilitaron su dirección. Pero yo me refiero, sir George, a la doncella que tuvo mademoiselle Samoushenka antes de Marie Hellin. Estoy hablando de Nita Valetta.

Sanderfield miró extrañado a Poirot.

—No la recuerdo en absoluto. Marie fue la única que conocí. Una muchacha morena de mirada desagradable.

—La chica a que hago mención estuvo en Grasslawn en el pasado mes de junio.

Sanderfield contestó con un gesto huraño:

—Bueno; todo lo que puedo decirle *es* que no la recuerdo. No creo que Katrina trajera ninguna doncella. Debe estar usted equivocado.

Hércules Poirot sacudió la cabeza. No creía estarlo.

5

Con los ojos pequeños e inteligentes, Marie Hellin dirigió una rápida mirada a Poirot, y con la misma rapidez apartó la vista.

—Lo recuerdo perfectamente, monsieur —su voz era suave y de tono uniforme—. Madame Samoushenka me tomó a su servicio en la última semana de junio. La doncella anterior tuvo que marcharse precipitadamente.

—¿No pudo enterarse usted de la causa de la marcha?

—Se fue... de pronto... eso es todo lo que sé. Tal vez se puso enferma... o algo parecido. Madame no lo dijo.

—¿Qué tal genio tenía su señora? —preguntó Poirot.

—Muy raro. Tan pronto lloraba como reía. En ocasiones estaba tan desalentada que ni comía. Pero en otras se mostraba alegre a más no poder. Las bailarinas son así. Es lo que se llama tener temperamento.

—¿Y sir George?

Marie pareció ponerse en guardia. Un destello desagradable brilló en sus ojos.

—¿Sir George Sanderfield? ¿Le gustaría saberlo? Tal vez sea eso lo que quiere usted saber en realidad. Lo otro tan sólo fue un pretexto, ¿verdad? Le podría decir algunas cosas curiosas acerca de sir George; le podría contar, por ejemplo...

Poirot la interrumpió.

—No es necesario.

Ella lo miró fijamente, con la boca abierta. En sus ojos se reflejó la desilusión y el enojo que aquello le causaba.

6

—Siempre opiné que usted lo sabe todo, Alexis Pavlovitch.

Hércules Poirot pronunció estas palabras con su tono más adulador.

Estaba pensando que este tercer «trabajo» de Hércules había necesitado más viajes y entrevistas de lo que en principio imaginó. Aquel insignificante asunto de la doncella desaparecida estaba resultando uno de los más largos y difíciles problemas que Poirot tuvo que afrontar. Cada una de las pistas, después de investigada, no conducía a parte alguna.

Sus indagaciones le habían llevado aquella noche al «Samovar», un restaurante de París cuyo dueño, el conde Alexis Pavlovitch, se vanagloriaba de conocer todo lo que ocurría en el mundillo artístico.

El ruso asintió con aire complacido.

—Sí, sí; amigo mío; Lo sé todo... siempre estoy enterado de todo. ¿Quiere usted saber dónde fue la pequeña Samoushenka, la exquisita bailarina? ¡Ah! ¡Qué maravilla de criatura! —se besó las puntas de los dedos—. ¡Qué fuego... qué pasión! Hubiera llegado lejos... hubiera sido la mejor bailarina de estos días. Pero todo acabó de repente. Se fue... al fin del mundo. Y pronto, ¡demasiado pronto!, se olvidarán de ella.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el detective?

—En Suiza. En Vagray les Alpes. Donde van los que contraen esa traicionera tosecilla que los consume poco a poco. Morirá; sí, ¡morirá! Es una fatalista y morirá sin duda alguna.

El carraspeo de Poirot rompió aquel trágico encanto. Necesitaba información.

—¿No se acordará usted, por casualidad, de una doncella que tenía mademoiselle Katrina? ¿Una chica llamada Nita Valetta?

—¿Valetta? ¿Valetta? En cierta ocasión vi que la acompañaba una doncella... en la estación, cuando Katrina se fue a Londres. Era italiana; de Pisa, ¿verdad? Sí; estoy seguro de que era italiana y procedía de Pisa.

Poirot gimió:

—En este caso, tendré que hacer un viaje a Pisa.

7

En el cementerio de Pisa, Hércules Poirot se detuvo y miró la tumba que tenía ante sí.

Allí era, pues, donde finalizaba su búsqueda... ante aquel humilde montón de tierra. Debajo de él descansaba la alegre criatura que perturbó el corazón y la imaginación de un sencillo mecánico inglés.

¿Tal vez era el mejor fin para aquel rápido y extraño idilio? De esta forma, la muchacha viviría siempre en la memoria del joven tal como la vio durante aquellas pocas horas de una tarde de junio. El antagonismo de las nacionalidades opuestas, de los diferentes modos de vivir; las penas y las desilusiones... todo desaparecería para siempre.

Hércules sacudió la cabeza con tristeza. Recordó la conversación que había sostenido con la familia Valetta. La madre, de ancha cara campesina; el padre, fuerte y rígido contra el choque del dolor recién sentido; la hermana, morena y de duros labios...

—Todo ocurrió tan de repente, *signor,* tan de repente... Aunque en los últimos años sufrió varios ataques. El médico dijo que no había alternativa... que la apendicitis debía ser operada inmediatamente. Se la llevó al hospital y allí... sí, sí; murió cuando todavía se encontraba bajo los efectos de la anestesia. No recobró el conocimiento.

La madre sollozó.

—Bianca fue siempre una muchacha muy lista. Ha sido una lástima que muriera tan joven.

Hércules Poirot murmuró para sí mismo:

—Murió en plena juventud...

Éste era el mensaje que debía dar al joven que solicitó su ayuda con tanta confianza.

«Ella no era para usted, amigo mío. Murió en plena juventud.»

Su búsqueda había terminado... aquí, donde la torre inclinada se destacaba contra el cielo y las primeras flores de la primavera se abrían pálidas y tímidas, como promesas de la vida y alegría que vendría después.

¿Fue la propia primavera lo que le hizo sentir una rebeldía interna y una fuerte aversión a aceptar aquel veredicto final? ¿O había algo más? Algo que forcejeaba en el fondo de su cerebro... palabras... una frase... un nombre. ¿Acaso no terminaría el asunto de forma tan clara? ¿No encajaría todo de manera tan patente?

Hércules Poirot suspiró. Debía emprender otro viaje para dejar las cosas aclaradas por completo. Debía ir a Vagray les Alpes.

8

Aquí, pensó, es donde en realidad termina el mundo. Aquí, en este repecho lleno de nieve... en estos lechos protegidos del viento donde yacen los que luchan contra una muerte insidiosa...

Por fin encontró a Katrina Samoushenka. Cuando la vio, tendida en su lecho, con sus mejillas hundidas sobre las que se distinguía una mancha de vivido color rojo; con las manos largas y enflaquecidas posadas sobre la colcha, un recuerdo le vino a la memoria. No se acordaba de su nombre, pero la había visto bailar... había sido arrastrado y fascinado por aquel supremo arte, capaz de hacer olvidar cualquier otra expresión estética.

Recordaba a Michel Novgin, el Cazador, saltando y girando en aquel desaforado y fantástico bosque que el cerebro de Ambrose Vander había concebido. Y recordaba a la hermosa y veloz Cierva, eternamente perseguida, eternamente deseable... una adorada y adorable criatura, con cuernos en la cabeza y centelleantes pies de bronce. Recordó su colapso final, herida de muerte; y a Michel Novgin, de pie, aturdido, con el cuerpo inanimado de la Cierva en sus brazos.

Katrina Samoushenka miró al detective ligeramente perpleja.

—Creo que no nos habíamos conocido antes de ahora, ¿verdad? ¿Qué desea de mí? —preguntó.

Hércules Poirot hizo una pequeña reverencia.

—Antes que nada, señora, deseo darle las gracias... por el arte con que me fascinó en cierta ocasión, haciéndome pasar una velada llena de belleza.

Ella sonrió tenuemente.

—Pero también he venido para tratar de otras cosas. He buscado durante mucho tiempo a cierta doncella que tuvo usted, señora. Se llamaba Nita.

—¿Nita?

La joven la miró fijamente. Sus ojos se abrieron con expresión asustada.

—¿Qué sabe usted acerca de... Nita? —preguntó.

—Se lo diré.

Poirot relató los sucesos ocurridos aquella noche, cuando se le estropeó el coche, y cómo Ted Williamson se había quedado allí de pie, dándole vueltas a la gorra entre sus manos y contando con frases entrecortadas todo su amor y su pena. Ella escuchó atentamente y cuando Poirot calló, dijo:

—Es conmovedor... sí; muy conmovedor.

Hércules Poirot asintió.

—Es un cuento de la Arcadia, ¿no le parece? ¿Qué puede usted

decirme de aquella muchacha, señora?

Katrina Samoushenka suspiró.

—Tuve una doncella... Juanita. Era bonita y alegre. Le ocurrió lo que a menudo sucede a los favoritos de los dioses. Murió en plena juventud.

Eran las mismas palabras que empleó Poirot... palabras finales, irrevocables. Ahora las oía en boca de otra persona... pero persistió en su empeño.

—¿Murió?

—Sí, murió.

El detective calló durante unos instantes.

—A pesar de ello, hay una cosa que no acabo de entender —dijo—. Cuando le pregunté a sir George Sanderfield sobre la doncella que tuvo usted, pareció asustarse. ¿Por qué causa?

Una ligera expresión de disgusto pasó por la cara de la bailarina.

—Se refirió usted solamente a una de mis doncellas. Pensaría que se trataba de Marie... la chica que tomé a mi servicio cuando se fue Juanita. Creo que intentó hacerle un chantaje, basándose en algo sucio que descubrió acerca de él. Era una muchacha odiosa... curiosa; siempre estaba fisgoneando los cajones cerrados y las cartas dirigidas a los demás.

—Eso lo explica todo —murmuró Poirot.

Al cabo de unos momentos prosiguió con insistencia.

—Juanita se apellidaba Valetta y murió en Pisa a causa de una operación de apendicitis, ¿no es eso?

Se dio cuenta de la indecisión que, aunque débil y casi imperceptible, hubo en la inclinación de cabeza que hizo la bailarina.

—Sí; eso es... —contestó ella.

Poirot comentó con aire pensativo.

—Sin embargo..., existe una pequeña discrepancia. Su familia se refirió a ella llamándola Bianca, no Juanita.

Katrina encogió sus delgados hombros.

—Bianca... Juanita... ¿Qué importa eso? —dijo—. Supongo que su verdadero nombre era Bianca, pero ella debió pensar que Juanita era mucho más romántico y decidió llamarse así.

—¿Lo cree usted?

Calló y luego, cambiando de entonación, dijo:

—Pues yo creo que hay otra explicación mucho más convincente.

—¿Cuál?

Poirot se inclinó hacia delante.

—La muchacha que conoció Ted Williamson tenía el cabello como dos alas de oro; así lo describió él cuando vino a verme.

Se inclinó un poco más y sus dedos tocaron, rozándolos, los cabellos ondulados de Katrina.

—¿Alas de oro? ¿Astas de oro? Todo se reduce al punto de vista con que la miren; tanto puede ser un demonio como un ángel. Debe

ser usted ambas cosas a la vez. ¿O acaso son las astas doradas de la cierva herida...?

Katrina murmuró:

—La cierva herida... —y su voz tenía la entonación del que no abriga ninguna esperanza.

Poirot continuó:

—Desde el principio, la descripción que de usted me hizo Ted Williamson me tuvo preocupado... me trajo algo a la memoria. Y ese algo era usted... danzando sobre sus pies de bronce, entre el bosque. ¿Quiere que le diga lo que pienso sobre esto, señorita? Creo que hubo un fin de semana en que fue usted sola a Grasslawn, pues entonces no tenía ninguna doncella a su servicio, ya que Bianca Valetta había vuelto a Italia y todavía no había tenido ocasión de contratar otra chica. Por entonces ya se resentía usted de su enfermedad actual y se quedó en casa, cierto día, cuando los demás salieron para hacer una excursión por el río que duró toda la jornada. Sonó el timbre de la puerta; fue usted a abrir y vio... ¿es necesario que se lo diga? Vio usted a un joven, tan sencillo como un niño y tan hermoso como un dios. Y entonces inventó usted una muchacha para él... No Juanita, sino Incógnita... y durante unas pocas horas paseó usted con él por la Arcadia...

Se produjo una larga pausa, al final de la cual, Katrina habló con voz helada y enronquecida.

—En un aspecto, al menos, le he contado la verdad. Le he relatado el final exacto de la historia. Nita morirá en plena juventud.

—¡Ah, no! —Hércules Poirot se transformó.

Golpeó la mesa con la mano. De pronto se convirtió en una persona prosaica, mundana y práctica.

—¡Eso es completamente innecesario! —exclamó—. Usted no necesita morirse. Puede usted luchar por su vida con tanto éxito como pudiera hacerlo otro cualquiera, ¿no es eso?

Ella sacudió la cabeza... triste, sin esperanza.

—¿Y qué vida me espera?

—No la vida del teatro, compréndalo. Pero recuerde que hay otra clase de vida. Veamos, señorita, sea usted franca. ¿Fue su padre en realidad un gran duque, un príncipe o por lo menos, un general?

Ella rió repentinamente.

—¡Conducía un camión en Leningrado! —confesó.

—¡Muy bien! ¿Y por qué no puede ser usted la esposa de un simple mecánico de pueblo? ¿Y tener hijos hermosos como dioses, con pies que, tal vez, bailen como usted hizo antes...?

Katrina retuvo el aliento.

—¡Pero esa idea es fantástica!

—De todas formas —dijo Poirot con evidente satisfacción—, yo creo que se convertirá en realidad.

CAPÍTULO IV
EL JABALÍ DE ERIMANTEA

1

Puesto que las incidencias del tercer «trabajo» de Hércules lo habían llevado a Suiza, Poirot pensó que, una vez allí, podía aprovechar la ocasión y visitar ciertos lugares que hasta entonces le eran desconocidos.

Pasó un agradable par de días en Chamonix; se detuvo otros tantos en Montreux y luego se dirigió hacia Aldermatt, un lugar que le habían alabado en gran manera varios amigos suyos.

Aldermatt, sin embargo, le produjo una impresión deprimente. Estaba al final de un valle, rodeado de altísimas montañas coronadas de nieve. Le parecía, contra toda lógica, que allí se respiraba con dificultad.

—Aquí no es posible quedarse —se dijo Poirot—. Pero en aquel momento vio un funicular y pensó—: Decididamente, es necesario que suba más arriba.

El funicular, según pudo comprobar, ascendía primero hasta Les Avines, luego hasta Caurouchet y, finalmente, hasta Rochers Nieges, a diez mil pies sobre el nivel del mar.

Poirot no se proponía subir a tal altura. Les Avines, según pensó, serían suficientes para él.

Pero no contaba con un elemento, como es el azar, que tan importante papel juega en la vida. Había arrancado ya el funicular, cuando el revisor se acercó a Poirot y le pidió el billete. Después de haberlo examinado y taladrado con unas pinzas de aspecto amenazador, se lo devolvió haciendo al propio tiempo una reverencia. Poirot notó entonces que, junto al billete, tenía ahora en la mano un pequeño papel doblado.

Las cejas del detective se levantaron ligeramente. Poco después, con toda parsimonia, desplegó el papelito, que resultó ser una nota escrita con lápiz y a toda prisa.

«Es imposible —decía— confundir esos bigotes. Reciba mi afectuoso saludo, apreciado colega. Tal vez querrá usted ayudarme. Es posible que haya leído algo sobre el caso Salley. Se cree que el asesino, Marrascaud, ha concertado una cita con varios miembros de su banda en Rochers Nieges... ¡no podían escoger sitio mejor, por lo visto! Desde luego, todo puede ser una alarma infundada, pero los informes que nos han dado son dignos de confianza. Siempre hay alguien que se va de la lengua, ¿no es cierto? Por lo tanto, abra bien los ojos, amigo mío. Póngase en contacto con el inspector Drouet,

que no pretende llegar a la altura alcanzada por Hércules Poirot. Es muy importante que se detenga a Marrascaud... y que se le arreste vivo. No es un hombre, es un jabalí salvaje. Uno de los asesinos más peligrosos que existen. No me atreví a hablar con usted en Aldermatt, pues podríamos ser vistos. Tendrá las manos más libres si todos creen que es usted un simple turista. ¡Buena caza! Su viejo amigo... Lementeuil.»

Hércules Poirot se acarició el bigote con aspecto pensativo. No había duda; era imposible confundir los bigotes de Hércules Poirot. ¿Y qué querían de él? Había leído en los periódicos todo lo referente al caso Salley; el asesinato a sangre fría de un conocido «bookmaker» de los hipódromos de París. Se sabía quién era el asesino. Marrascaud, el jefe de una banda que operaba en las carreras de caballos. Se sospechaba que había cometido otros asesinatos, pero esta vez su culpabilidad se probó cumplidamente. Desapareció de París y, según se creía, salió de Francia. La policía de todos los países europeos estaba sobre aviso.

De manera que Marrascaud había concertado una cita en Rochers Nieges...

Poirot sacudió lentamente la cabeza, perplejo. Porque Rochers Nieges estaba por encima de la línea de las nieves eternas. Había allí un hotel; pero el funicular era su único medio de comunicación con el resto del mundo, pues estaba emplazado en un estrecho resalte de la montaña, suspendido sobre el valle. El hotel se abría en junio aunque raramente se veía a nadie por allí hasta julio o agosto. Era un sitio muy poco provisto de entradas y salidas. Si un hombre llegaba acosado a Rochers Nieges, podía considerarse cogido en una trampa. Un lugar inverosímil para ser elegido como punto de reunión de una banda de criminales.

Y, sin embargo, si Lementeuil decía que los informes eran dignos de confianza, posiblemente tendría razón. Hércules Poirot sentía gran aprecio hacia el comisario de policía suizo. Sabía que era un hombre eficiente y entendido en su oficio.

Alguna razón desconocida llevaba Marrascaud para acudir a una cita en un sitio tan apartado de la civilización.

Poirot suspiró. Cazar a un asesino despiadado no era la idea que tenía formada acerca de cómo debían ser unas vacaciones. El trabajo, meramente especulativo, llevado a cabo en un cómodo sillón, se adaptaba mejor a sus métodos. Pero atrapar a un jabalí salvaje en la ladera de una montaña no era cosa que le sedujera en extremo.

Un jabalí salvaje; éste era el término empleado por Lementeuil. Aquélla sí que era una coincidencia extraña...

—El cuarto «trabajo» de Hércules —se dijo—. El jabalí de Erimantea.

Tranquilo, sin ostentación, pasó revista a sus compañeros de viaje.

En el asiento opuesto se sentaba un turista americano. El corte de

sus ropas y de su abrigo, el saco que llevaba, unido a su actitud de amistosa confianza; su ingenua admiración por el paisaje que contemplaba y la guía que consultaba de vez en cuando, lo proclamaban como un americano pueblerino que visitaba a Europa por primera vez. Dentro de unos instantes, pensó Poirot, empezará a charlar. Su anhelante expresión perruna era suficientemente inconfundible.

Al otro lado del coche, un hombre alto, de aspecto distinguido, cabellos blancos y nariz aguileña, estaba leyendo un libro alemán. Tenía los dedos fuertes y ágiles de un médico o un cirujano.

Más alejados, se sentaban tres hombres que parecían cortados por el mismo patrón. Hombres de piernas arqueadas que daban clara idea de su afición por los caballos. Estaban jugando a las cartas. Posiblemente al cabo de un rato sugirieran que un extraño tomara parte en el juego. Y de ser así, el nuevo jugador ganaría varias manos al principio, pero después se le volvería la suerte de espaldas.

No había nada de extraordinario en aquellos tres hombres. La única cosa rara en ellos era el sitio en que se encontraban.

Podía habérseles visto en un tren, camino de cualquier parte donde se celebran carreras de caballos... o en barco de carga y pasaje. Pero en un funicular casi vacío... ¡no!

El último ocupante del coche era una mujer. Alta y vestida de negro. Tenía hermosas facciones; una cara que podía expresar las emociones más variadas, pero que entonces parecía congelada por una extraña falta de expresión. No miraba a nadie. Dedicaba toda su atención al valle que se vela allá abajo.

Tal como Poirot había supuesto, al cabo de un rato empezó a charlar el americano. Dijo que se llamaba Schwartz y visitaba Europa por primera vez. El paisaje era magnífico. Le había gustado mucho el castillo de Chillón. No le agradaba París como ciudad... todo muy caro. Había visitado el «Folies Bergére», el Louvre y Notre Dame... y se había percatado de que en ninguno de los restaurantes y cafés en que había estado se tocaba buen *hot jazz.* Opinaba que los Campos Elíseos eran muy buenos; le gustaron mucho las fuentes, especialmente cuando estaban iluminadas.

No se apeó nadie en Les Avines ni en Caurouchet. Se veía que todos los ocupantes del funicular subían hasta Rochers Nieges.

El señor Schwartz expuso sus propias razones para ello. Siempre deseó subir muy alto y encontrarse rodeado de montañas cubiertas de nieve. Diez mil pies no estaba mal... había oído que no se podía cocer bien un huevo a tales alturas.

Con toda la candorosa amistad que encerraba en su corazón, el señor Schwartz intentó mezclar en la conversación al caballero de los cabellos grises que se sentaba al otro lado del coche, pero aquél se limitó a mirarlo fríamente por encima de sus gafas y volvió a la lectura del libro.

El señor Schwartz ofreció entonces cambiar de sitio con la mujer vestida de negro. Desde allí podía ver mejor el panorama, explicó.

Al parecer, ella no entendía el inglés. Pero de todos modos, movió negativamente la cabeza y se arrebujó todavía más en el cuello de su abrigo.

El americano se dirigió a Poirot:

—Es raro ver a una mujer viajando sola, sin que nadie cuide de ella. Una mujer necesita gran número de cuidados cuando viaja.

Poirot recordó a ciertas damas americanas que conoció durante sus viajes por Europa y convino con ello.

El señor Schwartz lanzó un suspiro. Encontraba al mundo poco dado a la amistad. Después de todo, parecían decir expresivamente sus ojos castaños, no hay ningún mal en que haya un poco de compañerismo por ahí.

2

El ser recibido por un gerente de hotel, vestido correctamente de frac y calzado con zapatos de charol, parecía algo cómico en aquel lugar apartado del mundo o, mejor dicho, tan sobre él.

El gerente era un hombre corpulento y distinguido, de maneras presuntuosas. Se deshizo en disculpas.

No había empezado todavía la temporada... la instalación de agua caliente se estropeó... Las cosas eran difíciles de llevar en buen orden dado lo apartado del lugar... Pero naturalmente, haría lo posible para que los señores estuviesen bien atendidos... La servidumbre no estaba completa todavía... Estaba aturdido por el inesperado número de visitantes que habían llegado.

Todo aquello fue dicho con profesional urbanidad y, sin embargo, a Poirot le pareció que detrás de aquella cortés *façade* se veía un reflejo de aguda ansiedad. Aquel hombre, a pesar de sus obsequiosidades, no estaba tranquilo. Algo le turbaba.

La comida fue servida en una gran habitación que daba vista a un profundo valle. El único camarero, llamado Gustave, parecía ducho y diestro en su oficio. Iba de aquí para allá, aconsejando los platos y facilitando la lista de vinos. Los tres hombres que parecían mozos de cuadra se sentaron juntos a la misma mesa. Reían y hablaban en francés, levantando la voz.

—¡Vaya con el viejo Joseph...! ¿Y qué me dices de Denise, amigo mío...? ¿Te acuerdas del *sacre* penco que nos hizo aquella jugarreta en Auteuil?

Todo parecía sincero; muy en consonancia con el carácter de ellos; pero absolutamente fuera de lugar en aquellas alturas.

La mujer vestida de negro ocupó una mesa en un rincón. No miró a nadie.

Después de comer, cuando Poirot estaba sentado en el salón, el gerente se dirigió hacia él y habló con más confianza.

El señor no debía juzgar con mucho rigor al hotel. No habla comenzado todavía la temporada. No venía nadie hasta finales de julio. ¿Tal vez se había fijado el señor en la señora? Venía todos los años por aquellas fechas. Su esposo se mató en una escalada, hacía tres años. Fue una tragedia, pues se querían mucho. Ella venía siempre antes de que empezara la temporada... porque así todo estaba más tranquilo. Era como una peregrinación sagrada. El caballero de más edad era un médico famoso, el doctor Karl Lutz de Viena. Había venido, según dijo, a descansar.

—Sí... es un sitio muy tranquilo —admitió Poirot—. ¿Y los señores? —indicó a los tres hombres—. ¿Cree usted que también desean descansar?

El gerente se encogió de hombros. Otra vez apareció en sus ojos la expresión conturbada.

—Los turistas quieren siempre sensaciones nuevas —dijo vagamente—. La altura... sólo eso ya es de por sí una novedad.

A pesar de todo, no era aquélla una sensación agradable, pensó Poirot. Se había dado cuenta de que el corazón le latía más rápidamente. Los versos de una canción infantil le pasaron tontamente por la imaginación. «Arriba, encima del mundo, como una bandeja en el cielo.»

Schwartz entró en el salón. Su rostro se iluminó cuando vio a Poirot y se dirigió rectamente hacia él.

—Acabo de ver a ese doctor —dijo—. Habla un inglés con un acento bastante raro. Es judío... los nazis lo expulsaron de Austria. Lo que yo digo, ¡esa gente no está bien de la cabeza! El doctor Lutz es un gran hombre. Creo que es especialista de los nervios, psicoanalista... y cosas por el estilo.

Dirigió la mirada a la mujer vestida de negro, que en aquel momento se encontraba junto a la ventana, contemplando el grandioso espectáculo de las montañas. El americano bajó la voz.

—El camarero me ha dicho que se llama señora Grandier. Su marido se mató durante una escalada. Por eso viene ella. Me parece que debíamos hacer algo, ¿no le parece...? Tratar de que salga de su prolongada abstracción.

—Yo en su lugar no lo intentaría —advirtió Poirot.

Pero los sentimientos amistosos del señor Schwartz no conocían el descanso.

Poirot presenció cómo el americano se acercaba a ella y le hablaba; y vio también la forma tajante con que la mujer rechazó sus proposiciones. Los dos permanecieron durante unos minutos perfilados contra la luz. Ella era más alta que Schwartz. Tenía la cabeza erguida, con expresión fría y prohibitiva.

Poirot no oyó lo que hablaron, pero Schwartz volvió con aspecto alicaído.

—No hay nada que hacer —dijo, y añadió con ardor—: Siendo seres humanos que debemos estar juntos por fuerza no veo que exista ninguna razón para que no nos mostremos sociales unos con otros. ¿No le parece, señor...? Ya ve; todavía no sé su nombre.

—Me llamo Poirot —contestó el detective—. Soy de Lyon; comerciante en sedería.

—Tengo mucho gusto en darle mi tarjeta, y si alguna vez viene a Fountain Springs, tenga la seguridad de que será bien recibido.

Poirot aceptó la tarjeta y con una mano se golpeó el bolsillo, mientras decía:

—¡Qué contrariedad! No llevo ninguna de las mías en este momento.

Aquella noche, cuando el detective se retiró a su habitación, leyó

detenidamente la nota de Lementeuil antes de volverla a colocar en su cartera, doblada con sumo cuidado.

Al meterse en la cama, dijo para sí mismo:

—Es curioso... tal vez.

3

A la mañana siguiente, Gustave le sirvió a Poirot el desayuno, compuesto de café y bollos. Pidió disculpas por el café.

—Señor, comprenderá que en estas altitudes es imposible conseguir que el café esté realmente caliente. Hierve demasiado pronto.

Poirot comentó:

—Hay que soportar con entereza los caprichos de la Naturaleza.

—El señor es un filósofo —contestó Gustave.

Fue hacia la puerta, pero en lugar de salir de la habitación dio un rápido vistazo al pasillo, cerró la puerta de nuevo y volvió al lado de la cama.

—¿El señor Hércules Poirot? —dijo—. Yo soy Drouet, inspector de policía.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Ya me lo había figurado.

Drouet bajó la voz.

—Ha ocurrido algo grave, señor Poirot. Ha habido un accidente en el funicular.

—¿Un accidente? —Poirot se sentó en la cama—. ¿Qué clase de accidente?

—No ha habido desgracias. Sucedió esta noche pasada. Tal vez haya sido ocasionado por causas naturales... Una pequeña tormenta que arrastró rocas y tierra. Pero es posible que la mano del hombre tenga algo que ver en ello. No hay manera de saberlo. De cualquier modo, el resultado es que pasarán muchos días antes de que se arreglen los desperfectos y que, entretanto, estamos aislados aquí arriba. La estación no está todavía muy adelantada y como la nieve ni siquiera ha empezado a fundirse, es imposible establecer ninguna comunicación con el valle.

Poirot siguió sentado en la cama.

—Eso es muy interesante —comentó suavemente.

El inspector asintió.

—Sí —dijo—. Demuestra que la información facilitada al comisario era cierta. Marrascaud tiene una cita aquí y ha tomado sus medidas para que nadie le interrumpa durante su estancia.

Hércules Poirot, exclamó con acento impaciente:

—¡Pero eso es increíble!

—Estoy de acuerdo con usted —el inspector Drouet extendió las manos—. Esto no tiene sentido común... pero es así. Ya sabe usted que ese Marrascaud es un tipo extravagante. Por mi parte —hizo un gesto afirmativo con la cabeza— estoy seguro de que está loco.

—Un loco homicida —murmuró Poirot.

—Convengo en que no es nada divertido —replicó secamente

Drouet.

—Pero si ha concertado una cita aquí, en este apartado lugar cubierto de nieve, y las comunicaciones están cortadas ahora, se deduce que Marrascaud ya llegó.

—Eso es —respondió Poirot.

Ambos hombres guardaron silencio durante unos instantes y, al fin, Poirot preguntó:

—¿Podría ser Marrascaud el doctor Lutz?

Drouet sacudió la cabeza.

—No lo creo. Existe en realidad un doctor Lutz. He visto su fotografía en los periódicos, pues es un hombre famoso y muy conocido. El caballero que vino con usted tiene un gran parecido con dichas fotografías.

—Pero si Marrascaud sabe disfrazarse, puede desempeñar ese papel con éxito.

—¿Cree que llega a tal grado su habilidad? Nunca oí decir que fuera un experto del disfraz. No tiene la astucia ni el disimulo de la serpiente. Es un jabalí salvaje; feroz, terrible, que ataca con furia ciega.

—De todas formas... —dijo Poirot.

—Sí; ya sé. Es un fugitivo de la justicia y, por lo tanto, se ve obligado a fingir. Así es que puede o, mejor dicho, debe haberse disfrazado más o menos.

—¿Tiene usted su descripción?

El otro se encogió de hombros.

—De una forma superficial. La fotografía «Bertillon» y las medidas debían mandármelas hoy. Sólo sé que es un hombre de treinta y pico años, altura un poco más que mediana y de tez morena. No tiene ninguna señal distintiva especial.

Poirot se encogió a su vez de hombros.

—Eso puede aplicarse a cualquiera. ¿Y qué me dice del americano Schwartz?

—Eso le iba a preguntar. Usted ha hablado con él, y según tengo entendido, ha pasado gran parte de su vida entre ingleses y americanos. A primera vista parece ser un turista. Su pasaporte está en regla. Tal vez sea algo extraño el que haya decidido venir a un sitio como éste... pero cuando los americanos viajan no se sabe nunca por dónde saldrán. ¿Qué opina usted?

Hércules Poirot sacudió la cabeza con aire perplejo.

—Superficialmente —explicó— parece ser un hombre inofensivo, aunque un tanto dado a trabar amistades. Quizá sea un latoso, mas no creo que sea peligroso. Pero tenemos tres visitantes más.

El inspector asintió y su rostro mostró una repentina preocupación.

—Sí; y del tipo que buscamos. Juraría, señor Poirot, que esos tres hombres forman parte de la banda de Marrascaud. ¡Que me aspen si no son ratas de hipódromo! Y uno de ellos puede ser el mismo

Marrascaud. ¡Quién lo sabe!

Poirot reflexionó. En su mente pasó revista a la cara de los tres hombres.

La de uno de ellos era ancha, de cejas encrespadas y rollizos carrillos... una cara porcina y bestial. El otro individuo, flaco, de cara puntiaguda y estrecha, con ojos de expresión fría. El tercero era un tipo de cara redonda con cierto aire presuntuoso.

Uno de los tres podía ser Marrascaud, pero si era así, volvía a surgir la pregunta: ¿Por qué motivo Marrascaud y los componentes de su banda habían hecho aquel viaje juntos, con objeto de subir a una montaña y caer en una ratonera? La cita hubiera sido fácil de convenir en un sitio menos extravagante que aquél. En un café; en una estación de ferrocarril: en un cine lleno de gente; en un parque público; en cualquier sitio donde hubiera muchas salidas... pero no allí, entre las nubes y las nieves eternas.

Poirot trató de imbuir al inspector Drouet algunos de estos conceptos y el policía convino sin ninguna dificultad en ellos.

—Sí; es verosímil. No tiene sentido.

—¿Por qué hicieron el viaje juntos si se trataba de una cita? No; esto no tiene sentido.

Con cara preocupada, Drouet opinó:

—En ese caso, debemos hacer una segunda suposición. Esos tres hombres son miembros de la banda de Marrascaud y han venido hasta aquí para entrevistarse con su jefe. ¿Quién, entonces, es Marrascaud?

—¿Qué me dice del servicio del hotel? —preguntó Hércules Poirot.

Drouet se encogió de hombros.

—Puede decirse que no existe. Hay una vieja que cocina y su marido. Creo que hace cincuenta años que viven aquí. Y el camarero cuyo puesto ocupo yo ahora; nada más.

—Es de suponer que el gerente sabrá quién es usted, ¿no es eso?

—Naturalmente. Se necesitaba su cooperación para el cambio.

—¿No le ha llamado la atención su aire preocupado?

La observación pareció afectar a Drouet.

—Sí; es verdad —dijo pensativamente.

—Tal vez sea tan sólo la ansiedad de verse envuelto en una acción policíaca.

—¿Cree usted que habrá algo más que eso? ¿Supone que pueda saber alguna cosa?

—No ha sido más que una idea. Eso es todo.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Posiblemente sea así —comentó Drouet con acento sombrío.

—¿Opina usted que podríamos hacerle decir lo que pasa?

Poirot sacudió la cabeza dubitativamente.

—Lo mejor, según creo, es que no se entere de nuestras sospechas. No lo pierda de vista ni un momento.

Drouet asintió y se dirigió hacia la puerta.

—¿No tiene otra sugerencia que hacer, señor Poirot? Ya conozco su reputación. En este país hemos oído hablar mucho de usted.

—De momento no puedo sugerirle nada más —contestó el detective— Lo que no llego a comprender es la «razón» de todo esto..., la razón para una cita en este sitio. Ni en ningún otro.

—Dinero —observó Drouet.

—Entonces, ¿además de asesinar al pobre Salley le robaron?

—Sí; llevaba una gran cantidad de dinero encima y no se ha podido encontrar.

—¿Y cree usted que la cita se concertó con el propósito de dividir el botín?

—Ésa es la idea que más salta a la vista.

Poirot volvió a mover la cabeza con gesto insatisfecho.

—Pero, ¿por qué aquí? —prosiguió lentamente—. El peor lugar imaginable para una reunión de criminales. Aunque es un buen sitio para citar a una dama...

Drouet volvió sobre sus pasos y preguntó con tono excitado :

—¿Cree usted...?

—Creo —replicó Poirot— que la señora Grandier es una mujer muy interesante. Cualquiera subiría con mucho gusto a diez mil pies de altura en su obsequio... es decir, si ella sugiriera tal cosa.

—¿Sabe usted que es interesante ese punto de vista? Nunca pensé que ella tuviera algo que ver en este caso. Al fin y al cabo hace muchos años que viene por estas fechas.

—Sí... y, por lo tanto, su presencia no suscita sospecha alguna —comentó Poirot—. Debe existir alguna razón de que Rochers Nieges fuese elegido para la cita, ¿no le parece?

Drouet contestó agitadamente:

—Ha tenido usted una buena idea, señor Poirot. Investigaré ese aspecto de la cuestión.

4

El día pasó sin ningún incidente. Por fortuna, el hotel estaba bien avituallado. El gerente anunció que no debían pasar cuidado por tal cosa. Las provisiones no faltarían.

Hércules Poirot intentó trabar conversación con el doctor Karl Lutz, pero no tuvo ningún éxito. El doctor insinuó claramente que la psicología era su preocupación profesional y que no estaba dispuesto a discutir tal materia con un aficionado. Tomó asiento en un rincón y siguió la lectura de un grueso tomo alemán que trataba sobre el subconsciente. De vez en cuando tomaba alguna nota.

Poirot salió de la casa y se dirigió, casualmente al parecer, hacia donde estaba situada la cocina. Una vez allí probó de hacer charlar al viejo Jacques, pero éste se mostró esquivo y desconfiado. Su mujer, la cocinera, fue más asequible. Por suerte, explicó a Poirot, tenían gran cantidad de conservas... aunque ella no era partidaria de tal clase de alimentación. Además de ser terriblemente caras... ¿qué sustancia podía encontrarse en ellas? Dios al hacer el mundo no se propuso que la gente viviera de latas de conservas.

La conversación fue derivando hacia el tema referente al servicio del hotel. A primeros de julio llegaban las criadas y los camareros de refuerzo. Pero durante las próximas tres semanas no habría nadie o casi nadie. La gente que subía, en su mayor parte, comía allí y luego volvía al pueblo. Ella, Jacques y el camarero, se bastaban para cuidar de todo.

—Antes de que viniera Gustave hubo aquí otro camarero, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Sí; desde luego. Era un camarero muy malo. No tenía habilidad ni experiencia. No servía para nada.

—¿Estuvo mucho tiempo antes de que lo reemplazara Gustave?

—Sólo unos pocos días... menos de una semana. Lo despidieron, como es natural. No nos sorprendimos, era una cosa que se veía venir.

—¿No protestó por ello?

—No, se fue bastante a la chita callando. Al fin y a la postre, ¿qué es lo que podía esperar? Éste es un hotel de primera categoría y el servicio debe ser bueno.

Poirot asintió.

—¿Y adonde fue cuando se marchó de aquí? —preguntó.

—¿Se refiere usted a Roberto? —encogió los hombros—. Sin duda al cafetucho de donde vino.

—¿Bajó en el funicular?

La mujer lo miró con curiosidad.

—Naturalmente, señor. ¿Por qué otro camino pudo irse?

—¿Lo vio alguien cuando se marchaba?

Los dos cónyuges miraron fijamente al detective.

—¿Cree usted que debíamos ir a ver cómo se marchaba aquel inútil...? ¿A tributarle una gran despedida? Una tiene ya bastante con sus ocupaciones —replicó la mujer.

—Eso es —dijo Poirot.

Se alejó lentamente de allí, mirando al propio tiempo el edificio que se levantaba ante él. Un hotel de vastas proporciones. Entonces sólo se utilizaba una de sus alas. En las otras había muchas habitaciones, cerradas, donde no era probable que encontrara a nadie.

Al dar la vuelta a una esquina casi se dio de bruces con uno de los tres jugadores de cartas. Era el de la cara redonda y ojos pálidos. Miró a Poirot con aquellos ojos que carecían de toda expresión. Solamente los labios se contrajeron un poco, mostrando los dientes como un caballo resabiado.

El detective pasó por su lado y continuó el paseo. Ante sí vio una figura... la elevada y airosa figura de la señora Grandier.

Poirot apresuró el paso y se sintió al lado de la aparecida.

—Este accidente del funicular ha sido una contrariedad —Comentó —. Espero, señora, que no le habrá causado ningún perjuicio.

—Me tiene sin cuidado tal cosa —replicó ella.

Tenía una voz profunda, de contralto. No miró a Poirot. Dio la vuelta y entró en el hotel por una puertecilla lateral.

5

Hércules Poirot se acostó temprano. Pero pasada la medianoche algo le despertó.

Alguien estaba manipulando en la cerradura de la puerta.

Se sentó en la cama y encendió la luz. Y en aquel momento cedió la cerradura y la puerta se abrió de par en par. Tres hombres aparecieron en el umbral; los tres jugadores de cartas. Estaban algo embriagados, según pensó Poirot. Sus caras tenían una expresión atontada, aunque malévola. Vio el brillo de una navaja de afeitar.

El más corpulento de los tres avanzó y con un gruñido dijo:

—¡Aquí tenemos a este puerco detective!

Prorrumpió en un torrente de obscenidades. Los tres avanzaron resueltamente hacia la indefensa figura sentada en la cama.

—Vamos a trincharlo, muchachos. Le acuchillaremos la cara al señor detective. No será el primero esta noche.

Y entonces, impresionante, con vigoroso acento trasatlántico, una voz ordenó:

—¡Arriba esas zarpas!

Los tres dieron la vuelta. Schwartz, vestido con un pijama rayado, de vivos colores, estaba en el umbral. En la mano llevaba una automática.

—Manos arriba, pollos. Cuidado, que no suelo fallar ningún tiro.

Apretó el gatillo y una bala pasó silbando junto a la oreja del gordo, yendo a enterrarse en el marco de la ventana.

Tres pares de manos se levantaron apresuradamente.

—¿Permite que le moleste, señor Poirot? —preguntó Schwartz.

Poirot saltó rápidamente de la cama. Recogió las relucientes armas y pasó las manos sobre el cuerpo de los tres hombres para asegurarse de que no llevaban encima ninguna más.

—¡De frente, marchen! —dijo Schwartz—. Hay un buen armario al final del pasillo. No tiene ventana alguna y es justamente lo que necesitamos.

Condujo su rebaño hasta el armario y lo cerró con llave una vez que hizo entrar a los tres individuos. Cuando volvió se dirigió a Poirot con voz atiplada por la emoción que experimentaba en aquel momento.

—¿Llevaba razón o no...? Sepa usted, señor Poirot, que algunos compadres de Fountain Springs se rieron de mí cuando dije que me iba a llevar una pistola. «¿Adonde crees que vas?», me preguntaron, «¿a la selva?». Bueno; ahora el que ríe soy yo. ¿Vio usted nunca pandilla semejante de rufianes?

—Mi apreciado señor Schwartz —dijo Poirot—, apareció usted en el instante preciso. La cosa pudo haber terminado en drama. He

contraído una gran deuda con usted.

—No ha sido nada. ¿Y qué hacemos ahora? Debíamos poner a estos chicos en manos de la policía. Pero eso es precisamente lo que no podemos hacer. Es un problema intrincado. Tal vez lo mejor será consultar ahora con el gerente.

—¿Al gerente? Creo que primero debemos hablar con el camarero; con Gustave, alias inspector Drouet. Sí; el camarero Gustave es en realidad un detective.

Schwartz miró fijamente a Poirot.

—¡Entonces por eso se lo hicieron!

—¿Qué es lo que hicieron y a quién?

—Ese hatajo de bribones lo tenían a usted en el segundo lugar de su lista. Acuchillaron a Gustave.

—¿Qué?

—venga conmigo. El doctor Lutz lo está curando ahora mismo.

La habitación de Drouet era pequeña y estaba situada en el último piso. Vestido con una bata, el doctor Lutz estaba vendando la cara del herido.

Volvió la cabeza cuando entraron los dos.

—¡Ah! Es usted, señor Schwartz. Un trabajo desagradable. ¡Qué carniceros! ¡Qué monstruos más inhumanos!

Drouet no se movía, pero gemía aunque ligeramente.

—¿Está grave? —pregunto el americano.

—No morirá, si a eso es a lo que se refiere. Pero no debe hablar... no se le debe excitar. Le vendé las heridas y no hay peligro de septicemia.

Los tres hombres salieron juntos de la habitación. Schwartz preguntó al detective:

—¿Dijo usted que Gustave pertenece a la policía?

Hércules Poirot asintió.

—¿Y qué hacía aquí, en Rochers Nieges?

—Se le había confiado la misión de atrapar a un peligroso criminal.

Poirot explicó la situación en pocas palabras.

—¿Marrascaud? —preguntó el doctor Lutz—. Leí el asunto en un periódico. Me gustaría mucho encontrarme con ese hombre. Debe padecer una profunda anormalidad. Me interesaría enterarme de cómo fue su infancia.

—Pues yo —dijo Poirot—, me contentaría con saber exactamente dónde está en estos momentos.

—¿Es alguno de los que encerró en el armario? —preguntó el americano.

Poirot contestó con acento dubitativo.

—Es posible... pero no estoy seguro... Tengo una idea...

Calló y miró fijamente la alfombra. Era de color avellana claro y en ella se veían las huellas de un tono rojizo profundo.

—Huellas de pasos —dijo el detective—. Huellas de sangre que,

según creo, conducen hacia la parte inhabitada del hotel. Vamos, debemos darnos prisa.

Los demás lo siguieron. Pasaron por unas puertas oscilantes y cruzaron un pasillo oscuro y polvoriento. Dieron vuelta a un recodo, siguiendo todavía las huellas, hasta que llegaron ante una puerta entreabierta.

Poirot la acabó de abrir y entró en la habitación.

Lanzó una exclamación aguda y horrorizada.

El cuarto era un dormitorio. La cama estaba deshecha y encima de una mesa se veía una bandeja con comida.

En medio de la habitación yacía el cuerpo de un hombre. Era de estatura un poco más que mediana y había sido agredido con salvaje e increíble ferocidad. Sus brazos y pecho habían recibido una docena de heridas y le habían machacado la cara hasta casi dejarla hecha una pulpa.

Schwartz lanzó una exclamación medio ahogada y dio la vuelta con aspecto de no encontrarse bien.

Por su parte, el doctor Lutz profirió una interjección en alemán.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Schwartz desmayadamente — ¿Lo conoce alguien?

—Me imagino —dijo Poirot— que fue conocido como Roberto, un camarero bastante inútil...

Lutz se había acercado, inclinándose sobre el cadáver. Con un dedo señaló.

Sobre el pecho del muerto se veía un papel. En él había unas cuantas palabras garrapateadas con tinta.

«Marrascaud no volverá a matar... Ni robará más a sus compañeros.»

El americano exclamó:

—¡Marrascaud? Entonces éste es Marrascaud. ¿Pero qué le trajo a un lugar tan apartado? ¿Y por qué dice usted que se llamaba Roberto?

—Estaba aquí disfrazado de camarero —dijo Poirot—. Y por cierto, fue un camarero bastante malo. Tan malo, que nadie se sorprendió cuando lo despidieron. Pensaron que volvería a Aldermatt, pero nadie lo vio irse.

Lutz comentó con voz lenta y retumbante:

—Y si fue así... ¿Qué cree usted que ocurrió?

—Creo que en esta habitación tenemos el motivo de cierta expresión angustiada que todos hemos visto en la cara del gerente —replicó Poirot—. Marrascaud debió ofrecerle una buena cantidad de dinero para que le permitiera esconderse en la parte deshabitada del hotel...

Y añadió con aspecto pensativo:

—Pero el gerente no las tenía todas consigo.

—¿Y Marrascaud continuó viviendo en esta parte del hotel, sin que

lo supiera más que el gerente?

—Así parece. Fue una cosa completamente posible.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó el doctor Lutz—. ¿Y quién lo mató?

—Eso es fácil —exclamó Schwartz—. Debía repartir el dinero con los de su banda y no lo hizo. Los traicionó.

Vino aquí, a este lugar retirado, para descansar un poco. Tal vez se imaginó que era el sitio en que menos pensarían sus compañeros; pero se equivocó. De una u otra forma, los otros se enteraron y lo siguieron hasta aquí —con la punta del zapato tocó el cadáver—. Y así... le ajustaron las cuentas.

Hércules Poirot murmuró:

—Sí; no fue la clase de cita en que pensamos.

El doctor Lutz observó con voz irritada:

—Estas especulaciones pueden ser muy interesantes, pero yo estoy preocupado por nuestra posición social. Tenemos un hombre muerto y, además, he de ocuparme de un herido, para lo cual dispongo de muy pocas medicinas. ¡Estamos aislados del mundo! ¿Por cuánto tiempo?

—Puede añadir a los tres asesinos que tenemos encerrados en el armario —apuntó el americano—. Es lo que yo llamo una situación interesante.

—¿Qué haremos? —preguntó Lutz.

—En primer lugar, entrevistarnos con el gerente —dijo Poirot—. No es un criminal, sino un hombre ávido de dinero. Y además, un cobarde. Hará todo lo que le digamos. Mi buen amigo Jacques, o su mujer, nos facilitarán unas cuerdas. Nuestros tres malandrines deben ser puestos donde podamos guardarnos con seguridad hasta el momento en que vengan a ayudarnos. Creo que la automática del señor Schwartz apoyará cualquier decisión que tomemos.

—¿Y yo? —preguntó el doctor Lutz—. ¿Qué hago yo?

—Usted —contestó gravemente Poirot —. Debe hacer cuanto pueda por su paciente. Nosotros vigilaremos sin descanso... y esperaremos. No podemos hacer nada más.

6

Pasaron tres días antes de que, en las primeras horas de la mañana, una pequeña partida de hombres apareció ante el hotel.

Fue Hércules Poirot quien abrió la puerta y los recibió con una versallesca reverencia.

— Bien venido, amigo mío.

El señor Lementeuil, el comisario de policía asió las dos manos de Poirot.

—¡Ah, amigo mío; qué alegría me da verlo de nuevo! ¡Qué cosa más estupenda y qué emociones habrá experimentado!... Y nosotros abajo; ansiosos, llenos de temor... sin saber nada; temiéndolo todo. Sin radio ni otro medio de comunicación. El heliógrafo fue un destello brillante de su ingenio.

—No, no —Poirot procuró aparentar modestia—. Al fin y al cabo, cuando fallan los inventos humanos, recurre uno a la Naturaleza. El sol siempre está en el cielo.

El pequeño grupo entró en el hotel.

—¿No nos esperaban? —preguntó Lementeuil con sonrisa que más bien era una mueca.

Poirot sonrió a su vez.

—Pues no —dijo—. Se cree que el funicular no funcionará por ahora.

Lementeuil, emocionado, dijo:

—Éste es un gran día. ¿Cree usted que no hay duda? ¿Es realmente Marrascaud?

—Claro que es Marrascaud. Venga conmigo.

Subieron por la escalera. Una puerta se abrió y apareció Schwartz, envuelto en su bata. Miró fijamente a los que llegaban.

—He oído voces —dijo—. ¿Qué ocurre?

Hércules Poirot explicó con ampulosos ademanes:

—¡Han llegado los refuerzos! Acompáñenos, señor. Éste es un gran momento.

Empezaron a subir el siguiente tramo de escaleras.

—¿Van en busca de Drouet? —preguntó Schwartz—. Y a propósito, ¿cómo está?

—El doctor Lutz dijo anoche que estaba mejor.

Llegaron ante la puerta de la habitación de Drouet. Poirot la abrió y anunció:

—Aquí tienen su jabalí salvaje, caballeros. Cójanlo vivo y cuiden de que no defraude a la guillotina.

El hombre tendido en la cama intentó levantarse. Pero los policías lo cogieron por los brazos antes de que pudiera moverse.

Schwartz exclamó asombrado:

—Pero si es Gustave el camarero... Es el inspector Drouet.

—Es Gustave... pero no Drouet. Drouet fue el primer camarero: el llamado Roberto que fue encerrado en la parte deshabitada del hotel y a quien Marrascaud mató la misma noche en que se produjo el ataque a mi habitación.

7

Después del desayuno, Poirot explicó la situación al americano que estaba hecho un lío.

—Sepa usted que hay ciertas cosas que uno conoce con toda exactitud, gracias a la experiencia que depara la propia profesión. Yo sé, por ejemplo, la diferencia que existe entre un detective y un asesino. Gustave no era camarero; eso lo sospeché en seguida... pero asimismo no era policía. He tenido que tratar con policías durante toda mi vida y lo sé. Para un ajeno a la profesión podía pasar por policía; pero no ante un hombre que se dedicara al oficio de detective, como yo.

«Por lo tanto —continuó— sospeché de él inmediatamente. Aquella noche no bebí el café que me sirvió Gustave. Lo vertí y estuve acertado con ello. Entrada ya la noche penetró un hombre en mi habitación con la confianza de quien sabe que su víctima está narcotizada. Rebuscó entre mis cosas y encontró la nota de Lementeuil en mi cartera... donde la dejé expresamente para que él la encontrara. A la mañana siguiente, Gustave me trajo el desayuno. Se dirigió a mí, utilizando mi verdadero nombre y desempeñó su papel con completa confianza. Pero sentía una gran inquietud, porque la policía estaba sobre su pista. Se dio cuenta de la posición en que se encontraba; del terrible desastre que se le avecinaba. Sus planes quedaban desbaratados por completo. Estaba cogido aquí arriba como una rata en la ratonera.

—Hizo una solemne tontería al venir —comentó con seguridad Schwartz—. ¿Por qué vino?

Poirot contestó gravemente:

—No tanta tontería como usted cree. Tenía necesidad, con suma urgencia, de encontrar un sitio retirado donde pudiera encontrarse con determinada persona y donde cierto hecho pudiera tener lugar.

—¿Qué persona?

—El doctor Lutz.

—¿El doctor Lutz? ¿También es un bribón?

—El doctor Lutz es realmente el doctor Lutz; pero no es un especialista de los nervios, ni un psicoanalista. Es un cirujano, amigo mío; un cirujano especializado en cirugía estética. Ésa era la causa por la cual debía encontrarse aquí con Marrascaud. Lo expulsaron de su país y se encuentra en la indigencia o poco menos. Y entonces le ofrecieron unos crecidos honorarios por encontrarse aquí con un hombre al que debía cambiar los rasgos faciales utilizando los conocimientos de su especialidad. Pudo haber sospechado que se trataba de un criminal, y si lo hizo cerró los ojos a tal hecho. Por lo tanto, no se atrevió a utilizar los servicios de una clínica en cualquier

país extranjero. Aquí arriba, donde nadie viene en época tan temprana si no es para una visita rápida y donde el gerente es un hombre que necesita dinero y a quien se puede comprar, se encontraba el sitio ideal.

»Pero, como dije, las cosas no salieron bien —continuó Poirot—. Marrascaud fue traicionado. Los tres hombres, sus guardaespaldas que debían venir para protegerle, no habían llegado aún, pero Marrascaud actuó sin perder momento. Secuestró al policía que se hacía pasar por camarero y ocupó su puesto. La banda se ocupó luego de estropear el funicular. Todo era cuestión de ganar tiempo; la noche siguiente fue muerto Drouet y le prendieron un papel en el pecho. Esperaban que cuando se restablecieran las comunicaciones con el valle, el cuerpo de Drouet hubiera sido enterrado como el de Marrascaud. El doctor Lutz llevó a cabo su operación sin más demora. Pero tenían que hacer callar a un hombre... a Hércules Poirot. Y por lo tanto, envió a su banda para que me liquidaran. Gracias a usted, amigo mío...

Poirot hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Entonces, ¿es usted realmente Hércules Poirot? —preguntó el americano.

—Ni más ni menos.

—¿Y no le engañaron ni un instante con aquel cadáver? ¿Sabía usted entonces que no era el de Marrascaud?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no lo dijo?

La cara de Poirot se tensó repentinamente.

—Porque quería estar seguro de entregar a la policía el verdadero Marrascaud.

Y murmuró para sí misino:

—Quería capturar vivo al jabalí salvaje de Erimantea...

CAPÍTULO V
LOS ESTABLOS DE AUGIAS

1

—La situación es en extremo delicada, señor Hércules Poirot.

Una ligera sonrisa distendió los labios del detective, que estuvo a punto de contestar:

—Siempre lo es.

Pero en lugar de ello, ajustó la expresión de su cara a lo que pudiera llamarse la extrema discreción de un médico de cabecera.

Sir George Conway prosiguió su perorata. Las frases salían de su boca con facilidad... La sin igual delicadeza de la posición en que se encontraba el Gobierno... El interés Público... la solidaridad del Partido... La necesidad de presentar un frente unido... El poder de la prensa... la prosperidad del país...

Todo aquello sonaba muy bien y no tenía significado alguno. Hércules Poirot sintió ese dolor de mandíbula que se experimentaba cuando uno tiene ganas de bostezar, pero lo prohíbe la buena educación. Había sentido la misma necesidad al leer los debates parlamentarios en la prensa, pero en aquella ocasión no se vio obligado a reprimir sus bostezos.

Se armó de paciencia para resistir aquello. Sentía, al propio tiempo, cierta simpatía por sir George Conway. El hombre quería, sin duda, decirle algo... y se veía también que había perdido la costumbre de explicar las cosas sencillamente. Las palabras se habían convertido para él en un medio que le servía para oscurecer los hechos... no para aclararlos. Era un entusiasta de la frase conveniente; es decir, de la frase que suena bien al oído y carece por completo de significado.

Las palabras siguieron fluyendo, mientras la cara del pobre sir George enrojecía por momentos. Lanzó una mirada desesperada al hombre que se sentaba a la cabecera de la mesa y el otro acudió en su ayuda.

—Está bien, George; yo se lo explicaré —dijo Edward Ferrier.

Hércules Poirot apartó su mirada del ministro de la Gobernación y la fijó en el jefe del Gobierno. Sentía un intenso interés por Edward Ferrier; un interés promovido por una frase casual que oyó a un anciano de ochenta y dos años. El profesor Fergus MacLeod, después de resolver un problema de química surgido al probar la culpabilidad de un asesino, había hablado un poco de política. Cuando se retiró el famoso y generalmente estimado John Hammet, ahora lord Cornworthy, su hijo político Edward Ferrier fue llamado a formar Gobierno. Comparando su edad con la de los principales políticos, era

un hombre joven, pues todavía no había llegado a los cincuenta años. El profesor MacLeod había dicho: «Ferrier fue uno de mis discípulos. Es un hombre cabal.»

Eso fue todo; pero para Hércules Poirot representaba mucho. Si MacLeod calificaba de cabal a un hombre, era una prueba de su carácter que no admitía comparación con cualquier entusiasmo popular o periodístico.

A decir verdad, ello coincidía con la opinión general. Edward Ferrier estaba considerado como un hombre cabal y entero; sin más aditamento. Ni brillante ni eminente; no como un orador de particular elocuencia; ni como hombre de vastos estudios. Era un ciudadano recto; educado en la más pura tradición. El que se casó con la hija de John Hammet, de quien, por decirlo así, fue la mano derecha. Podía confiársele el gobierno de la nación, pues seguiría la misma política de su antecesor.

Porque John Hammet gozó de profunda estimación por parte del pueblo y la prensa inglesa. En él estaban representadas cada una de las cualidades favoritas de los británicos. La gente estaba segura de su honradez. Se contaban anécdotas sobre su sencilla vida hogareña y su afición a la jardinería. Si Baldwin hizo famosa su pipa y Chamberlain su paraguas, John Hammet popularizó su impermeable. Siempre lo llevaba puesto; era una prenda usada y deslucida por el tiempo. Como un símbolo del clima inglés; de la prudente previsión de la raza; de su apego a sus viejas propiedades. Además, John Hammet sabía cómo hablar en público, a la manera inglesa. Sus discursos, pronunciados en tono reposado y serio, contenían esos tópicos simples y sencillos tan profundamente arraigados en el corazón de los ingleses. Los extranjeros criticaban algunas veces esos discursos, diciendo que eran hipócritas a la vez que intolerablemente liberales. John Hammet no tenía ningún inconveniente en ser liberal, de una forma deportiva, como educado en una escuela pública.

Por otra parte, era hombre de buena presencia; alto y erguido, de tez blanca y brillantes ojos azules. Su madre nació en Dinamarca y él fue durante muchos años primer lord del Almirantazgo, lo cual dio lugar a que lo apodaran «El Vikingo». Cuando su poca salud le forzó por fin a dejar las riendas del Gobierno, se experimentó un desasosiego general. ¿Quién le sucedería? ¿El refulgente lord Charles Delafield? (Demasiado brillante; Inglaterra no necesitaba brillantez.) ¿Evan Whittler? (Inteligente, pero quizás un poco falto de escrúpulos.) ¿John Potter? (La clase de hombre capaz de convertirse en un autócrata, y los ingleses no necesitaban tal cosa en su país.) Por lo tanto, todos dieron un suspiro de alivio cuando el reposado Edward Ferrier asumió el cargo. Ferrier era el hombre apropiado. Había sido preparado por el «viejo» con cuya hija se casó. Según la popular expresión inglesa, Ferrier «se sostendría».

Hércules Poirot fijó su mirada en aquel hombre sereno, de cara

enigmática y voz agradable. Era delgado, moreno y tenía aspecto de estar fatigado.

Edward Ferrier estaba diciendo:

—Tal vez, señor Poirot, conocerá usted un semanario titulado el *X-ray News.*

—Le di una ojeada de vez en cuando —admitió Poirot, enrojeciendo ligeramente.

—Entonces, ya sabe usted, poco más o menos, en qué consiste —dijo el primer ministro—. Es una especie de libelo, con párrafos detonantes que apuntan sensacionalmente a hechos que se suponen secretos. Algunos de ellos son verdaderos; otros, inofensivos... Mas todos servidos de una forma picante. En ciertas ocasiones...

Hizo una pausa y luego prosiguió con voz un poco alterada:

—En ciertas ocasiones hay algo más.

Hércules Poirot no replico.

—Desde hace dos semanas —continuó Ferrier— se vienen haciendo insinuaciones sobre el inminente descubrimiento de un escándalo mayúsculo en las más altas esferas políticas. «Asombrosas revelaciones de corruptelas.»

El detective se encogió de hombros y observó:

—Un truco vulgar. Cuando esas revelaciones salen a la luz, decepcionan generalmente a los que gustan del sensacionalismo.

Ferrier contestó con sequedad:

—Esta vez no quedarán decepcionados.

—Entonces, ¿sabe usted de qué se trata? —preguntó el detective.

—Poco más o menos.

Edward Ferrier calló durante unos instantes y después empezó a hablar. Cuidadosa y metódicamente, fue exponiendo lo ocurrido.

No era una historia muy edificante. Acusaciones de desvergonzados embrollos; escamoteo de valores públicos, empleo fraudulento de los fondos del Partido. Todos esos cargos se hacían contra el último jefe del Gobierno, John Hammet. Demostraban que fue un bribón redomado, que con un colosal abuso de confianza y utilizando su posición había amasado una gran fortuna personal.

La voz reposada de Ferrier calló al fin. El ministro de la Gobernación gruñó:

—¡Es monstruoso! —farfulló—. ¡Monstruoso! Ese Perry, el que edita el periodicucho, debía ser fusilado.

Poirot preguntó:

—¿Y esas revelaciones, o lo que sean, van a publicarse en el *X-ray News?*

—Sí.

—¿Qué medidas piensa usted adoptar contra ello?

Ferrier contestó lentamente:

—Constituyen un ataque personal a John Hammet. Por lo tanto, tendrá perfecto derecho a demandar al periódico por difamación.

—¿Estará dispuesto a ello?
—No.
—¿Por qué?
—Posiblemente nada agradaría más al *X-ray News* —le contestó el primer ministro—. La propaganda que esto le daría sería enorme. Su defensa se basaría en que todo consiste en un comentario imparcial y que las declaraciones hechas son verdad. El asunto sería expuesto exhaustivamente a la curiosidad pública.
—Pero así y todo, si el caso se falla contra el periódico, los gastos serán elevados en extremo.
—El fallo puede serles favorable —replicó Ferrier.
—¿Por qué?
—En realidad, yo creo que... —insinuó sir George.
Pero Edward Ferrier estaba ya hablando.
—Porque lo que quieren publicar es... pura y simplemente la verdad.
Sir George lanzó un gruñido, como quejándose de una franqueza totalmente antiparlamentaria.
—Pero, Edward —exclamó—, seguramente no admitiremos...
La sombra de una sonrisa pasó por la cara fatigada del primer ministro.
—Por desgracia, George —dijo—, hay veces en que debe decirse la verdad desnuda. Ésta es una de ellas.
—Ya comprenderá, señor Poirot —exclamó sir George—, que esto es estrictamente confidencial. Ni una palabra...
Ferrier lo interrumpió.
—El señor Poirot lo comprende perfectamente —dijo—. Lo que tal vez no haya entendido es esto: el futuro del Partido está en juego. Nuestro Partido se mantiene por lo que representa para el pueblo de Inglaterra; porque defiende la decencia y la honradez. Nadie nos consideró nunca como políticos insignes. Nos habremos confundido y equivocado. Pero siempre seguimos la tradición de hacerlo todo como mejor hemos sabido. Y además, hemos sido partidarios de la honradez estricta. El desastre que se nos viene encima consiste en que el hombre que era nuestro caudillo, el honrado hombre del pueblo *par excellence...* ha resultado ser uno de los peores bribones de esta generación.
Sir George profirió otro gruñido.
—¿No se había enterado usted de lo que pasó? —preguntó Poirot.
La sonrisa cruzó de nuevo aquella cansada cara.
—Tal vez no me crea, señor Poirot —dijo Ferrier—. Pero al igual que los demás, estaba completamente engañado. Nunca comprendí la curiosa actitud de reserva que mi esposa guardaba respecto a su padre. Pero ahora ya lo entiendo. Ella conocía su manera de ser.
«Cuando la verdad comenzó a revelarse —continuó después de una pausa—, me horroricé; no lo pude creer. Instamos la renuncia de mi

suegro al cargo que ostentaba, basándonos en su poca salud y nos pusimos a... limpiar la porquería.

Sir George refunfuñó:

—Los establos de Augías.

Poirot dio un respingo.

—Me temo —dijo Ferrier— que sea una tarea demasiado hercúlea para nosotros. Una vez que los hechos sean del dominio público, se producirá una ola de reacción por todo el país. Caerá el Gobierno; se convocarán nuevas elecciones y Everhard y su partido volverán al poder. Ya conoce usted el problema político de Everhard.

Sir George balbuceó:

—Un incendiario... eso es.

—Everhard es hábil —comentó lentamente Ferrier—. Pero es temerario, belicoso y carece por completo de tacto. Sus seguidores son ineptos *y* vacilantes... prácticamente sería una dictadura.

Hércules Poirot asintió.

—Tan sólo con que pudiéramos mantener secreto el asunto... —insinuó sir George.

El primer ministro sacudió despacio la cabeza. Fue un gesto de desaliento.

—¿Acaso duda de que pueda guardarse secreto? —preguntó Poirot.

—Lo he llamado, señor Poirot, contando con usted como último recurso —dijo Ferrier—. En mi opinión, este asunto es demasiado grave, y lo conoce demasiada gente para que se pueda ocultar con éxito. Los dos únicos medios de que disponemos, simple y llanamente, son la fuerza o el soborno, y no espero que prospere ninguno de ellos. El ministro de la Gobernación ha comparado nuestro problema con los establos de Augías. Se necesita, señor Poirot, la violencia de un río desbordado, el impulso desatado de las fuerzas de la Naturaleza... nada menos que un milagro.

—Se necesita, en resumen, un Hércules —dijo Poirot moviendo afirmativamente la cabeza con expresión complacida—. Recuerde que me llamo Hércules... —añadió.

—¿Puede hacer usted el milagro, señor Poirot? —preguntó Ferrier.

—Para eso me llamó, ¿no es cierto? Pensó que tal vez yo pudiera hacerlo, ¿verdad?

—Así es... Me di cuenta de que si queríamos conseguir la salvación, sólo podía venir esto a través de una inteligencia fantástica y fuera de las reglas habituales.

Y prosiguió al cabo de un momento:

—Aunque es posible que considere usted la situación desde un punto de vista ético, ¿no es eso? John Hammet fue un sinvergüenza; pero la leyenda que le rodea debe ser explotada. ¿Puede construirse una casa honrada sobre cimientos deshonestos? No lo sé. Pero de lo que sí estoy seguro es de que lo intentaré —sonrió con súbita acritud—. Como ve, los políticos quieren permanecer en sus cargos por los

móviles más sublimes.
Hércules Poirot se levantó.
—Señor —dijo—. Mi experiencia en el campo policíaco tal vez no me permita tener muy buena opinión de los hombres que se dedican a la política. Si John Hammet ocupara todavía su campo, no levantaría un solo dedo para salvarlo... no; ni el dedo meñique. Pero sé algo acerca de usted. Un hombre que es realmente grande, uno de nuestros más eminentes científicos y de los mejores cerebros de nuestros días, me dijo que era usted... un hombre cabal. Haré lo que pueda.
Hizo una reverencia y salió de la habitación. Sir George exclamó:
—Bueno, en mi vida vi desfachatez semejante...
Pero Edward Ferrier, sonriendo todavía, dijo:
—Fue un cumplido.

2

Cuando bajaba la escalera, Hércules Poirot se vio detenido por una mujer alta, de cabellos rubios.

—Haga el favor de pasar a este saloncito, señor Poirot.

El detective se inclinó ligeramente y la siguió:

Ella cerró la puerta, le indicó una silla y le ofreció un cigarrillo. Luego tomó asiento frente a Poirot.

—Acaba usted de ver a mi marido —dijo sosegadamente—, y le ha contado... lo de mi padre.

Poirot la miró con atención. Era una mujer de alta estatura, todavía hermosa, en cuya cara se reflejaba un carácter resuelto y una inteligencia muy despierta. La señora Ferrier era una figura popular. Como esposa del primer ministro era natural que recayera sobre ella gran parte de la popularidad de su marido. Pero como hija de John Hammet, su popularidad era todavía mayor. Dagmar Ferrier representaba el ideal popular del sexo femenino inglés.

Era una esposa adicta, una madre amante, que compartía la afición de su marido por la vida campestre. Se interesaba solamente en aquellos aspectos de la vida pública que, por lo general, se estiman como esferas apropiadas para la actividad femenina. Vestía bien, pero nunca con ostentación. La mayor parte de su tiempo estaba dedicada a practicar la caridad en gran escala. Había inaugurado organizaciones especiales para socorrer a las esposas de los obreros sin trabajo. La nación entera se interesaba por ella y era uno de los principales medios positivos con que contaba el Partido.

—Debe estar usted terriblemente alarmada, señora —le dijo Hércules Poirot.

—Lo estoy... y no sabe usted cuánto. Durante años estuve temiendo... que ocurriera algo.

—¿No tiene usted idea de lo que sucede actualmente?

Ella sacudió la cabeza.

—No... ni la más mínima idea. Sólo sé que mi padre no ha sido... lo que todos suponían. Desde que era una niña, ya me di cuenta de que era... un farsante.

Su voz era profunda y de tono amargo.

—Edward se casó conmigo... y ahora lo perderá todo —dijo.

Poirot preguntó tranquilamente:

—¿Tiene usted enemigos, señora?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Enemigos? No lo creo.

El detective comentó con aspecto pensativo:

—Yo creo que los tiene...

Y luego prosiguió:

—¿Tendrá usted valor, señora? Se prepara una gran campaña contra su marido y contra usted misma. Debe estar dispuesta a defenderse.

—Pero lo mío no importa. ¡Es solamente por Edward! —exclamó ella.

—El uno incluye al otro, señora. Recuerde que es usted la mujer del César.

Vio cómo la mujer palidecía y se inclinaba hacia delante para preguntar:

—¿Qué es lo que pretende decirme?

3

Percy Perry, el editor del *X-ray News,* estaba sentado ante su mesa de trabajo.

Era bajito y tenía cara de comadreja.

Con voz suave y untuosa estaba diciendo en aquel momento:

—Les vamos a sacar todos los trapos sucios. ¡Estupendo, estupendo!

Su segundo, un joven flaco que usaba gafas, preguntó intranquilo:

—¿No está usted nervioso?

—¿Por si emplean métodos violentos? Ellos no son de ésos. No tienen suficiente carácter. Y si lo hicieran no les aprovecharía de nada. Es imposible, dada la forma con que lo hemos preparado todo, tanto aquí como en el Continente y en América.

El otro contestó:

—Deben encontrarse en un buen apuro. ¿No cree que intentarán algo?

—Mandarán a alguien para que parlamente...

Sonó un zumbador y Percy Perry cogió el auricular.

—¿Quién ha dicho? —preguntó—. Está bien; hágalo pasar.

Dejó el auricular e hizo una mueca.

—Han contratado a ese polizonte belga. Vendrá para llevar a cabo su parte en el programa. Querrá saber si estamos dispuestos a negociar.

Hércules Poirot entró en el despacho. Iba elegantemente vestido y llevaba una camelia blanca en el ojal.

—Encantado de conocerlo, señor Poirot —dijo Percy Perry—. ¿Va usted al Royal Enclosure de Ascot? ¿No? Perdone, me equivoqué.

—Me lisonja usted —contestó el detective—. Sólo pretendo tener un buen aspecto. Eso tiene mayor importancia —paseó la mirada por la cara del editor y su desaliñado traje— cuando uno tiene pocas ventajas naturales.

Perry preguntó con sequedad:

—¿Para qué quería verme?

Poirot se inclinó hacia delante, se dio un golpe en la rodilla y dijo con alegre sonrisa:

—Chantaje.

—¿Qué diablos quiere decir? ¿Chantaje?

—He oído... me lo ha contado un pajarito... que en ocasiones ha estado usted a punto de publicar ciertas manifestaciones verdaderamente perjudiciales en su *spirituel* periódico... aunque luego se ha producido un pequeño incremento en el saldo de su cuenta corriente y... al final no llegaron a publicarse tales manifestaciones.

Poirot se recostó en su asiento y movió la cabeza, como satisfecho por lo que acababa de decir.

—¿Se da usted cuenta de que lo que ha insinuado representa una calumnia?

Poirot sonrió con aire de seguridad.

—Estoy seguro de que usted no se ofenderá por ello.

—¡Claro que me ofendo! Y respecto al chantaje, no existe ninguna prueba de que lo haya practicado con nadie.

— No, no. Estoy seguro de ello. No me ha comprendido. No lo estoy amenazando. Quería tan sólo llegar a una simple pregunta. ¿Cuánto?

—¡No sé de qué me está usted hablando! —replicó Percy Perry.

—Un asunto de importancia nacional, señor Perry.

Cambiaron una expresiva mirada.

—Soy un reformador, señor Poirot —dijo el editor—. Quiero aclarar la política de este país. Me opongo a toda corrupción. ¿Conoce usted el estado actual de la política? Exactamente igual que los establos de Augías.

—¡Caramba! —exclamó Hércules Poirot—. También usa usted la misma frase.

—Y lo que hace falta —prosiguió Perry— para limpiar esos establos es la corriente impetuosa y purificadera de la opinión pública.

El detective se levantó.

—Aplaudo sus sentimientos —dijo.

Y añadió:

—Es una lástima que no necesite usted dinero.

Percy Perry contestó con rapidez:

—Oiga, espere un momento. Yo no dije eso exactamente.

Pero Poirot había salido ya.

En vista de los hechos que sucedieron después, su pretexto para obrar así, según dijo, fue que no le gustaban los chantajistas.

4

Everitt Dashwood, el joven y alegre miembro de la redacción del periódico The Branch, golpeó afectuosamente la espalda de Hércules Poirot.

—Hay varias clases de basura, amigo mío —dijo—. La mía es basura limpia.

—No le estaba insinuando que fuera igual a la de Percy Perry.

—Ése es un condenado chupóptero. Una mancha en nuestra profesión. Si pudiéramos ya lo habríamos hundido.

—Pues sucede —explicó Poirot— que en este momento me encargo de un pequeño asunto consistente en aclarar un escándalo político.

—Quiere limpiar los establos de Augías, ¿eh? —le dijo Dashwood—. Demasiado pesado para usted. La única forma de hacerlo sería desviando el Támesis para que se llevara por delante el Parlamento.

—Es usted un cínico —repitió Poirot moviendo la cabeza.

—Conozco el mundo; ni más ni menos.

—Creo que es usted el hombre que necesito —dijo el detective—. Es atrevido, tiene espíritu deportivo y le gustan las cosas que se salgan de lo corriente.

—¿Y suponiendo que así sea...?

—Quiero poner en práctica un plan que tengo en la imaginación. Si es cierto lo que me figuro, existe una conjura que debemos desbaratar. Y todo ello, amigo mío, constituirá otra noticia que su periódico publicará antes que ningún otro.

—De acuerdo —dijo alegremente Dashwood.

—Estará relacionado con un grosero complot que fraguan contra una mujer.

—Mejor que mejor. Estas cosas de mujeres siempre interesan a la gente.

—Entonces, siéntese y escuche.

5

La gente hablaba.

En el bar de «El Ganso y las Plumas» de Little Winpliton.

—Bueno; pues yo no lo creo. John Hammet fue siempre un hombre honrado; no faltaba más. Ya quisieran parecérsele muchos de esos politicastros que andan por ahí.

—Eso es lo que siempre se dice de los estafadores antes de ser descubiertos.

—Cuentan que hizo miles de libras con el asunto del petróleo de Palestina. Un negocio de los más sucios.

—Todos ellos están cortados con el mismo patrón. No son ni más ni menos que unos asquerosos bribones.

—Everhard nunca haría eso. Pertenece a los de la vieja escuela.

—Está bien; pero no creo que John Hammet sea lo que dicen. Si fueras a creer todo lo que ponen los periódicos...

—La mujer de Ferrier es hija suya. ¿Has oído lo que cuentan de ella?

Todos se inclinaron sobre un sobado ejemplar del *X-ray News.*

«¿La mujer del César? Hemos oído que cierta dama relacionada con las más altas esferas políticas fue vista el otro día en un ambiente verdaderamente extraño. Y acompañada por su *gigolo.* ¡Oh, Dagmar, Dagmar! ¿Cómo puedes ser tan picarona?»

Una voz rústica comentó:

—La señora Ferrier no hace esas cosas. *¿Gigolo?* Uno de esos desvergonzados *dagos*[1].

Otra voz replicó:

—No te fíes nunca de las mujeres. Si quieres que te diga la verdad creo que no hay ni una buena.

---

[1] Nombre que aplican los ingleses a todos los extranjeros.

6

La gente hablaba.

—Mira, querida: yo creo que es absolutamente cierto. A Noemi se lo dijo Paul, y éste oyó cómo lo contaba Andy. Es una depravada.

—Pero si siempre fue tan normal y nunca salió de casa a no ser que tuviera que inaugurar alguna tómbola benéfica...

—Simple *camuflaje,* querida. Es ninfomaníaca... Bueno; ya sabes, eso es lo que dice el *X-ray News.* ¡Claro que no lo pone con todas las palabras! Pero lo puedes leer entre líneas. No sé cómo se enteraron de esas cosas.

—¿Y qué me dices del escándalo público que dejan entrever? Aseguran que su padre malversó los fondos del Partido.

7

La gente hablaba.

—No me gusta pensar en ello, se lo aseguro, señora Rogers. Pues ya ve usted, siempre pensé que la señora Ferrier era una mujer que sabía lo que se hacía.

—¿Cree usted que todas esas atrocidades son verdad?

—Como le dije antes, no me gusta pensar eso de ella. ¿Quién lo iba a imaginar? Si hace tan sólo unos meses, en junio, inauguró una tómbola en Pelchester. Y estuve tan cerca de ella como lo estoy ahora de ese sofá. Tenía una Sonrisa tan agradable...

—Sí; pero yo digo que cuando el río suena...

—Desde luego, eso es verdad. ¡Dios mío!, parece como si no pudiera fiarse una de nadie.

8

Edward Ferrier, con la cara pálida y tensa, se dirigió a Poirot.

—¡Esos ataques a mi mujer... son obscenos... absolutamente obscenos! Voy a entablar una demanda contra ese vil periodicucho.

—Yo no le aconsejaría eso —observó Poirot.

—Pero convendrá conmigo en que esas condenadas mentiras deben acabar.

—¿Está usted seguro de que son mentiras?

—¡Maldita sea! ¡Sí!

Con la cabeza ligeramente ladeada, Poirot preguntó:

—¿Y qué dice su esposa?

Por un momento Ferrier pareció desconcertarse.

—Ella opina que lo mejor es no darse por enterados... Pero yo no puedo hacerlo. Todo el mundo habla...

—Sí; todo el mundo habla —replicó el detective.

9

Y entonces apareció la lacónica noticia en todos los periódicos.

«La señora Ferrier sufre una ligera depresión nerviosa y ha salido para Escocia con el fin de descansar.»

Conjeturas, rumores... informes fidedignos de que la señora Ferrier no estaba en Escocia; de que nunca estuvo allí.

Historias escandalosas acerca del verdadero paradero de la señora Ferrier.

Y la gente habló de nuevo.

—Te digo que Andy la vio. ¡En ese lugar tan indecente! Estaba borracha o había tomado drogas. La acompañaba Ramón... ese antipático *gigolo* argentino. ¡Ya ves!

Y más habladurías.

La señora Ferrier se había ido al extranjero con un bailarín argentino. La habían visto en París, atiborrada de drogas. Las tomaba desde hacía muchos años y bebía como un pez.

Lentamente, la recta mente inglesa, al principio incrédula, fue tomando una actitud condenatoria contra la señora Ferrier. Al fin y al cabo, parecía como si hubiera algo de cierto en todo lo que se decía. Aquélla no era la clase de mujer apropiada para ser la esposa del primer ministro. «¡Una Jezabel; ni más ni menos que una Jezabel!»

Y luego llegaron las fotografías.

La señora Ferrier, en París... en un club nocturno, recostada y con un brazo posado familiarmente sobre el hombro de un joven moreno, de tez oscura y aspecto depravado.

Y en otras circunstancias, medio desnuda en una playa, con la cabeza reclinada en el hombro de aquel lagarto de salón.

Debajo de la «foto»:

«La señora Ferrier se divierte...»

Dos días después se presentó una demanda de difamación contra el *X-ray News.*

10

Sir Mortimer Inglewood, abogado de la Corona, inició el caso por la parte demandante. El aspecto del abogado era grave y parecía poseído de virtuosa indignación. La conjura sólo igualable al famoso caso del Collar de la Reina, familiar a los lectores de Alejandro Dumas. El complot imaginado para difamar a la reina María Antonieta ante los ojos del populacho. Y esa conjura había sido tramada de nuevo para desacreditar a una noble y virtuosa señora que ocupaba en el país la posición de la mujer del César. Sir Mortimer habló con amargo menosprecio de fascistas y comunistas, pues ambos trataban de minar las democracias con toda clase de maquinaciones. Luego llamó a sus testigos.

El primero fue el obispo de Northumbria.

El doctor Henderson era una de las más conocidas figuras de la Iglesia anglicana; un hombre de gran piedad e integridad de carácter. Tenía amplio criterio; era tolerante y pasaba por ser un gran predicador. Todos los que lo conocían sentían por él profundo respeto y cariño.

Subió al estrado y juró que durante las fechas mencionadas, la señora de Edward Ferrier había estado en palacio, invitada por su esposa y por él. Agotada por su intensa actividad haciendo buenas obras, le había sido recomendado un reposo absoluto. Su visita se mantuvo en secreto para evitar cualquier molestia por parte de la prensa.

Un médico eminente siguió al obispo y atestiguó que había ordenado a la señora Ferrier un completo descanso, con ausencia de toda preocupación.

Un practicante testimonió luego que había atendido a la señora Ferrier en la residencia del obispo.

El siguiente testigo que compareció fue Thelma Andersen.

Un estremecimiento recorrió la sala cuando la testigo subió al estrado. Todos notaron en seguida el extraordinario parecido físico de aquella mujer con la señora Ferrier.

—¿Se llama usted Thelma Andersen?

—Sí.

—¿Es usted súbdita danesa?

—Sí. Vivo en Copenhague.

—¿Trabaja usted en un café de dicha capital?

—Sí, señor.

—Haga el favor de explicarme lo que ocurrió el día dieciocho de marzo último.

—Un caballero se acercó a la mesa donde yo estaba. Era inglés y me dijo que trabajaba para un periódico de su país titulado el *X-ray*

News.

—¿Está usted segura de que mencionó ese nombre?

—Sí; estoy segura... porque al principio creí que se trataba de una revista médica. Pero no; parece que no es así. Luego me dijo que había una actriz inglesa que necesitaba encontrar una «doble» y que yo era justamente el tipo adecuado. No voy mucho al cine y no reconocí el nombre que me dijo. Pero me aseguró que era muy famosa; que no se encontraba bien y que por lo tanto precisaba que alguien se presentara por ella en algunos sitios públicos. Al final me prometió que mis servicios serían pagados generosamente.

—¿Cuánto dinero le ofreció aquel caballero?

—Quinientas libras en moneda inglesa. Al pronto no lo creí... Pensé que se trataría de algún ardid; pero me pagó al momento la mitad de la suma ofrecida. Como es lógico, me apresuré a comunicar al dueño del café que dejaba el empleo.

La relación prosiguió. La llevaron a París, donde la facilitaron buenas ropas y fue provista de una «escolta». Un caballero argentino muy solícito... muy respetuoso y atento.

Al parecer, la mujer se había divertido. Vino en avión a Londres y frecuentó varios clubs nocturnos acompañada por el caballero de tez morena. En París la fotografiaron junto a él. Admitió que algunos de los sitios en que estuvieron no eran muy refinados... ¡De veras, no eran nada respetables!... Y algunas de las «fotos» que se tomaron tampoco eran de buen gusto. Pero, según le dijeron, aquellas cosas eran necesarias para la publicidad... y el señor Ramón había sido siempre muy respetuoso.

Contestando a varias preguntas, declaró que nunca se mencionó el nombre de la señora Ferrier y que no supo jamás que aquella señora era a la que había estado suplantando. Creía que en todo ello no había nada malo. Identificó algunas fotografías que le fueron mostradas y dijo que habían sido hechas durante su estancia en París y la Riviera.

Se veía que Thelma Andersen hablaba de buena fe. Era una mujer agradable, aunque ligeramente tonta. Cuando comprendió lo que había hecho, su disgusto quedó bien patente para todos.

La defensa no convenció a nadie. Fue una frenética negación de haber tenido algún trato con la Andersen. Las «fotos» en cuestión habían sido enviadas a la Redacción de Londres, donde supusieron que eran auténticas. El discurso en que Mortimer presentó sus conclusiones definitivas levantó el entusiasmo. Describió el asunto, calificándolo de cobarde conjura política planeada para desacreditar al primer ministro y a su esposa. Todas las simpatías debían verterse sobre la infortunada señora Ferrier.

El veredicto, una conclusión que podía adelantarse, fue pronunciado en medio de escenas sin precedentes. Los perjuicios se cifraron en una suma fabulosa. Cuando la señora Ferrier, su marido y

su padre salieron de la sala fueron recibidos por el clamor afectuoso de una gran muchedumbre.

11

Edward Ferrier asió efusivamente la mano de Poirot.

—Mil gracias, señor Poirot. Esto acaba de una vez con el *X-ray News.* Ese indecente papelucho está destruido por completo. Lo tenía merecido por planear un complot tan asqueroso. Contra Dagmar, además, que es la criatura más buena del mundo. Gracias a Dios, se las compuso usted para que el asunto apareciera ante todos tal como era... ¿Cómo se le ocurrió la idea de que pudieran estar utilizando un «doble»?

—No fue idea nueva —le recordó Poirot—. Fue empleada con éxito en el caso de Jeanne de la Motte, cuando suplantó la personalidad de María Antonieta.

—Ya comprendo. Tendré que volver a leer «El Collar de la Reina». Pero ¿cómo encontró usted precisamente a la mujer que estaban empleando para ello?

—La busqué en Dinamarca y bien pronto la localicé.

—¿Y por qué en Dinamarca?

—Porque la abuela de la señora Ferrier era danesa, y ella misma tiene un tipo marcadamente danés. Pero además había otras razones.

—El parecido es chocante en extremo. ¡Qué idea más diabólica! ¿Cómo llegaría esa rata de Percy a pensar en ello?

Poirot sonrió.

—No fue él —*se* dio un golpe en el pecho—. ¡Yo fui el que pensó en ello!

Edward lo miró fijamente.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir?

Poirot explicó:

—Debemos retroceder a una historia mucho más vieja que la de «El Collar de la Reina»... a la de la limpieza de los establos de Augías. Lo que Hércules utilizó fue un río... es decir, una de las grandes fuerzas de la Naturaleza. ¡Modernice eso! ¿Cuál es, también, una de esas grandes fuerzas? El amor y las cosas relacionadas con él, ¿verdad? Es el aspecto amoroso el que hace que se vendan las novelas y el que da interés a las noticias. Dé a la gente un escándalo relacionado con asuntos amorosos y le interesará más que cualquier trampa o fraude político.

»Eh bien —continuó el detective—, ésa fue mi tarea. Primero, poner mis manos en el cieno, como hizo Hércules para construir un dique que desviara el curso del río, un periodista amigo mío me ayudó. Estuvo buscando en Dinamarca, hasta que encontró a una persona adecuada para intentar la suplantación. Al presentarse a ella mencionó casualmente el *X-ray News,* confiando en que se acordaría del nombre. Y así fue.

»¿Y qué ocurrió luego? —prosiguió—. Cieno..., gran cantidad de cieno. La mujer del César fue salpicada por él. Una cosa más interesante para la gente de la calle que ningún escándalo político. Y como resultado... ¿el *dénouement?* ¡Qué va! ¡La reacción! ¡La virtud vindicada! ¡La absolución de la mujer inocente! Una gran marea de romanticismo y simpatía barriendo los establos de Augías. Si todos los periódicos del país publicaran ahora la noticia de los desfalcos cometidos por John Hammet, nadie lo creería. Sería considerada como otra conjura política para desacreditar del todo al Gobierno.

Edward Ferrier aspiró profundamente el aire. Por unos momentos, Poirot estuvo más cerca que nunca de ser víctima de una agresión personal.

—¡Mi esposa! Se atrevió usted a utilizarla como...

Por fortuna quizá, la señora Ferrier entró en aquel preciso instante.

—Bueno —dijo ella—. Todo acabó bien.

—Dagmar, ¿estabas enterada de... todo lo que pasaba?

—Desde luego, querido —contestó Dagmar Ferrier.

Y sonrió con gentil y maternal sonrisa de una esposa afectuosa.

—¡Y no me dijiste nada!

—Pero, Edward; de haberlo sabido no hubieras permitido que monsieur Poirot lo hiciera.

—¡Claro que no lo hubiera permitido!

Dagmar sonrió.

—Eso es lo que nosotros pensamos.

—¿Nosotros?

—Monsieur Poirot y yo.

Repartió su sonrisa entre su marido y el detective, y añadió:

—Descansé muy bien los días que estuve en casa de nuestro querido obispo y ahora me encuentro llena de energías. Quieren que vaya a Liverpool, el próximo mes, para bautizar un nuevo buque de guerra... Creo que será conveniente ir, en bien de la popularidad.

CAPÍTULO VI
LOS PÁJAROS DE ESTINFALIA

1

Harold Waring las vio por primera vez cuando subía por el sendero del lago. Estaba sentado en la terraza del hotel. Hacía un buen día; el lago tenía un profundo color azul y el sol lucía brillantemente. Harold, mientras fumaba una pipa, pensó que el mundo era un lugar muy agradable.

Su carrera política se desarrollaba bajo buenos auspicios. Una Subsecretaría a la edad de treinta años, era cosa de la que uno podía enorgullecerse. Le habían dicho que el primer ministro comentó con alguien que «el joven Waring llegaría lejos». Harold estaba bastante satisfecho de ello. La vida se le presentaba de color de rosa. Era joven, no mal parecido, de buena posición y completamente libre de lazos románticos.

Había decidido pasar las vacaciones en Morzoslovaquia, tanto por apartarse de las rutas frecuentadas, como por gozar de un completo descanso, sin que nadie ni nada le molestaran. El hotel del lago Stempka, aunque de reducidas dimensiones, era confortable y no estaba atestado de gente. La mayor parte de los huéspedes eran extranjeros. Los únicos ingleses que había entre ellos eran una mujer de edad, la señora Rice, y su hija, la señora Clayton. A Harold le gustaron. Elsie Clayton era bonita, aunque de una manera bastante pasada de moda. Se pintaba muy poco, casi nada, y su aspecto era apacible y algo tímido. La señora Rice podía ser considerada como una mujer de carácter. Alta de estatura, de voz profunda y ademanes autoritarios, aunque no le faltaba el sentido del humor ni resultaba mala compañía. Se veía claramente que su vida estaba ligada a la de su hija.

Harold había pasado unas cuantos horas muy agradables en compañía de las dos mujeres, y como ellas no intentaron acapararle, las relaciones entre los tres seguían siendo amistosas y nada exigentes.

Los demás huéspedes del hotel no llamaron la atención del joven. Por lo general, eran excursionistas o turistas que llegaban en autopullman. Paraban allí durante una o dos noches y luego se marchaban. El muchacho no se había fijado en nadie más... hasta aquella tarde.

Las dos subían por el sendero del lago, caminando muy despacio. Y sucedió que, cuando atrajeron la atención de Harold, una nube cubrió el sol. El joven se estremeció ligeramente.

Luego las miró con detenimiento. Sin duda, había algo raro en aquellas dos mujeres. Tenían la nariz larga y aguileña, como el pico de un pájaro, y sus caras, de un gran parecido físico, adoptaban un aire impasible. Llevaban sobre los hombros unas capas sueltas que movía el viento y parecían las alas de dos pajarracos.

Harold pensó:

—Parecen pájaros... —y añadió casi sin querer—: Pájaros de mal agüero.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la terraza y pasaron junto a él. No eran jóvenes; tal vez su edad se acercaba más a los cincuenta que a los cuarenta y su parecido era tan grande que no podía dudarse de que se trataba de dos hermanas. Su semblante era desagradable. Cuando pasaron junto al joven, los ojos de ambas se fijaron en él durante un instante. Fue una mirada fría y calculadora... casi infrahumana.

La impresión de enfrentarse con algo maligno creció en el interior de Harold. Vio la mano de una de las dos hermanas; una mano que parecía garra. Aunque el sol brillaba otra vez, volvió a estremecerse.

«¡Qué repugnantes!», pensó. «Son como aves de presa...»

La señora Rice, que salía del hotel, le distrajo de estos pensamientos. El joven se levantó de un salto y le acercó una silla. La mujer le dio las gracias; tomó asiento y, como de costumbre, empezó a mover vigorosamente las agujas de la calceta.

—¿Ha visto a esas dos mujeres que acaban de entrar en el hotel? —preguntó Harold.

—¿Las de las capas? Sí; pasaron junto a mí.

—¿No cree que son dos personas muy extrañas?

—Pues... sí; tal vez sean algo raras. Creo que llegaron ayer. Son muy parecidas... deben ser gemelas.

—Quizá sean apreciaciones mías —comentó Harold—; pero siento de un modo instintivo que hay algo de maligno en ellas.

—¡Qué curioso! Cuando las vea otra vez me fijaré en ellas para comprobar si coincido con usted en esa impresión.

Y añadió:

—El conserje nos dirá quiénes son. No creo que sean inglesas.

—¡Oh, no!

La señora Rice miró su reloj y dijo:

—Es hora de tomar el té. ¿Tendría inconveniente en tocar el timbre, señor Waring?

—No faltaba más, señora Rice.

El joven se levantó, y cuando volvió a su asiento preguntó:

—¿Dónde está su hija esta tarde?

—¿Elsie? Hemos salido juntas a dar un paseo. Caminamos un poco junto al lago y luego volvimos por el pinar. Ha sido un magnífico paseo.

Un camarero salió en aquel momento y recibió orden de servir el

té. La señora Rice siguió hablando, mientras hacía volar las agujas:

—Elsie ha recibido una carta de su marido. Puede ser que no baje a tomar el té.

—¿Su marido? —preguntó Harold sorprendido—. Siempre pensé que era viuda.

La señora Rice le dirigió una penetrante mirada y dijo con sequedad:

—No; Elsie no es viuda —y añadió con cierto énfasis—: ¡Por desgracia!

Harold se sobresaltó.

La mujer hizo un signo afirmativo con la cabeza, frunció el ceño y observó:

—La bebida tiene la culpa de muchas desgracias, señor Waring.

—¿Bebe su marido?

—Sí. Y hace muchas otras cosas más. Es terriblemente celoso y tiene un genio violento en extremo —suspiró—. Éste es un mundo lleno de desgracias, señor Waring. Le tengo mucho afecto a Elsie, pues es mi única hija... y ver cuan infeliz es, resulta una cosa nada fácil de soportar.

Harold comentó con emoción:

—Es una criatura tan dulce.

—Tal vez demasiado.

—¿Qué quiere decir?

La señora Rice contestó lentamente:

—Una persona feliz es más altiva. La dulzura de Elsie proviene, según creo, de un sentimiento de derrota. La vida ha sido muy dura con ella.

El joven preguntó con ligera vacilación:

—¿Y cómo... llegó a casarse con él?

—Philip Clayton era un chico muy atrayente —contestó la señora Rice—. Tenía... y todavía tiene... un aspecto encantador. Poseía además algo de dinero... y no hubo nadie que nos enterara de su verdadero carácter. Me quedé viuda hace muchos años y dos mujeres que viven solas no son los mejores jueces para apreciar la condición de un hombre.

—Desde luego; así es —observó Harold pensativamente.

Sentía que en su interior se levantaba una ola de indignación y lástima al propio tiempo. Elsie Clayton no podía tener más de veinticinco años. Rememoró la expresión clara y amistosa de sus ojos azules y el suave gesto apenado de su boca. Se dio cuenta, de pronto, que el interés que sentía por ella rebasaba el límite de la amistad.

Y estaba ligada a un bruto...

2

Aquella noche Harold se reunió con madre e hija después de cenar. Elsie Clayton llevaba un vestido color de rosa, apagado y mate. El joven vio que tenía los párpados enrojecidos. Había estado llorando.

La señora Rice anunció con viveza:

—Ya me enteré de quiénes son esas dos arpías, señor Waring. Son polacas... de muy buena familia; eso me ha dicho el conserje.

Harold miró al otro lado del salón, donde estaban sentadas las dos mujeres. Elsie preguntó, sin demostrar ningún interés:

—¿Aquellas dos señoras? ¿Las del cabello teñido? Tienen un aspecto bastante desagradable... No sé por qué.

Harold exclamó triunfalmente:

—Eso mismo pensé yo.

La señora Rice rió.

—Me parece que ambos desvarían. No se puede juzgar a la gente por su solo aspecto externo.

Elsie rió a su vez.

—Supongo que así será —dijo la hija—; pero, de todas formas, me hacen el efecto de dos buitres.

—¡Arrancando los ojos a los muertos! —dijo Harold.

—¡Oh. no! —exclamó Elsie.

El joven se apresuró a excusarse:

—Lo siento.

La señora Rice sonrió y dijo:

—Sea como fuere, no creo que se metan con nosotros.

—No tenemos ningún secreto pecaminoso —comentó Elsie.

—Tal vez lo tenga el señor Waring —añadió su madre guiñando un ojo.

Harold soltó una carcajada, inclinando la cabeza, hacia atrás.

—Ni de los más pequeños —dijo—. Mi vida es un libro abierto.

Y un pensamiento cruzó su mente:

—¡Qué tontos son los que abandonan el camino recto! Una conciencia limpia... eso es todo lo que se necesita en la vida. Con ello puede uno enfrentarse con el mundo y mandar al diablo a quien se interponga.

De pronto, sintió que su vitalidad aumentaba; se notó más fuerte, mucho más dueño de su destino.

3

Harold Waring, como muchos ingleses, era un mal políglota. Su francés dejaba mucho que desear y, además, lo hablaba con un terrible acento británico. De alemán e italiano no sabía nada.

Pero hasta entonces su poca habilidad lingüística no le había preocupado en gran manera. Siempre encontró que en la mayoría de los hoteles de Europa el personal hablaba inglés. ¿Para qué molestarse entonces?

Pero en aquel lugar tan apartado, donde la lengua nativa era un derivado del eslovaco, y aun el conserje sólo hablaba alemán, a veces le resultaba irritante que alguna de sus dos amigas le sirvieran de intérprete. La señora Rice, que sentía gran afición por los idiomas, podía hablar, incluso, un poco de eslovaco.

Harold decidió iniciar el estudio del alemán. Se propuso comprar algunos libros de texto y dedicar un par de horas cada mañana al estudio.

Hacía un buen día y después de escribir varias cartas, Harold miró el reloj y vio que tenía todavía tiempo para dar un paseo de una hora antes del almuerzo. Bajó hasta el lago y se adentró en el pinar. Al cabo de cinco minutos de caminar bajo los pinos, oyó un ruido inconfundible. No muy lejos de allí una mujer lloraba desconsoladamente.

Harold se detuvo un momento y luego se dirigió hasta donde provenían los gemidos. La mujer era Elsie Clayton. Estaba sentada sobre un tronco caído, con la cara entre las manos. Sus hombros se estremecían con la violencia de su pena.

El joven titubeó un instante y después fue hacia ella. Llamó suavemente:

—Señora Clayton... Elsie.

Ella se sobresaltó y levantó la mirada hacia él. Harold tomó asiento a su lado.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó afectuosamente—. ¿Hay algo qué pueda hacer?

Elsie sacudió la cabeza.

—No... no... Es usted muy amable. Pero nadie puede hacer nada por mí.

Harold preguntó con timidez:

—¿Tiene algo que ver con... su marido?

La joven asintió. Se enjugó los ojos y sacó la polvera, luchando para volver a recobrar el dominio de sí misma. Con voz trémula dijo:

—No quiero que mamá se preocupe. Se disgusta mucho cuando ve la poca felicidad de que disfruto. Por lo tanto, vine aquí para llorar a mi gusto. Ya sé que es una tontería. El llorar no resuelve nada.

Pero... algunas veces... me parece que la vida es completamente insoportable.

—No sabe cuánto lo siento —simpatizó Harold.

Ella le dirigió una mirada de gratitud y luego explicó apresuradamente:

—Es mía toda la culpa, desde luego. Me casé con Philip por mi propia y libre voluntad. Y si... si luego salió mal, sólo soy yo la culpable; yo y sólo yo.

—Es usted muy valiente al considerarlo así —dijo Harold Waring.

La joven sacudió la cabeza.

—No; no soy valiente. No tengo ánimos para nada. Soy una cobarde. Por eso llegaron, en parte, las desavenencias con Philip. Me tiene aterrorizada... por completo... cuando se enfurece.

Emocionado, Harold apuntó:

—¡Debe usted separarse de él!

—No me atrevo. No..., no me dejaría.

—¡Tonterías! ¿Qué me dice del divorcio?

Elsie volvió a sacudir la cabeza con lentitud.

—No tengo motivos —enderezó los hombros—. Tengo que soportarlo. Paso gran parte del año con mamá. Philip no se opone a ello, especialmente cuando vamos a sitios poco frecuentados como éste —y añadió, mientras el color subía a sus mejillas—: La mayor parte de los disgustos provienen de los celos terribles que siente. Si llego siquiera a conversar con un hombre, es capaz de hacer las más espantosas escenas.

La indignación de Harold subió de punto. Había oído quejarse a muchas mujeres de los celos de sus maridos, y si bien había expresado su simpatía hacia ellas, secretamente abrigaba la opinión de que los maridos, en aquellos casos, llevaban toda la razón. Pero Elsie Clayton no era una de ellas. No le había dirigido tan siquiera una mirada insinuante.

La joven se apartó de él estremeciéndose ligeramente, y miró al cielo.

—Se ha ocultado el sol —dijo—. Hace frío. Será mejor que volvamos al hotel. Debe ser la hora de comer.

Ambos se levantaron y tomaron la dirección del hotel. Habían caminado por espacio de un minuto cuando vieron a otra persona que seguía su mismo camino. La reconocieron por la flotante capa que llevaba. Era una de las hermanas polacas.

Cuando pasaron por su lado, Harold hizo una ligera inclinación de cabeza. Ella no correspondió al saludo, pero sus ojos se posaron sobre los dos jóvenes y hubo tal malicia en aquella mirada que el hombre se sintió enrojecido. Tal vez, aquella mujer lo habría visto sentado junto a Elsie en el tronco. Y si así era, probablemente pensaría...

Y por lo visto, eso era lo que pensaba... Un acceso de indignación

lo sobrecogió. ¡Qué mente tan asquerosa tenían algunas mujeres!

Era raro que el sol se hubiera escondido y que los dos se estremecieran... tal vez en el mismo momento en que la mujer los espiaba.

Sea como fuere, Harold se sintió en aquellos instantes un poco intranquilo.

4

Por la noche, Harold entró en su habitación un poco después de las diez. Había llegado correo de Inglaterra, con unas cuantas cartas para él, algunas de las cuales necesitaban ser contestadas inmediatamente.

Se puso una bata sobre el pijama y tomó asiento ante la mesa con el propósito de despachar su correspondencia. Había escrito ya tres cartas y estaba justamente empezando la cuarta cuando se abrió de pronto la puerta y Elsie Clayton entró tambaleándose en la habitación.

Sorprendido, Harold se levantó de un salto. Elsie había cerrado la puerta tras ella y se apoyó en una cómoda. Su respiración era entrecortada y tenía la cara blanca como el papel. Parecía estar mortalmente asustada.

—¡Es mi marido! —balbuceó—. Ha llegado sin avisar. Creo... creo que me matará. Está loco... loco por completo. Acudo a usted... oh, no permita que me encuentre —avanzó dos pasos, con andar tan inseguro que por poco cae al suelo. Harold extendió el brazo para sostenerla.

Y cuando hizo esto, la puerta se abrió de nuevo y apareció un hombre en el umbral. Era de una mediana estatura, con espesas cejas y pelo negro liso. En la mano llevaba una pesada llave inglesa. Levantó la voz, aguda y temblorosa por la ira.

—¡De modo que la polaca tenía razón...! —vociferó—. ¡Tienes un enredo con este tipo!

—No, no, Philip —exclamó Elsie—. No es verdad. Estás equivocado.

Harold empujó rápidamente a la muchacha hasta situarla detrás de él, cuando vio que Philip avanzaba hacia ellos.

—Equivocado, ¿eh? —chilló el hombre—. Y te encuentro en su habitación. ¡Perdida, te juro que te voy a matar por esto!

Con un rápido movimiento apartó el brazo de Harold. Elsie, dando un fuerte grito, se colocó al otro lado de Harold, quien se volvió para rechazar el ataque.

Pero Philip Clayton tenía un solo propósito: coger a su esposa. Dio otro rodeo y Elsie, aterrorizada, salió corriendo de la habitación. Su marido la siguió y Harold, sin dudarlo un momento, salió tras ellos.

La joven se dirigió rectamente hacia su propio dormitorio, al final del pasillo. Harold oyó el ruido de la llave al girar, aunque la cerradura no se cerró a tiempo, y Philip Clayton abrió dando un empujón. El hombre entró en la habitación y Harold oyó el horrorizado grito de Elsie. Sin perder un instante, el joven entró también en el cuarto.

Elsie estaba acorralada contra las cortinas de la ventana. Cuando

llegó Harold, Philip Clayton se dirigía hacia su esposa blandiendo la llave inglesa. Elsie volvió a gritar, y cogiendo un pesado pisapapeles de la mesa que tenía al lado, lo lanzó a la cabeza de su marido.

Clayton se desplomó como un fardo y la joven lanzó otro grito, mientras Harold quedaba como petrificado en el umbral de la puerta. Elsie se arrodilló junto a Philip, que no daba señales de vida.

En el pasillo se oyó el ruido que produjo el pestillo de una puerta al cerrarse. Elsie se levantó apresuradamente y se dirigió hacia Harold.

—Por favor... por favor —dijo en voz baja y casi sin aliento—. Vuelva a su habitación. Pueden venir... y encontrarle aquí.

Harold asintió. Había comprendido la situación en un santiamén. Por un momento, Philip Clayton estaba *hors de combat.* Pero los gritos de Elsie podían haber sido oídos y si lo encontraban en la habitación de la joven sólo podía esperar compromisos y malentendidos. En beneficio de ambos no debía producirse ningún escándalo.

Haciendo el menor ruido posible desanduvo el camino hasta su dormitorio y justamente cuando llegaba a él oyó el ruido de una puerta que se abría.

Cerca de media hora estuvo en su cuarto, esperando, sin atreverse a salir. Estaba seguro de que tarde o temprano Elsie iría a verle.

Se oyó un golpecito en la puerta y Harold la abrió de un tirón.

No era Elsie la que llamaba, sino su madre, y Harold quedó horrorizado al ver su aspecto. Parecía que de pronto hubiera envejecido muchos años. Llevaba los grises cabellos completamente en desorden y los ojos rodeados por dos círculos oscuros.

El joven se apresuró a llevarla hasta una silla. Ella tomó asiento. Respiraba con dificultad.

—Parece que no se encuentra usted bien —dijo Harold—. ¿Quiere que le traiga algo?

La mujer sacudió la cabeza.

—No, no se preocupe por mí. En realidad, me encuentro perfectamente. Ha sido sólo la impresión. Señor Waring, ha ocurrido una cosa terrible.

—¿Tal mal herido está Clayton? —preguntó el joven.

Ella retuvo el aliento.

—Peor que eso. Ha muerto...

5

La habitación pareció dar vueltas alrededor de Harold.

La sensación de que un chorro de agua helada le corría por el espinazo paralizó al joven y le impidió pronunciar palabra alguna durante unos momentos.

—¿Muerto? —repitió torpemente.

La señora Rice asintió.

Cuando habló, su voz tenía el tono monótono que produce el cansancio.

—El borde del pisapapeles le dio en la sien y al caer se golpeó la cabeza con el guardafuegos metálico de la chimenea. No sé qué es lo que le habrá producido la muerte; pero lo cierto es que ha muerto.

¡Desastre...! Ésta era la palabra que sonaba insistentemente en el cerebro de Harold. Desastre, desastre, desastre...

—Pero fue un accidente —dijo con vehemencia—. Yo vi cómo ocurría.

La señora Rice contestó secamente:

—Claro que fue un accidente. Yo también lo sé. Pero... ¿habrá alguien más que lo crea? Francamente... estoy asustada, Harold. No estamos en Inglaterra.

—Yo puedo confirmar la declaración de Elsie —dijo el joven.

—Sí; y ella confirmará la de usted. Eso... eso es justamente.

La mente de Harold, de por sí aguda y precavida, vio con rapidez lo que la mujer quería decir. Recordó todo lo sucedido y se dio cuenta de la fragilidad de su posición en el asunto.

Elsie y él habían pasado juntos gran parte del tiempo desde que se conocieron. Y luego existía el hecho de que habían sido vistos en el pinar por una de las polacas, en circunstancias bastante comprometedoras.

Al parecer, las polacas no hablaban inglés, pero quizá lo entendían un poco. Aquella mujer podía reconocer el significado de algunas palabras, como «celos» y «marido», dichas en el transcurso de la conversación que tal vez estuvo escuchando. De todas formas, parecía claro que para soliviantarlo de tal modo, la polaca había contado algo a Clayton. Y ahora... estaba muerto. Cuando murió. Harold se encontraba en la habitación de Elsie. Y no había nada que desmintiera que él, deliberadamente, atacó a Clayton con el pisapapeles. Nada que probara que el celoso marido no los había encontrado juntos. Sólo la palabra de Elsie y la de él. ¿Los creerían?

Un miedo cerval lo sobrecogió.

No le cabía en la imaginación que tanto él como Elsie estuvieran en peligro de ser condenados a muerte por un asesinato que no habían cometido. En cualquier caso, sólo podrían acusarlos de homicidio.

Pero ¿distinguirían el asesinato del homicidio en estos países extranjeros? Aunque los absolvieran tendrían que hacer antes una encuesta y el asunto se publicaría en la prensa. «Se acusa a dos ingleses...», «marido celoso...», «joven y prometedor político». Sí; aquello representaría el final de su carrera. No podría soportar un escándalo semejante.

—¿No sería posible deshacernos del cadáver? —preguntó impulsivamente—. ¿Llevarlo a cualquier otro sitio?

La mirada asombrada y desdeñosa de la señora Rice le hizo enrojecer. La mujer habló con tono incisivo.

—Pero, Harold, esto no es una novela de detectives. Intentar una cosa así sería una locura.

—Sí; eso parece —gruñó él—. ¿Qué podríamos hacer? Dios mío, ¿qué podríamos hacer?

La señora Rice sacudió la cabeza con desesperación. Tenía el ceño fruncido y su cerebro trabajaba a toda presión. Harold volvió a preguntar:

—¿No podemos hacer nada? ¿Nada que evitara este pavoroso desastre?

Ya lo había dicho... ¡desastre! Terrible... imprevisto... vituperable.

Ambos se miraron fijamente y la mujer dijo con voz ronca:

—Elsie, mi pequeña Elsie. Haré cualquier cosa... Se moriría si tuviera que afrontar una cosa así —y añadió—: Y usted también... su carrera... todo.

Harold murmuró:

—No se preocupe por mí.

Pero, en realidad, estaba muy lejos de decir lo que sentía.

La mujer prosiguió con tono amargo:

—¡Esto no es justo... ni razonable! Sería diferente si entre ella y usted existiera algo. Pero yo sé muy bien que no hay nada.

Como si se cogiera a un clavo ardiente, Harold sugirió:

—Diga eso a todos, por lo menos... Me parece muy bien.

—Sí; sólo falta que nos crean. Ya sabe cómo es la gente de aquí.

Así era, pensó lúgubremente Harold. Para una mente continental no había duda de que debía existir una relación culpable entre Elsie y él. Y las negativas de la señora Rice serían consideradas como un intento desesperado de salvar a su hija.

El joven comentó con tristeza:

—Es verdad; no estamos en Inglaterra. Mala suerte.

—¡Ah! —la señora Rice levantó la cabeza—. Es cierto... no estamos en Inglaterra. Tal vez pudiera hacerse algo...

—¿Sí? —preguntó ávidamente Harold.

La mujer inquirió de pronto:

—¿Cuánto dinero tiene aquí?

—No mucho. Pero puedo telegrafiar para que me manden más, desde luego.

—Vamos a necesitar una gran suma. Pero creo que vale la pena intentarlo.

—¿Qué se propone? —dijo Harold, sintiendo que su ánimo cobraba nuevas fuerzas.

La señora Rice habló con decisión:

—No tenemos ninguna posibilidad de ocultar esta muerte valiéndonos de nuestros propios medios; mas creo que existe, por lo menos una, de que podamos hacerlo «oficialmente».

—¿Lo cree usted así? —Harold abrigaba una leve esperanza, aunque en el fondo no creía en todo aquello.

—Sí; por una parte, el gerente del hotel estará a nuestro lado. Le interesará que no trascienda el asunto. Opino que en estos apartados países balcánicos se puede sobornar a todo el mundo...

Harold replicó pensativamente:

—Pues tal vez tenga usted razón.

La señora Rice prosiguió:

—Por fortuna, no creo que ningún huésped del hotel oyera lo que sucedió.

—¿Quién ocupa la habitación contigua a la de Elsie, frente a la de usted?

—Las dos señoras polacas. No oyeron nada, pues de otra forma hubieran salido al pasillo. Philip llegó a una hora avanzada y nadie le vio, excepto el portero nocturno. Creo Harold, que nos será posible hacer pasar inadvertido el asunto y conseguir un certificado de que Philip murió por causas naturales. Todo es cuestión de elevar la cifra suficientemente... y de encontrar el hombre apropiado, que seguramente será el jefe de policía.

Harold sonrió.

—Eso parece una ópera cómica, ¿verdad? Bueno, después de todo, no tenemos más remedio que intentarlo.

6

La señora Rice era la energía personificada. Primero llamó al gerente. Harold permaneció en su habitación, apartado de todo aquello. Había convenido con la señora Rice que sería mejor presentar el asunto como una riña entre marido y mujer. La juventud y belleza de Elsie se granjearían más simpatías.

A la mañana siguiente llegaron al hotel varios agentes de policía que fueron conducidos a la habitación de la señora Rice. No salieron de allí hasta el mediodía. Harold telegrafió pidiendo dinero, si bien no tomó parte en los procedimientos que se seguían, ya que de todos modos no hubiera podido hacerlo, pues ninguno de aquellos personajes oficiales hablaba inglés.

A las doce, la señora Rice entró en la habitación del joven. Estaba pálida y parecía cansada, pero el alivio que se reflejaba en su cara hacía inútil toda explicación.

—Ha surtido efecto —dijo simplemente.

—¡Gracias a Dios! ¡Es usted maravillosa! ¡Parece increíble!

La mujer contestó:

—Por la facilidad con que se desarrolló, le hubiera parecido que nada de lo sucedido era anormal. Prácticamente, todos tendieron la mano a la primera insinuación. En realidad... es algo desagradable.

Harold dijo con sequedad

—No es éste el momento de discutir sobre la corrupción de los funcionarios públicos. ¿Cuánto ha sido?

—La tarifa es bastante elevada.

Leyó las cantidades que traían anotadas en un papel:

El jefe de policía.

El comisario.

El agente.

El médico.

El gerente.

El portero nocturno.

Harold se limitó a comentar:

—El portero nocturno no ha sacado mucho, ¿verdad? Supongo que sólo será cuestión de taparle la boca.

La señora Rice explicó:

—El gerente estipuló que la muerte no ocurrió en el hotel. La relación oficial de los hechos será que Philip sufrió un ataque al corazón cuando venía en el tren. Salió al pasillo para respirar un poco de aire... y ya sabe usted cuántas veces no se cierran bien las portezuelas del tren. Se apoyó en una y cayó a la vía. ¡Hay que ver de lo que es capaz la policía cuando quiere!

—Bueno —dijo Harold—. Gracias a Dios, nuestra policía no es de

esa clase.

Y con una disposición de ánimo muy británico bajó al comedor.

7

Después de comer, Harold se reunía habitualmente con la señora Rice y su hija para tomar café. Decidió no introducir ningún cambio en esta costumbre.

Era la primera vez que veía a Elsie después de lo ocurrido la noche anterior. Estaba muy pálida y se notaba que todavía se encontraba bajo los efectos de la fuerte impresión, haciendo comentarios vulgares sobre el tiempo y el paisaje.

La conversación recayó sobre un nuevo huésped que acababa de llegar, cuya nacionalidad trataron de conjeturar. Harold opinaba que un bigote como aquél sólo podía ser francés. Elsie decía que era alemán, y la señora Rice creía que era español.

No había nadie más que ellos en la terraza, a excepción de las dos polacas, que estaban sentadas en uno de los extremos, haciendo ganchillo.

Como siempre que las veía, Harold sintió que un extraño estremecimiento de aprensión pasaba por él. Aquellas caras inexpresivas; aquellas narices aguileñas; aquellas manos que parecían garras...

Un «botones» se acercó y dijo que buscaban a la señora Rice. La mujer se levantó y lo siguió. Los dos jóvenes vieron cómo al llegar a la puerta del hotel saludaba a un policía de uniforme.

Elsie contuvo la respiración.

—¿Cree usted... que algo habrá salido mal?

Harold se apresuró a tranquilizarla.

—No; no creo que haya pasado nada.

Pero en su interior sintió un súbito acceso de miedo.

—¡Su madre está llevando el asunto maravillosamente!

—Ya lo sé. Mamá es una gran luchadora. Nunca admite la derrota —Elsie se estremeció—. Pero esto ha sido horrible, ¿verdad?

—Vamos; no tratemos más de ello. Ya pasó todo.

Elsie dijo en voz baja:

—Yo no puedo olvidar... que lo maté.

Harold replicó apresuradamente:

—No debe pensar en eso. Fue un accidente y usted lo sabe.

La cara de la joven adoptó una expresión ligeramente más serena. Harold añadió:

—Y de todas formas, ya pasó todo. El pasado es el pasado. Trate de no pensar más en ello.

La señora Rice volvió en aquel instante. Por el aspecto de su cara, los dos jóvenes vieron que todo iba bien.

—Me ha dado un susto atroz —dijo la mujer con tono jovial—. Pero sólo se trataba de una formalidad que debía cumplirse con los

documentos. Todo va perfectamente, hijos míos. No hay nada que temer. Creo que debíamos pedir unas copas de licor para celebrarlo.

Pidieron las copas y cuando se las sirvieron, cada uno levantó la suya.

—Por el futuro —brindó la señora Rice.

Harold dirigió una sonrisa a Elsie y propuso:

—¡Por su felicidad!

Ella sonrió a su vez y replicó:

—¡Y por usted... porque tenga muchos éxitos! Estoy segura de que llegará a ser un hombre eminente.

Se sentían alegres, casi aturdidos; era la reacción natural después del miedo pasado. ¡Las sombras habían desaparecido! Todo iba bien.

Las dos mujeres que estaban al otro lado de la terraza se levantaron. Enrollaron cuidadosamente su labor y luego se encaminaron hacia donde se sentaban los otros tres.

Hicieron unas ligeras reverencias y tomaron asiento al lado de la señora Rice. Una de ellas empezó a hablar y la otra fijó sus ojos en los dos jóvenes. En sus labios campeaba una ligera sonrisa que, según pensó Harold, no tenía nada de agradable.

El muchacho miró a la señora Rice, quien estaba escuchando a la otra hermana, y aunque él no entendía una palabra de lo que estaban diciendo, la cara de la oyente era lo bastante expresiva como para no dejar lugar a dudas. Toda la angustia y desesperación de antes se reflejaban en ella de nuevo. La mujer escuchaba y de vez en cuando contestaba con una breve palabra.

Al cabo de un rato, las dos hermanas se levantaron y después de inclinarse levemente, entraron en el hotel.

Harold preguntó con voz ronca:

—¿Qué ocurre?

La señora Rice contestó con tono monótono y desesperado:

—Esas dos mujeres nos amenazan con un chantaje. Anoche lo oyeron todo. Y ahora que hemos tratado de ocultar lo sucedido, todavía se pone peor la cosa...

8

Harold Waring se hallaba junto al lago. Había paseado febrilmente durante una hora, procurando con aquel esfuerzo físico acallar el clamor de desesperación que sentía.

Llegó por fin al lugar donde vio por primera vez a las dos lúgubres mujeres que tenían bajo sus pies la vida de él y de Elsie.

En voz alta, exclamó:

—¡Malditas sean! ¡Malditas sean esas arpías!

Una ligera tosecilla le hizo dar la vuelta. Se encontró frente al extranjero del bigote exuberante, que en aquel momento salía de entre los pinos.

Harold no supo qué decir. Aquel hombrecillo seguramente oyó la exclamación.

Con tono que le pareció ridículo, dijo:

—Oh... ejem... buenas tardes.

El otro contestó en perfecto inglés:

—Temo que para usted no serán muy buenas.

—Pues... yo... —Harold se turbó otra vez.

—Creo que se encuentra usted en un atolladero, monsieur. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No; gracias; muchas gracias. Sólo me estaba desahogando un poco.

El extranjero replicó suavemente:

—No obstante, creo que puedo ayudarle. ¿Estoy en lo cierto al suponer que sus preocupaciones están relacionadas con las dos señoras que en este instante se encuentran en la terraza?

Harold lo miró con fijeza.

—¿Sabe usted algo de ellas? Y a todo esto, ¿quién es usted?

Como si confesara pertenecer a una ascendencia principesca, el hombrecillo anunció:

—Yo soy Hércules Poirot. ¿Podríamos adentrarnos un poco en el bosque? Cuénteme entretanto lo que le ocurre. Como le dije, creo que puedo ayudarle.

Harold no estaba todavía seguro de qué fue lo que le hizo confiar repentinamente en un hombre a quien acababa de conocer hacía unos pocos minutos. Tal vez fue la excesiva tensión que le dominaba. Pero, sea como fuere, ocurrió. Relató a Poirot toda la historia.

El detective escuchó en silencio y en una o dos ocasiones asintió gravemente. Cuando Harold calló, Poirot comentó vagamente:

—Los pájaros de Estinfalia, de férreos picos, que se alimentaban de carne humana y habitaban junto al lago... Sí; todo coincide exactamente.

—Perdón, ¿qué decía? —preguntó Harold, intrigado.

Quizá, pensó, aquel estrambótico hombrecillo estaba loco de remate.

Hércules Poirot sonrió.

—Estaba reflexionando. Tengo mi propio sistema de ver las cosas. Y por lo que se refiere a este punto, me parece que se encuentra usted en una situación bastante desagradable.

Harold replicó con impaciencia:

—¡Eso no es menester que usted lo diga!

El detective prosiguió:

—El chantaje es un asunto muy serio. Esas arpías le forzarán a pagar... y pagar... y pagará otra vez. Y si acaso las desafiara... bueno, ¿qué pasaría?

El joven comentó con amargura:

—Todo se descubriría. Arruinarían mi carrera, y una pobre chica que nunca hizo mal a nadie, se vería envuelta en este asunto infernal. Sólo Dios sabe cuál sería el final de todo ello.

—Por lo tanto —dijo Poirot—, debemos hacer algo.

Harold preguntó con malos modos:

—¿Qué?

Hércules Poirot inclinó hacia atrás la cabeza y casi cerró los ojos cuando habló, las dudas acerca de su buen estado mental cruzaron de nuevo por el pensamiento de Harold.

—Es el momento de utilizar las castañuelas de bronce.

—¿Está usted loco? —dijo el joven.

—*Mais non!* Sólo hago lo posible para seguir el ejemplo de mi gran predecesor Hércules. Tenga paciencia durante unas pocas horas, amigo mío. Mañana me encontraré en situación de poder librarle de sus perseguidoras.

9

Cuando Harold bajó a la mañana siguiente, encontró a Hércules Poirot sentado solo en la terraza. A pesar de sus dudas, el joven se había dejado impresionar por las promesas del detective.

Harold se dirigió a él y preguntó con ansiedad:

—¿Qué ha pasado?

Poirot lo miró con ojos brillantes.

—Todo ha salido a pedir de boca.

—¿Qué quiere decir?

—Que todo se aclaró satisfactoriamente.

—¿Pero qué ha ocurrido?

El detective volvió a emplear su tono vago.

—He utilizado las castañuelas de bronce. O mejor dicho, expresándome en términos modernos, he hecho que vibraran los hilos metálicos... En resumen, utilicé el telégrafo. Sus pájaros de Estinfalia, monsieur, han sido puestos donde no podrán perjudicar a nadie durante algún tiempo.

—¿Estaban reclamadas por la policía? ¿Las han detenido?

—Precisamente.

Harold exhaló un profundo suspiro.

—¡Estupendo! Nunca pensé en ello —se levantó—. Voy a buscar a la señora Rice y a su hija para decírselo.

—Ya lo saben.

—Bien —Harold volvió a sentarse—. Dígame cómo...

Por el sendero del lago subían dos mujeres de perfil aguileño y flotantes capas sobre los hombros.

—¡Creí haberle oído decir que se las habían llevado! —exclamó el joven.

—Oh, ¿esas señoras? Son inofensivas por completo; dos damas polacas de muy buena familia, tal como le dijo el conserje. Su aspecto, tal vez, no sea muy agradable; pero eso es todo.

—¡Pues no lo comprendo!

—No; no lo comprenderá. Eran las otras señoras a las que buscaba la policía. La ingeniosa señora Rice y la llorosa señora Clayton. Eran ellas las aves de presa. Las dos vivían del chantaje, *mon chéri.*

Harold tuvo la sensación de que el mundo daba vueltas alrededor de él. Con voz desmayada preguntó:

—¿Pero el hombre... el hombre que resultó muerto...?

—No murió nadie. ¡Y no hubo tal hombre!

—¡Pero si yo lo vi...!

—No. La señora Rice, con su alta estatura y su voz profunda, representa muy bien los papeles masculinos. Fue ella quien hizo de marido... claro es que sin la peluca gris.

Se inclinó hacia delante y dio un golpecito en la rodilla del joven.

—No se debe ir por la vida con tal cantidad de buena fe, amigo mío. La policía de un país no se soborna tan fácilmente ni, tal vez, habrá manera de conseguirlo; mucho menos cuando se trata de un asesinato. Esas mujeres se aprovecharon de la ignorancia que, por lo general, tienen todos los ingleses de los idiomas extranjeros. Como habla francés y alemán, la señora Rice es la que siempre se ocupa de entrevistarse con el gerente y de llevar el asunto. Llega la policía y entra en su habitación, desde luego. ¿Pero qué sucede en realidad? Usted no lo sabe. Tal vez les dirá que ha perdido un broche o algo parecido. Cualquier excusa para hacerlos venir, con el fin de que usted los vea. Y en cuanto al resto de ello, ¿qué he de decirle? Telegrafía usted para que manden dinero, gran cantidad de él; y luego lo entrega a la señora Rice, quien se encarga de todas las negociaciones, ¡y eso es todo! Pero estas aves de presa son insaciables. Vieron que usted sentía una irracional aversión hacia esas dos infortunadas señoras polacas. Las damas en cuestión llegaron y sostuvieron una conversación inocente por completo con la señora Rice; pero ésta no supo resistir la tentación de volver a repetir el juego. Sabía que usted no entendía ni una palabra de lo que hablaron. Por consiguiente, tuvo usted que pedir más dinero; dinero que la señora Rice se encargaría luego de distribuir entre otras personas según pretendía.

Harold aspiró profundamente aire.

—¿Y Elsie?

—Desempeñó muy bien su papel. Siempre lo hace. Es una actriz consumada. Hace ver que todo es muy raro... muy inocente. No atrae hacia ella más que un sentimiento noble.

Y añadió pensativamente:

—Eso tiene siempre éxito cuando se trata de un inglés.

Harold Waring volvió a suspirar.

—Tengo que aprender todos los idiomas europeos que existen. ¡No quiero que nadie me tome el pelo por segunda vez!

CAPÍTULO VII
EL TORO DE CRETA

1

Hércules Poirot miró a su visitante. Ante él tenía una cara en la que destacaba una barbilla agresiva; unos ojos más bien grises que azules y un pelo negrísimo. Unas facciones propias de la Grecia clásica.

Se fijó en la buena hechura del traje, un tanto usado, que ella llevaba; en el raído bolso de mano y en la inconsciente arrogancia que tenía en sus maneras, tras la excitación patente que embargaba a la joven.

El detective pensó:

«Sí; toda una señora rural... pero sin blanca. Le debe haber ocurrido algo extraño para que acuda a mí.»

Diana Maberly habló con voz que tembló ligeramente.

—No... no sé si podrá usted ayudarme, monsieur Poirot. Se trata... de una situación verdaderamente extraordinaria.

—¿De veras? —animó Poirot—. Cuéntemelo todo.

—He venido a verle porque no sé qué hacer —le dijo ella—. No sé, siquiera, si se puede hacer algo.

—¿Me permite que sea yo quien juzgue ese punto?

El color subió de pronto a las mejillas de la joven. Con rapidez y casi sin aliento, dijo:

—He acudido a usted porque el hombre a quien estaba prometida desde hace poco más de un año, ha roto nuestro compromiso.

Se detuvo y lo miró desafiante.

—Debe usted pensar —añadió— que no estoy bien de la cabeza.

Poirot sacudió la suya con lentitud.

—Al contrario, señorita. No tengo ninguna duda de que es usted muy inteligente. Desde luego, mi *mótier* en la vida no es pacificar riñas de enamorados, y yo sé muy bien que está usted perfectamente enterada de ello. Por lo tanto, debe existir algo muy raro en esa ruptura de compromiso. Es eso, ¿verdad?

La muchacha asintió, y con voz clara y precisa, dijo

—Hugh rompió nuestro compromiso porque piensa que se va a volver loco. Cree que los locos no deben casarse.

Hércules Poirot levantó un poco las cejas.

—¿Y no está usted de acuerdo?

—No lo sé... Al fin y al cabo, ¿qué es estar loco? Todos lo estamos un poco.

—Eso dicen —convino con cautela.

—Sólo cuando uno empieza a imaginarse que es un huevo escalfado o algo parecido, es cuando deben encerrarlo.

—¿Y su novio no ha llegado a tal extremo?

—Yo no advierto nada extraño en Hugh. ¡Es la persona más cuerda que conozco! Formal... sensato...

—Entonces, ¿qué es lo que le hace pensar que se está volviendo loco? —Poirot hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Tal vez se han dado casos de demencia en la familia?

Como si le repugnara hacerlo, Diana inclinó la cabeza en mudo asentimiento.

—Creo que su abuelo estuvo algo chiflado y alguna que otra tía abuela. Pero ya sabe que en casi todas las familias pasan esas cosas. Algunos son medio tontos y otros demasiado listos.

Sus ojos tenían una expresión suplicante.

Hércules Poirot sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento mucho por usted, mademoiselle.

La joven adelantó la barbilla y exclamó:

—¡No quiero que me compadezca! ¡Lo que quiero es que haga algo!

—¿Y qué desea de mí?

—No lo sé... pero hay en todo esto alguna cosa que no es normal.

—¿Quiere usted contarme, mademoiselle, todo lo referente a su novio?

Diana habló con rapidez.

—Se llama Hugh Chandler y tiene veinticuatro años. Su padre es el almirante Chandler. Viven en Lyde Manor, una finca que pertenece a la familia desde los tiempos de la reina Isabel. Hugh es hijo único. Ingresó en la Marina, pues todos los Chandler han sido marinos; es una especie de tradición familiar, desde que sir Gilbert Chandler navegó con sir Walter Raleigh en mil quinientos y pico. Hugh se alistó en la Armada como si ello fuera algo inevitable. Su padre no hubiera consentido otra cosa. Y sin embargo, fue su propio padre quien insistió en que renunciara a dicha carrera.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace casi un año. Todo fue muy repentino.

—¿Estaba Hugh Chandler contento de su profesión?

—Por completo.

—¿No hubo escándalo de ninguna especie?

—¿Promovido por Hugh? Ninguno. Progresaba en su carrera y no pudo comprender la actitud de su padre.

—¿Y qué razón dio el almirante Chandler?

—En realidad, nunca dio ninguna. Dijo que era necesario que Hugh aprendiera a administrar su hacienda; pero eso sólo fue un pretexto. Hasta George Frobisher se dio cuenta de ello.

—¿Quién es George Frobisher?

—El coronel Frobisher; el más viejo amigo del almirante y padrino de Hugh. Pasa largas temporadas en el Manor.

—¿Qué opinó el coronel Frobisher acerca de la determinación tomada por su amigo?
—Se quedó sin saber qué decir. No lo entendió en absoluto. Ni nadie llegó a comprenderlo.
—¿Ni siquiera Hugh Chandler?
Diana tardó unos instantes en contestar y Poirot aprovechó la pausa para continuar:
—Tal vez, entonces, quedara asombrado; pero ahora... ¿no opina nada? ¿Nada en absoluto?
La joven dijo con timidez:
—Hace una semana... me confesó... que... que su padre tenía razón. Que era la única cosa que podía hacer.
—¿Le preguntó la causa de ello?
—Desde luego. Pero no quiso decírmelo pese a mi insistencia.
Hércules Poirot reflexionó unos momentos y luego preguntó:
—¿Han ocurrido cosas insólitas en la comarca donde viven? ¿Cosas que tal vez empezaron hace un año? ¿Algo que dio motivo a gran cantidad de habladurías y conjeturas pueblerinas?
—No sé a qué se refiere —replicó ella con rapidez.
—Sería mejor que me lo contara sin ocultarme nada.
—No hubo nada... nada de lo que usted se imagina.
—¿De qué clase entonces?
—¡Creo que es usted odioso! A menudo suceden cosas raras en el campo. Venganza... o el tonto del pueblo... o alguien.
—¿Qué ocurrió?
La joven contestó de mala gana:
—Hubo cierto revuelo acerca de unas ovejas... aparecieron con el cuello cortado. ¡Oh, fue horrible! Pero todas ellas pertenecían a un granjero que tiene fama de tacaño. La policía creyó que se trataba de alguien que le tenía ojeriza.
—¿No cogieron al que lo hizo?
—No.
Y la chica añadió furiosamente:
—Pero si piensa usted que...
Poirot levantó una mano y observó:
—No tiene usted idea de lo que estoy pensando. Dígame, ¿consultó su novio con un médico?
—No. Estoy segura de que no lo hizo; me lo hubiera dicho.
—¿Acaso no era lo mejor que podía hacer?
Diana replicó despacio:
—No quiere... Aborrece a los médicos.
—¿Y su padre?
—No creo que su padre tenga mucha fe en ellos. Dice que son una pandilla de charlatanes y negociantes.
—¿Y qué tal aspecto tiene el almirante? ¿Se encuentra bien? ¿Es feliz?

La joven contestó con voz baja:
—Ha envejecido terriblemente en... en...
—¿En un año?
—Sí. Es una ruina... una sombra de lo que fue antaño.
Poirot asintió.
—¿Aprobaba el noviazgo de su hijo?
—Oh, sí. Las tierras de mi familia lindan con las suyas. Hemos vivido allí durante generaciones. Se alegró muchísimo cuando Hugh y yo nos prometimos.
—Y ahora, ¿qué dijo cuando se enteró de que había roto el compromiso?
La voz de la muchacha tembló.
—Le encontré ayer por la mañana. Estaba mortalmente pálido. Me cogió las manos entre las suyas y me dijo: «Ya sé que esto es muy duro para ti, hija mía. Pero el chico hace lo que debe... la única cosa que puede hacer.»
—Y, por lo tanto —comentó Poirot—, acude usted a mí.
Ella asintió.
—¿Puede usted hacer algo? —preguntó desasosegada.
—No lo sé —replicó el detective—. Pero, por lo menos, puedo ir allí y verlo todo personalmente.

2

El aspecto físico de Hugh Chandler fue lo que más impresionó a Poirot. Alto, magníficamente proporcionado, con un formidable pecho, anchas espaldas y cabellera de matiz leonado. Se veía que rebosaba fuerza y vitalidad.

Al llegar Diana a su casa, junto con Poirot, telefoneó inmediatamente al almirante Chandler y a continuación ella y el detective se dirigieron a Lyde Manor, donde encontraron el té esperándolos en la terraza, y con el té, a tres hombres. Allí estaba el almirante de pelo blanco, envejecido; con los hombros encorvados como si soportaran una carga excesiva; de ojos oscuros y angustiados. Su amigo, el coronel Frobisher, ofrecía un fuerte contraste con él. Un hombrecillo reseco y fuerte, de pelo rojizo que blanqueaba en las sienes. Inquieto, irascible, arisco como un fox *terrier,* y con un par de ojillos en los que brillaba la astucia. Tenía la costumbre de fruncir las cejas al tiempo que inclinaba y adelantaba la cabeza, mientras miraba con aquellos ojos sagaces a su interlocutor. El otro hombre era Hugh.

—Buen ejemplar, ¿verdad? —dijo el coronel Frobisher.

Habló en voz baja al darse cuenta de que Poirot contemplaba detenidamente al joven.

El detective asintió con la cabeza. Estaba sentado junto a Frobisher. Los otros tres habían colocado sus sillas al extremo opuesto de la mesa y conversaban animadamente, aunque de una forma algo artificiosa.

—Sí; es magnífico —murmuró Hércules Poirot—. Magnífico... Un toro joven. Puede decirse que es el toro dedicado a Poseidón... Un perfecto ejemplar de vigorosa masculinidad.

—Parece bastante robusto, ¿verdad?

Frobisher suspiró. Sus agudos ojillos se volvieron y contemplaron a Hércules Poirot. Al cabo de un rato, dijo:

—Sé quién es usted y a qué se dedica.

—No es ningún secreto.

Poirot agitó una mano con gesto majestuoso. Pareció dar a entender que no «viajaba de incógnito», sino bajo su verdadero nombre.

Después de unos instantes, Frobisher preguntó

—¿Le ha traído la muchacha para que se encargue... del asunto?

—¿Del asunto?

—Lo del joven Hugh... Sí; ya veo que lo sabe todo. Mas lo que no acabo de comprender es por qué acudió la chica a usted... Tal vez no pensó que estas cosas caen fuera de su esfera de acción; que un médico estaría mucho más indicado.

—Yo me encargo de todo lo que se presente... Se sorprendería usted si supiera de la diversidad de casos en que he intervenido.
—Lo que quise decir es que no comprendo del todo qué espera ella de usted.
—La señorita Maberly es una luchadora tenaz —dijo Poirot.
El coronel Frobisher hizo un caluroso gesto de asentimiento.
—Sí; lo es. Una chica excelente. No se rinde jamás; pero de todas formas, ya sabe usted que hay cosas contra las que no es posible luchar...
Su cara tomó de pronto una expresión envejecida y cansada.
Poirot bajó la voz todavía más y murmuró discretamente :
—Tengo entendido que se han dado casos de demencia en la familia, ¿no es eso?
El otro asintió.
—Algún caso de vez en cuando —dijo—. Por lo general, media una generación o dos entre ellos. El abuelo de Hugh fue el último.
Poirot dirigió una rápida mirada hacia donde estaban los otros tres. Diana llevaba la conversación, riéndose y haciendo burla de Hugh. Cualquiera hubiera asegurado que ninguno de ellos tenían la menor congoja que los turbara.
—¿En qué forma se presenta la locura? —preguntó suavemente el detective.
—El abuelo se volvió loco furioso al final. Hasta los treinta años no dio señal alguna de ello... era perfectamente normal. Pero luego empezó a volverse loco. Hasta que la gente se dio cuenta de ello y gran cantidad de rumores empezaron a circular por ahí. Después ya se contó que estaban ocurriendo cosas que se trataba de ocultar. Bueno —se encogió de hombros—, acabo más loco que un cencerro. ¡Pobre diablo! Pero tenía manías homicidas y tuvieron que encerrarlo.
Hizo una corta pausa y luego continuó:
—Creo que vivió muchos años... Eso es lo que teme Hugh. Por ello no quiere que le vea un doctor. Tiene miedo de que lo encierren para toda la vida. No lo censuro por ello, pues yo pensaría igual si me encontrara en su situación.
—¿Y qué dice el almirante Chandler?
—Esto le ha destrozado por completo —contestó Frobisher con sequedad.
—¿Está muy encariñado con su hijo?
—Por completo. Su mujer pereció en un accidente marítimo cuando el muchacho tenía solamente diez años. Desde entonces no vivió más que para su hijo.
—¿Quería mucho a su esposa?
—La adoraba. No solamente él, sino todos los que la conocían. Era... una de las mujeres más agradables que he conocido en mi vida —calló durante unos instantes y después preguntó repentinamente—: ¿Le gustaría ver su retrato?

—Me encantaría.

Frobisher empujó hacia atrás la silla y se levantó. Con voz alta anunció:

—Charles, voy a enseñarle unas cuantas cosas al señor Poirot. Es un entendido en la materia.

El almirante levantó una mano con gesto vago. Frobisher cruzó la terraza y Poirot lo siguió. La cara de Diana se despojó por un instante de su máscara alegre y pareció expresar una pregunta llena de congoja. Hugh levantó también la cabeza *y* miró fijamente al hombrecillo de los negros mostachos.

El detective entró en la casa junto con Frobisher. Al principio le pareció todo tan oscuro, debido al súbito cambio desde la brillante luz del sol, que con dificultad pudo distinguir las cosas. Pero se dio cuenta de que la casa estaba llena de objetos antiguos y hermosos.

El coronel Frobisher le condujo hasta la Galería de Pinturas. De las artesonadas paredes pendían los retratos de los Chandler desaparecidos hacía ya tiempo. Caras austeras y alegres; hombres vestidos de etiqueta o con uniforme de marino. Mujeres engalanadas.

Frobisher se detuvo ante un retrato, al final de la Galería.

—Pintado por Orpen —dijo... ásperamente.

Representaba la figura de una mujer de alta estatura, que con una mano sujetaba el collar de un galgo. Tenía el cabello de color castaño claro y una expresión de radiante vitalidad.

—El muchacho es su vivo retrato —comentó el coronel—. ¿No lo cree usted?

—En algunas cosas, sí.

—El chico no tiene su delicadeza, desde luego... ni su femineidad. Es una edición masculina... pero en todas las partes esenciales... —su voz se quebró—. Lástima que heredara de los Chandler la única cosa sin la cual hubiera ido mejor...

Ambos guardaron silencio. El aire alrededor de ellos parecía tener un hálito de melancolía. Como si los difuntos Chandler lamentaran la tara que llevaban en la sangre y que sin saberlo se pasaba de unos a otros...

Hércules Poirot volvió la cabeza para mirar a su acompañante. George Frobisher contemplaba todavía a la hermosa mujer del cuadro. Y el detective dijo con tono suave:

—¿La conocía íntimamente...?

Frobisher balbuceó:

—Siempre estábamos juntos cuando éramos niños. Luego me destinaron al Ejército en la India, como subalterno... Ella tenía entonces dieciséis años, y cuando regresé... se había casado con Charles Chandler.

—¿Lo conocía también a él?

—Charles es uno de mis más viejos amigos. Es mi mejor amigo y siempre lo ha sido.

—¿Después que se casaron... los veía a menudo?

—Solía pasar aquí casi todos mis permisos. Esta casa ha sido para mí como un segundo hogar. Charles y Caroline siempre me tenían preparada una habitación —enderezó los hombros, y de pronto adelantó la cabeza con aire belicoso—. Por eso estoy ahora aquí; para ayudar en lo que haga falta. Si Charles tuviera necesidad de mí... Aquí me tendrá.

La sombra de la tragedia se cernió otra vez sobre ellos.

—¿Qué opina usted... acerca de todo esto? —preguntó Poirot.

Frobisher se mantuvo erguido. Sus cejas se abatieron sobre los ojos.

—Creo que cuanto menos se hable de ello, mejor. Y para serle franco, no sé qué es lo que hace usted aquí, señor Poirot. No veo la razón de que Diana le trajera.

—¿Está usted enterado de que ha sido roto el compromiso entre Diana y Hugh Chandler?

—Sí; ya lo sabía.

—¿Y conoce la razón de ello?

Frobisher replicó con sequedad:

—No tengo ni la menor idea. Los jóvenes arreglan estas cosas entre ellos. No debe uno mezclarse.

—Hugh le dijo a Diana que no tenía ningún derecho a casarse con ella, porque iba a volverse loco.

Vio cómo el sudor perlaba la frente de Frobisher.

—¿Es que no hay más remedio que hablar de este maldito asunto? —exclamó el coronel—. ¿Qué cree usted que puede hacer? Hugh se ha portado como debía. No tiene la culpa de ello; es herencia... gérmenes embrionarios... células cerebrales... Pero una vez que el chico lo ha sabido, ¿qué otra cosa podía hacer más que romper el compromiso? Es algo que debe llevarse a cabo, tanto si se quiere como si no.

—Si pudiera llegar a convencerme de ello...

—Fíese de lo que le he dicho.

—Pero si no me ha dicho nada.

—Ya le advertí que no quería hablar de esto.

—¿Por qué obligó el almirante Chandler a su hijo a que abandonara la armada de tan súbita manera?

—Porque no podía hacer otra cosa.

—Pero, ¿por qué razón?

Frobisher sacudió obstinadamente la cabeza.

Poirot murmuró:

—¿Tuvo algo que ver con unas cuantas ovejas que aparecieron degolladas?

El otro habló con acento colérico.

—Por lo visto ya oyó hablar de ello.

—Diana me lo dijo.

—Esa chica hubiera hecho mejor cerrando la boca.
—Pues ella no cree que esto sea conclusivo.
—No sabe nada.
—¿Qué es lo que no sabe?
De mala gana y con enfado, Frobisher contestó:
—Está bien; ya que de todas formas ha de enterarse... Cierta noche, Chandler oyó un ruido y pensó que alguien había entrado en la casa. Salió a ver qué ocurría y se encontró con que la luz de la habitación de su hijo estaba encendida. Chandler entró y vio a Hugh dormido en la cama; profundamente dormido, sin desvestir. Tenía las ropas llenas de sangre y el lavabo rebosaba de ella. Su padre no pudo despertarlo y a la mañana siguiente se enteró de que habían encontrado a unas cuantas ovejas degolladas. Preguntó a Hugh, pero el muchacho no sabía nada. No recordaba haber salido de casa, aunque se encontraron sus zapatos, manchados de barro, junto a la puerta trasera. No pudo explicar tampoco el origen de la sangre que llenaba el lavabo. No sabía nada de lo que había pasado. El pobre chico no estaba enterado entonces de lo que estaba ocurriendo.
«Charles me vino a buscar y me lo contó todo —continuó el coronel— ¿Qué era lo mejor que se podía hacer? Luego sucedió otra vez... tres noches después. Posteriormente... bueno; ya puede imaginárselo. El chico tuvo que abandonar el servicio. Viviendo aquí al lado de su padre, éste podía vigilarlo mejor. No podía arriesgarse a que causara un escándalo en la Armada. Era la única cosa que se podía hacer.
—¿Y desde entonces...? —preguntó Poirot.
Frobisher replicó con aspereza:
—No voy a responder a ninguna pregunta más. ¿No cree usted que Hugh conoce mejor lo que le está pasando?
Poirot no contestó. Como de costumbre, no estaba dispuesto a admitir que alguien supiera una cosa mejor que Hércules Poirot.

3

Cuando llegaron al vestíbulo encontraron al almirante Chandler que entraba en aquel momento. El hombre se detuvo en el umbral, su negra silueta recortada sobre la brillante luz del exterior.

Con voz baja y malhumorada, dijo:

—¡Oh!, estaban ustedes ahí... Quisiera hablar con usted, señor Poirot. Venga a mi despacho.

Frobisher salió a la terraza y el detective siguió al almirante. Tuvo la sensación de que había sido llamado al puente de mando para dar cuenta de la guardia.

El almirante le indicó uno de los grandes sillones y tomó asiento en el opuesto. Poirot había quedado impresionado por la inquietud, nerviosismo e irritabilidad de Frobisher, signos evidentes de una gran tensión mental. Pero ante el almirante Chandler percibió una sensación de quieta y profunda desesperación.

Lanzando un profundo suspiro, Chandler comentó:

—No puedo evitar mi desagrado por el hecho de que Diana le haya hecho intervenir en este asunto... ¡Pobre chica! Ya sé lo duro que esto es para ella. Pero... bueno... es una tragedia que sólo nos incumbe a nosotros y creo, señor Poirot, que comprenderá usted perfectamente que no estamos dispuestos a permitir que los extraños se mezclen en ello.

—Puede estar seguro de que comprendo a la perfección sus sentimientos.

—La pobre Diana no lo puede creer... Tampoco lo creía yo al principio. Y ahora posiblemente no lo creería si no supiera...

Se detuvo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que lo llevamos en la sangre. Me refiero a esa tara hereditaria.

—¿Y a pesar de ello, aprobó usted el noviazgo?

El almirante Chandler se sonrojó.

—¿Quiere usted decir que podría haberme negado entonces? Sí; pero cuando ocurrió no tenía yo ni la más mínima idea de lo que pasaría. Hugh se parecía en todo a su madre... Nada en él recordaba a los Chandler y yo esperaba que la semejanza con ella fuera completa. Desde su niñez nunca dio muestras de anormalidad hasta ahora. Yo no podía saber que... ¡la verdad es que existen indicios de demencia en casi todas las familias de rancio abolengo!

Poirot preguntó en tono suave:

—¿No ha consultado usted con un médico?

—¡No; y no voy a hacerlo! El chico está bastante seguro aquí, bajo mi vigilancia. No puedo encerrarlo entre cuatro paredes como si fuera un animal salvaje.

—Ha dicho usted que aquí está seguro, ¿pero lo están los demás?
—¿Qué quiere decir con ello?
Poirot no contestó, pero miró fijamente a los ojos tristes y oscuros del viejo marino.
Al cabo de unos momentos, Chandler opinó con melancolía:
—Cada uno entiende de su oficio. Usted busca a un criminal y mi hijo no lo es, señor Poirot.
—Todavía no.
—¿Qué pretende, al decir todavía no?
—Estas cosas van tomando incremento... Aquellas ovejas...
—¿Quién le contó lo de las ovejas?
—Diana Maberly. Y también su amigo, el coronel Frobisher.
—George hubiera hecho muy bien callándose.
— ¿Es un viejo amigo de usted, ¿verdad?
—Mi mejor amigo —rezongó el almirante.
—¿Y era también amigo de... su esposa?
Chandler sonrió.
—Sí. Creo que George estuvo enamorado de Caroline, cuando ella era todavía una chiquilla. No se ha casado, y me figuro que ésa es la razón. En fin, yo fui el afortunado... o al menos, así lo pensé. La conseguí... para perderla.
Lanzó un suspiro y sus hombros se encorvaron aún más.
—¿Estaba con usted el coronel Frobisher cuando su esposa se... ahogó? —preguntó Poirot.
Chandler asintió.
—Sí. No se encontraba bien y se quedó en casa. Salimos Caroline y yo. Nunca he llegado a comprender cómo zozobró la embarcación. Debió de abrírsele de pronto una vía de agua. Nos encontrábamos en medio de la bahía y la marea subía violentamente. La sostuve hasta que no pude más... —su voz se quebró—. Su cuerpo fue rescatado dos días más tarde. ¡Menos mal que no llevábamos con nosotros al pequeño Hugh! Por lo menos, eso fue lo que pensé entonces... Ahora... bueno, tal vez hubiera sido mejor que lo hubiéramos llevado; todo hubiera terminado aquel día...
Volvió a lanzar un nuevo suspiro, profundo y desesperado.
—Somos los últimos Chandler, señor Poirot. Cuando desaparezcamos nosotros no habrá más Chandler en Lyde. El día en que Hugh inició su noviazgo con Diana, tuve la esperanza de que... Bueno, es mejor que no hablemos de ello. ¡Gracias a Dios, no han llegado a casarse! ¡Eso es todo lo que puedo decir!

4

Hércules Poirot estaba sentado en uno de los bancos de la rosaleda, junto a Hugh Chandler. Diana Maberly acababa de dejarlos.

El joven volvió la cara, de correctos rasgos, aunque de torturada expresión, y miró a su interlocutor.

—Debe hacer lo posible para que ella comprenda lo que ocurre, señor Poirot —dijo.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Ya sabe usted que Diana no es de las que se rinden. Nunca aceptará un hecho que no hay más remedio que admitir. Continuará creyendo que yo... estoy sano.

—Mientras sigue usted creyendo que no lo está, ¿eh?

El muchacho dio un respingo.

—Todavía no he perdido la cabeza por completo... pero esto va empeorando. Diana no lo sabe. Sólo me ve cuando estoy... estoy... bien.

—Y cuando... no lo está, ¿qué sucede?

Hugh Chandler exhaló un profundo suspiro y dijo:

—En ciertos aspectos... todo ocurre en sueños; y cuando sueño me vuelvo loco. Anoche, por ejemplo, yo no era un hombre. Primero era un toro enloquecido... corriendo bajo la deslumbrante luz del sol... sintiendo en mi boca el sabor del polvo y la sangre. Y luego era un perro... un perrazo de fauces babeantes. Estaba rabioso... Los niños se dispersaban y corrían al verme llegar y los hombres trataban de pegarme un tiro. Alguien me puso delante un gran barreño de agua y no pude beber. ¡No pude beber...!

Se detuvo.

—Me desperté... y me di cuenta de que lo que había soñado era verdad. Fui hacia el lavabo. Tenía la boca reseca... horriblemente reseca. Y una gran sed. Pero no pude beber, señor Poirot... No podía tragar... ¡Oh, Dios mío!, no era capaz de beber.

Hércules Poirot profirió un murmullo de simpatía. Hugh Chandler prosiguió. Tenía las manos fuertemente cogidas a las rodillas. La cabeza adelantada y los ojos medio cerrados, como si viera algo que avanzara hacia él.

—Y luego hay cosas que no son sueños. Cosas que veo cuando estoy completamente despierto. Espectros; formas horribles que me miran. Y algunas veces puedo volar; puedo abandonar la cama y atravesar el aire. Corro con el viento... y los malos espíritus me hacen compañía.

Poirot chasqueó la lengua.

Fue un ligero ruidito que parecía contener una disculpa para lo que le estaban contando.

Hugh Chandler se volvió hacia él.

—No hay ninguna duda en ello. Lo llevo en la sangre. Es la herencia de mi familia y no tengo escape. ¡Gracias a Dios que me di cuenta a tiempo, antes de que me casara con Diana! Me horroriza pensar que hubiéramos podido tener un hijo al que le habría legado ese horrible mal.

Puso una mano sobre el brazo de Poirot

—Debe hacer usted lo que pueda para que ella lo comprenda. Debe decírselo. Es preciso que me olvide. Es preciso. Algún día encontrará a otro. Tiene a Steve Graham... Está perdidamente enamorado de ella y es un buen chico. Será feliz con él... estará segura. Quiero... que sea feliz. Graham no tiene mucho dinero, desde luego; y la familia de ella tampoco. Pero cuando yo muera no tendrán por qué padecer.

La voz de Hércules Poirot lo interrumpió:

—¿Por qué no tendrán que padecer cuando usted se muera?

Hugh Chandler sonrió. Fue una sonrisa gentil y amable.

—Tengo la herencia de mi madre. Tenía mucho dinero propio y me lo legó. Le dejaré todo mi dinero a Diana.

Poirot se recostó en su asiento y dijo simplemente:

—¡Ah!

Y luego comentó:

—Pero usted puede vivir muchos años, señor Chandler.

El joven sacudió la cabeza y replicó con sequedad:

—No, señor Poirot. Yo no llegaré a viejo.

Luego se echó hacia atrás y se estremeció ligeramente.

—¡Dios mío! ¡Mire! —exclamó, mientras su vista se dirigía a un punto situado sobre el hombro de Poirot—. Ahí... junto a usted... es un esqueleto... chasquea los huesos. Me llama... me hace señas.

Sus ojos, con las pupilas dilatadas, quedaron fijos bajo su radiante luz solar. De pronto se inclinó hacia un lado, como si fuera a desplomarse.

Y luego, dirigiéndose a Poirot, dijo con voz que más bien parecía la de un niño:

—¿No ha visto usted nada?

El detective sacudió la cabeza.

El joven prosiguió con voz ronca:

—El ver cosas no me conmueve mucho. Lo que me asusta es la sangre. La sangre en mi habitación... en mis ropas. Teníamos un loro y una mañana apareció en mi dormitorio con el cuello cortado... y yo estaba en la cama, sosteniendo en mi mano una navaja de afeitar manchada de sangre.

Se inclinó, aproximándose a Poirot.

—Y últimamente han ocurrido más muertes de ésas —murmuró—. En los alrededores... en el pueblo... en las colinas. Ovejas, corderos... un perro de pastor. Mi padre me encierra por las noches; pero

algunas veces... la puerta está bien abierta por la mañana. Debo tener una llave escondida en algún sitio, pero no sé ahora dónde la escondí. No lo sé. No soy yo quien hace esas cosas... es alguien que entra dentro de mí... que toma posesión de mí... que me convierte de hombre en un monstruo sediento de sangre y que no puede beber agua...

De pronto ocultó la cara entre las manos.

Al cabo de unos momentos Poirot preguntó:

—Todavía no comprendo por qué no ha visitado usted a un médico.

Hugh Chandler sacudió la cabeza.

—¿No lo entiende usted? Físicamente soy fuerte. Tan fuerte como un toro. Puedo vivir durante muchos años... muchos años... encerrado entre cuatro paredes. ¡No podría soportarlo! Sería mejor acabar de una vez. Ya sabe que hay muchos medios para ello. Un accidente, al limpiar la escopeta... y cosas así. Diana me comprenderá... se dará cuenta de que he elegido una salida para esto.

Miró desafiante a Poirot, pero el detective no respondió al reto. En su lugar, preguntó blandamente:

—¿Qué es lo que come y bebe usted?

El joven echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—¿Pesadillas producidas por una indigestión? ¿Es eso lo que piensa?

Poirot se limitó a repetir:

—¿Qué es lo que come y bebe usted?

—Todo lo que comen y beben los demás.

—¿Ninguna medicina especial? ¿Ni sellos ni píldoras?

—Nada de eso. ¿Cree usted, en realidad, que unas pildoritas pueden curar mis padecimientos? —Y citó burlonamente—: «¿No puedes entonces auxiliar a una mente enferma?»

Hércules Poirot replicó secamente:

—Yo voy a probar. ¿Hay alguien en esta casa que sufra de una afección a los ojos?

Hugh Chandler lo miró fijamente y dijo:

—Los ojos de mi padre le han causado un cúmulo de molestias. Tiene que ir al oculista muy a menudo.

—¡Ah!

Poirot meditó durante unos momentos y luego preguntó:

—Según supongo, el coronel Frobisher pasó la mayor parle de su vida en la India, ¿no es cierto?

—Sí; perteneció al Ejército de la India. Es un entusiasta de ese país. Y no cesa de hablar de él... de sus tradiciones... de sus costumbres.

Poirot volvió a murmurar:

—¡Ah!

Luego observó:

—Veo que se ha cortado en la barbilla.

—Sí; un corte bastante molesto. Mi padre me dio un sobresalto el otro día, cuando me estaba afeitando. Hace tiempo que tengo los nervios de punta. Y ahora me ha quedado esta rozadura. Me molesta mucho cuando me afeito.

—Debería usar crema suavizante —observó Poirot.

—Ya la utilizo. El tío George me la dio.

Rió de pronto.

—Hablamos como si estuviéramos en un instituto de belleza femenina. Lociones, cremas suavizantes, píldoras y trastornos de la vista. ¿Qué conseguiremos con ello? ¿Qué es lo que se propone usted, señor Poirot?

El detective contestó tranquilamente:

—Estoy tratando de hacer todo lo posible por Diana Maberly.

Las maneras de Hugh cambiaron. Su cara tomó una expresión seria. Volvió a poner una mano sobre el brazo de Hércules.

—Sí; haga lo que pueda por ella. Dígale que debe olvidarme. Dígale que no conseguirá nada esperando... Dígale alguna de las cosas que le acabo de contar... Dígale... ¡Oh, dígale que, por amor de Dios, se aparte de mí! Eso es lo único que por mí puede hacer ahora. ¡Alejarse... y tratar de olvidar!

5

—¿Tiene usted valor, señorita? ¿Se siente con ánimos suficientes? Porque va a necesitarlos.

Diana exclamó:

—Entonces, es cierto, ¿verdad? ¿Está loco?

Hércules Poirot replicó:

—No soy un alienista, señorita. Y, por lo tanto, no puedo decir si está cuerdo o loco.

Ella se aproximó más al detective.

—El almirante Chandler cree que sí lo está y George Frobisher también. Hasta el propio Hugh está convencido de ello...

Poirot la contempló.

—¿Y usted, señorita?

—¿Yo? ¡Yo digo que no está loco! Por eso...

Se detuvo.

—¿Por eso acudió usted a mí?

—Sí. No podía tener otra razón para ello, ¿no lo cree?

—Eso es justamente lo que me he estado preguntando hasta ahora, señorita.

—No lo entiendo.

—¿Quién es Stephen Graham?

Ella lo miró fijamente.

—¿Stephen Graham? ¡Oh!, es... tan sólo un conocido.

La joven cogió al detective por el brazo.

—¿Qué es lo que piensa usted? ¿Qué es lo que se imagina? Hasta ahora se ha limitado a estarse quieto, detrás de esos bigotes, con los ojos medio cerrados y sin decirme nada. Me asusta usted... ¡ah! estoy terriblemente asustada. ¿Por qué me hace sentir este temor?

—Tal vez porque yo también esté atemorizado.

Los ojos de profundo color gris se abrieron de par en par y se fijaron en él. La muchacha murmuró:

—¿Qué es lo que teme?

Hércules Poirot exhaló un profundo suspiro.

—Es mucho más fácil coger a un asesino que evitar un asesinato —replicó.

—¿Asesinato? —exclamó la joven—. No utilice esa palabra.

—No tengo más remedio que usarla.

Poirot cambió el tono de su voz, habló rápida y perentoriamente.

—Señorita, es necesario que usted y yo pasemos la noche en Lyde Manor. Espero que se encargará de arreglar los detalles precisos. ¿Lo podrá hacer?

—Sí... supongo que sí. Pero, ¿por qué?

—Porque no hay tiempo que perder. Me dijo antes que tenía valor,

pues demuéstrelo ahora. Haga lo que le he dicho y no pregunte nada acerca de ello.

La muchacha asintió sin proferir palabra y se alejó.

Al cabo de unos momentos Poirot entró en la casa. Desde la biblioteca le llegó la voz de la muchacha *y* la de tres hombres. Subió por la ancha escalera. En el piso superior no había nadie.

No le costó mucho trabajo encontrar la habitación de Hugh Chandler. En uno de los rincones vio un lavabo con grifos de agua fría y caliente. Encima de él, sobre un estante de cristal, había unos cuantos tubos, tarros y botellas.

Hércules Poirot se puso a trabajar rápida y eficientemente.

Lo que debía hacer no le llevó mucho tiempo. Se encontraba ya en el vestíbulo cuando Diana salió de la biblioteca. La muchacha tenía la cara enrojecida y su aspecto demostraba la rebeldía que sentía interiormente.

—Ya está todo arreglado —dijo.

El almirante Chandler hizo pasar a Poirot a la biblioteca y cerró la puerta tras él.

—Oiga, señor Poirot —dijo—. Esto no me gusta nada.

—¿Qué es lo que no le gusta nada, almirante Chandler?

—Diana ha insistido en que ella y usted deben pasar aquí la noche. No quisiera parecer inhospitalario.

—No es cuestión de hospitalidad.

—Como le decía, no quisiera parecerlo... pero, francamente, no me gusta, señor Poirot. No... no quiero que se queden. No llego a comprender la razón de ello. ¿Qué posibles beneficios conseguiremos?

—¿Podríamos considerarlo como un experimento que trato de llevar a la práctica?

—¿Qué clase de experimento?

—Eso, con perdón, es cosa mía...

—Pero oiga, señor Poirot; en primer lugar, no fui yo quien le dijo que viniera...

Poirot le interrumpió:

—Créame, almirante Chandler; comprendo y aprecio perfectamente su punto de vista. Estoy aquí, simple y llanamente, gracias a la obstinación de una muchacha enamorada. Usted me ha contado ciertas cosas. El coronel Frobisher me ha relatado otras y el propio Hugh me ha dicho otras. Y ahora... quiero verlo todo, paso a paso, por mí mismo.

—Sí, ¿pero qué es lo que quiere ver? ¡Le digo que aquí no hay nada que ver! Encierro a Hugh en su habitación todas las noches y no hay más.

—Y, sin embargo, algunas veces, según me ha dicho él, la puerta no está cerrada por la mañana.

—¿Qué me dice?

—¿No encontró usted mismo en algunas ocasiones la puerta abierta?

—Siempre imaginé que George la había abierto..., ¿qué es lo que quiere usted decir con ello?

—¿Dónde deja la llave? ¿En la cerradura?

—No. La coloco en un cofre del pasillo. Yo mismo, o George, o Whiters, el mayordomo, la cogemos de allí por las mañanas. Le hemos dicho a Whiters que lo hacemos así porque Hugh es sonámbulo. Yo diría que sabe de qué se trata, pero me es fiel y ha estado conmigo durante muchos años.

—¿Tiene otra llave?

—No, que yo sepa.

—Podrían haber hecho un duplicado.

—Pero, ¿quién...?

—Su hijo cree que tiene una llave escondida en algún sitio, aunque no le es posible decir dónde, cuando está despierto.

El coronel Frobisher, desde uno de los extremos de la habitación, dijo:

—No me gusta esto, Charles. La chica...

El almirante Chandler contestó rápidamente:

—Eso es justamente lo que estaba yo pensando. La muchacha no debe quedarse aquí esta noche. Venga usted si gusta, señor Poirot...

—¿Por qué no quiere que duerma aquí la señorita Maberly? —preguntó el detective.

En voz baja, Frobisher comentó:

—Es demasiado arriesgado. En estos casos...

Se detuvo.

—Hugh la quiere... —insinuó Poirot.

—¡Por eso precisamente! —exclamó Chandler—. ¡Maldita sea! Todo se transforma cuando se trata de un loco. Y Hugh lo sabe. Diana no debe quedarse aquí.

—Por lo que se refiere a eso —dijo Poirot—, la propia Diana será quien decida.

Salió de la biblioteca. Diana le esperaba en el coche.

—Iremos a recoger lo que nos hace falta para pasar la noche y regresaremos a tiempo para cenar —indicó la joven.

Cuando bajaban por el camino que conducía a la carretera, Poirot repitió la conversación que acababa de sostener con el almirante y con el coronel Frobisher. Diana rió despectivamente.

—¿Cree que Hugh me hará daño?

A modo de contestación Poirot le preguntó si tendría inconveniente en detenerse ante la farmacia del pueblo. Según dijo, se había olvidado de poner un cepillo de dientes en el maletín.

La farmacia estaba en el centro de la calle principal de aquel pacífico pueblecito. Diana esperó en el coche. Le extrañó que Poirot tardara tanto en escoger un cepillo de dientes...

6

Hércules Poirot estaba sentado, esperando, en el gran dormitorio amueblado a estilo isabelino. No podía hacer más que esperar. Tenía hechos todos los preparativos.

Hacia las últimas horas de la madrugada llegaron las señales de alarma.

Al oír ruido de pasos ante su puerta, Poirot descorrió los cerrojos y abrió. En el pasillo había dos hombres... dos hombres de mediana edad con aspecto de tener muchos años más de los que tenían en realidad. El almirante, con el rostro rígido y ceñudo... el coronel Frobisher, crispado y tembloroso.

Chandler dijo simplemente:

—¿Quiere venir con nosotros, señor Poirot?

Ante la puerta del dormitorio que ocupaba Diana Maberly se veía una confusa figura yacente. La luz cayó sobre una cabeza morena. Hugh Chandler estaba tendido en el suelo y respiraba estertorosamente. Llevaba puesta una bata y las zapatillas. En su mano derecha se veía un cuchillo afilado, curvo y brillante. Pero no brillaba todo él... aquí y allá estaba oscurecido por relucientes manchas rojas.

Hércules Poirot exclamó en voz baja:

—¡Dios mío!

Frobisher dijo con sequedad:

—Ella está bien. No le ha hecho nada —levantó la voz y llamó—: ¡Diana! Somos nosotros; déjenos entrar.

Poirot oyó cómo el almirante gruñía para sí:

—¡Mi hijo! ¡Mi pobre hijo!

Se oyó el ruido producido por un cerrojo al descorrerse. Diana abrió la puerta y apareció en el umbral. Tenía la cara mortalmente pálida.

—¿Qué ha ocurrido? —balbuceó—. Hubo alguien que intentó entrar. Oí cómo tanteaban la puerta... y el tirador de la cerradura. Luego arañaron en los paneles... ¡Oh, qué horrible...! Como si fuera un animal...

El coronel observó con aspereza:

—Gracias a Dios, tenías la puerta cerrada.

—El señor Poirot me dijo que lo hiciera.

—Levantémosle y llevémosle dentro —indicó Poirot.

Los dos hombres se inclinaron y levantaron el cuerpo inclinado. Diana contuvo la respiración cuando pasaron por su lado.

—¡Hugh! ¿Es Hugh? ¿Qué es... lo que tiene en las manos?

Las manos del joven estaban manchadas y humedecidas por una sustancia rojiza.

Diana murmuró:
—¿Es sangre?
Poirot miró inquisitivamente a los dos hombres. El almirante asintió y dijo:
—¡Pero no humana, por fortuna! Es de un gato. Lo encontré abajo con el cuello cortado. Después debe de haber subido aquí...
—¿Aquí? —la voz de Diana se desvaneció por el horror que sentía—. ¿Por mí?
Hugh Chandler se agitó en la silla donde le habían sentado y musitó algo entre dientes. Los demás lo miraron fascinados. El joven se irguió y parpadeó.
—¡Hola! —dijo con voz ronca e insegura—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy...?
Se detuvo y miro fijamente el cuchillo que todavía tenía en la mano.
—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó.
Sus ojos pasaron de uno a otro y por fin se detuvieron en Diana.
—¿Le hice algo a Diana? —volvió a preguntar Hugh.
Su padre movió negativamente la cabeza.
—¡Decidme lo que ha ocurrido! ¡Debo saberlo! —exclamó el joven.
De mala gana y con grandes vacilaciones se lo contaron. No tuvieron más remedio ante la persistencia de Hugh.
En aquellos momentos estaba saliendo el sol. Hércules Poirot descorrió una cortina y la claridad del nuevo día entró en la habitación.
La cara del muchacho estaba ahora tranquila y su voz era firme.
—Ya comprendo —dijo al fin.
Dejó su asiento, sonrió y se desperezó. Con voz tranquila, dijo:
—Hermosa mañana, ¿no es cierto? Creo que voy a dar una vuelta por el bosque para ver si cazo un conejo.
Y abandonó la habitación.
Pero pasados unos instantes el almirante hizo ademán de salir tras él.
Frobisher le cogió por un brazo y observó:
—No, Charles, no. Es lo mejor... para él y para todos los demás.
Diana se dejó caer sollozando sobre la cama y el almirante Chandler, con voz trémula, replicó:
—Tienes razón, George... tienes mucha razón. El chico es valiente...
Frobisher comentó con voz también insegura:
—Es todo un hombre...
Hubo un momento de silencio, hasta que Chandler exclamó:
—¡Maldita sea! ¿Dónde está ese condenado extranjero?

7

Hugh Chandler entró en la armería, descolgó su escopeta y se aprestaba a cargarla, cuando la mano de Poirot descansó pesadamente en su hombro.

El detective pronunció una sola palabra, pero la dijo con extraordinaria autoridad:

—¡No!

El joven lo miró fijamente y con voz colérica advirtió:

—Quíteme las manos de encima y no se meta en esto. Le digo que va a producirse un accidente. Es la única forma de acabar.

De nuevo volvió a repetir Poirot:

—¡No!

—¡No! ¿Acaso no se da cuenta de que si no hubiera sido porque Diana cerró la puerta, la hubiera degollado?

—Nada de eso. Usted no hubiera hecho el menor daño a la señorita Maberly.

—Maté al gato, ¿no es eso?

—No. Usted no lo mató. Ni al loro ni a las ovejas.

Hugh lo contempló ahora detenidamente y preguntó:

—¿Está usted loco o lo estoy yo?

Hércules Poirot replicó:

—Ninguno de los dos lo estamos.

En aquel momento entraron en la armería el almirante Chandler y el coronel Frobisher. Detrás de ellos entró Diana.

—Este individuo dice que no estoy loco —dijo Hugh con voz débil.

—Tengo la gran satisfacción de anunciarle que está usted entera y completamente sano —añadió Poirot.

Hugh lanzó una carcajada. Una carcajada como la que profería un lunático.

—¡Esto sí que es divertido! ¿Es de estar cuerdo el ir cortando el cuello de las ovejas y de otros animales? ¿Estaba yo cuerdo cuando maté al loro? ¿Y cuando degollé al gato esta noche?

—Ya le he dicho que usted no mató a esos animales.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Alguien que lleva en el ánimo el solo propósito de demostrar que está usted loco. En cada una de aquellas ocasiones le administraron un fuerte soporífero y le pusieron en la mano un cuchillo manchado de sangre o una navaja de afeitar. Y ese alguien fue el que se lavó las manos ensangrentadas en el lavabo.

—Pero, ¿por qué?

—Con objeto de que hiciera usted lo que estaba dispuesto a llevar a cabo cuando yo lo detuve.

Hugh lo miró asombrado y Poirot se dirigió al coronel Frobisher:

—Coronel: ha vivido usted muchos años en la India. ¿No oyó hablar de casos en que alguien se ha vuelto loco porque se le administraron drogas intencionadamente?

La cara del militar se iluminó.

—No tuve ocasión de ver ningún caso personalmente, pero oí hablar de ello muy a menudo. Terminan por volverse locos de veras. Los envenenan con estramonio.

—Exactamente. Pues bien; el principio activo del estramonio está estrechamente ligado y aun puede decirse que es la propia atropina... la cual se extrae asimismo de la belladona o de la dulcamara. Los preparados de belladona son muy comunes y el mismo sulfato de atropina se prescribe libremente para tratar las afecciones de los ojos. Duplicando una receta y haciéndola preparar en diferentes sitios, puede conseguirse una gran cantidad de veneno sin provocar sospechas. El alcaloide puede extraerse de dicho preparado e introducirse luego en... una crema de afeitar, pongamos por ejemplo. Aplicada a la cara, producirá una especie de sarpullido que, a su vez, originará cortes y rozaduras al afeitarse, con lo cual, la droga tendrá un acceso constante al sistema circulatorio. Todo ello causa ciertos síntomas, tales como sequedad de boca y garganta; dificultad en tragar, alucinaciones y, en fin, todo lo que ha experimentado el señor Chandler.

Se volvió hacia el joven.

—Y para borrar toda duda de su mente, le diré que esto no son suposiciones, sino hechos reales. Su crema de afeitar estaba fuertemente impregnada de sulfato de atropina. Cogí una muestra y la hice analizar.

Pálido y tembloroso, Hugh preguntó:

—¿Quien lo hizo? ¿Y por qué?

—Eso es lo que he estado buscando desde que llegué aquí. Trataba de encontrar el motivo para un asesinato. Diana Maberly ganaba económicamente al morir usted, pero no consideré en serio tal aspecto de la cuestión...

—¡No hubiera faltado más! —exclamó la joven.

—Enfoqué otro posible motivo. El consabido triángulo; dos hombres y una mujer. El coronel Frobisher estuvo enamorado de su madre de usted, pero el almirante Chandler se casó con ella.

El almirante gritó:

—¡George! No lo creo.

Hugh comentó con tono incrédulo:

—¿Cree usted que su odio podía extenderse hasta mí...?

—Bajo determinadas circunstancias, sí —replicó Hércules Poirot.

Frobisher exclamó:

—¡Eso es mentira! No lo creas. Charles.

El almirante se apartó de su lado mientras murmuraba:

—Estramonio, la India. Sí; ya comprendo. Nunca sospechamos del

veneno, considerando que ya se habían producido casos de locura en la familia...

—*Mais oui!* —la voz de Poirot se levantó chillona—. Locura hereditaria. Un loco propenso a la venganza; astuto, como son los locos; ocultando su demencia durante años —se volvió hacia Frobisher—. *Mon Dieu,* usted ha debido saberlo; ha debido sospechar que Hugh era su propio hijo. ¿Por qué no se lo dijo nunca?

Frobisher tragó saliva y tartamudeó:

—No lo sabía. No podía estar seguro... Caroline acudió a mí en cierta ocasión; estaba terriblemente asustada y en un apuro. No sé, ni nunca supe, de qué se trataba. Ella... y yo... perdimos la cabeza. Después me alejé de ella... pues era la única cosa que podíamos hacer, ya que ambos sabíamos que otra cosa era imposible. Por mi parte... bueno; me lo pregunté en ocasiones, pero jamás pude tener la seguridad de ello. Caroline nunca me insinuó nada que me diera la certeza de que Hugh era hijo mío. Y luego, cuando aparecieron los síntomas de locura, creí que la cosa se aclaraba definitivamente.

—Sí; se aclaró la cosa. Tal vez no se dio usted cuenta de la forma en que el muchacho adelantaba la cabeza y fruncía el entrecejo... un ademán que heredó de usted. Pero Charles Chandler sí lo vio. Lo vio hace ya muchos años... y se las arregló para hacer confesar la verdad a su mujer. Creo que ella le temía, porque empezó a revelar su demencia. Eso fue lo que la llevó hasta sus brazos, Frobisher; hasta usted, a quien siempre había amado. Charles Chandler planeo su venganza. Su mujer murió en un accidente marítimo. Ambos salieron a pasear en barca y sólo él sabe cómo sucedió el accidente. Luego se dedicó a centrar contra el muchacho todo el odio que sentía. Odio hacia el chico que llevaba su apellido, pero que no era hijo suyo. Las historias que contaba usted sobre la India le hicieron concebir la idea del estramonio. Hugh se volvería loco lentamente, hasta el momento en que, desesperado, se quitaría la vida. El sádico deseo de verter sangre no era de Hugh, sino del almirante Chandler. Y fue éste quien degolló las ovejas. ¡Pero las consecuencias las debía pagar Hugh!

»¿Sabe usted cuándo empecé a sospechar? —prosiguió Poirot—. Cuando el almirante Chandler se mostró tan contrario a que su hijo fuera reconocido por un médico. Por parte del muchacho era una cosa natural. ¡Pero su padre...! Tenían que existir tratamientos adecuados que podrían salvar a su hijo... Había cientos de razones por las cuales debía buscar la opinión de un doctor. Pero no; no podía permitir que ningún médico viera a Hugh Chandler, pues en dicho caso se hubiera descubierto que estaba cuerdo.

El joven comentó lentamente:

—Cuerdo... ¿estoy cuerdo?

Frobisher observó con acento destemplado:

—Claro que estás cuerdo. No hay taras de esa especie en «nuestra» familia.

—¡Hugh!... —exclamó Diana.

El almirante Chandler cogió la escopeta que dejaba el joven y refunfuñó:

—¡Todo eso son tonterías! Voy a ver si cazo un conejo...

Frobisher quiso adelantarse, pero la mano de Poirot le retuvo.

—Acaba usted de decir, hace poco, que era la mejor manera...

Hugh y Diana habían salido de la habitación.

Los dos hombres, el inglés y el belga, vieron cómo el último de los Chandler cruzaba el jardín y se adentraba en el bosque...

Al poco rato oyeron un disparo...

CAPÍTULO VIII
LOS CABALLOS DE DIOMEDES

1

Sonó el teléfono.

—¿Es usted, Poirot?

El detective reconoció la voz del joven doctor Stoddart. Apreciaba a Michael Stoddart; le gustaba la timidez amistosa de su sonrisa; le divertía su ingenuo interés por los asuntos relacionados con el crimen y le respetaba como hombre infatigable y entendido en la profesión que había escogido.

—No sabe cuánto siento molestarle... —la voz titubeó.

—Pero algo le preocupa, ¿verdad? —suspiró Hércules Poirot agudamente.

—Así es —la voz de Michael Stoddart pareció reflejar su alivio—. Acertó usted.

—*Eh bien,* ¿en qué puedo ayudarle, amigo mío?

Stoddart habló con timidez y tartamudeó un poco al contestar:

—Me figuro... que será una gran desfachatez por mi parte si... le ruego que venga a estas horas de la noche... Pero me encuentro en un pequeño apuro y...

—Claro que iré. ¿A su casa?

—No... Me encuentro ahora en el callejón que hay detrás de ella. En el número diecisiete de Connigby Mews. ¿Es cierto que puede venir? No sabe cuánto se lo agradezco.

—Estaré ahí dentro de un momento —replicó Poirot.

2

Hércules Poirot recorrió el oscuro callejón mirando el número de las casas. Hacía rato que había sonado la una de la madrugada y, en su mayoría, el vecindario se había ido a la cama, aunque todavía se veía luz en una o dos ventanas.

Cuando llegó frente al número 17 se abrió la puerta y apareció el doctor Stoddart en el umbral.

—¡Es usted un hombre de palabra! —dijo—. ¿Quiere subir?

Una empinada escalera conducía al piso superior. En él, a la derecha, había un salón de grandes proporciones, amueblado con divanes, alfombras y cojines plateados de forma triangular. Gran cantidad de botellas y vasos estaban esparcidos por la habitación.

Reinaba el desorden por doquier, colillas por todas partes y algunos vasos rotos.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. *Mon chéri* Watson, deduzco que aquí se ha celebrado una fiesta.

—Sí; la han estado celebrando —respondió Stoddart frunciendo el ceño.

—¿No estuvo usted en ella?

—No. He venido para cumplir mis órdenes profesionales.

—¿Qué ocurrió?

—Esta casa pertenece a una mujer llamada Patience Grace... la señora Patience Grace —dijo Stoddart.

—Parece un nombre encantador y algo anticuado —opinó Poirot.

—No hay nada de encantador ni de anticuado en la señora Grace. Tiene buena presencia, aunque algo vulgar. Se ha casado varias veces y ahora la acompaña un amiguito del que está celosa pues cree que se ha cansado de ella. Empezaron la fiesta bebiendo y la terminaron con drogas... Si uno toma esas porquerías en pequeña escala se siente un superhombre y todo lo ve de color de rosa. Se siente eufórico y cree que es capaz de hacer muchas más cosas que de costumbre. Pero si se absorbe gran cantidad, se produce la violenta excitación mental, acompañada de alucinaciones y delirio. La señora Grace tuvo un fuerte altercado con su amigo; un tipo desagradable llamado Hawker. El resultado fue que el individuo la mandó a paseo y se marchó y ella se asomó a la ventana y le disparó un tiro con un flamante revólver que algún imbécil tuvo la mala ocurrencia de poner en sus manos.

Hércules Poirot levantó las cejas.

—¿Y le acertó?

—¡Ni soñarlo! La bala dio a unas cuantas yardas de él. Pero hirió a un pobre vagabundo que andaba por allí rebuscando en los cubos de la basura. Le atravesó la parte carnosa del brazo. Como es natural,

armó un escándalo de mil diablos y la pandilla de juerguistas se apresuró a hacerle entrar aquí. Se alarmaron al ver la sangre que derramaba y vinieron a buscarme.

—¿De veras?

—Le eché un gran remiendo al brazo. No era cosa seria. Luego, entre dos de los individuos empezaron a embaucarle y al final accedió a tomar un par de billetes de cinco libras y a olvidarse de lo que había pasado. Al pobre diablo le arreglaron la noche. Tuvo un magnífico golpe de suerte.

—¿Y usted?

—Yo tuve que trabajar un poco más. La señora Grace tenía por entonces un agudo ataque histérico. Le di algo para calmarla y la mandé a la cama. Había otra chica que tampoco se encontraba bien... una muchacha joven a quien, asimismo, tuve que atender... Y entretanto, los demás empezaron a desfilar todo lo aprisa que podían.

Hizo una pausa.

—Entonces —comentó Poirot— tuvo usted tiempo para recapacitar sobre lo que había ocurrido.

—Exactamente —contestó Stoddart—. Si se hubiera tratado de una pandilla de borrachines no me hubiera preocupado lo más mínimo. Pero tratándose de drogas...

—¿Está usted seguro de que tomaron drogas?

—Por completo. No podía equivocarme. Encontré restos de una cajita de laca; pero lo que interesa es saber de dónde provienen. Recuerdo que hace unos días habló usted de un gran incremento que se observa entre los adictos de las drogas.

Hércules Poirot asintió y dijo:

—La policía se interesará mucho por esta fiesta.

Michael Stoddart replicó con acento intranquilo:

—Eso es precisamente...

Poirot lo miró, como si hubiera despertado en él un súbito interés.

—Pero a usted... no le conviene que la policía intervenga, ¿verdad? —observó.

Stoddart murmuró:

—Hay gente inocente que se ve mezclada en estas cosas... y se encuentra en un verdadero apuro.

—¿Es la señora Grace por quien siente tanta solicitud?

—¡Válgame Dios! No. Ésa sabe cuidar muy bien de sí misma.

—Entonces, es la otra... la muchacha... —dijo Poirot lentamente.

—Desde luego —replicó el médico—. En cierto aspecto, también es una buena pieza. Es decir, ella misma se describe así. Pero, en realidad, es muy joven y un poco alocada... tan sólo chiquilladas. Se ha mezclado con una pandilla como ésta porque se ha figurado que ello es elegante, moderno, o cualquier cosa por el estilo.

Una ligera sonrisa asomó a los labios de Poirot.

—¿Tuvo ocasión de conocer a esa joven antes de ahora? —

preguntó con suavidad.

Michael Stoddart asintió. Parecía un colegial cogido en falta.

—La encontré en Mertonshire, en un baile. Su padre es un general retirado, de los de «¡Rayos y truenos, matadlos a todos!», un *pukka sahib...* Ya sabe a qué tipo me refiero. Son cuatro hermanas; todas ellas un tanto indómitas... y yo creo que el padre tiene la culpa. El sitio donde viven no es de los más convenientes; cerca de una fábrica de armamentos. Hay por allí gente de dinero que no tiene ninguno de los sentimientos anticuados de la gente que vive en el campo. Ricos y viciosos por lo general. Las chicas se han encontrado con mala compañía.

Poirot lo contempló pensativamente durante unos momentos y luego dijo:

—Ahora me doy cuenta de por qué deseaba mi presencia. ¿Quiere que me encargue del asunto?

—¿Lo hará? Creo que debe intentarse algo..., pero le confieso que me gustaría mantener a Sheila Grant apartada de esto.

—Tal vez pueda hacerse algo. Me encantaría ver a esa joven.

—Venga por aquí.

Salieron de la habitación. Desde una puerta salió una voz quejumbrosa.

—Doctor... por amor de Dios, doctor; que me voy a volver loca.

Stoddart entró en el dormitorio y Poirot le siguió. El cuarto presentaba un aspecto caótico. Polvos de tocador derramados por el suelo; tarros y botes de crema por doquier y ropas tiradas sobre los muebles. En la cama estaba tendida una mujer de cabellos rubios, teñidos, y cara de aspecto estúpido y vicioso.

—Un millón de insectos me corren por el cuerpo... se lo aseguro —exclamó—. Me voy a volver loca... Déme algo, por lo que más quiera.

El doctor Stoddart se situó al lado de la cama y habló con tono suave y profesional.

Sin hacer ruido, Poirot salió de la habitación. Ante él había otra puerta. La abrió.

Era una pequeña habitación, modestamente amueblada. En la cama yacía una figura esbelta y juvenil.

Poirot avanzó de puntillas y miró a la muchacha.

Cabello negro; una cara larga y pálida... sí; joven... muy joven...

Un destello blanco brilló entre los labios de ella. Abrió los ojos con expresión sobresaltada. La muchacha miró al intruso, se sentó en la cama y sacudió la cabeza, esforzándose en apartar la espesa mata de pelo negro. Parecía un potrillo salvaje. Retrocedió ligeramente, como hace un animal montaraz cuando sospecha de un extraño que le ofrece comida.

—¿Quién diablos es usted?

—No se asuste, señorita.

—¿Dónde está el doctor Stoddart?

El joven entraba entonces en la habitación y la muchacha dijo con tono de alivio:

—¡Ah! Estás ahí. ¿Quién es éste?

—Un amigo, Sheila. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Terriblemente... ¿Por qué tomaría esa porquería?

—Yo, en tu lugar, no repetiría la prueba.

—No... no lo haré.

—¿Quién se la proporcionó?

La joven abrió los ojos y su labio superior se encogió un poco.

—La trajeron... a la fiesta. Todos la probamos. Al principio fue una cosa estupenda.

—Pero ¿quién la trajo? —insistió nuevamente el detective.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. Debió de ser Tony... Tony Hawker. Aunque en realidad no sé nada de ello.

—¿Es la primera vez que toma drogas, mademoiselle? —preguntó Poirot.

La muchacha asintió.

—Sería mucho mejor que fuera la última —observó Stoddart con brusquedad.

—Sí... supongo que sí... Pero fue algo maravilloso.

—Óyeme bien, Sheila Grant —dijo Stoddart—. Soy médico y sé lo que digo. Si empiezas a tomar drogas te encontrarás cualquier día con sufrimientos que ahora te parecerían increíbles. Las drogas arruinan a la gente en cuerpo y alma. El beber es un juego de niños al lado de ellas. Déjalo desde ahora mismo. ¡Créeme; no es nada divertido! ¿Qué crees que dirá tu padre cuando se entere de lo que ha pasado esta noche?

—¿Papá? —la voz de Sheila Grant subió de tono—. ¿Papá? —empezó a reír—. ¡Me imagino la cara que pondría! No debe saberlo. Ya ha tenido siete ataques.

—Y con razón —añadió Stoddart.

—Doctor... doctor... —el lamento de la señora Grace llegó hasta ellos desde la otra habitación.

Stoddart murmuró algo irrespetuoso y salió del dormitorio.

Sheila Grant miró de nuevo a Poirot. Parecía algo confusa.

—¿Quién es usted? —preguntó—. No estaba en la fiesta.

—No; no lo estaba. Soy amigo del doctor.

—¿Es usted médico? No lo parece.

—Me llamo —declaró Poirot, procurando como siempre, que una declaración tan simple hiciera el efecto de un telón al levantarse para empezar la función—. me llamo Hércules Poirot.

En esta ocasión produjo la impresión que esperaba. Poirot se había dado cuenta, de vez en cuando, de que los jóvenes de la nueva generación no habían oído hablar nunca de él.

Pero no había duda de que Sheila Grant sí sabía quién era, pues se

quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Sólo pudo mirarlo... mirarlo fijamente.

3

Se dice, justificada o injustamente, que todos tienen una tía en Torquay.

Y se asegura también que todo el mundo tiene por lo menos un primo segundo en Mertonshire. Situado a una razonable distancia de Londres, se celebran en él monterías y se puede pescar y cazar. Hay por aquí varios pueblos pintorescos, pero muy poco engreídos por ello, aunque tienen un buen sistema ferroviario y una nueva autopista que facilita a los motoristas la ida y vuelta a la metrópoli. Los criados ponen más dificultades para ir allí que a otros distritos más rurales de las Islas Británicas. La consecuencia de todo esto es que resulta prácticamente imposible vivir en Mertonshire, a no ser que se disfrute de una renta que pueda expresarse con cuatro cifras; pero con los impuestos y unas cosas y otras, si es de cinco, muchísimo mejor.

Hércules Poirot, como era extranjero, no tenía ningún primo segundo en aquel condado; mas había conseguido hacer un buen número de amistades y no tuvo dificultad en conseguir que alguien le invitara a que hiciera una visita a la región. Además, encontró como anfitrión a una buena señora cuya mayor delicia consistía en ejercitar su lengua hablando de los vecinos. Lo malo de ello estribaba en que Poirot debía resignarse a oír una gran cantidad de cosas acerca de gente que no le interesaba en lo más mínimo, antes de llegar a referirse a lo que le llevaba allí.

—¿Las Grant? Sí; son cuatro chicas. No me extraña que el pobre general no las pueda dominar. ¿Qué puede hacer un hombre con cuatro chicas? —la mano de lady Carmichael se agitó elocuentemente.

—Es verdad —convino Poirot.

La señora continuó:

—Me han dicho que en su regimiento solía mantener una firme disciplina. Pero con esas chicas no puede. Eso no pasaba cuando yo era joven. El viejo coronel Sandys era un ordenancista tan acérrimo, que sus pobres hijas...

(Y aquí una larga disgresión sobre las desgracias de las chicas del coronel Sandys y otras amigas de lady Carmichael.)

—Pues verá usted —la dama volvió al tema primitivo—. Yo no digo que haya nada malo en esas jóvenes. Tan sólo buen humor y mucha vitalidad... aunque van con una pandilla nada recomendable. Esa gente no se veía antes por aquí. Ahora vienen tipos bastante extraños. Ya no queda lo que pudiéramos llamar espíritu señorial. Todo es dinero, dinero y dinero. ¡Y hay que ver las cosas que se oyen! ¿Quién dijo usted? ¿Anthony Hawker? Sí, le conozco. Es lo que yo considero un joven desagradable aunque por lo visto está forrado

de billetes. Viene a cazar y da fiestas en las que derrocha el dinero. Y también se celebran en su casa reuniones bastante singulares, si es que una va a prestar oído a todo lo que dicen por ahí... No es que yo lo crea, pero ya sabe lo mal pensada que es la gente. Siempre suponen lo peor. Parece que está de moda el decir que una persona bebe o toma drogas. Hace unos días alguien me confesó que las chicas jóvenes son borrachas por inclinación. Yo opino que eso es una indelicadeza. Y, por otra parte, si ven que alguien tiene unas maneras vagas o raras, no dudan en decir: «Drogas». No lo estimo justo. Eso dicen de la señora Larkin y aunque esa mujer no me importa en absoluto, creo que sólo se trata de distracciones que sufre. Es una gran amiga de Anthony Hawker y estoy segura de que por dicha causa les tiene tanta inquina a las hermanas Grant... dice que son unas antropófagas; unas devoradoras de hombres. No me extrañaría que hayan perseguido a más de uno, pero ¿por qué no? Al fin y al cabo es una cosa natural. Y, además, las cuatro tienen buen tipo.

Poirot intercaló una pregunta.

—¿La señora Larkin? Mi querido amigo, no creo que pueda contestar a eso. En estos días no hay manera de saber quién es una persona. Dicen que vive bien y, por lo que se ve, no anda mal de dinero. Su marido era una personalidad en la City. Murió: ella no está divorciada. No hace mucho tiempo que vive aquí; vino poco después de los Grant. Siempre he creído que...

La anciana se detuvo y quedó con la boca abierta, mientras los ojos parecían querer saltar hacia Poirot. Se inclinó hacia delante y golpeó los nudillos del detective con un cortapapeles que tenía en la mano. Y sin hacer caso del gesto de dolor que hizo él exclamó:

—¡Desde luego! ¡Por eso está aquí! Es usted un pícaro solapado. Y no pararé hasta que me lo cuente todo.

—Pero ¿qué es lo que debo contarle?

Lady Carmichael intentó darle otro golpe, pero Poirot lo esquivó hábilmente.

—¡Se parece a una ostra, Hércules Poirot! Ya veo cómo tiemblan sus bigotes. No hay duda de que es un asunto relacionado con algún crimen lo que le ha traído aquí... ¡y me está sonsacando así descaradamente todo lo que sé! Vamos a ver, ¿puede ser asesinato? ¿Quién murió en estos últimos tiempos? Sólo Louisa Gilmore, pero tenía ochenta y cinco años y, además, padecía hidropesía. No puede ser ella. El pobre Leo Staverton se rompió el cuello en una cacería y ahora va escayolado hasta la cabeza... éste tampoco puede ser. Tal vez no se trate de asesinato. ¡Qué lástima! No me acuerdo de que haya ocurrido un buen robo de joyas últimamente... Quizás está usted persiguiendo a un criminal... ¿Es Beryl Larkin? ¿Envenenó a su marido? Puede ser que los remordimientos sean la causa de que tenga esas maneras vagas.

—Madame, madame —exclamó Hércules Poirot—. Va demasiado de

prisa.

—¡Tonterías! Usted se propone algo.

—¿Está familiarizada con los clásicos, madame?

—¿Qué tienen que ver los clásicos con todo esto?

—Pues verá usted. Estoy emulando a mi ilustre predecesor Hércules. Uno de los «trabajos» que llevó a cabo fue la doma de los caballos de Diomedes.

—No me diga que ha venido a domar caballos; a su edad... y con esos zapatos de charol que siempre lleva. No creo que haya montado a caballo en su vida.

—Los caballos, madame, son simbólicos. Eran caballos salvajes que comían carne humana.

—¡Qué mal gusto! Opino que los antiguos griegos y romanos tenían muy mal gusto. No sé por qué los clérigos tienen tanta afición a los clásicos. Los citan a cada dos por tres; de una parte nunca sabes qué es lo que quieren decir y, por otra, me parece que el tema principal de todo lo clásico es impropio para gente de iglesia. La literatura demasiado pecaminosa... y todas estas estatuas sin una mala prenda encima. Y no es que yo haga mucho caso de ello, pero ya sabe cómo se enfadan los pastores de nuestras iglesias cuando ven entrar a una chica que no lleva medias... Veamos, ¿dónde estaba?

—No se lo puedo decir.

—Supongo, miserable, que no querrá confesar si la señora Larkin envenenó a su marido. ¿O tal vez Anthony Hawker es el asesino del baúl de Brington?

Miró al detective como si esperara que éste le hiciera alguna confidencia, pero la cara de Poirot permaneció impasible.

—Puede tratarse de una falsificación —especuló lady Carmichael—. Hace unos días vi a la señora Larkin en el Banco. Acababa de cobrar un cheque de cincuenta libras, y me pareció entonces una cantidad demasiado elevada para cobrarla en efectivo. No: no es eso... si hubiera sido una falsificadora hubiera ingresado el cheque en su cuenta, ¿verdad? Oiga, Hércules Poirot; si se queda ahí callado, mirándome como una lechuza, le tiro algo a la cabeza.

—Debe tener usted un poco de paciencia —dijo el detective.

4

Ashley Lodge, la residencia del general Grant, no era una casa de grandes dimensiones. Estaba situada en la ladera de una colina; tenía buenos establos y un jardín bastante descuidado.

Su interior estaba, como diría un corredor de fincas, «completamente amueblado». Panzudos Budas contemplaban a los visitantes desde diversas hornacinas. Bandejas y mesas de bronce de Benarés ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Procesiones de elefantes adornaban las repisas de las chimeneas y afiligranados trabajos de bronce colgaban de las paredes.

En mitad de este hogar angloindio estaba sentado el general Grant, ocupando un raído sillón, mientras una de sus piernas, envuelta en vendajes, reposaba en otra silla.

—Gota —explicó—. ¿No tuvo nunca gota, señor... ejem... Poirot? ¡Le despierta a cualquiera un genio de mil diablos! Mi padre tuvo la culpa. Bebió Oporto toda su vida... igual que mi abuelo; y entre los dos me hicieron la pascua. ¿Quiere usted una copa? Toque esa campanilla para que acuda mi asistente.

Apareció un criado tocado con un turbante. El general Grant se dirigió a él llamándole Abdul, y le ordenó que trajera el whisky y un sifón. Cuando volvió el sirviente, su amo vertió una ración tan generosa que Poirot se vio obligado a protestar.

—Siento no poder acompañarle, señor Poirot —el hombre miró con tristeza el vaso—. El «wallah» médico me ha dicho que es veneno para mí. No creo que sea para tanto. Los médicos son unos ignorantes. Parece como si disfrutaran de privar a un hombre de lo que le gusta, tanto de comer como de beber. Y permite solamente que tome una porquería como es el pescado hervido. ¡Pescado hervido... puaf!

Indignado, el general movió su pie enfermo, lo que le hizo lanzar un alarido de agonía y dolor y algunas fuertes expresiones.

Pidió perdón por su léxico.

—Me siento como un oso con dolor de cabeza. Mis chicas dejan el campo libre cuando tengo uno de los ataques de gota. No creo que deba recriminarles por ello. He oído decir que conoce usted a una de ellas.

—Si; he tenido ese gusto. ¿Tiene usted varias hijas?

—Cuatro —replicó el general lúgubremente—. Ni un chico entre ellas. Cuatro deslumbrantes muchachas. En estos días constituyen un problema.

—Tengo entendido que todas son encantadoras.

—No están mal del todo... no están mal. Pero nunca puedo saber qué es lo que se proponen. No se puede dominar a las muchachas en

estos tiempos. Son tiempos de indisciplina... demasiada libertad. ¿Qué puede hacer uno? No puedo encerrarlas, ¿no le parece?

—Supongo que gozarán de popularidad entre el vecindario.

—Algunas de las viejas no las pueden ver —dijo el viejo militar—. Hay mucho borrego disfrazado de cordero por estos alrededores. Uno debe tener cuidado. Casi me pesca una de esas viudas de ojos azules. Solía rondar por aquí, ronroneaba como un gato... «¡Pobre general Grant... qué vida tan interesante ha debido pasar!» —el general levantó un dedo y se lo aplicó a la nariz—. Es demasiado descaro, señor Poirot. Pero, al fin y al cabo, éste es un rincón del mundo que no está del todo mal. Me gustaba el campo cuando se vivía en el campo... sin automóviles, ni *jazz,* ni la vociferante y latosa radio. Jamás permití que instalaran una en casa. Un hombre tiene perfecto derecho a gozar de un poco de paz en su propio hogar.

Suavemente, Poirot condujo la conversación hasta que se refirió a Anthony Hawker.

—¿Hawker? ¿Hawker? No le conozco. Sí; sí le conozco. Un tipo de aspecto asqueroso; tiene los ojos demasiado juntos. No se fíe de nadie que sea incapaz de mirarle a la cara.

—Es amigo de su hija Sheila, ¿verdad?

—¿De Sheila? No lo sabía. Las chicas nunca me dicen nada —arrugó el entrecejo, mientras los ojos azules y penetrantes miraban sin pestañear a Hércules Poirot—. Oiga, señor Poirot, ¿a qué viene todo esto? ¿Tendría inconveniente en decirme para qué ha venido a verme?

Poirot contestó lentamente:

—Eso va a ser un poco difícil... tal vez ni yo mismo lo sepa. Sólo le diré esto: su hija Sheila y quizá todas sus hijas tienen amistades poco recomendables.

—Se han unido a una pandilla de sinvergüenzas, ¿verdad? Algo me temía yo. He oído algunas cosas por ahí —miró patéticamente a Poirot—. Pero, ¿qué he de hacer yo, señor Poirot? ¿Qué he de hacer yo?

El detective sacudió perplejo la cabeza.

El general Grant prosiguió:

—¿Y qué es lo que pasa con esa pandilla a la que se han juntado?

Poirot contestó con otra pregunta:

—¿No ha notado, general, si alguna de sus hijas ha estado caprichosa y excitada... y luego deprimida, nerviosa y de un talante...?

—¡Maldita sea! Habla usted como si fuera médico. No; no me di cuenta de nada de todo eso.

—Menos mal —dijo Poirot con gravedad.

—¿Qué diablos significa todo eso, caballero?

—¡Drogas!

—¿Qué?

La palabra pareció un rugido.
Poirot prosiguió:
—Se ha intentado convertir a su hija Sheila en una adicta de las drogas. El hábito se adquiere rápidamente. Una semana o dos son suficientes. Cuando una persona se habitúa a ellas es capaz de pagar y hacer cualquier cosa, con tal de conseguir nuevas dosis. Puede imaginarse qué sabrosos resultados económicos conseguirá el encargado de repartirlas.
Escuchó en silencio las palabrotas que con furia y en voz baja salían de los labios del general. Luego, cuando se aquietó algo, con una final y escogida descripción de lo que él, el general, haría con aquel perro tiñoso, si lo cogiera, Hércules Poirot observó:
—Primero, como dicen ustedes por aquí, tenemos que coger la liebre. Una vez que hayamos atrapado al que distribuye la droga, tendré mucho gusto en entregárselo, general.
Se levantó; tropezó con una mesilla profusamente labrada y recobró el equilibrio asiéndose al general.
—Mil perdones —murmuró—. Debo rogarle... entiéndame bien, le ruego que no diga nada de esto a sus hijas.
—¿Qué? Voy a hacer que me digan la verdad, ¡eso es lo que haré!
—Eso es precisamente lo que usted no debe hacer. Todo lo que conseguirá será una sarta de mentiras.
—Pero, ¡maldita sea...!
—Le aseguro, general Grant, que lo mejor para usted es no decir nada. Es necesario... ¿comprende? ¡Necesario!
—Bueno; lo haré si ése es su gusto —gruñó el veterano.
Había sido dominado, pero no convencido.
Hércules Poirot caminó con sumo tiento por entre los bronces indios y salió de allí.

5

El salón de la señora Larkin estaba lleno de gente.

La propia dueña de la casa estaba preparando combinados en una mesilla auxiliar. Era una mujer alta, de pelo castaño claro, recogido sobre la nuca. Sus ojos tenían un matiz más bien verde que gris, con grandes y negras pupilas. Sus movimientos eran fáciles, con una especie de gracia siniestra. Parecía tener poco más de treinta años. Sólo un examen más detenido revelaba las arrugas que se le formaban junto a los ojos. Aquello denunciaba que, por lo menos, tenía diez años más de lo que aparentaba.

Hércules Poirot había sido llevado allí por una señora de mediana edad, amiga de lady Carmichael. El detective se vio de pronto con un combinado en la mano, mientras se le indicaba que llevara otro a una muchacha que estaba sentada junto a la ventana. La chica era de baja estatura y rubia. Tenía la cara sonrosada y de sospechosa expresión angelical. Sus ojos, según apreció Poirot en seguida, parecían estar alerta.

—A su eterna salud, mademoiselle —brindó el detective.

Ella inclinó la cabeza y bebió.

Luego dijo repentinamente:

—Usted conoce a mi hermana.

—¿Su hermana? ¿Es usted, entonces, una de las hermanas Grant?

—Soy Pam Grant.

—¿Y dónde está su hermana hoy?

—Ha salido de cacería. Debe regresar dentro de poco.

—Conocí a su hermana en Londres.

—Ya lo sabía.

—¿Se lo dijo ella?

Pam Grant asintió y preguntó:

—¿Se encontraba en algún apuro?

—¿Pero es que no se lo contó todo?

La muchacha sacudió la cabeza.

—¿Estaba allí Tony Hawker? —preguntó.

Antes de que Poirot pudiera contestar se abrió la puerta y entraron Hawker y Sheila Grant. Ambos vestían equipo de caza y ella llevaba una mancha de barro en una de sus mejillas.

—Hola, amigos; venimos por una copa. El frasco de Tony está seco por completo.

Poirot murmuró:

—Hablando del ruin de Roma...

Pam Grant replicó:

—Más que ruin.

—¿Esas tenemos? —comentó secamente Poirot.

Beryl Larkin se adelantó.

—¿Ya estás aquí, Tony? Cuéntame cómo ha ido todo. ¿Habéis batido el matorral de Gelert?

Diestramente se lo llevó hacia un sofá situado al lado de la chimenea. Poirot vio cómo el joven volvía la cabeza y miraba a Sheila, antes de seguir a la señora Larkin.

Sheila había visto al detective. Titubeó durante unos instantes, pero luego se dirigió hacia donde estaban él y su hermana.

—¿Fue usted, entonces, quien estuvo ayer en casa? —le preguntó de súbito.

—¿Se lo ha dicho su padre?

Ella negó con la cabeza.

—Abdul lo descubrió. Yo... me figuré...

Pam intervino:

—¿Fue usted a hablar con papá?

—Pues... sí —respondió Poirot—. Tenemos... varios amigos comunes.

—No lo creo —dijo Pam con sequedad.

—¿Qué es lo que no cree? ¿Que su padre y yo tenemos amigos comunes?

La muchacha se ruborizó.

—No sea estúpido. Quería decir... que ésa no fue, en realidad, la razón de su visita...

Se dirigió a su hermana:

—¿Por qué no dices nada, Sheila?

La joven pareció sobresaltarse.

—¿No tenía... nada que ver con Tony Hawker? —preguntó.

—¿Por qué tenía que ser así? —replicó Hércules Poirot.

Sheila enrojeció y sin replicar se dirigió hacia donde estaban los demás invitados.

Con súbita vehemencia, pero en voz baja, Pam contestó:

—No me gusta Tony Hawker. Tiene... un aire siniestro; y ella también. Me refiero a la señora Larkin. Mírelos ahora.

Poirot siguió la mirada de la joven.

La cabeza de Hawker estaba junto a la de la señora Larkin. Parecía que el joven trataba de apaciguarla. La voz de la mujer se oyó durante un instante.

—...pero no puedo esperar. Lo quiero ahora.

Poirot comentó mientras sonreía:

—*Les femmes...* sea lo que sea... lo quieren todo en seguida, ¿verdad?

Pero Pam Grant no contestó. Tenía la cabeza inclinada y, con mano nerviosa, se alisaba la falda una y otra vez.

El detective murmuró:

—Usted es completamente diferente de su hermana, mademoiselle.

Ella levantó la cabeza, como si le causaran impaciencia las

trivialidades.

—Monsieur Poirot, ¿qué es lo que Tony le está dando a Sheila? ¿Qué es lo que la está volviendo... diferente?

El detective miró con fijeza.

—¿No ha tomado nunca drogas, señorita Grant? —preguntó.

La joven sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! ¿Es eso? ¿Drogas? Es una cosa peligrosa.

En aquellos momentos, con una copa en la mano, llegaba hasta ellos Sheila Grant.

—¿Qué es peligroso? —preguntó.

—Estamos hablando de los peligros que encierra el hábito de las drogas. De la muerte lenta que sufre el cuerpo y el alma, de la destrucción de todo lo que hay de bueno y hermoso en un ser humano —dijo Poirot.

Sheila Grant contuvo el aliento. La mano que sostenía la copa tembló y el licor se derramó por el suelo.

El detective prosiguió:

—Creo que el doctor Stoddart ya le hizo ver claramente qué representa esa muerte lenta... Es muy fácil de hacer... pero dificilísimo de deshacer. La persona que deliberadamente se aprovecha de la degradación y la miseria de los demás es como un vampiro.

Dio la vuelta y se alejó. Detrás de él oyó como Pam decía:

—¡Sheila!

Y un susurro... un ligero susurro... de Sheila Grant. Fue tan leve que a duras penas pudo oír lo que decían:

—El frasco...

Hércules Poirot se despidió de la señora Larkin y salió al vestíbulo. Sobre la mesa se veía un frasco, a manera de cantimplora, junto a un látigo y un sombrero. El detective lo cogió y vio que llevaba las iniciales «A. H.».

—¿Estará vacío el frasco de Tony? —murmuró Hércules Poirot.

Lo sacudió ligeramente. No parecía que contuviera licor. Desenroscó el tapón.

El frasco de Tony Hawker no estaba vacío. Estaba lleno... de polvo blanco...

6

Hércules Poirot conversaba con una muchacha en la terraza de la finca de lady Carmichael.

—Es usted muy joven, mademoiselle —dijo el detective—. Estoy convencido de que, en realidad, nunca ha sabido lo que estaba haciendo; y sus hermanas tampoco. Se han estado alimentando de carne humana como las yeguas de Diomedes.

Sheila se estremeció y exhaló un suspiro.

—Es terrible si se considera así. ¡Y sin embargo, es verdad! Nunca me di cuenta de ello hasta aquella noche en Londres, cuando me habló el doctor Stoddart. Fue tan sincero... y lo expuso con tanta seriedad... Entonces vi claro cuan perverso era lo que había estado haciendo... Antes de ello, yo creía que... era una cosa como beber en horas prohibidas... algo que la gente estaba dispuesta a pagar; pero que no tenía ninguna consecuencia fatal.

—¿Y ahora? —preguntó Poirot.

—Haré lo que me ordene —contestó Sheila Grant—. Hablaré con las otras —y añadió—: No creo que el doctor Stoddart quiera volver a dirigirme la palabra.

—Al contrario —dijo el detective—. Tanto el doctor Stoddart como yo estamos dispuestos a ayudarla en todo lo que podamos. Puede tener usted confianza en nosotros. Pero hay que hacer una cosa. Hay una persona que debe ser destruida, aniquilada por completo; y sólo usted y sus hermanas pueden lograrlo. Las pruebas que pueden presentar ustedes cuatro constituyen el único medio para poder condenarla.

—¿Se refiere usted... a mi padre?

—A su padre no, mademoiselle. ¿No le he dicho nunca que Hércules Poirot lo sabe todo? La fotografía de usted fue fácilmente identificada por la policía. Usted es Sheila Kelly... una joven reincidente ladrona de establecimientos comerciales, que fue enviada a un reformatorio hace algunos años. Cuando salió del reformatorio conoció a un nombre que se hacía llamar general Grant y que le ofreció este empleo... el empleo de «hija». Le prometió mucho dinero; mucha diversión y una vida fácil. Todo lo que debía hacer usted era introducir el uso del «rapé» entre sus amigos, pretendiendo siempre que se lo había dado otra persona. Sus «hermanas» estaban en el mismo caso.

Hizo una pausa.

—Vamos, mademoiselle —prosiguió—. Ese hombre debe ser desenmascarado y sentenciado. Después...

—Sí. Y después, ¿qué?

Poirot tosió y dijo, mientras sonreía:

—Será usted dedicada al servicio de los dioses...

7

Michael Stoddart miró asombrado a Poirot.

—¿El general Grant? ¿Es posible?

—Precisamente, *mon chéri.* Como dijo usted, toda la *mise en scéne* era demasiado artificiosa. Los Budas, los bronces de Henares y el criado indio. ¡Y también la gota! Es una enfermedad pasada de moda. Sólo la tienen los caballeros de mucha edad; no el padre de unas muchachas de diecinueve años.

»Pero, además —continuó—, quise asegurarme de ello. Cuando me levanté para irme, hice como si tropezara, y para sostenerme me cogí al pie enfermo del general. Tan perturbado estaba el hombre por lo que acababa de decir, que ni siquiera se dio cuenta de ello. Sí; es demasiado artificial ese general. *Tout de méme,* fue una idea ingeniosa. El coronel angloindio retirado del servicio activo; un conocidísimo tipo de comedia que sufre del hígado y tiene un genio pésimo. Pero fue a residir, no entre otros oficiales del ejército, sino a un *milieu* demasiado caro para cualquier militar retirado. Donde había gente rica, de Londres; un excelente mercado para colocar la «mercancía». ¿Y quién iba a sospechar de cuatro vivarachas y atractivas muchachas? Si algo se descubría serían condenadas como víctimas... De eso podía estar seguro.

—¿Cuál era su propósito cuando fue a visitar al general? ¿Quería ponerle sobre aviso?

—Sí. Deseaba ver qué era lo que sucedería. No tuve que esperar mucho. Las chicas recibieron órdenes. Anthony Hawker, que era una de sus víctimas, debía de ser quien pagara las consecuencias. Sheila debía hablarme del frasco que Tony dejó en el vestíbulo. Casi no tuvo ocasión de hacerlo... pero la otra muchacha lanzó un colérico «¡Sheila!» y ésta justamente pudo balbucear la advertencia que me destinaba.

Michael Stoddart se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Sepa usted que no voy a perder de vista a esa chica. He formado una buena teoría sobre las tendencias criminales de los adolescentes: Si se fija usted en la vida hogareña de cualquier familia, casi siempre encontrará...

Poirot le interrumpió:

—*Mon chér!* —dijo—, profeso el más profundo respeto por su ciencia. Y no tengo ninguna duda de que sus teorías darán un resultado admirable, por lo que respecta a la señorita Sheila Kelly.

—Y a las demás también.

—Las demás, tal vez. Puede ser. De la única de que estoy seguro es de la pequeña Sheila. La domará, no lo dude. A decir verdad, ya come en su mano...

Michael Stoddart se ruborizó y dijo:
—¡Qué sarta de tonterías esta usted diciendo, Poirot!

CAPÍTULO IX
EL CINTURÓN DE HIPÓLITA

1

Una cosa conduce a otra, como suele decir Hércules Poirot, sin mucha originalidad por cierto. Y añade que esto no se puso nunca tan de manifiesto como en el caso del Rubens robado. No le interesó mucho aquel asunto del cuadro, pues, por una parte, Rubens era un pintor que no le gustaba y, de otra, las circunstancias del robo fueron de lo más vulgares. Se hizo cargo del caso para quedar bien con Alexander Simpson, con quien acababa de trabar amistad y, además, por ciertas razones privadas no muy ajenas a los clásicos.

Después de producirse el robo, Alexander Simpson lo mandó llamar y vertió sobre él todas sus cuitas. El Rubens acababa de ser descubierto. Era una obra maestra desconocida hasta entonces, pero no había duda respecto a su autenticidad. Fue expuesto en las Galerías Simpson y robado en pleno día. Por aquel entonces, los obreros parados seguían la táctica de detenerse en los cruces de las principales calles y penetrar en el Ritz. Unos cuantos de ellos invadieron las Galerías Simpson y se tendieron en el suelo enarbolando una pancarta que decía: «El arte es un lujo. Dad de comer a los hambrientos.» Acudió la policía y se arremolinaron los curiosos. Hasta que los manifestantes no salieron de allí ante la fuerza del brazo de la Ley nadie se dio cuenta de que el nuevo Rubens había sido cortado limpiamente de su marco y había desaparecido.

—Es un cuadro pequeño —explicó el señor Simpson—. Cualquiera pudo ponérselo bajo el brazo y llevárselo, mientras los demás contemplaban a esos idiotas de obreros parados.

Se descubrió que aquellos obreros habían sido pagados para que tomaran parte, aunque inocente, en el robo. Les dijeron que fueran a manifestarse en las Galerías Simpson, pero no se enteraron de la razón hasta que pasó todo.

Hércules Poirot pensó que fue una treta muy divertida, mas no veía qué era lo que podía hacer en aquel asunto. La policía, según indicó, podía ocuparse muy bien de aquel robo tan claro.

—Óigame, Poirot —rogó Alexander Simpson—. Conozco al que robó el cuadro y sé adonde irá a parar.

Según el propietario de las Galerías Simpson, fue robado por una banda de aventureros internacionales, que trabajaba por cuenta de cierto millonario, el cual no tenía ningún inconveniente en adquirir obras de arte a precios sorprendentemente bajos... sin preguntar

nada. El Rubens, dijo Simpson, sería llevado a Francia, donde pasaría a poder del millonario. La policía inglesa y la francesa estaban alerta; pero Simpson opinaba que no conseguirían nada.

—Y una vez que el cuadro obre en poder de ese perro sarnoso, se complicarán todavía más las cosas —añadió—. Los hombres acaudalados deben ser tratados con toda clase de miramientos. Y ahí es donde entra usted. La situación se volverá de una delicadeza extrema y usted es el hombre apropiado.

Por último, sin ningún entusiasmo, Hércules Poirot se vio obligado a aceptar la tarea. Convino en salir inmediatamente para Francia. No tenía gran interés por la misión que lo llevaba; pero gracias a ella se vio mezclado en el caso de la Colegiala Desaparecida, el cual sí que le interesó en alto grado.

Se enteró de ello por el inspector jefe Japp, que fue a visitarle en el preciso instante en que Poirot daba su conformidad al equipaje que acababa de hacer George.

—Ah! —dijo Japp—. Por lo visto se va usted a Francia, ¿verdad?

—*Mon chéri* —replicó Poirot—. Están ustedes increíblemente bien informados en Scotland Yard.

Japp rió por lo bajo.

—Tenemos bien montado nuestro espionaje. Simpson le encargó de ese asunto del Rubens. ¡Parece que no se fía de nosotros! En fin; eso no va ni viene. Lo que quiero que haga usted es una cosa completamente diferente. Ya que ya usted a París, pensé que muy bien podía matar dos pájaros de un tiro. El detective inspector Hearn ha ido allí para cooperar con los franceses. ¿Conoce a Hearn? Es un buen muchacho, aunque tal vez poco imaginativo. Me gustaría conocer la opinión de usted sobre el caso.

—¿Y cuál es el caso de que está hablando?

—Ha desaparecido una niña. La noticia saldrá esta noche en los periódicos. Parece como si la hubieran raptado. Es hija de un canónigo de Cranchester y se llama King.

Continuó relatando la historia. Winnie King.

Winnie se dirigía a París para ingresar en un colegio de alto copete, regentado por una tal señorita Pope, en el que solamente se admitían chicas inglesas y norteamericanas. La muchacha llegó a Cranchester en el primer tren. La empleada de una agencia que se dedicaba a escoltar colegialas de una estación a otra, declaró que la llevó a la estación Victoria, donde la dejó bajo la custodia de la señorita Burshaw, profesora del colegio y persona de confianza de la señorita Pope. Después, junto con otras dieciocho chicas, salió de Londres en el tren que enlaza con el barco. Diecinueve muchachas cruzaron el Canal, pasaron por la Aduana de Calais y subieron en el tren de París, en cuyo coche restaurante comieron. Pero poco antes de llegar a París, la señorita Burshaw las contó y descubrió que sólo eran dieciocho.

—¡Ajá! —dijo Poirot—. ¿Se detuvo el convoy en algún sitio?

—Paró en Amiens, pero entonces estaban todas en el restaurante y las demás chicas aseguran positivamente que Winnie estaba con ellas. La perdieron, por decirlo así, cuando volvieron a su departamento. O sea, que no entró en el que compartía con otras cinco muchachas. Éstas no sospecharon nada; se figuraron tan sólo que se habría quedado en alguno de los otros departamentos reservados.

Poirot asintió:

—Por lo tanto, ¿cuándo la vieron por última vez exactamente?

—Unos diez minutos después de que el tren saliera de Amiens —Japp tosió con modestia—. Fue vista por última vez... ejem... cuando entraba en el tocador de señoras.

—Muy natural —murmuró Poirot—. ¿No hay nada más?

—Sí; una cosa —Japp tenía el entrecejo fruncido—. Encontraron su sombrero al lado de la vía... en un lugar situado aproximadamente a catorce millas de Amiens.

—Pero, ¿no se encontró el cuerpo?

—No. No lo encontraron.

—¿Y qué piensa usted de ello? —preguntó Poirot.

—Es difícil saber qué es lo que ha de pensar uno. Puesto que no hay trazas de su cuerpo... es que no se cayó del tren.

—¿Se detuvo el convoy en alguna ocasión después de salir de Amiens?

—No. Disminuyó la marcha una vez... por una señal; pero no se detuvo. Dudo que aflojara lo bastante para permitir que alguien saltara sin lastimarse. ¿Piensa usted que a la chica le entró miedo y trató de escapar? Era su primera salida de casa y pudo sentir nostalgia, eso es verdad; pero de todas formas, tiene quince años y medio... una edad en que se tiene bastante sensatez y, además, durante todo el viaje demostró muy buen humor y estuvo hablando por los codos.

—¿Registraron el tren? —preguntó Poirot.

—Sí; buscaron por todo él antes de que llegara a la estación del Norte. La chica no estaba en el tren, de eso puede estar seguro.

Y Japp añadió con acento desilusionado:

—Desapareció... en el aire. Esto no tiene sentido, monsieur Poirot. Es cosa de locos.

—¿Qué clase de muchacha era?

—Ordinaria y corriente. Por lo que he podido sacar en limpio, era una chica normal.

—Quiero decir... ¿qué aspecto tenía?

—Aquí llevo una instantánea de ella. No es ninguna belleza en embrión.

Entregó la fotografía a Poirot y éste la estudió en silencio.

Era de una muchacha larguirucha, con el pelo peinado en dos flojas

trenzas. Se apreciaba claramente que era una instantánea y que la chica había sido fotografiada sin que se diera cuenta de ello. Mordía una manzana con la boca abierta, mostrando unos dientes prominentes a los que llevaba sujetos abrazaderas correctoras. Usaba gafas.

—Una niña de aspecto corriente —comentó Japp—. Pero a esa edad todas lo son. Hace unos días estuve en casa del dentista. En el *sketch* vi una fotografía de Marcia Gaunt, la belleza de moda. La recuerdo cuando tenía quince años. Estuve en el castillo que posee su familia, con motivo de aquel robo de que fueron víctimas. Pecosa, desgarbada; con los dientes prominentes y los cabellos largos y lacios. De la noche a la mañana se convirtió en una belleza... ¡No sé cómo lo hacen! Es como un milagro.

Poirot sonrió.

—El sexo femenino es algo milagroso —dijo—. ¿Y qué me cuenta acerca de la familia de la niña? ¿No le han relatado alguna cosa que pueda ser de utilidad?

Japp sacudió la cabeza.

—Nada que pueda ayudarnos. La madre está enferma y el pobre canónigo King moralmente deshecho. Aseguran que la muchacha estaba entusiasmada con su viaje a París; que ansiaba irse. Quería estudiar pintura y música. Las chicas de la señorita Pope aprenden arte con «A» mayúscula. Tal vez sabrá usted que ese colegio es muy conocido. Estudian allí muchachas de la buena sociedad. La señorita Pope es muy rígida y exigente. Cobra unas pensiones carísimas y elige cuidadosamente a las pupilas que toma bajo su cuidado.

Poirot suspiró.

—Ya conozco ese tipo. ¿Y respecto a la señorita Burshaw, la que vino a recoger a las niñas?

—No es ningún cerebro privilegiado. Teme atrozmente que su señorita Pope la culpe de lo que ha pasado.

El detective preguntó con tono pensativo:

—¿No hay ningún joven en el caso?

Japp hizo un gesto señalando la fotografía.

—¿Tiene aspecto de eso?

—No. No lo tiene. Pero, a pesar de su apariencia física, puede tener un corazón romántico. Quince años es ya una buena edad.

—Está bien —comentó Japp—. Si fue un corazón romántico lo que la hizo desaparecer del tren, estoy dispuesto a leer desde ahora novelas rosas escritas por mujeres.

Miró esperanzado a Poirot.

—No le extraña nada... ¿eh?

El detective sacudió lentamente la cabeza.

—Por casualidad, ¿no encontraron también sus zapatos junto a la vía? —preguntó.

—¿Los zapatos? No... ¿por qué los zapatos?

—Era tan sólo una idea... —murmuró Hércules Poirot.

2

Hércules Poirot se disponía a salir para coger el taxi que le conduciría a la estación, cuando sonó el timbre del teléfono. Cogió el auricular.

—¿Diga?

Oyó la voz de Japp.

—Me alegro de haberle encontrado todavía en casa. Ya se aclaró todo. Me encontré un informe cuando volví al Yard. Ya apareció la chica; al lado de la carretera, a quince millas de Amiens. Está aturdida y no han podido conseguir nada coherente de ella. El médico dice que fue narcotizada. No obstante, ahora se encuentra bien. No le ha ocurrido nada malo.

Poirot preguntó lentamente:

—Entonces, ¿no tiene usted necesidad de mis servicios?

—Me temo que no. Bueno... siento mucho haberle molestado.

Japp soltó una carcajada y cortó la comunicación.

Hércules Poirot no rió. Poco a poco, volvió a colocar el auricular en su sitio. Tenía en la cara una expresión preocupada.

3

El detective Hearn miró a Poirot con curiosidad.

—No sabía que tuviera usted tanto interés por ese caso —dijo.

—¿Le advirtió el inspector jefe Japp que yo hablaría con usted respecto a ello?

Hearn asintió.

—Me dijo que vendría usted para cuidarse de otras cosas y que nos echaría una mano en este rompecabezas. Pero no le esperaba ahora, cuando todo se ha resuelto. Creí que estaría trabajando en sus propios asuntos.

—Mis asuntos pueden esperar. Lo que me interesa es este caso. Lo calificó usted de rompecabezas y ha dicho que ya está resuelto. Pero me parece que el problema sigue siendo el mismo.

—Bueno, señor; hemos encontrado a la niña y no está herida ni ha sido maltratada. Eso es lo principal.

—Pero no resuelve la cuestión de cómo ni por qué la encontraron, ¿verdad? ¿Qué es lo que dice ella? La reconoció un médico, ¿verdad? ¿Qué opina?

—Que la narcotizaron. Todavía no se ha repuesto del todo y, por lo visto, no recuerda casi nada de lo que le ocurrió después de salir de Cranchester. Parece como si todo ello le hubiera sido borrado de la memoria. El médico cree que, posiblemente, hubo una ligera contusión. Tiene un chichón en la parte posterior de la cabeza, lo que pudo producir una completa pérdida de la memoria.

—Lo cual resulta muy conveniente... para alguien —observó Poirot.

El inspector Hearn replicó con acento dubitativo:

—¿Cree usted que la chica nos oculta algo, señor

—¿Lo cree usted?

—No. Estoy seguro de que no. Es una buena chica... tal vez demasiado infantil para su edad.

—No. No está disimulando —Poirot sacudió la cabeza—. Pero me gustaría saber cómo salió del tren. Necesito conocer al responsable de ello... y enterarme de por qué lo hizo.

—En cuanto a eso último, parece aceptable que fue un intento de rapto, señor. Querían retenerla para pedir rescate.

—Pero no lo hicieron.

—Perdieron la cabeza cuando vieron la polvareda que se levantaba... y se apresuraron a dejarla al lado de la carretera.

Poirot preguntó, escéptico:

—¿Y qué rescate esperaban conseguir de un canónigo de la catedral de Cranchester? Los dignatarios de la Iglesia anglicana no son potentados.

El inspector Hearn comentó alegremente:

—En mi opinión, ha sido una chapuza hecha por gente inexperta.

—Ah, ¿ésa es su opinión?

Hearn se sonrojó.

—¿Cuál es la suya? —preguntó.

—Quiero saber a ciencia cierta cómo salió del tren.

La cara del oficial se ensombreció.

—Ése sí que es un verdadero misterio. Estuvo en el coche restaurante, charlando con las otras chicas, y cinco minutos después se desvaneció... «presto»... como en un juego de manos.

—Eso es, como por arte de magia. ¿Quién más iba en el coche donde reservó los departamentos la señorita Pope?

El inspector Hearn asintió.

—Es un buen detalle, señor. Muy importante, porque precisamente era el último coche del tren y tan pronto como volvió la gente del restaurante, cerraron las puertas de comunicación entre los coches. Lo hacen con objeto de que los pasajeros no se agolpen pidiendo té, antes de limpiarlo todo después de las comidas. Winnie King volvió a su coche con las demás. El colegio había reservado tres departamentos.

—¿Y quién ocupaba los restantes de aquel vagón?

Hearn sacó su libro de notas.

—La señorita Jordan y la señorita Butters, dos solteronas de mediana edad que iban a Suiza. Nada de particular respecto a estas dos; altamente respetables y muy conocidas en Hampshire, de donde provenían. Dos viajantes de comercio franceses; uno de Lyon y otro de París. Personas honorables ambos. Un joven llamado James Elliot y su esposa... ¡vaya señorita decorativa! El chico no tiene muy buena reputación; la policía sospecha que ha intervenido en algunas transacciones bastante dudosas; pero nunca se dedicó a raptar niños. Sea como fuere, se registró cuidadosamente el departamento donde viajaba el matrimonio, aunque no se encontraba nada en el equipaje que indicara su participación en el asunto. Al fin y al cabo, no sé de qué manera tenían que haberlo hecho. Además de los nombrados, estaba también una señora americana, la señora Van Suider, que iba a París. Aunque nada sabemos de ella, su aspecto no era sospechoso. Y éstos eran todos.

—¿Se comprobó definitivamente que el tren no se detuvo antes de salir de Amiens? —preguntó Poirot.

—No paró en ningún sitio. Aflojó la marcha en una ocasión, pero no lo suficiente para permitir que alguien saltara a la vía, a menos que se lastimara y a riesgo de matarse.

Hércules murmuró:

—Eso es lo que hace el problema tan interesante. La colegiala se esfumó tan pronto como salieron de Amiens. Y reapareció justamente en las afueras de esa población. ¿Dónde estuvo entretanto?

El inspector Hearn sacudió la cabeza.

—No tiene sentido. Y a propósito; me dijeron que preguntó usted algo acerca de unos zapatos... los de la muchacha. Llevaba los suyos cuando la encontraron, pero un empleado del ferrocarril encontró un par de ellos en la vía. Se los llevó a casa, pues parecía estar en buen uso. Zapatos recios y negros.

—¡Ah! —suspiró Poirot, como si sintiera un repentino alivio.

El policía preguntó con curiosidad:

—No comprendo el significado de los zapatos, señor.

—Vienen a confirmar una teoría —replico Poirot—. Una teoría acerca de cómo se llevó a cabo el juego de manos.

4

El colegio de la señorita Pope, como muchos otros de su clase, estaba situado en Neilly. Mientras contemplaba su respetable fachada, Hércules Poirot se vio envuelto por una ola de muchachas que salían por sus portales.

Contó veinticinco de ellas. Todas vestían uniforme de color azul oscuro y llevaban en la mano sombreritos ingleses de terciopelo de igual color, cuya banda ostentaba el distintivo, púrpura y oro, que la señorita Pope había elegido para su colegio. Las edades oscilaban entre los catorce y los dieciocho años. Los tipos eran de lo más variado; gordas y flacas, rubias y morenas, larguiruchas y garbosas. Al final, acompañada por una de las más jóvenes, venía una mujer de cabellos grises y aspecto inquieto que, según juzgó Poirot, debía ser la señorita Burshaw.

El detective se quedó mirando cómo se alejaban las muchachas y luego apretó el botón del timbre y preguntó por la señorita Pope.

La señorita Lavinia Pope era una persona completamente diferente de la señorita Burshaw. Tenía personalidad y sabía infundir respeto. Tenía esa patente superioridad sobre los demás que constituye uno de los más preciados dones de una directora de colegio.

Se peinaba con distinción el pelo gris y llevaba un traje severo, pero elegante. Era competente y parecía saberlo todo.

El salón donde recibió a Poirot daba idea de su cultura. Estaba amueblado con distinción y adornado con flores y algunas fotografías dedicadas por antiguas alumnas que ahora brillaban en el mundo; muchas de ellas ataviadas con el traje con que fueron presentadas en sociedad. En las paredes se veían también varias reproducciones de las mas famosas obras pictóricas y algunas acuarelas de excelente factura. La habitación estaba limpia y pulida en grado sumo. Hacía pensar al visitante que ni una mota de polvo tendría osadía de posarse sobre tan deslumbrante brillantez.

La señorita Pope recibió a Poirot con la competencia de una persona cuyos juicios raramente fallan.

—¿Monsieur Hércules Poirot? Conozco su nombre, desde luego. Supongo que habrá venido con motivo del desafortunado asunto de Winnie King. Ha sido un incidente muy penoso.

Pero ella no parecía muy apenada. Afrontaba el desastre en la única forma aconsejable, es decir, tratándolo con mucha competencia y reduciéndolo, por lo tanto, hasta hacerlo parecer casi insignificante.

—Tal cosa no había ocurrido nunca en esta casa —dijo.

«Y nunca volverá a suceder», parecían afirmar sus maneras.

—Era la primera vez que la muchacha salía de casa.

—Sí.

—¿Tuvo usted alguna entrevista preliminar con Winnie... con sus padres?

—Recientemente, no. Hace dos años estuve cerca de Cranchester en casa del obispo...

La forma con que pronunció estas últimas palabras parecían decir:

«Tome nota, por favor. Soy de las que paran en casa de los obispos.»

—Mientras estuve allí conocí al canónigo King y a su esposa. La señora King sufre una enfermedad crónica. Entonces conocí también a Winnie; una muchacha muy bien educada y que posee un buen sentido artístico. Le dije a la señora King que tendría mucho gusto en recibir a su hija en mi colegio al cabo de un año o dos... cuando hubiera completado su cultura general. Aquí nos especializamos en arte y música. Llevamos a las muchachas a la ópera y a la Comedia Francesa. También toman lecciones en el Louvre. Los mejores maestros vienen a enseñarles música, canto y pintura. Nuestro propósito es darles la más amplia de las culturas.

La señorita Pope se acordó de pronto que Poirot no era padre de ninguna posible nueva alumna y añadió abruptamente:

—¿En qué puedo servirle, monsieur Poirot?

—Me gustaría saber cuál es su actual posición respecto a Winnie.

—Su padre ha venido a buscarla para llevársela con él. Es lo más prudente que se puede hacer después de la impresión que ha sufrido.

Y prosiguió:

—No admitimos jóvenes delicadas de salud, pues no tenemos nada dispuesto para cuidar enfermos. Le dije al canónigo que, en mi opinión, lo mejor que podía hacer era llevarse a su hija.

Poirot preguntó sin rodeos:

—¿Qué cree usted que ocurrió en realidad, señorita Pope?

—No tengo ni la menor idea, monsieur Poirot. El asunto en sí, tal y como me lo han contado, parece absolutamente increíble. Y no me parece que la persona de mi confianza que cuidaba de las muchachas tenga la culpa de ello... En todo caso, podría reconvenírsele el que no descubriera antes la desaparición.

—¿Tal vez recibió usted la visita de la policía? —preguntó Poirot.

Un ligero estremecimiento recorrió la aristocrática figura de la señorita Pope y con acento glacial dijo:

—Vino a verme un tal monsieur Lafarge, de la prefectura. Quería saber si yo podía decirle algo que aclarara la situación. Pero, como era natural, no pude hacer nada por él. Entonces solicitó registrar el baúl de Winnie que ya había llegado junto a los de las otras chicas. Le dije que aquello ya me había sido solicitado por otro miembro de la policía. Supongo que no existe mucha conexión entré sus diversos departamentos. Me telefonearon poco después, insistiendo en que no les había entregado todo lo que pertenecía a Winnie. Pero sobre esta cuestión fui muy concisa con ellos. No debe someterse una, ni dejarse

intimidar por elementos oficiales.

Poirot exhaló un largo suspiro.

—Tiene usted un carácter animoso. La admiro por ello, mademoiselle. Presumo que el baúl de Winnie fue abierto cuando llegó, ¿verdad?

La señorita Pope pareció algo desconcertada.

—Rutina —dijo—. Vivimos estrictamente guiados por reglas rutinarias. Los baúles de las muchachas son abiertos cuando llegan y sus cosas se guardan en la forma que tengo establecida de antemano. Todo lo de Winnie se sacó, junto con lo de sus compañeras. Como es lógico, después se volvió a guardar en el baúl, para entregarlo tal como llegó.

—¿Tal como llegó exactamente?

Poirot se levantó y fue hacia una de las paredes.

—Posiblemente —dijo— ésta es una vista del famoso puente de Cranchester, con la catedral al fondo.

—Está usted en lo cierto, señor Poirot. Winnie lo pintó con la intención evidente de traerlo y darme una sorpresa. Estaba en el baúl, envuelto en un papel sobre el que se leía: «Para la señorita Pope, de Winnie.» Fue un detalle muy delicado de la niña.

—¡Ah! —dijo Poirot—. ¿Y qué piensa usted de ello... como pintura?

Había visto muchos cuadros que representaban el puente de Cranchester. Era un motivo que podía encontrarse cada año en la Academia; algunas veces pintado al óleo, otras en acuarela. En ocasiones bien ejecutado; pintado a veces con un estilo mediocre, y en otras, como si hubieran utilizado una treta para diseñarlo. Pero nunca tan crudamente representado como en aquella muestra.

La señorita Pope sonrió con indulgencia.

—No se debe descorazonar a las chicas, señor Poirot. A Winnie hay que estimularla para que trabaje mejor, desde luego.

El detective comentó, penosamente:

—Hubiera sido más lógico, para ella, pintar una acuarela, ¿no le parece?

—Sí. No sabía que pintara al óleo.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Me permite, señorita?

Descolgó el cuadro y lo llevo hasta la ventana. Lo examinó y luego, levantando la vista, observó:

—Le voy a rogar, señorita, que me regale este cuadro.

—Bueno... en realidad, señor Poirot...

—No me dirá que le ha tomado cariño. La pintura es abominable.

—Convengo en que no tiene mérito artístico alguno. Pero es el trabajo de una alumna y...

—Le aseguro, señorita, que es un cuadro que no merece estar colgado en las paredes de esta habitación.

—No sé por qué dice usted eso, señor Poirot.

—Se lo voy a probar en un momento.

Sacó del bolsillo una botella, una esponja y varios trapos.

—Antes le voy a contar una corta historia. Tiene algún parecido con el cuento del patito feo que se convirtió en cisne.

Mientras hablaba, trabajaba afanosamente. El olor del aguarrás llenó la habitación.

—Posiblemente habrá usted visto pocos programas de variedades teatrales, ¿verdad?

—En efecto; me parecen cosas bastante triviales...

—Triviales, tal vez; pero en ocasiones son instructivas. Yo he visto a un artista de variedades cambiar de personalidad de una forma casi milagrosa. En uno de los cuadros es una estrella de *cabaret,* exquisita y encantadora. Diez minutos después es una niña de corta estatura, anémica y escrofulosa, vestida con atavío de gimnasia... y pasados otros diez minutos en una gitana andrajosa que va diciendo la buenaventura.

—Es posible, no lo dudo; pero no veo qué tiene de particular...

—Voy a demostrarle cómo se hizo el juego de magia en el tren. Winnie, la colegiala, con sus trenzas, sus gafas y sus dientes prominentes... entró en el tocador de señoras. Un cuarto de hora después salió de allí, y usando las palabras del inspector Hearn, ¡qué señora tan decorativa! era entonces. Finísimas medias de seda; zapatos de tacón alto; un abrigo de visón cubriendo su uniforme escolar; un atrevido pedacito de terciopelo, llamado sombrero, colocado sobre los rizos... y una cara... ¡qué cara! Colorete, polvos, lápiz labial, maquillaje. ¿Cuál es la verdadera cara de esta artista del disfraz? Sólo Dios lo sabe. Mas, usted misma, señorita, ha visto cuan a menudo cambian las desgarbadas colegialas y, como por milagro, se convierten en unas atractivas y atildadas debutantes en sociedad.

La señorita Pope dio un respingo.

—¿Quiere usted decir que Winnie King se disfrazó de...?

—No fue Winnie King... la chica fue raptada cuando cruzaba Londres, de una estación a otra. Y nuestra artista ocupó su sitio. La señorita Burshaw no vio nunca a Winnie... ¿y cómo iba a saber que la colegiala de las trenzas y las gafas no era la propia Winnie King? Pero la impostora no podía atreverse a llegar hasta aquí, pues usted conocía personalmente a la chica. Por lo tanto, Winnie desapareció en el tocador de señoras, de donde salió como la esposa de un hombre llamado Jim Elliot, de cuyo pasaporte figuraba como tal. Las trenzas, las gafas, las medias de hilo y las abrazaderas correctoras de los dientes, cabían en un espacio pequeño. Pero los recios zapatos y el sombrero, ese inflexible sombrero inglés, tenían que ser ocultados en algún sitio. Y fueron a parar a la vía, a través de la ventanilla. Después, la verdadera Winnie atravesó el Canal de la Mancha. Nadie buscaba a una muchacha enferma, medio adormecida por las drogas, viajando desde Inglaterra a Francia. En un coche la llevaron hasta más allá de Amiens y la dejaron al lado de la carretera. En el caso de

que le hubieran inyectado escopolamina, era posible que no recordara gran cosa de lo que le había ocurrido.

La señorita Pope miraba entretanto fijamente a Poirot.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Cuál puede ser la razón de una mascarada tan insensata?

—¡El equipaje de Winnie! Esa gente necesitaba pasar un objeto de contrabando desde Inglaterra a Francia; algo que todos los aduaneros buscaban... un objeto robado. ¿Y qué sitio más seguro que el baúl de una colegiala? Es usted muy conocida, señorita Pope; y su colegio goza de justa fama. En la estación del Norte se pasan «en bloc» los baúles de las señoritas, las pequeñas «pensionistas». ¡Pertenecen a la conocidísima escuela inglesa de la señorita Pope! Y luego, después del rapto, ¿qué más natural que enviar a recoger el equipaje de la niña... diciendo que lo reclaman de la Prefectura?

Hércules Poirot sonrió.

—Mas, por fortuna, existía la rutina de abrir los baúles cuando llegaban; y allí apareció un regalo que Winnie le destinaba a usted. Pero no era el mismo regalo que la muchacha puso en el baúl antes de salir de Cranchester.

El detective se acercó a la señorita Pope.

—Vea ahora este cuadro; debe admitir que no está bien para un colegio tan respetable como éste.

Mostró la parte pintada del lienzo.

El puente de Cranchester había desaparecido como por arte de magia. En su lugar se veía una escena mitológica, pintada con colores vivos y tonos profundos.

—El cinturón de Hipólita —explicó Poirot suavemente—. Hipólita dando su cinturón a Hércules... pintado por Rubens. Una obra maestra... *mais tout de méme,* no muy conveniente para su salón.

La señorita Pope se ruborizó ligeramente.

Hipólita tenía puesta una mano en el cinturón... única prenda que usaba. Hércules llevaba una piel de león sobre el hombro. Rubens pintaba unas figuras humanas muy exuberantes.

Recobrando su serenidad, la señorita Pope opinó:

—Sí; es una obra de arte magnífica... Pero aunque así sea, como muy bien dice usted, es necesario tener en cuenta la susceptibilidad de los padres de las alumnas. Algunos de ellos son predispuestos a tener un criterio muy estrecho... Ya sabe usted a qué me refiero...

5

El ataque se produjo cuando Poirot salía del edificio. So vio rodeado, desbordado, abrumado por una masa de muchachas, gordas, flacas, morenas y rubias.

—¡Dios mío! —murmuró para sí mismo—. ¡Éste sí que es el ataque de las Amazonas!

Una muchacha rubia y espigada gritó:

—Nos han dicho que...

Estrecharon el cerco. Hércules Poirot no pudo escapar. Desapareció tragado por una ola de joven y vigorosa femineidad.

Veinticinco voces se levantaron en varios tonos, pero todas pronunciaron la misma y trascendental frase:

—Señor Poirot, ¿quiere escribir su nombre en mi libro de autógrafos?

CAPÍTULO X
EL REBAÑO DE GERION

1

—Le ruego que me perdone por venir a molestarle, señor Poirot.

La señorita Carnaby apretó sus manos sobre el bolso y se inclinó hacia delante, mirando con ansiedad la cara del detective. Como de costumbre, parecía estar sin aliento.

Poirot elevó las cejas.

—Se acuerda de mí, ¿verdad? —preguntó la mujer con ansiedad.

El detective pestañeó y dijo:

—La recuerdo como una de las delincuentes más afortunadas con quien jamás me tropecé.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué dice esas cosas, señor Poirot? Fue usted muy amable conmigo. Emily y yo hablamos a menudo de usted y si vemos en los periódicos alguna cosa suya, la recortamos y la pegamos en el álbum. Y *Augusto* aprendió una nueva maña. Le decimos: «Muere por Sherlock Holmes; muere por el señor Fortune; muere por sir Henry Merrivale», y el perro se está quieto, sin hacer nada. Pero cuando le decimos: «Muere por el señor Hércules Poirot», se tiende en el suelo y se queda inmóvil... sin pestañear siquiera hasta que le ordenamos que se levante.

—Eso me complace mucho —dijo Poirot—. ¿Y qué tal se encuentra *ce cher Auquste?*

La señorita Carnaby juntó las manos y empezó a elogiar elocuentemente a su pequinés.

—¡Oh, señor Poirot! Cada día es más listo. Lo sabe todo. Mire usted, hace unos días que me quedé mirando a un bebé que iba en su cochecito y de pronto sentí que tiraban de una correa en que llevaba atado a *Augusto.* ¿Y sabe qué estaba haciendo? Pues royéndola con toda su alma. ¿Que le parece?

Poirot volvió a parpadear.

—Pues me parece que *Augusto* comparte esas tendencias delictivas de que estábamos hablando.

La señorita Carnaby no rió. En lugar de ello, su cara afable y rolliza tomó una expresión taciturna y triste.

—¡Ah, señor Poirot! Estoy muy preocupada.

—¿Ah, sí? Dígame, dígame.

—Pues verá usted, señor Poirot. Tengo miedo... tengo mucho miedo... de que sea una delincuente empedernida de verdad... si me permite utilizar esta palabra. ¡Tengo cada idea...!

—¿Qué clase de ideas?

—De lo más extraordinario que darse pueda. Ayer, por ejemplo, sin

ir más lejos, se me ocurrió un plan eficacísimo para robar una estafeta de Correos. No estaba pensando en ello... ¡pero de repente, me vino a la cabeza esta idea! Y un sistema verdaderamente ingenioso para evitar el pago de derechos de Aduana. Estoy convencida; absolutamente convencida de que daría resultado.

—Tal vez —replicó Poirot con sequedad—. Eso es lo malo de sus ideas.

—Todo ello me ha estado preocupando en gran manera, señor Poirot. Yo he sido educada en los principios más rígidos; y resulta inquietante ver cómo pueden llegar a ocurrírseme unos pensamientos tan desfavorables y perversos. Creo que la culpa la tiene en parte el hecho de que ahora dispongo de mucho tiempo para pensar. Dejé a lady Hoggin y me coloqué con una anciana, para leerle en voz alta y escribir las cartas. Tardo muy poco en escribirlas y en cuanto empiezo a leer, la buena señora se duerme. Así es que me quedo sentada, con la mente desocupada; y ya sabemos cómo se aprovecha el diablo de la ociosidad.

Poirot chasqueó la lengua comprensivamente.

—Hace poco leí un libro; un libro muy moderno, traducido del alemán —siguió la señorita Carnaby—. Contiene unos conceptos muy interesantes sobre las tendencias delictivas. Por lo que pude entender, uno debe purificar sus propios impulsos. Por eso, en realidad, acudo a usted.

—¿De veras? —exclamó Poirot.

—Verá usted, señor Poirot; yo creo que el anhelar emociones no es de perversos. Mi vida, por desgracia, ha sido muy monótona. Tengo a veces la impresión de que la... ejem... campaña de los perros pequineses fue la única ocasión en que viví de verdad. Fue una cosa censurable, desde luego; pero como dice mi libro, no hay que dar la espalda a la verdad. Acudo a usted, señor Poirot, porque espero que será posible... purificar esta ansia de emociones empleándola, por decirlo así, al lado de los ángeles.

—¡Aja! —dijo Poirot—. ¿Viene usted entonces a ofrecerse como colega?

La señorita Carnaby se sonrojó.

—Ya sé que es mucha presunción por mi parte. Pero es usted tan amable...

Se detuvo. Sus descoloridos ojos azules parecían expresar la súplica de un perro que espera, contra toda lógica, que lo saquen a paseo.

—Es una idea —comentó lentamente Poirot.

—No soy inteligente, desde luego —explotó la mujer—. Pero... sé disimular bien. Tiene que ser así, pues de otra forma pronto se quedaría una sin el empleo de señora de compañía. Y he comprobado que al parecer más estúpida de lo que una es, da siempre buenos resultados.

Hércules Poirot se echó a reír.

—Me encanta usted, señorita —dijo al fin.

—¡Oh, señor Poirot! ¡Qué buena persona es usted! ¿Puedo tener esperanzas? Justamente acabo de heredar una pequeña suma... muy pequeña; pero nos permite a mi hermana y a mí mantenernos, aunque frugalmente, sin tener que depender de lo que yo gane.

—Debo considerar primero en qué asuntos podrían emplearse mejor sus aptitudes —explicó Poirot—. Supongo que usted no lo sabrá tampoco, ¿verdad?

—Debe usted leer el pensamiento, señor Poirot. Últimamente he estado muy preocupada por una amiga mía. Tenía el propósito de consultar con usted. Es posible que lo considere como fantasías de una vieja... como imaginaciones mías. Tal vez sea yo propensa a exagerar las cosas y ver un propósito deliberado donde no hay más que una coincidencia.

—No creo que exagere usted las cosas, señorita Carnaby. Cuénteme lo que sea.

—Tengo una amiga; una amiga muy querida, aunque en los últimos años casi no la he visto. Se llama Emmeline Clegg. Se casó con un caballero que vivía en el norte de Inglaterra y él murió hace unos pocos años dejándola en muy buena posición económica. Después de morir su marido mi amiga se sentía desgraciada y sola; y me temo que en cierto aspecto, es una mujer simple y tal vez crédula. La religión, señor Poirot, puede constituir una gran ayuda y apoyo moral... pero con ello me refiero a la religión ortodoxa.

—¿A la Iglesia griega? —preguntó Poirot.

—La señorita Carnaby pareció sorprenderse.

—No. No es eso. A la Iglesia anglicana. Y a la Iglesia Católica Romana, por lo menos están reconocidas por todos. Y los metodistas y congregacionistas son corporaciones conocidísimas y respetables. De lo que estoy hablando es de esas sectas estrambóticas que crecen como la hierba. Hay en ellas algunas cosas que incitan al sentimentalismo; pero a veces me pregunto si existirá un verdadero sentimiento religioso detrás de su llamativa fachada.

—¿Cree usted que su amiga está siendo embaucada por una secta de esa clase?

—Lo creo. Es más, estoy segura de ello. Se denomina «El Rebaño de Ovejas». Tienen su cuartel general en el Devonshire; en una hermosa finca junto al mar. Los devotos acuden allí para hacer lo que ellos llaman un retiro, el cual suele durar una quincena. Durante dicho tiempo se celebran servicios religiosos y ceremonias. Tienen tres grandes fiestas al año: «La llegada de los Pastos», «La Madurez de los Pastos» y «La Cosecha de los Pastos».

—El nombre de la última es particularmente estúpido —observó Poirot—. Los pastos no se cosechan.

—Todo el asunto es de una estupidez asombrosa —convino

calurosamente la señorita Carnaby—. A la derecha del movimiento está «El Gran Pastor». Es un tal doctor Andersen. Creo que es un hombre atractivo y de buena presencia.

—Lo cual interesará mucho a las mujeres, ¿verdad?

—Me temo que sí —suspiró la mujer—. Mi padre era también un hombre distinguido. Y esto producía algunas veces serias dificultades en la parroquia. Rivalidad en el bordado de los ornamentos y en el reparto de los trabajos relativos al cuidado de la iglesia...

Sacudió la cabeza, como rememorando aquellos tiempos.

—Los componentes del «Gran Rebaño» son mujeres en su mayoría, ¿no es cierto?

—Tres cuartas partes por lo menos. Los hombres son principalmente unos chiflados. El éxito del movimiento depende de las mujeres y de los fondos que aportan entre ellas.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Ya llegamos al fondo de la cuestión. Con franqueza, ¿cree usted que el asunto puede considerarse como un negocio bien organizado?

—Francamente, señor Poirot, lo creo. Y otra cosa me preocupa. Mi pobre amiga está tan embaucada por esa secta que ha hecho un testamento en el que deja todo cuanto tiene al nuevo movimiento religioso.

Poirot preguntó secamente:

—¿Y eso... se lo sugirieron?

—A decir verdad, no. Fue idea de ella. El «Gran Pastor» le ha mostrado una nueva forma de vivir y por lo tanto, todo cuanto ella posee será para la «Gran Causa» cuando muera. Lo que en realidad me preocupa...

—Sí. Continúe...

—Varias de las devotas son mujeres adineradas. Y en el pasado año han muerto tres de ellas, ni más ni menos.

—¿Legaron todo su dinero a la secta?

—Sí.

—¿Y no han protestado sus parientes? Era lógico que hubieran entablado un pleito.

—Pues verá usted, señor Poirot. Por regla general, las mujeres que pertenecen a la asociación no tienen a nadie en el mundo. Es gente que carece de parientes próximos y amigos.

Poirot asintió con aspecto pensativo.

La señorita Carnaby prosiguió precipitadamente:

—No tengo ningún derecho a insinuar nada, desde luego. Por lo que he podido averiguar, no hubo nada sospechoso en esas tres muertes. Una, según creo, fue producida por una pulmonía, después de un ataque gripal; y otra se atribuyó a una úlcera gástrica. No existieron circunstancias anormales y las defunciones no ocurrieron en «El Santuario de las Colinas Verdes», sino en el domicilio de cada una de ellas. No dudo de que todo fue normal por completo; y sin

embargo... no me gustaría que le sucediera algo malo a Emmie.

Juntó las manos y miró suplicante a Poirot.

El detective guardó silencio durante unos momentos. Cuando habló se notó un cambio en su voz. Tenía un tono grave y profundo.

—¿Quiere darme, o averiguar, los nombres y direcciones de esas mujeres pertenecientes a la secta que murieron recientemente?

—No faltaba más, señor Poirot.

—Señorita, creo que es usted una mujer de gran valor y decisión —dijo él lentamente—. Tiene buenas dotes teatrales. ¿Estaría dispuesta a encargarse de un trabajo cuya ejecución lleva consigo seguramente un considerable peligro?

—Nada me gustaría más —exclamó la emprendedora señorita Carnaby.

Poirot advirtió:

—De existir algún riesgo en ello, no creo que será pequeño. Comprenda usted, o todo queda en agua de borrajas, o se trata de algo verdaderamente serio. Y para averiguarlo es necesario que se convierta usted en un miembro del «Gran Rebaño». Le sugiero que exagere el importe del legado que recibió hace poco. Es usted ahora una mujer de buena posición económica, sin ningún objeto definido en la vida. Discuta con su amiga Emmeline acerca de la religión que ella adoptó... y asegúrele que todo son tonterías. Entonces le entrará un ardiente deseo de convertirla a usted. Permita que la convenza para que vaya al «Santuario de las Colinas Verdes». Y una vez allí deberá usted rendirse ante los poderes persuasorios y la influencia magnética del doctor Andersen. Creo que puedo encargarle con confianza este papel.

La señorita Carnaby sonrió con modestia y murmuró:

—Me parece que lo desempeñaré muy bien.

2

—Bueno, amigo mío, ¿qué es lo que ha averiguado?

El inspector jefe Japp miró pensativamente al hombrecillo que había hecho la pregunta y replicó con acento desilusionado:

—Nada de lo que a mí me gustaría, Poirot. No sabe cómo aborrezco a esos chiflados de largos cabellos y nuevas ideas religiosas. Sólo se ocupan de embaucar a las mujeres, con esas sartas de tonterías. Pero ese tipo es cuidadoso; no hay nada que pueda achacársele. El asunto parece cosa de locos, pero es inofensivo.

—¿Se enteró de los antecedentes del doctor Andersen?

—Le he dado un repaso a su historial. Fue un buen químico, que prometía mucho, pero lo despidieron de una Universidad alemana. Al parecer, su madre era judía. Le gustó siempre el estudio de las religiones y mitos orientales, gastaba en ello su tiempo libre y ha escrito varios artículos sobre el particular... Algunos de ellos verdaderas tonterías.

—¿Es posible, por lo tanto, que sea un fanático auténtico?

—Yo estaría dispuesto a asegurarlo.

—¿Y qué me dice de los nombres y direcciones que le di...?

—No hay nada que hacer por ese lado. La señorita Everitt murió de colitis ulcerativa. El médico que la asistió está completamente seguro de que no hubo nada sucio. La señora Lloyd falleció a causa de una bronconeumonía. Lady Western de tuberculosis; sufría ese mal desde hacía muchos años... antes de que entrara a formar parte de esta secta. La señorita Lee murió de fiebres tifoideas, atribuidas a una ensalada que comió en el norte de Inglaterra. Tres de ellas enfermaron y murieron en su propio domicilio; la señora Lloyd falleció en un hotel del sur de Francia. Por lo que se refiere a estas muertes, no hay nada que pueda relacionarlas con el «Gran Rebaño», o con la finca de Andersen en el Devonshire. Debe ser pura coincidencia. Todo está perfectamente en orden.

Hércules Poirot suspiró y dijo:

—Y, sin embargo, amigo mío, tengo el presentimiento de que éste va a ser el décimo «trabajo» de Hércules, y de que el doctor Andersen es Gerión, al monstruo al que debo destruir.

Japp lo miró con curiosidad.

—Oiga, Poirot, ¿no habrá usted leído libros raros últimamente?

El detective replicó con dignidad:

—Mis observaciones son, como de costumbre, pertinentes, completas y muy en su punto.

—Debe usted fundar una nueva religión con el credo de «No hay nadie más listo que Hércules Poirot. Amén.» Repítase *ad libitum.*

3

—Lo más maravilloso que encuentro aquí es la paz que se disfruta —observó la señorita Carnaby respirando profunda y embelesadamente.

—Ya te lo dije, Amy —replicó Emmeline Clegg.

Las dos amigas estaban sentadas en la ladera de una colina, desde la que se contemplaba el mar, de magnífico color azul. La hierba era intensamente verde y tanto la tierra como los acantilados tenían una tonalidad rojiza. La finca, conocida ahora por «El Santuario de las Colinas Verdes», era un promontorio de unos seis acres de extensión.

Sólo una estrecha faja de tierra lo unía a la costa, por lo que casi podía considerarse como una isla.

La señora Clegg murmuró con sentimiento:

—La tierra roja... la tierra de resplandor y promesas, donde un triple destino se cumplirá.

Su amiga suspiró profundamente y dijo:

—Creo que el «Maestro» se expreso muy bien en el servicio de anoche.

—Pues espera a la fiesta que celebraremos hoy —contestó la otra mujer—. ¡La plena Madurez de los Pastos!

—Tengo verdadera ansiedad por ver en qué consiste —le dijo la señorita Carnaby.

—Experimentarás una sensación espiritual inefable —le prometió su amiga.

Hacía una semana que la señorita Carnaby se encontraba en el «Santuario de las Colinas Verdes».

Al llegar expresó su actitud de la siguiente manera:

—¿Pero qué tonterías son éstas? En realidad, Emmie, una mujer sensata como tú, etcétera, etcétera.

Durante su primera entrevista con el doctor Andersen dejó bien sentada su posición.

—No quiero que crean que estoy aquí con falso pretexto, doctor Andersen. Mi padre fue pastor de la Iglesia anglicana y yo nunca vacilo en mis creencias. No me gustan las doctrinas idólatras.

Y aquel hombre de recia figura y de cabellos dorados le sonrió dulce y comprensivamente. Miró con indulgencia la rolliza y belicosa figura de la mujer, sentada erguidamente en su silla.

—Mi apreciada señorita Carnaby —dijo—. Es usted amiga de la señora Clegg y como tal le damos la bienvenida. Y, créame, nuestras doctrinas no son idólatras. Aquí son bien recibidas todas las religiones y a todas se les respeta por igual.

—Eso no puede ser —replicó la fiel hija del difunto reverendo Thomas Carnaby.

Reclinándose en su asiento, el «Maestro» murmuró con voz de ricos tonos:

—«En la casa de mi Padre hay muchas moradas», recuerde eso, señorita Carnaby.

Cuando salió de su entrevista, la visitante musitó al oído de su amiga:

—Tenías razón; es un hombre atrayente.

—Sí —convino Emmeline Clegg—. Y con una fuerza espiritual maravillosa.

La señorita Carnaby estaba de acuerdo con ello. Era verdad... Había sentido alrededor de ella como una aura extraterrena... espiritual...

Se contuvo haciendo un esfuerzo. No estaba allí para caer presa de la fascinación espiritual o como fuera, del «Gran Pastor». Trató de acordarse de Hércules Poirot; pero parecía tan lejano y apegado a las cosas materiales...

—Amy —se dijo a sí misma la señorita Carnaby—, contente y recuerda el objeto que te trajo aquí...

Pero a medida que pasaban los días, se dio cuenta de la facilidad con que se sometía al encanto de las Colinas Verdes. A la paz y a la sencillez; a la simple, aunque deliciosa comida; a la hermosura de los servicios, con sus cantos de amor y adoración; a las palabras conmovedoras del «Maestro», que apelaba a todo lo mejor y más sublime de la humanidad... Las luchas y la fealdad del mundo habían quedado fuera. Allí sólo reinaba la paz y el amor...

Y aquella noche se celebraba la gran fiesta estival: la fiesta de «La Madurez de los Pastos». Durante ella, Amy Carnaby sería iniciada; se convertiría en una oveja más de las componentes del «Rebaño».

La fiesta tuvo lugar en el edificio del hormigón blanco y resplandeciente, que los iniciados llamaban «El Sagrado Redil». Los devotos se congregaron antes de ponerse el sol. Todos llevaban capas de piel de carnero; los brazos desnudos y sandalias en los pies. En el centro del «Redil», sobre una plataforma, estaba el doctor Andersen. Los dorados cabellos, los ojos azules y su barba rubia y hermoso perfil, le hacían parecer más atrayente que nunca. Vestía una túnica verde y en la mano llevaba un áureo cayado de pastor.

Levantó el bastón y un silencio sepulcral se hizo.

—¿Dónde están mis ovejas?

—Aquí estamos, ¡oh, «Pastor»!

—Levantad vuestros corazones con júbilo y gratitud. Ésta es la fiesta de la alegría.

—Es la fiesta de la alegría y estamos llenos de ella.

—No habrá más penas para vosotros; ni más dolores. ¡Todo es gozo!

—Todo es gozo...

—¿Cuántas cabezas tiene el «Pastor»?

—Tres cabezas: una de oro, otra de plata y otra de resonante bronce.

—¿Cuántos cuerpos tiene la «Oveja»?

—Tres cuerpos: uno de carne, otro de corrupción y otro de luz.

—¿Cómo podréis entrar a formar parte del «Rebaño»?

—Por el «Sacramento de Sangre».

—¿Estáis preparados para el «Sacramento»?

—Lo estamos.

—Vendaos los ojos y tended el brazo derecho.

Sumisamente, los congregados se vendaron los ojos con los pañuelos verdes que traían con tal propósito. La señorita Carnaby, al igual que todos los demás, tendió el brazo.

El «Gran Pastor» recorrió las filas de su «Rebaño». Se oían pequeños gritos; gemidos, tanto de dolor como de éxtasis.

La señorita Carnaby pensó:

«¡Qué cosa tan blasfema! Es lamentable esta forma de histeria religiosa. Permaneceré absolutamente sosegada y observaré las reacciones de los demás. No quiero dejarme llevar... no quiero...»

El «Gran Pastor» había llegado frente a ella. Sintió cómo le cogía el brazo y luego experimentó un dolor agudo y punzante, como el producido por una aguja.

La voz del «Pastor» murmuró:

—El «Sacramento de Sangre» que proporciona gozo y alegría...

Y pasó adelante.

Al poco rato se oyó una orden.

—Quitaos las vendas y disfrutad de los placeres del espíritu.

El sol se ponía en aquel instante. La señorita Carnaby miró a su alrededor. Salió lentamente del «Redil», junto con los demás. De pronto se sintió ingrávida y feliz. Se recostó en una pradera herbosa y suave. ¿Cómo llegó a pensar alguna vez que era una mujer solitaria, entrada en años, a quien nadie necesitaba? ¡La vida era maravillosa! ¡Ella misma era maravillosa! Se le había conferido el poder de pensar... de soñar. No había nada que ella no pudiera llevar a cabo.

Sintió en su interior una ráfaga de felicidad. Miró a los que la rodeaban; parecían que, de pronto, hubieran crecido hasta alcanzar una inmensa estatura.

«Como árboles que anduvieran...», pensó reverentemente.

Levantó la mano. Fue un gesto imperioso; con él podía dominar la tierra. César, Napoleón, Hitler... ¡pobres y miserables tipejos! No tenían ni idea de lo que ella, Amy Carnaby, era capaz de hacer. Mañana arreglaría la paz mundial y la confraternidad internacional. No habría más guerras, ni pobreza, ni enfermedades. Ella se encargaría de trazar el diseño de un nuevo mundo.

Pero no había por qué apresurarse. El tiempo era infinito... Un minuto sucedía a otro minuto y una hora a otra hora. Los miembros

de la señorita Carnaby parecían pesar como el plomo, pero su mente volaba. Podía errar a voluntad por todo el Universo. Durmió, durmió y soñó. Grandes espacios... vastas edificaciones... un nuevo y maravilloso mundo...

Aquella visión fue borrándose gradualmente. La señorita Carnaby bostezó y estiró sus piernas entumecidas. ¿Qué había ocurrido desde ayer? La noche anterior tuvo un sueño...

La luna brillaba en el cielo y a su luz, la señorita Carnaby pudo ver la hora en su reloj. Estupefacta, comprobó que las manecillas señalaban las diez menos cuarto. Sabía que el sol se puso a las ocho y diez. ¿Sólo hacía una hora y treinta y cinco minutos? Imposible; y, sin embargo...

—Muy interesante —se dijo la señorita Carnaby.

4

Hércules Poirot advirtió:

—Debe obedecer con todo cuidado mis instrucciones, ¿comprende?

—Desde luego, señor Poirot. Puede confiar en mí.

—¿Les dijo ya algo sobre su intención de aportar su dinero para ayudar al culto?

—Sí, señor Poirot. Hablé yo misma con el «Maestro»... oh, perdone, con el doctor Andersen. Le dije muy emocionada que todo aquello había sido para mí como una revelación maravillosa; que había empezado mofándome y terminaba por ser una creyente más. Me... me pareció muy natural decir todas esas cosas. Sepa usted que el doctor Andersen tiene un gran atractivo magnético.

—Ya me doy cuenta —replicó Poirot con sequedad.

—Tiene unas maneras convincentes en extremo. Da la genuina impresión de que el dinero no le preocupa en lo más mínimo. «Contribuya con lo que buenamente pueda», me dijo, sonriendo como sólo él sabe hacerlo. «Si no puede dar nada, no importa. No por eso dejará de pertenecer al "Rebaño".» «¡Oh, doctor Andersen! —dije yo—. No estoy tan mal de dinero, como para eso. Justamente acabo de heredar una considerable suma que me legó un pariente lejano y, aunque en realidad no he tocado todavía ni un penique de ella, pues he de esperar a que se cumplimenten todas las formalidades legales, hay una cosa que deseo hacer en seguida.» Y entonces le expliqué que iba a redactar un testamento y que deseaba dejar a la Humanidad todo lo que tenía, haciendo constar, además, que carecía de parientes cercanos.

—Y él aceptó graciosamente el ofrecimiento, ¿verdad?

—No mostró gran interés. Dijo que pasarían muchos años antes de que yo abandonara este mundo; que estaba destinada a tener una larga existencia, pletórica de gozo y satisfacciones espirituales. Sabe hablar de una forma muy conmovedora.

—Así parece.

Al decir esto, la voz de Poirot tenía un tono áspero.

—¿Mencionó usted su salud? —preguntó.

—Sí, señor Poirot. Le dije que había sufrido una afección pulmonar, la cual se me reprodujo más de una vez; pero que gracias a un tratamiento especial que me dieron en un sanatorio, hacía varios años, confiaba en que mi curación era ya completa.

—¡Excelente!

—Pues no veo la necesidad de que vaya diciendo por ahí que estoy tísica, cuando mis pulmones no pueden estar más sanos.

—Debe llegar al convencimiento de que es necesario. ¿Se refirió usted a su amiga?

—Sí. Le conté, como una confidencia, que mi querida Emmeline, además de la fortuna que heredó de su marido, heredaría dentro de poco una cantidad todavía mayor que le dejaría una tía suya, que la quería mucho.

—Muy bien, esto salvaguardará a la señora Clegg durante algún tiempo.

—¡Oh, señor Poirot! ¿Cree usted de verdad que hay algo malintencionado en todo ello?

—Eso es lo que me propongo averiguar. ¿Ha conocido en el «Santuario» a un tal señor Cole?

—La última vez que estuve allí, había un señor que se llamaba así. Un hombre bastante raro. Lleva pantalones cortos de color verde hierba, y no come más que coles. Es un creyente muy fervoroso.

—¡Estupendo! Todo progresa satisfactoriamente; la felicito por la labor que ha hecho. Todo está preparado ahora para la fiesta de otoño.

5

—Señorita Carnaby... Un momento, por favor.

El señor Cole agarró por el brazo a la mujer. Tenía los ojos brillantes y febriles.

—He tenido una visión... una visión extraordinaria. Debo contársela.

La señorita Carnaby suspiró. Temía al señor Cole y a sus visiones. Había momentos en que decididamente creía que estaba loco.

En ocasiones, el relato de aquellas visiones la desconcertaba. Hacían pensar en varios pasajes algo crudos de aquel moderno libro alemán sobre el subconsciente que leyera poco antes de ir a Devon.

El señor Cole, con ojos relucientes y temblorosos labios, empezó su narración.

—Estaba yo meditando... reflexionaba sobre la plenitud de la «Vida»; sobre el supremo júbilo de la «Unidad»... cuando mis ojos fueron abiertos... y «vi».

La señorita Carnaby se resignó, esperando que el señor Cole no hubiera visto lo mismo que en la ocasión anterior que, al parecer, fue una ceremonia matrimonial en la antigua Sumeria, entre un dios y una diosa.

—Vi... —el señor Cole se inclinó sobre ella, respirando fuerte, y con ojos que parecían los de un loco— al Profeta Elías, que descendía del cielo montado en un carro de fuego.

La mujer suspiró, aliviada. Si se trataba de Elías no estaba mal; no tenía nada que objetar.

—Debajo —continuó el señor Cole— estaban los altares de Baal; cientos y cientos de ellos. Una voz me gritó: «Mira, escribe y testifica lo que verás...»

Se detuvo y su oyente murmuró cortésmente:

—¿De veras?

—Sobre los altares estaban las víctimas; atadas, indefensas, esperando el cuchillo del sacrificio. Vírgenes... cientos de vírgenes... jóvenes y hermosas vírgenes...

El señor Cole chasqueó los labios y la señorita Carnaby enrojeció.

—Luego llegaron los cuervos; los cuervos de Odín, volando desde el Norte. Se encontraron con los cuervos de Elías y juntos describieron círculos en los cielos. Después se lanzaron sobre las víctimas y les sacaron los ojos... y entonces fue el gemir y el rechinar de dientes. Y la voz exclamó: «¡Cumplid el sacrificio... pues en este día Jehová y Odín firmarán con sangre su hermandad!» Los sacerdotes cayeron sobre las víctimas, levantaron los cuchillos... y las mutilaron...

La señorita Carnaby trató desesperadamente de apartarse de su

atormentador, cuya boca, en aquel momento, babeaba con fervor sádico.

—Dispénseme.

Abordó apresuradamente a Lipscomb, el guarda que vivía en el pabellón situado en la entrada de las Colinas Verdes y que en aquellos instantes acertaba a pasar por allí.

—¿Por casualidad no se habrá encontrado un broche que perdí? —le preguntó ella—. Debió caérseme al suelo.

Lipscomb, que se conservaba inmune a la dulzura y a la luz de las Colinas Verdes, se limitó a gruñir que él no había visto ningún broche. No tenía la obligación de ir buscando cosas. Trató de sacudirse a la señorita Carnaby pero ella le acompañó, sin cesar de hablar acerca del broche, hasta que puso una prudente distancia entre sí misma y el fervor del señor Cole.

El «Maestro salía entonces del Gran Redil», y animada por su benigna sonrisa, la mujer se aventuró a expresar con palabras lo que tenía en el pensamiento.

—¿No cree que el señor Cole está... está...?

El doctor Andersen le puso una mano en el hombro.

—Deseche todo temor —le respondió—. El amor perfecto aleja el temor...

—Pues yo creo que el señor Cole está loco. Estas visiones que tiene...

—Todavía ve imperfectamente... a través del cristal de su propia naturaleza carnal. Pero llegará un día en que verá espiritualmente... cara a cara.

La señorita Carnaby se avergonzó. Si ponía las cosas así... Sin embargo, tuvo ánimos para hacer una leve protesta.

—¿Por qué ha de ser tan rudo Lipscomb?

El «Maestro» sonrió seráficamente de nuevo.

—Lipscomb es un fiel perro guardián —dijo—. Un alma primitiva y tosca; pero leal... enteramente leal...

Se alejo. La mujer vio cómo se acercaba al señor Cole, se detenía y le ponía una mano en el hombro. Deseó que la influencia del «Maestro» pudiera alterar el alcance de las futuras visiones de aquel demente.

6

El día antes de la fiesta, por la mañana, la señorita Carnaby se encontró con Hércules Poirot en una pequeña sala de té del soñoliento pueblecito de Newton Woodbury.

La mujer estaba mas sonrojada y aturdida que nunca. Sorbía el té mientras desinflaba un bollo entre sus dedos.

Poirot hizo varias preguntas a las que ella contestó con monosílabos.

—¿Cuántos fieles asistirán al festival? —preguntó por último.

—Creo que ciento veinte. Vendrá Emmeline, desde luego; y el señor Cole... Últimamente se ha portado de una forma rara. Tiene visiones. Me ha descrito varias de ellas... muy curiosas; confío en que no estará mal de la cabeza. Acudirá una gran cantidad de nuevos adeptos... casi veinte.

—Bien. ¿Sabe usted lo que debe hacer?

Hubo una pausa antes de que la señorita Carnaby, con un tono de voz extraña en ella, contestara:

—Recuerdo perfectamente lo que me dijo usted, señor Poirot.

—¡Perfectamente!

Y a continuación, con voz clara y vigorosa, la señorita Carnaby observó:

—Pero no voy a hacer nada de ello.

Hércules Poirot la miró fijamente. Ella se levantó y apresuradamente dijo:

—Me envió usted a espiar al doctor Andersen. Sospechaba de él toda clase de cosas malas. Pero es un hombre maravilloso... un gran «maestro». ¡Creo en él con toda mi alma! Y no estoy dispuesta a espiarle más por su cuenta, señor Poirot. Soy una de las ovejas del «Rebaño». El «Maestro» enseña al mundo la buena nueva y desde ahora le pertenezco por completo. Y no se preocupe en pagar el té que me he tomado. Yo lo pagaré.

Y con este ligero anticlímax, la señorita Carnaby dejó caer sobre la mesa un chelín y tres peniques y salió precipitadamente del establecimiento.

—*Nom d'un nom d'un nom!* —exclamó Hércules Poirot.

La camarera tuvo que dirigirse a él por dos veces antes de que se diera perfecta cuenta de que le estaban presentando la nota. Se encontró con la mirada inquisitiva de un individuo de aspecto rudo que estaba sentado en la mesa de al lado. Poirot se sonrojó, pagó la cuenta, se levantó y salió del salón de té.

Su cerebro trabajaba a toda presión.

7

Una vez más el «Rebaño» se hallaba congregado en el «Gran Redil». Las preguntas y respuestas de rigor habían sido salmodiadas.

—¿Están preparados para el «Sacramento»?

—Lo estamos.

—Vendaos los ojos y tended el brazo derecho.

El «Gran Pastor», vestido con su magnífica túnica verde, empezó a recorrer las expectantes filas de devotos El visionario y vegetariano señor Cole, situado al lado de la señorita Carnaby, tragó saliva en un éxtasis doloroso cuando la aguja penetró en su carne.

El doctor Andersen se detuvo ante la señorita Carnaby. Sus manos le tocaron el brazo.

—No; no haga eso...

Palabras increíbles... sin precedentes. El ruido de una pelea y un rugido de cólera. Los congregados, uno tras otro, fueron quitándose los pañuelos verdes... y vieron algo inconcebible: el «Gran Maestro» debatiéndose entre los brazos del visionario señor Cole, a quien ayudaba en su tarea otro de los devotos.

Con tono rápido y profesional, el en otros tiempos fanático señor Cole estaba diciendo:

—...y aquí tengo una orden de arresto contra usted. Debo advertirle que cualquier cosa que diga podía ser utilizada como prueba de cargo en su proceso.

En la puerta del «Redil» aparecieron unas figuras... unas figuras vestidas de azul.

Alguien exclamó:

—¡La policía! Se llevan al «Maestro». Se lo llevan...

Todos estaban impresionados... horrorizados. Para ellos, el «Gran Pastor» era un mártir que sufría, como todos los grandes maestros, la ignorancia y la persecución del mundo incrédulo.

Entretanto, el detective inspector Cole envolvía cuidadosamente la jeringuilla hipodérmica que había caído de la mano del doctor Andersen.

8

—¡Mi valerosa colega!

Poirot estrechó calurosamente la mano de la señorita Carnaby y la presentó al inspector Japp.

—Buen trabajo, señorita Carnaby —dijo el policía—. No hay duda de que no hubiéramos podido hacer nada sin usted.

—¡Pobre de mí! —la mujer se sintió halagada—. Es usted muy amable. Me temo que todo llegó a gustarme. La emoción y el papel que tuve que desempeñar. Algunas veces me sentí arrastrada. Tenía la sensación de que yo era una más de aquellas tontas.

—Ahí es donde estriba su éxito —dijo Japp—. En usted todo es genuino. De no ser así, nada hubiera sido capaz de engañar a ese caballero. Es un bribón muy astuto.

La señorita Carnaby se dirigió a Poirot:

—Pasé un apuro terrible en el salón de té. No sabía qué hacer. Tuve que actuar de improviso.

—Estuvo usted magnífica —dijo Poirot con calor—. Por un momento creía que usted y yo habíamos perdido los sentidos. Pensé, aunque sólo fue durante un instante, que lo decía en serio.

—Tuve un sobresalto mayúsculo —observó la mujer—. Justamente después de haber estado hablando confidencialmente, vi en el espejo que Lipscomb, el guarda del «Santuario», estaba sentado en una mesa detrás de mí. No sé si sería casualidad o si, por el contrario, había venido siguiéndome. Como le he dicho, tenía que actuar de la mejor manera posible en aquel apuro, y confiar en que usted me entendería.

Poirot sonrió.

—La comprendí perfectamente. Sólo había una persona sentada lo bastante cerca de nosotros para que pudiera oír lo que hablábamos; así es que, tan pronto como salí de allí, dispuse lo necesario para que lo siguieran cuando se fuera. Al ver que se dirigía al «Santuario», comprendí que podía confiar en usted y que no me traicionaría; pero sentí temor, porque todo ello incrementaba el peligro que estaba corriendo usted.

—¿Es que... existía realmente ese peligro? ¿Qué es lo que había en la jeringuilla?

—¿Quiere explicarlo usted o lo hago yo? —le preguntó Japp a Poirot.

—Señorita —dijo gravemente el detective—, ese doctor Andersen había perfeccionado un plan para explotar a las mujeres y asesinarlas... de una forma científica. La mayor parte de su vida se dedicó a las investigaciones bacteriológicas. Bajo diferente nombre posee un laboratorio químico en Sheffield y allí produce cultivos de

varios bacilos. Durante las fiestas, inyectaba a sus seguidores una pequeña, pero suficiente dosis de «Cannabis indica», conocida también con el nombre de «Hashish» o «Bhang». Es una droga que produce ilusiones de grandeza y grato placer, lo cual hacía que sus devotos le fueran adictos en alto grado. Esos eran los goces espirituales que él les prometía.

—Muy interesante —opinó la señorita Carnaby—. Una sensación verdaderamente interesante.

Hércules Poirot asintió.

—Así era, en términos generales, su forma de actuar... Una personalidad dominante; facultad de producir histerismo colectivo en la gente y aprovecharse de las reacciones producidas por la droga. Pero en el fondo tenía otro propósito.

»Las mujeres sin parientes próximos —continuó—, agradecidas y fervorosas, hacían testamento dejando todo su dinero para atender el culto de la nueva religión. Una tras otra, esas mujeres morían. Morían en sus propios domicilios y, aparentemente, por causas naturales. Sin ser demasiado técnico, trataré de explicarlo. Es posible hacer cultivos intensivos de ciertas bacterias. El bacilo *colin momunis,* que causa la colitis ulcerativa, por completo. El del tifus también puede incluirse en el sistema, así como el neumococo. Existe, además, lo que se llama «antigua tuberculina», que es inofensiva para una persona sana, pero que estimula y hace reproducir cualquier lesión pulmonar antigua. ¿Se da usted cuenta de la inteligencia de ese individuo? Las defunciones ocurrirían en diferentes partes del país; diferentes médicos atenderían a las enfermas, sin peligro de levantar sospechas. Me imagino que, además, cultivaba una sustancia que tiene la propiedad de retrasar e intensificar la acción de los bacilos escogidos.

—¡Es un desalmado de la peor especie! —exclamó el Inspector Japp.

Poirot prosiguió:

—Siguiendo mis órdenes, usted le contó que durante años había sufrido de una lesión pulmonar. En la jeringuilla se encontraron bacilos de «antigua tuberculina», cuando Cole arrestó al doctor Andersen. Como usted disfruta de buena salud, los microbios no le hubieran perjudicado en nada. Por eso insistí en que hiciera patente su antigua lesión pulmonar. Sin embargo, me aterrorizaba el pensar que pudiera escoger cualquier otro germen; pero respeté su valor y tuve que dejarla correr ese riesgo.

—¡Oh! De eso no hay que hablar —replicó animosamente la señorita Carnaby—. No me importa correr uno que otro. Sólo me asustan los toros desmandados y cosas por el estilo. Pero ¿tienen ustedes bastantes pruebas para condenar a ese malvado?

Japp gesticuló.

—Gran cantidad de ellas —dijo—. Tenemos un laboratorio, los cultivos y todo lo que empleaba en su negocio.

—Es posible, según creo —intervino Poirot—, que haya cometido una larga serie de asesinatos. Yo diría que no le expulsaron de la Universidad alemana porque su madre fuera judía. Eso sólo fue una bonita historia para entrar en este país y ganar simpatías. En realidad, creo que es de pura raza aria.

La señorita Carnaby suspiró.

—¿En qué ha estado pensando? —preguntó Poirot.

—Estaba pensando —replicó ella— en un maravilloso sueño que tuve durante la primera fiesta... supongo que sería el *hashish.* ¡De qué forma tan magnífica arreglé el mundo! Sin guerras, sin pobreza, sin enfermedades, sin fealdad...

—Debió de ser un sueño estupendo —dijo Japp con envidia.

La señorita Carnaby se levantó de un salto.

—Debo irme a casa —atajó—. Emily estará impaciente. Y me he enterado de que el pobrecito *Augusto* me ha echado mucho de menos.

Hércules Poirot observó, mientras sonreía:

—Tal vez temía que, como hace él, fuera usted a «morir por Hércules Poirot».

CAPÍTULO XI
LAS MANZANAS DE LAS HESPÉRIDES

1

Hércules Poirot contempló al hombre que se sentaba tras la gran mesa de caoba. Reparó en las espesas cejas, en la boca de línea vulgar, en la barbilla de trazo agresivo y en los penetrantes ojos de visionario. Mirándolo se dio cuenta de por qué Emery Power se había convertido en una potencia financiera.

Y cuando sus ojos se posaron sobre las manos largas y delicadas, de exquisita forma, que descansaban sobre la mesa, entendió también cómo había adquirido la reputación de ser un gran coleccionista. Se le conocía en ambos lados del Atlántico como un experto en obras de arte. Y su pasión por lo artístico corría parejas con su pasión por lo histórico. No le bastaba con que una cosa fuera hermosa; pedía también que estuviera acompañada por una tradición histórica.

Emery Power estaba hablando. Su voz no era estridente; al contrario, hablaba con tono bajo, pero incisivo, mucho más efectivo que si hubiera utilizado un volumen mayor de sonido.

—Ya sé que usted no se encarga de muchos casos en estos días. Pero creo que se ocupará de éste.

—Entonces, ¿se trata de un asunto de mucha importancia?

—Es de mucha importancia para mí —replicó Emery Power.

Poirot guardó una actitud expectante, ladeando ligeramente la cabeza. Parecía un petirrojo meditabundo.

El otro prosiguió:

—Se trata de la recuperación de una obra de arte. Para ser exacto, de una copa de oro cincelado, que data del Renacimiento. Se dice que la usaba el papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia. En algunas ocasiones la presentaba a un huésped privilegiado para que bebiera. Y aquel huésped, señor Poirot, solía morir poco después.

—Una bonita historia —contestó Poirot.

—Esta copa siempre estuvo asociada con la violencia. La robaron más de una vez y se han cometido asesinatos para conseguir su posesión. Un rastro de sangre ha seguido su curso a través de los siglos.

—¿En razón a su valor intrínseco o por otras razones?

—Su valor intrínseco es ciertamente considerable. El trabajo en orfebrería es exquisito y hasta dicen que la cinceló Benvenuto Cellini. Tiene la forma de un árbol a cuyo tronco se enrosca una serpiente formada de joyas. Las manzanas del árbol están hechas con unas

magníficas esmeraldas. Estas esmeraldas son muy hermosas, así como los rubíes que forman la serpiente. No obstante, el valor real de la copa radica en sus asociaciones históricas. El marqués de San Veratrino la puso en venta en el año 1929. Los coleccionistas pujaron y sobrepujaron, hasta que por fin conseguí que me la adjudicaran por una cantidad igual a treinta mil libras, según el cambio que regía entonces.

Poirot levantó las cejas.

—¡Una cantidad principesca! El marqués de San Veratrino fue muy afortunado —comentó.

—Cuando quiero de veras una cosa estoy dispuesto a pagar lo que sea, monsieur Poirot —replicó Emery Power.

El detective observó suavemente:

—Sin duda habrá oído usted el proverbio español que dice: «Toma lo que quieras... pero págalo, dijo Dios.»

Durante unos instantes el financiero frunció el ceño y un ligero destello colérico asomó a sus ojos.

—Va usted en camino de convertirse en un filósofo, monsieur Poirot —dijo con frialdad.

—He llegado a la edad de la reflexión, monsieur.

—Sin duda. Pero las reflexiones no me devolverán mi copa.

—¿Cree usted que no?

—Creo que se necesita un poco de acción.

Hércules Poirot asintió plácidamente.

—Mucha gente incurre en la misma equivocación. Pero le ruego que me perdone, señor Power, por esa disgresión del asunto que nos ocupa. Decía usted que compró la copa al marqués de San Veratrino...

—Exactamente. Y lo que me queda por decirle es que me la robaron antes de que llegara a mi poder.

—¿Y cómo ocurrió eso?

—Entraron a robar en el palacio del marqués, precisamente el mismo día en que se efectuó la subasta. Los ladrones se llevaron ocho o diez obras de arte renacentista, incluida la copa.

—¿Qué se hizo para rescatar lo robado?

Power se encogió de hombros.

—La policía se encargó del caso, desde luego. La fechoría se atribuyó a una conocida banda internacional de ladrones. Dos de ellos, un francés llamado Dublay *y* un italiano apellidado Ricovetti, fueron detenidos y juzgados. Parte de lo robado fue hallado en su poder.

—Pero la copa de los Borgia no, ¿verdad?

—Eso es. Según la policía, tres hombres intervinieron en el robo; los dos que acabo de mencionar y un tercero, un irlandés llamado Patrick Casey. Un «palquista» de primera clase; fue él quien materialmente llevó a cabo el robo. Dublay era el cerebro de la

organización y el que planeaba los golpes; Ricovetti conducía el automóvil y aguardaba a que Casey le fuera pasando los objetos robados.

—¿Dividían el botín en tres partes?

—Posiblemente. Pero los artículos que se recuperaron fueron los de menos valor. Parece probable que los más valiosos y notorios fueron sacados rápidamente del país.

—¿Y qué pasó con Casey? ¿No lo pudo coger la Justicia?

—No; en el sentido a que usted se refiere. Era un hombre de bastante edad y sus músculos ya no eran tan elásticos como antes. Al cabo de dos semanas cayó desde un quinto piso y se mató en el acto.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En París. Intentaba robar en casa del banquero millonario Davauglier.

—¿Y no ha vuelto a verse la copa desde entonces?

—Exactamente.

—¿No se puso nunca en venta?

—Estoy completamente seguro de que no. Puedo afirmar que no sólo la policía, sino mis agentes privados han estado alerta por si se presentaba tal circunstancia.

—¿Qué paso con el dinero que había usted pagado?

—El marqués, que era un hombre muy puntilloso, quiso devolvérmelo, puesto que la copa había sido robada en su casa.

—¿Y usted no aceptó?

—No.

—¿Por qué?

—Tal vez porque quería conservar en mi mano las riendas del asunto.

—¿Quiere usted decir que si hubiera aceptado la oferta del marqués, la copa seguiría siendo de él, en el caso de recuperarse; mientras que ahora, al haber rechazado el dinero, es legalmente de usted?

—Ni más ni menos.

—¿Y qué se escondía tras su actitud, señor Power? —preguntó Poirot.

El financiero sonrió y dijo:

—Ya veo que toma en consideración tal punto. Pues bien, monsieur Poirot; fue una cosa simple en extremo. Creí saber quién se quedó con la copa.

—Muy interesante. ¿Quién fue?

—Sir Reuben Rosenthal. No solamente era coleccionista como yo, sino que en aquellos tiempos era mi enemigo personal. Habíamos sido rivales en varias operaciones financieras, de las que siempre salí yo ganando. Nuestra animosidad culminó cuando rivalizamos en la compra de la copa de los Borgia. Ambos estábamos dispuestos a quedarnos con ella. Era una cuestión de honor, o poco menos.

Nuestros representantes pujaron en la subasta uno contra otro.

—Y la puja final del representante de usted hizo que le adjudicaran el tesoro, ¿verdad?

—No. No fue así, precisamente. Tomé la precaución de situar en la subasta a un segundo agente mío; aunque aparentemente figuraba como representante de un anticuario de París. Ni sir Reuben ni yo hubiéramos estado dispuestos a rendirnos el uno al otro; pero si permitíamos que un tercero se llevara la copa, con la posibilidad de tratar después con él reservadamente... era una cosa diferente por completo.

—De hecho, una *petite déception.*

—Eso es.

—Y la cosa tuvo éxito, si bien, poco después, sir Reuben descubrió la jugarreta, ¿verdad?

—Así fue, en efecto.

Poirot sonrió con expresión comprensiva.

—Ya comprendo su posición —dijo—. Creyó usted que sir Reuben, dispuesto a no dejarse derrotar, encargó deliberadamente el robo, ¿verdad?

Emery Power levantó una mano.

—¡No, no! No hubiera sido tan chabacano. Podía decirse... que poco después sir Reuben hubiera comprado una copa de estilo Renacimiento de procedencia no especificada.

—¿Cuya descripción había sido hecha circular por la policía?

—La copa no tenía que estar expuesta a la vista de todo el mundo.

—¿Cree usted que habría sido suficiente para sir Reuben el saber que la copa era suya?

—Sí. Y, además, de haber aceptado yo la oferta del marques, le hubiera sido posible a sir Reuben hacer luego un trato con él, pasando la copa legalmente a su poder.

Hizo una corta pausa y luego prosiguió:

—Pero reteniendo mis derechos de propiedad, tenía posibilidad de recobrar lo que me pertenecía.

—Quiere usted decir —observó bruscamente Poirot— que de esa forma podía disponer que le robaran la copa a sir Reuben, ¿verdad?

—Robarla, no, monsieur Poirot. Me limitaría a recuperar lo que era mío.

—Pero me parece que no tuvo usted mucho éxito.

—Por una razón de peso. Rosenthal nunca tuvo la copa en su poder.

—¿Cómo lo sabe?

—Recientemente intervine en una operación financiera relacionada con el petróleo. En ella coincidieron los intereses de Rosenthal y los míos. Éramos aliados y no enemigos. Le hablé francamente sobre el asunto y me aseguró en seguida que la copa jamás estuvo en sus manos.

—¿Y le creyó usted?
—Sí.
Poirot comentó pensativamente:
—Entonces, durante cerca de diez años ha estado usted, como dicen aquí, ladrando al árbol en que no estaba el ladrón.
—Sí; eso es, exactamente, lo que he estado haciendo —respondió con amargura el financiero.
—Y ahora... debe empezarlo todo desde el principio.
El otro asintió.
—Ahí es donde entro yo, ¿verdad? Soy el perro que pone usted a seguir un rastro viejo... muy viejo.
Emery Power replicó con sequedad:
—Si se hubiera tratado de un asunto fácil no le hubiera llamado. Pero si cree usted imposible...
Había dado con la palabra apropiada. Hércules Poirot se irguió y dijo:
—¡No conozco la palabra «imposible», monsieur! Sólo me preguntaba... si el caso es lo suficientemente interesante para que yo me encargue de él.
El financiero sonrió de nuevo.
—Tiene su interés... Cifre usted mismo sus honorarios.
El hombrecillo miró a su interlocutor y preguntó suavemente:
—¿Tanto desea esa obra de arte? ¡Tal vez no llegue a tanto su interés!
Emery Power replicó:
—Podríamos decir que igual que usted, yo no acepto la derrota.
Hércules Poirot inclinó la cabeza.
—Sí... —dijo—. Si es así... lo comprendo.

2

El inspector Wagstaffe pareció interesado por la pregunta.

—¿La copa de Veratrino? Sí, lo recuerdo perfectamente. Estuve encargado del caso, en lo que se refería a su ramificación inglesa. Hablo un poco el italiano y fui allí para entrevistarme con los «macarronis». La copa no se vio más desde entonces. Fue un caso curioso.

—¿Y qué explicación le da usted a eso? ¿Una venta privada?

Wagstaffe sacudió la cabeza.

—Lo dudo. Desde luego, es remotamente posible. No, no; mi explicación es mucho más simple. Escondieron la copa, y el único hombre que conocía el escondrijo ha muerto.

—¿Se refiere usted a Casey?

—Sí. Pudo haberla escondido en algún sitio de Italia, o pudo arreglárselas para sacarla de allí. Pero la escondió, y sea donde fuere, tenga la seguridad de que todavía está allí.

Hércules Poirot suspiró.

—Es una teoría novelesca. Las perlas embutidas en una figura de escayola... ¿cómo se llamó aquel caso...? Ah, sí, «El busto de Napoleón». Pero ahora no se trata de joyas, sino de una copa grande y sólida. No es fácil de ocultar.

Wagstaffe lamentó:

—No lo sé. Supongo que podría hacerse. Bajo el entarimado del piso... o algo parecido.

—¿Tenía Casey un lugar propio?

—Sí... en Liverpool —gesticuló—. No estaba bajo el entarimado. Ya nos preocupamos de averiguarlo.

—¿Y qué me dice de su familia?

—La mujer era una persona decente; estaba tuberculosa. Sentía gran temor por la clase de vida que llevaba su marido. Era muy religiosa, una ferviente católica; pero nunca tuvo ánimos para abandonarle. Murió hace un par de años. La hija se parecía a su madre... y profesó en un convento. El hijo fue diferente y salió al padre. Lo último que supe de él es que estaba cumpliendo condena en América.

Poirot escribió la palabra «América» en su agenda.

—¿No es posible que el hijo de Casey conociera el escondrijo? —preguntó.

—No lo creo. De conocerlo a estas horas la copa estaría en manos de cualquier comprador de objetos robados.

—La pudieron fundir, ¿verdad?

—Tal vez sea eso lo más probable. Pero no sé... tenía mucho valor para los coleccionistas; y los negocios de esa clase de gente son muy

curiosos. ¡Se asombraría usted si conociera alguno de ellos! Algunas veces —añadió virtuosamente Wagstaffe— creo que los coleccionistas no saben lo que es la moralidad.

—¡Ah! Entonces, ¿no se sorprendería si, por ejemplo, sir Reuben Rosenthal estuviera mezclado en uno de esos «curiosos negocios»?

Wagstaffe hizo una mueca.

—No sería nada extraño. Se le tiene por poco escrupuloso en lo que a obras de arte se refiere.

—¿Qué me cuenta de los otros miembros de la banda?

—Ricovetti y Dublay fueron sentenciados a unos cuantos años de cárcel. Creo que saldrán pronto.

—Dublay es francés, ¿verdad?

—Sí; era el que dirigía la banda.

—¿Había otros componentes?

—Una muchacha; Red Kate se llamaba. Se empleó de doncella y descubrió un arcón... donde se guarda la plata, etcétera. Creo que fue en Australia cuando se disolvió la banda.

—¿Alguien más?

—Un tipo llamado Yougouian, de quien se creyó que estaba asociado con ellos. Es comerciante y tiene su cuartel general en Estambul, pero también opera en París, donde posee una tienda. No se pudo probar nada contra él... pero es un individuo muy escurridizo.

Poirot suspiró y miró su agenda. En ella había escrito: «América, Australia, Francia, Italia y Turquía».

—Le pondré un cinturón al mundo.

—¿Qué decía? —preguntó el inspector Wagstaffe.

—Observaba —respondió Hércules Poirot— que parece indicada una vuelta al mundo.

3

Poirot tenía la costumbre de discutir los casos con su criado, el eficiente George. Es decir, Poirot hacía ciertas observaciones a las cuales George replicaba con la sabiduría que había acumulado en el transcurso de su carrera de sirviente de caballeros.

—Si te encontraras con la necesidad de llevar a cabo unas investigaciones en cinco partes diferentes del mundo, ¿qué harías, George?

—Los viajes aéreos son muy rápidos, señor, aunque algunos dicen que trastornan el estómago. Yo no puedo asegurarlo, pues nunca volé.

—Y uno se pregunta, ¿qué es lo que hubiera hecho Hércules?

—¿Se refiere usted al campeón ciclista, señor?

—O simplemente —prosiguió Poirot sin hacer caso de la observación— ¿qué es lo que hizo? Y la respuesta es, George, que viajó sin descanso. Pero, al fin, se vio obligado a solicitar información de Prometeo, según unos, y de Nereo, según otros.

—¿De veras, señor? —dijo George—. Nunca oí hablar de esos dos caballeros. ¿Acaso eran los dueños de unas agencias de viajes, señor?

Hércules Poirot, disfrutando del sonido de su propia voz, siguió:

—Mi cliente, Emery Power, sólo entiende una cosa... ¡acción! Pero no conduce a nada el gastar energías en acciones innecesarias. Hay en la vida, George, una hermosa regla que dice: «Nunca hagas tú mismo lo que otros pueden hacer por ti».

—La encuentro muy razonable, señor.

—Especialmente —añadió el detective al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la librería— cuando no hay que preocuparse por los gastos.

Cogió una carpeta rotulada con la letra D y la abrió por la división que indicaba: «Detectives - Agencias de confianza.»

—El Prometeo moderno —dijo—. Te agradeceré, George, que me escribas unos cuantos nombres y direcciones. Señores Hankerton, Nueva York. Señores Landen y Bosher, Sidney. Señor Giovanni Mezzi, Roma. M. Nahum, Estambul, y señores Roger y Franconard, París.

Esperó a que George acabara de escribir y luego observó:

—Ahora ten la bondad de ver a qué hora salen los trenes para Liverpool.

—Sí, señor. ¿Va usted a Liverpool, señor?

—Me temo que sí. Es posible, George, que deba ir más allá todavía, pero no por ahora.

4

Tres meses más tarde, Hércules Poirot se encontraba sobre un peñasco, mirando la inmensidad del océano Atlántico. Las gaviotas revoloteaban lanzando largos y melancólicos gritos.

Poirot experimentó la sensación, nada extraña en aquellos que llegaban a Inishgowland por primera vez, de que se encontraba en el fin del mundo. Jamás había imaginado nada tan remoto, tan desolado y abandonado. Tenía belleza; una belleza triste y hechizada. La belleza de un pasado lejano e increíble. Allí, en el oeste de Irlanda, no estuvieron nunca los romanos; nunca construyeron un campamento fortificado, ni una calzada útil y cuidada. Era una tierra donde el sentido común y el orden en la vida eran desconocidos.

El detective miró la punta de sus zapatos de charol y suspiró. Se sintió abandonado y solo. Las normas a que ajustaba su vida no eran apreciadas allí.

Sus ojos recorrieron lentamente la desolada costa y luego, una vez más, miraron el ancho mar. Allá lejos, según decía la leyenda, estaban las Islas de la Felicidad, la Tierra de la Juventud.

Murmuró:

—El manzano de los cánticos y el oro...

Y de pronto Hércules Poirot volvió a ser el mismo; el encanto estaba roto y, una vez más, su yo armonizaba con los zapatos de charol y el elegante traje de color gris oscuro.

Desde un lugar no muy lejano llegó a él el tañido de una campana. Sabía lo que quería decir aquel toque. Era un sonido que le había sido familiar desde su infancia.

Recorrió apresuradamente el acantilado y al cabo de unos diez minutos divisó un edificio situado sobre los farallones. Lo rodeaba una alta tapia, cuya única abertura era una gran puerta de madera claveteada. Poirot llegó ante ella y golpeó un enorme llamador de hierro. Después, con toda precaución, tiró de una herrumbrosa cadena y en el interior se oyó el rápido tintineo de una campana.

Se descorrió el panel de la puerta y apareció una cara. Era una cara suspicaz, enmarcada por blanca y almidonada toca. Sobre el labio superior se veía un bigote bastante señalado, pero la voz era de mujer. La voz de lo que Hércules Poirot llamaba una *femme formidable.* Le preguntaron qué deseaba.

—¿Es éste el convento de Santa María de los Ángeles?

La monja contestó con aspereza:

—¿Y qué otra cosa podía ser?

Poirot no se atrevió a replicar a ello.

—Desearía ver a la madre superiora —expuso.

La portera no parecía estar muy de acuerdo con aquel deseo, pero

al fin accedió. Corrió las barras, abrió la puerta y condujo a Poirot hasta una habitación pequeña y desnuda donde se recibía a los visitantes del convento.

Al poco rato entró otra monja. El rosario que llevaba pendiente del cinturón se balanceaba y sus cuentas entrechocaban entre sí al andar.

Poirot era católico y entendía perfectamente la atmósfera que le rodeaba en aquel instante.

—Le ruego que me dispense por venir a molestarla, *ma mere* —dijo— Creo que en este convento hay una *religieuse* que en el mundo se llamó Kate Casey.

La madre superiora inclinó la cabeza asintiendo y dijo:

—Así es. En religión, la hermana María Orsula.

—Hay una injusticia que necesita ser reparada —observó el detective—. Y estimo que la hermana María Orsula podrá ayudarme. Tal vez me facilite ciertos informes de mucha importancia.

La madre superiora sacudió la cabeza. Su cara tenía un aspecto de total placidez y su voz era reposada y distante.

—La hermana María Orsula no podrá ayudarle —dijo.

—Pero le aseguro...

—La hermana María Orsula murió hace dos meses.

5

En el bar del hotel de Jimmy Donovan, Hércules Poirot estaba sentado incómodamente, recostado contra la pared. El establecimiento no respondía a la idea general que Poirot tenía de los hoteles y de lo que éstos debían ser. La cama que le dieron estaba rota, así como dos vidrios de la ventana de su habitación, por donde se colaba aquel vientecillo nocturno que tanto desagradaba al detective. El agua caliente que le llevaron estaba solamente tibia y lo que le dieron para comer le estaba produciendo una dolorosa sensación en su interior.

Había cinco hombres en el bar. Hablaban de política. Poirot no pudo entender la mayor parte de lo que decían, pero aquello no le preocupaba mucho.

Al cabo de un rato, uno de los hombres se sentó a su lado. Era ligeramente diferente de los otros. Se notaba que había vivido en la ciudad durante algún tiempo. Con gran dignidad se dirigió a Poirot.

—Le aseguro, señor, que Peggen's Princesse no tiene ninguna posibilidad... acabará la carrera en último lugar... ¡en el mismísimo último lugar! Siga mi consejo... como hacen todos. ¿Sabe usted quién soy yo, señor? ¿Lo sabe? Pues soy Atlas... Atlas, del *Dublin Son... y* he aconsejado ganadores durante toda la temporada. ¿No fui yo quien aconsejó a Larry's Girl? Veinticinco a uno... ¡fíjese...!, veinticinco a uno. Haga caso a Atlas y no se equivocará.

Hércules le miró con extraña reverencia.

—¡*Mon Dieu,* es un presagio! —murmuró con voz trémula.

6

Varias horas después, la luna se asomaba coquetamente de vez en cuando por entre los claros que formaban las nubes. Poirot y su nuevo amigo habían caminado varias millas. El detective cojeaba. Por su mente cruzó la idea de que, al fin y al cabo, debían existir unos zapatos más apropiados para ir por el campo que los de charol que llevaba en aquel momento. George le había insinuado respetuosamente que se llevara un buen par de abarcas.

Poirot no hizo caso de aquella idea, pues le gustaba llevar los pies bien calzados y relucientes. Pero ahora, correteando por aquel pedregoso sendero, se dio cuenta de que había otra clase de calzado...

Su compañero observó de pronto:

—¿No cree que ésta es la mejor forma de ponerme a mal con el cura? No quiero tener un pecado mortal sobre mi conciencia.

—Tan sólo ayudará a devolver al César lo que es del César —aseguró Poirot.

Habían llegado junto a la tapia del convento y Atlas se preparó para ejecutar su parte.

Exhaló un gemido y declaró con voz baja y lastimera que estaba hecho trizas.

Poirot habló con acento autoritario.

—Estése quieto. No es el peso del mundo el que ha de soportar..., sino tan sólo el de Hércules Poirot.

7

Atlas daba vueltas a los billetes de cinco libras.

—Tal vez no me acuerde mañana de la forma en que los he ganado. Estoy muy preocupado pensando lo que va a decir de mí el Padre O'Reilly.

—Olvídese de todo, amigo mío. Mañana el mundo será suyo.

Atlas murmuró:

—¿Y por quién apostaré? Tengo a «Wodking Lad» que es un buen caballo, ¡un caballo estupendo! Y está «Sheila Boyne». Siete a uno me la pagaron una vez.

Se detuvo.

—¿Lo he soñado o he oído que mencionaba usted el nombre de un dios pagano? Hércules ha dicho usted y loado sea Dios, mañana corre un caballo llamado «Hércules» en la carrera de las tres y media.

—Amigo mío —dijo Poirot—, apueste su dinero por ese caballo. Se lo digo yo: «Hércules» no puede fallar.

Y es absolutamente cierto que al día siguiente el caballo «Hércules» de la cuadra del señor Rosslyn, venció inesperadamente las Boynas Stakes, pagándose sesenta a uno.

8

Con mucho cuidado, Hércules Poirot desató aquel paquete tan bien hecho. Primero el papel fuerte exterior, luego quitó el papel intermedio y por fin, el de seda.

Sobre la mesa, frente a Emery Power, puso una relumbrante copa de oro. Esculpido en ella se veía un árbol con manzanas, figuradas por verdes esmeraldas.

El financiero aspiró profundamente el aire.

—Le felicito, monsieur Poirot.

El detective hizo una pequeña reverencia.

Emery Power extendió una mano y tocó el borde de la copa, pasando por él la yema de sus dedos.

Con voz profunda dijo:

—¡Mía!

Poirot convino:

—¡Suya!

El otro lanzó un audible suspiro y se recostó en su asiento. Luego, como si estuviera hablando de un negocio cualquiera, preguntó:

—¿Dónde la encontró?

—En un altar —respondió el detective.

Emery Power lo miró con fijeza.

—La hija de Casey era monja. Iba a hacer los últimos votos cuando murió su padre. Era una muchacha ignorante, pero muy devota. La copa estaba escondida en casa de su padre, en Liverpool. Se la llevó al convento deseando, según creo, ofrecerla como reparación de los pecados de su progenitor. La dio para que se usara a la mayor gloria de Dios. Me figuro que ni las propias monjas se dieron cuenta de su valor. La tomaron, probablemente, como una herencia familiar. Para ellas era un cáliz y como tal lo utilizaron.

—¡Una historia extraordinaria! —opinó el financiero, y añadió—: ¿Qué le guió hasta allí?

Poirot se encogió de hombros.

—Tal vez... un proceso de eliminación. Y, además, la rara circunstancia de que nadie hubiera tratado de desprenderse de la copa. Ello quería significar que se hallaba en un sitio donde no se había dado valor alguno a las cosas materiales. Recordé que la hija de Patrick Casey era monja.

Power observó con efusión:

—Bueno, como le dije antes, le felicito. Dígame a cuánto ascienden sus honorarios y le extenderé un cheque.

—No voy a cobrarle ningún honorario —dijo Poirot.

El otro le contempló asombrado.

—¿Qué quiere decir?

—¿No leyó nunca cuentos de hadas cuando era niño? En ellos suele decir el rey: «Pídeme lo que quieras.»
—Entonces, va usted a pedir algo, ¿verdad?
—Sí; pero no dinero. Simplemente una súplica.
—Bien, ¿de qué se trata? ¿Quiere que le aconseje sobre el mercado de valores?
—Eso sería dinero bajo otra forma. Mi petición es mucho más sencilla.
—¿Qué es?
Poirot puso sus manos sobre la copa.
—Devuélvala al convento.
Hubo un momento de silencio y luego Emery Power preguntó:
—¿Está usted loco?
Hércules Poirot sacudió la cabeza.
—No; no lo estoy. Espere; voy a enseñarle una cosa.
Cogió la copa y con una uña presionó entre las abiertas mandíbulas de la serpiente enroscada al árbol. En el interior se corrió una pequeña porción del fondo, descubriendo una abertura que comunicaba con el pie de la copa, que era hueco.
—¿Ve usted? —dijo Poirot—. Ésta era la copa del papa Borgia. A través de este agujerito pasaba un veneno al líquido que llenaba la copa. Usted mismo dijo que la historia de ella era perversa. Violencia, sangre y malas pasiones acompañaron a su posesión. Y la maldad puede llegar hasta usted si se la queda.
—¡Eso son supersticiones!
—Posiblemente. Pero, ¿por qué tiene tanto interés en poseerla? No será por su belleza ni por su valor. Tendrá usted cientos, tal vez miles de objetos raros y hermosos. Desea poseer ésta para dar satisfacción a su orgullo. Estaba usted determinado a no dejarse vencer. *Eh bien,* lo ha conseguido. ¡Ha ganado! La copa está ya en su poder. Pero ahora, ¿por qué no lleva a cabo un acto grande y desinteresado? Devuélvala al sitio donde se conservó en paz durante cerca de diez años. Deje que la maldad que lleva consigo se purifique allí. Puesto que perteneció a la Iglesia anteriormente, deje que vuelva a ella. Deje que la pongan de nuevo sobre el altar, purificada y absuelta, tal como esperamos que sean purificadas y absueltas de sus pecados las faltas de todos los hombres.
Se inclinó hacia delante.
—Permítame que le describa el lugar donde la encontré... El Jardín de la Paz, mirando sobre el Mar Occidental hacia el olvidado Paraíso de la Juventud y la Eterna Belleza...
Siguió hablando, describiendo con palabras sencillas el remoto encanto de Inishgowland.
Emery Power se había reclinado sobre el respaldo del sillón, con una mano puesta sobre los ojos.
—Nací en la costa occidental de Irlanda —dijo por fin—. Salí de allí,

cuando todavía era un muchacho, y me fui a América.

—Algo había oído de eso —observó Poirot.

El financiero se irguió. Sus ojos volvieron a tener su expresión penetrante. Con la sonrisa en los labios, dijo:

—Es usted un hombre extraño, Poirot. Tendrá lo que quiere. Llévese la copa al convento y entréguela como donativo mío. Un regalo costoso. Treinta mil libras... ¿y qué conseguirá a cambio?

Poirot replicó con gravedad:

—Las monjas harán decir misa por la salvación de su alma.

La sonrisa del potentado se ensanchó... Fue una sonrisa anhelante y ansiosa.

—¡Al fin y al cabo, será una inversión! Tal vez la mejor que haya hecho nunca...

9

En el pequeño locutorio del convento, Hércules Poirot relató su historia y devolvió el cáliz a la madre superiora.

—Dígale que le damos las gracias y que rezaremos por él —murmuró la monja.

—Necesita de sus oraciones —observó suavemente Hércules Poirot.

—¿Tan infeliz es?

—Sí; tan infeliz que olvidó lo que es la felicidad. Tan infeliz, que él mismo no sabe que lo es.

La mujer comentó:

—¡Ah! Un hombre rico...

Hércules Poirot no replicó... porque sabía que aquello no tenía réplica.

CAPÍTULO XII
LA CAPTURA DEL CANCERBERO

1

Hércules Poirot viajaba en un vagón del «metro» zarandeado de aquí para allá, tropezando ora con uno de los viajeros, ora con otro. Por su mente pasó el pensamiento de que había demasiada gente en el mundo. Y era cierto que, en aquel preciso momento, las seis y media de la tarde, había mucha gente en el mundo subterráneo de Londres. Calor, ruido, aglomeración, promiscuidad... la incómoda presión de manos, brazos, cuerpos y hombros. Cercado y prensado por extraños.

Todas aquellas jóvenes que le rodeaban eran tan iguales, tan faltas de encanto, tan vacías de atractivo y rica femineidad... ¡Ah! qué no daría él por ver una *femme du monde, chic,* simpática, *spirituelle...*

El tren se detuvo en una estación y la gente salió del vagón empujando a Poirot. El convoy arrancó de nuevo con una sacudida y Poirot se vio lanzado contra una corpulenta mujer cargada de paquetes; murmuró *Pardon! y* a continuación tropezó con un hombre delgado cuya cartera de mano se le incrustó en los riñones. Volvió a decir *Pardon!* Los bigotes se le estaban volviendo lacios. *Quel enfer!* Por fortuna se apeaba en la próxima estación.

Pero aquella estación pareció ser también la elegida por cerca de ciento cincuenta pasajeros más, pues se trataba de la de Piccadilly Circus. Como una gran ola cuando sube la marea, la gente se volcó sobre el andén e instantes después Poirot se vio cercado apretadamente de nuevo en una de las escaleras mecánicas que llevaban a la superficie de la tierra.

Por fin iba a salir de las regiones infernales, pensó el detective...

En aquel momento, una voz gritó su nombre. Sobresaltado, el detective levantó la vista. En la escalera opuesta, en la que descendía, sus incrédulos ojos contemplaron una visión del pasado. Una mujer de formas llenas y extravagantes; con el teñido cabello coronado por un pequeño plastrón de paja, sobre el que se veía todo un pelotón de pájaros de brillante plumaje. Unas pieles de aspectos exóticos colgaban de los hombros.

La pintada boca de la mujer se abrió de par en par y su voz, llena y de acento extranjero, resonó en el cerrado ámbito. Tenía buenos pulmones.

—¡Es él! —gritó—. ¡Es él! ¡*Mon chéri Hércules Poirot!*

—¡Tenemos que vernos otra vez! ¡Insisto en ello!

Pero el propio destino no es menos inexorable que dos escaleras

mecánicas cuando se mueven en opuesta dirección. Lenta y despiadadamente, Hércules Poirot subió a la superficie, mientras la condesa Vera Rossakoff se hundía en las profundidades.

Retorciéndose e inclinado sobre el pasamanos, Poirot gritó con desesperación:

—*Chéri* madame..., ¿dónde la podré encontrar...?

La respuesta de ella le llegó confusa desde los abismos. Fue inesperada, aunque en aquel momento parecía extrañamente adecuada...

—En el infierno...

Hércules Poirot parpadeó y volvió a parpadear. De pronto se tambaleó. Había llegado sin darse cuenta a la parte superior de la escalera... y no se acordó de saltar a tiempo. La gente que le rodeaba se desparramó. Hacia uno de los lados, una muchedumbre se apretujaba ante la escalera que descendía. ¿Debía unirse a los que bajaban? ¿Fue aquello lo que quiso decir la condesa? No había duda de que viajar por las entrañas de la tierra, en las horas «punta», era el mismo infierno. Si fue aquello a lo que se refirió la condesa, Poirot estaba completamente de acuerdo con ella...

El detective avanzó con resolución, se introdujo a presión entre la masa de gente y volvió una vez más a las profundidades. Pero al pie de la escalera no había rastro de la condesa.

¿Se dirigió la condesa hacia la línea de Bakerloo o hacia la de Piccadilly? Poirot recorrió los dos andenes, uno tras otro. Pero por ningún lado vio la figura extravagante de la condesa Vera Rossakoff.

Cansado, molido y mortificado en extremo, Hércules Poirot ascendió nuevamente al nivel del suelo y fue a mezclarse con la batahola que reinaba en Piccadilly Circus. Llegó a casa, sintiendo en su interior una agradable agitación.

«En el infierno», había dicho ella. No era posible que le hubieran engañado los oídos.

¿Pero a qué se refería? ¿Al «metro» de Londres? ¿O debía tomar sus palabras en un sentido religioso? Aunque la forma de vida que llevaba hacía presumir que el infierno sería su destino cuando muriera, no era posible que su cortesía fuera a sugerir que Poirot estaba destinado necesariamente al mismo sitio.

Poirot suspiró. Pero no estaba derrotado. En su perplejidad, tomó la determinación más simple y recta. A la mañana siguiente, preguntó a la señorita Lemon, su secretaria.

La señorita Lemon era increíblemente fea, pero eficiente en extremo. Para ella, Poirot no era nadie en particular... era tan sólo su jefe, al que prestaba un excelente servicio. Sus pensamientos y sueños privados se centraban en un nuevo sistema de archivo que estaba perfeccionando en su imaginación.

—Señorita Lemon, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego, monsieur Poirot.

La señorita Lemon dejó de teclear en la máquina de escribir y esperó atenta.

—Si un amigo... o amiga, le citara en el infierno, ¿qué haría usted?

La secretaria, como de costumbre, no titubeó en contestar. Se sabía todas las respuestas.

—Creo que sería aconsejable reservar un mesa por teléfono —dijo.

Poirot la miró estupefacto.

—¿Reservaría... una mesa... por teléfono? —preguntó admirado.

La señorita Lemon asintió y acercó el teléfono.

—¿Para esta noche?

Y tomando la callada por consentimiento, marcó rápidamente un número.

—¿Temple Bar 14578? ¿Es «El Infierno»...? ¿Haría el favor de reservar una mesa para dos? A nombre de monsieur Hércules Poirot; para las once.

Dejó el auricular y sus dedos volvieron a volar sobre las teclas de la máquina de escribir. Sobre su cara se veía un ligerísimo gesto de impaciencia. Parecía decir con él que, una vez cumplida su obligación, esperaba que su jefe le dejara continuar lo que estaba haciendo.

Pero Hércules Poirot necesitaba aclaraciones.

—¿Qué es, entonces, ese infierno? —preguntó.

La señorita Lemon lo miró algo sorprendida.

—¿No lo sabe usted, monsieur Poirot? Es un club nocturno. Hace poco tiempo que lo inauguraron y se ha puesto de moda. Creo que es de una rusa. Si quiere arreglaré las cosas para que le extiendan el carnet de socio antes de la noche.

Y con ello, como haciendo presente que ya había malgastado bastante tiempo, la señorita Lemon volvió a teclear eficientemente en su máquina.

2

Aquella noche, a las once, Hércules Poirot entró por una puerta sobre la que un letrero de neón mostraba discretamente a intervalos una letra tras otra. Un caballero vestido de frac rojo le ayudó a quitarse el abrigo.

Con un gesto le indicó un tramo de anchas escaleras que descendían al sótano. Sobre cada peldaño había escrita una frase.

La primera decía:

«Mi intención es buena...»

La segunda:

«Borra lo que has hecho y empieza de nuevo.»

La tercera:

«Puedo dejarlo cuando quiera.»

—Las buenas intenciones que pavimentan el camino del Infierno —murmuró Poirot—. *C'est bien imaginé, ça!*

Bajó la escalera. Al pie de ella había un estanque lleno de agua en la que flotaban nenúfares encarnados. Sobre él cruzaba un puente cuya forma recordaba la de una barca. Poirot lo atravesó.

A su izquierda, en una especie de gruta de mármol, estaba sentado el perro más grande, negro y feo que Poirot viera jamás. Se mantenía tieso e inmóvil. El detective deseó que no fuera de carne y hueso; pero en aquel instante el perro volvió la fea y feroz cabeza. Del fondo de su negro cuerpo salió un feroz gruñido sordo y apagado. Un sonido terrorífico.

Y entonces, Poirot vio un decorativo cesto lleno de galletas redondas para perros. Encima, un letrero rezaba: «Un regalo para *Cerbero.»*

El perrazo tenía la vista fija en las galletas. Una vez más se oyó el sordo gruñido y Poirot, rápidamente, cogió una galleta y se la lanzó al perro.

Cerbero abrió la cavernosa boca y después se oyó un chasquido cuando las poderosas quijadas volvieron a cerrarse. El guardián del infierno había aceptado el regalo. Poirot siguió adelante y entró por una puerta abierta.

La sala no era muy grande. Estaba llena de mesitas, rodeando una pista para bailar. La iluminación provenía de unas lamparitas rojas; las paredes estaban adornadas con frescos y en uno de los extremos se veía una parrilla atendida por cocineros vestidos de diablos, con la cola y cuernos incluidos.

De todo ello se dio cuenta Poirot antes de que, con todo el impulso de su naturaleza rusa, la condesa Rossakoff, luciendo un esplendoroso traje de noche encarnado, cayera sobre él, con las manos extendidas.

—¡Ah! ¡Vino usted! ¡Mi querido... mi muy querido amigo! ¡Qué alegría volverlo a ver! Después de tantos años... tantos... ¿cuánto hace? No; no diremos los que son. Para mí, parece que fue ayer. No ha cambiado usted en lo más mínimo.

—Usted tampoco, *chérie amie* —exclamó Hércules Poirot, inclinándose sobre la mano de la dama.

No obstante, se daba cuenta ahora de que veinte años no pasan en balde. La condesa Rossakoff podía calificarse de ruina, sin pecar por falta de caridad. Pero, por lo menos, era una ruina espectacular. La exuberancia y el goce pleno de la vida todavía se veían en ella. Y además sabía mejor que nadie cómo halagar a un hombre.

Arrastró a Poirot hasta una mesa donde estaban sentados dos personas.

—Mi amigo, el célebre amigo monsieur Hércules Poirot —anunció—. ¡El terror de los malhechores! En cierta ocasión le tuve mucho miedo, pero ahora llevo una vida de extremo y virtuoso aburrimiento. ¿No es verdad?

El hombre delgado y ya de años a quien se dirigió contestó :

—Nunca diga que es aburrida, condesa.

—El profesor Liskeard —presentó ella—. El que sabe más cosas acerca de los tiempos pasados y el que me dio acertadas ideas para decorar esto.

El arqueólogo se estremeció ligeramente.

—Si hubiera sabido lo que se proponía... —murmuró—. El resultado no puede ser más aterrador.

Poirot observó detenidamente los frescos. En la pared de enfrente estaba Orfeo dirigiendo una orquestina, mientras Eurídice miraba ansiosa la parrilla. En otra de las paredes Osiris e Isis parecían estar lanzando una barca egipcia de ultratumba. En la tercera pared, varios jóvenes de ambos sexos tomaban el baño, sin más ropas que la que les dio la Naturaleza.

—«La tierra de la eterna juventud» —explicó la condesa. Y sin respirar, completó sus presentaciones—. Y ésta es mi pequeña Alice.

Poirot hizo una ligera reverencia a la segunda ocupante de la mesa; una muchacha de aspecto austero, que llevaba chaqueta y falda a cuadros. Usaba gafas de concha.

—Es muy lista —dijo la condesa Rossakoff—. Ha conseguido graduarse. Es psicóloga y sabe cuál es la causa de que los lunáticos sean lunáticos. No crea que es porque están locos, no. Existen toda clase de razones. Lo encuentro bastante raro.

La muchacha llamada Alice sonrió con amabilidad, aunque con un poco de desprecio. Con voz firme, le preguntó al profesor si quería bailar. El caballero pareció halagado, aunque indeciso.

—Solamente sé bailar el vals, señorita.

—Esto es un vals —replicó pacientemente Alice.

Se levantaron y empezaron a bailar, bastante mal por cierto.

La condesa Rossakoff suspiró. Y siguiendo sus propios pensamientos dijo:

—Y, sin embargo, la chica no está mal en realidad.

—Pero no se arregla —comentó Poirot sentenciosamente.

—Con franqueza —exclamó la condesa—. No consigo entender a la gente joven de ahora. No hacen nada por agradar. En mi juventud ésa era mi gran preocupación. Los colores que me favorecían; un poco de relleno en los trajes; el corsé apretado a la cintura. Y el pelo arreglado de forma que una resultara favorecida...

Se echó hacia atrás los bucles que le caían sobre la frente. Era innegable que todavía trataba de agradar con todas sus fuerzas.

—El contentarse con lo que la Naturaleza le dio a cada uno... me parece estúpido, ¡e insolente! La pequeña Alice escribe páginas y páginas acerca del amor, pero, ¿cuántas veces la ha invitado un hombre a pasar el fin de semana en Brighton? Todo se reduce a palabras retumbantes sobre el trabajo, el bienestar de los obreros y el futuro del mundo. Tiene mérito, no lo niego; pero ¿es divertido? Fíjese en lo gris que esos jóvenes han vuelto el mundo. Todo son reglas y prohibiciones. Nada de eso ocurría cuando yo era joven.

—Y eso me recuerda..., ¿cómo está su hijo, madame? —preguntó Poirot.

En el último momento había dicho «hijo» en lugar de «su pequeño», acordándose de que habían pasado veinte años.

La cara de la condesa se iluminó con entusiasmo maternal.

—¡Mi querido Niki! Ahora es un grandullón, guapo y con unas espaldas... Está en América. Construye puentes, bancos, hoteles, grandes almacenes, ferrocarriles y todo lo que necesitan los americanos.

Poirot pareció estar un poco confundido.

—Entonces, ¿es ingeniero o arquitecto?

—¿Y qué importa eso? —dijo la condesa—. ¡Es adorable! No se preocupa más que de vigas de hierro, maquinaria y lo que llaman resistencia de los materiales. Cosas que nunca yo llegaré a comprender. Pero nos adoramos... siempre nos hemos querido mucho. Por eso quiero también a la pequeña Alice. Sí; están prometidos. Se conocieron en un avión, o un barco... o tal vez en el tren, pero se enamoraron mientras hablaban del bienestar de los obreros. Y cuando ella llegó a Londres vino a verme y la estreché contra mi corazón —la condesa se oprimió con las manos el ancho seno—. Y entonces le dije: «Tú y Niki os queréis; y por lo tanto yo también te quiero... pero si lo amas, ¿por qué lo has dejado en América?» Me habló del «trabajo» que mi hijo estaba llevando a cabo y del libro que ella escribía. Francamente, no lo acabé de entender; pero yo siempre dije que se debe ser tolerante —y sin respirar añadió—: ¿Y qué me dice usted, *chéri ami,* acerca de todo lo que he hecho aquí?

—Está muy bien imaginado —dijo Poirot mirando a su alrededor con aire de aprobación—. Es *chic.*

El salón estaba lleno y se veía que el local había tenido éxito. Entre el público se encontraban lánguidas parejas vestidas con traje de etiqueta; bohemios con pantalones de pana y corpulentos caballeros ataviados con traje de calle. Los de la orquesta, vestidos de diablo, tocaban música moderna. No había duda. «El Infierno» tenía un extraordinario éxito.

—Aquí viene toda clase de gente —observó la condesa—. Debe ser así, ¿verdad? Las puertas del infierno están abiertas para todos.

—Excepto para los pobres —sugirió Poirot.

La condesa rió.

—¿No dicen que es muy difícil que un rico entre en el Reino de los Cielos? Es natural, entonces, que tengan prioridad en el infierno.

El profesor y Alice volvieron a la mesa y la condesa se levantó.

—Tengo que hablar con Arístides.

Cambió algunas palabras con el maestresala, un delgado Mefistófeles, y luego fue de mesa en mesa, hablando con los parroquianos.

El profesor, tras de enjugarse el sudor que le cubría la frente y tomar un sorbo de vino, dijo:

—Tiene personalidad, ¿verdad? La gente se da cuenta.

Luego se excusó y se dirigió a otra mesa donde trabó conversación con su ocupante. Cuando Poirot quedó solo con la muchacha, se sintió ligeramente turbado al encontrarse con la fría mirada de sus azules ojos. Era bonita, aunque turbadora.

—Todavía no sé su apellido —dijo el detective.

—Cunningham. Doctora Alice Cunningham. Tengo entendido que conoció a Vera en otros tiempos, ¿verdad?

—Hará unos veinte años.

—La considero como una interesante materia de estudio —dijo la doctora Alice Cunningham—. Naturalmente, me interesa como madre del hombre con quien voy a casarme; mas al propio tiempo me atrae desde un punto de vista profesional.

—¿De veras?

—Sí. Estoy escribiendo un libro sobre psicología criminal. La vida nocturna de este club me instruye mucho. Hay varios delincuentes que vienen aquí todos los días. Algunos me han contado sus vidas. Desde luego, usted ya conoce las tendencias de Vera... su afición al robo, quiero decir.

—Sí, sí... ya la conozco —dijo Poirot ligeramente sorprendido.

—Yo le llamo el complejo de Magpie. Ya sabe que sólo roba cosas que brillen. Nunca dinero; siempre joyas. Me ha enterado de que cuando era niña la mimaron y la consintieron; pero todo ello sin dejarla que tuviera contacto con personas extrañas. La vida le fue insufriblemente aburrida... aburrida y segura. Su naturaleza pedía

drama; ansiaba que la castigaran. Eso es lo que hay en el fondo de su afición al robo. Necesitaba la «importancia», la «notoriedad» de ser castigada.

—Su vida no debió ser segura ni aburrida, como miembro del *ancien régime,* en Rusia, durante la Revolución —objetó Poirot.

Una expresión ligeramente divertida asomó a los pálidos ojos azules de ella.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Miembro del *ancien régime?* ¿Se lo ha contado ella?

—No se puede negar que es una aristócrata —replicó Poirot, fiel a su amiga, aunque tuvo que apartar ciertos molestos recuerdos relativos a varios relatos muy vívidos que de su pasada existencia le había hecho la propia condesa.

—Cada uno cree lo que quiere creer —observó la señorita Cunningham, mirándole con ojos de profesional.

Poirot se sintió alarmado. Aquella chiquilla era capaz de decirle cuál era su complejo. Decidió llevar la guerra al campo enemigo. Le gustaba la compañía de la condesa Rossakoff, más que nada por su aristocrática *provenance* y no estaba dispuesto a que le estropeara su gusto aquella chica con gafas, de ojos insípidos, graduada en psicología.

—¿Sabe usted qué es lo que encuentro desconcertante? —preguntó.

Alice Cunningham no admitió con palabras que lo desconocía. Se limitó a mirarle con aspecto aburrido e indulgente. Poirot prosiguió:

—Me asombra que usted, que es joven y parecería bonita si se preocupara de ello... bueno; me sorprende que no haya sentido esa preocupación. Lleva usted esa chaqueta y esa sólida falda, con grandes bolsillos como si fuera a jugar al golf. Pero esto no es un campo de golf, sino un sótano con temperatura de setenta y un grados Fahrenheit. Le reluce la nariz, pero usted no se la empolva; y se ha pintado la boca sin poner ninguna atención, sin resaltar la curva de los labios. Es usted una mujer, pero no presta ninguna atención al hecho de serlo. Y yo le pregunto: ¿por qué? ¡Es una lástima!

Por un momento tuvo la satisfacción de vez que Alice Cunningham se volvía más humana. Hasta un relámpago de ira pasó por sus ojos. Luego recobró su actitud de menosprecio.

—Mi apreciado monsieur Poirot —dijo la joven—, me temo que no está usted al corriente de la ideología moderna. Lo que importa es lo fundamental... no los adornos.

Levantó la vista en el instante en que un joven, apuesto y elegante, se acercaba a ellos.

—Este sí que es un tipo interesante —murmuró ella con deleite—. ¡Paul Varesco! Vive a costa de las mujeres y tiene unas extrañas y depravadas tendencias. Necesito que me cuente algo más acerca de una niñera que cuidaba de él cuando tenía tres años.

Poco después estaba bailando con el joven, que seguía el ritmo maravillosamente. En una de las ocasiones en que pasaron junto a él, Poirot oyó que ella decía:

—¿Y después de pasar el verano en Bognor ella le regaló una grúa de juguete? Una grúa... sí; eso es muy interesante.

Durante un instante Poirot se permitió jugar con la idea de que el interés que mostraba la señorita Cunningham por aquellos tipos criminales podía ser la causa de que cualquiera día encontraran el cuerpo mutilado de la joven en algún bosque solitario. No le gustaba Alice Cunningham, pero era lo bastante sincero para reconocer que la razón de ello estribaba en el hecho de que la joven no se había impresionado en absoluto ante Hércules Poirot. ¡Su vanidad quedó malparada!

Luego vio algo que alejó momentáneamente a Alice Cunningham de sus pensamientos. En una de las mesitas situada al otro lado de la pista estaba sentado un joven de cabellos rubios. Llevaba traje de etiqueta y su apariencia era la de quien pasa una vida fácil y agradable. Frente a él se sentaba una chica cuyo aspecto coincidía con el de su acompañante. El muchacho la miraba con aire abstraído. Cualquiera diría a la vista de aquella pareja: «¡Un rico ocioso!» Pero Hércules Poirot sabía que aquel joven no era rico ni estaba ocioso. Era, en realidad, el detective inspector Charles Stevens, y a Poirot le pareció probable que su presencia en el local tuviera algo que ver con sus ocupaciones profesionales.

3

A la mañana siguiente Poirot fue a Scotland Yard para hacer una visita a su viejo amigo el inspector Japp.

La forma con que Japp recibió sus preguntas fue algo sorprendente.

—¡Viejo zorro! —dijo el policía afectuosamente—. ¡No sé cómo se las arregla para enterarse de estas cosas!

—Pues le aseguro que no sé nada... nada en absoluto. Sólo es fútil curiosidad.

Japp pensó para su capote que aquello podía contárselo a su abuela.

—¿Quiere usted saber todo lo que se relaciona con ese club llamado «El Infierno»? Pues bien, aparentemente es uno más de los que hay por ahí. Ha tenido éxito y debe ganar mucho dinero, aunque los gastos deben ascender a una respetable cantidad. La propietaria es una rusa que se hace llamar condesa.

—Conozco a la condesa Rossakoff —replicó Poirot con frialdad—. Somos viejos amigos.

—Pero sólo hace de pantalla —prosiguió Japp—. No fue ella quien puso el capital. Tal vez fue el jefe de los camareros, un tal Arístides Papopoulos. Tiene parte en el negocio, pero no creemos tampoco que sea él quien esté detrás de todo ello. En realidad, no sabemos de quién se trata.

—¿Y para saberlo va allí todas las noches el inspector Stevens?

—¡Oh! Vio usted a Stevens, ¿verdad? Bonito zángano está hecho; divirtiéndose a costa de los pobres contribuyentes. Se ha encontrado una mina.

—¿Y qué piensa hallar allí?

—Estupefacientes. Distribuidores de drogas en gran escala. Lo bueno del caso es que los compradores no las pagan con dinero, sino con piedras preciosas.

—¡Aja!

—La cosa ocurre así, poco más o menos. Lady Tal, o la condesa Cual, tiene dificultad en conseguir dinero efectivo; o en todo caso, no quiere extraer crecidas sumas del Banco. Pero tiene joyas, que algunas veces son herencia de familia. Las lleva a un sitio para «limpiarlas» o «ajustarlas», y lo que hacen es quitar las joyas de sus engarces y reemplazarlas por piedras de imitación. Las gemas sueltas se venden luego aquí o en el Continente. La cosa no puede ser más sencilla; no se habla de robo, ni se organiza ningún escándalo. ¿Y qué pasa si tarde o temprano se descubre que una diadema o un collar son de piedras falsas? La pobre lady Tal está consternadísima y jura que el collar nunca se apartó de ella y que no tiene ni idea de cómo ni

cuándo se efectuó la sustitución. Y allá va la pobre y sudorosa policía buscando doncellas despedidas, mayordomos recelosos y sospechosos limpiaventanas.

»Pero no somos tan simples como se figuran esas damas de la alta sociedad —prosiguió Japp—. Han ocurrido varios casos, uno tras otro, y en todos ellos hemos encontrado un denominador común: todas las mujeres afectadas mostraban los efectos de las drogas... Nerviosismo, irritabilidad, contracciones de los músculos, dilatación de las pupilas, etcétera, etcétera. Pero queda en pie la pregunta: ¿De dónde sacan la droga y quién es la persona que se la proporciona?

—Y según cree usted, la respuesta está en «El Infierno».

—Suponemos que es el cuartel general de la banda. Ya hemos descubierto dónde se hace el cambio de las joyas. Es un taller propiedad de «Golconda, S. L.». Superficialmente es bastante respetable, pues se dedican a la fabricación de bisutería fina. Hay un tipo asqueroso llamado Paul Varesco... ¡Ah! Ya veo que lo conoce.

—Lo vi... en «El Infierno».

—Ahí es donde me gustaría verlo... pero de verdad. Es de lo peor que hay; pero las mujeres, aun las decentes, se vuelven locas por él. Tiene cierta relación con la «Golconda» y estoy por decir que es él quien se esconde tras «El Infierno». Es un sitio ideal para su propósito, pues allí va gente de todas clases: mujeres elegantes, jugadores profesionales. Un lugar apropiadísimo.

—¿Cree usted que el cambio de las joyas por los estupefacientes se hace allí?

—Sí. Ya conocemos la parte que se relaciona con el escamoteo de las joyas; y ahora necesitamos saber lo que se refiere a las drogas. Es preciso averiguar quién es el que proporciona el material y de dónde proviene éste.

—¿No tiene idea de ello por ahora?

—Yo diría que es la condesa rusa, pero no tenemos pruebas. Hace unas pocas semanas creímos que por fin habíamos conseguido algo. Varesco fue al taller de la «Golconda», recogió algunas piedras y después se dirigió hacia «El Infierno», llevándoselas consigo. Stevens lo estaba vigilando, pero no pudo ver cómo entregaba la droga. Cuando Varesco salió del local lo detuvimos... y no llevaba encima las piedras. Registramos el club y arrestamos a todos los que estaban dentro. Resultado: Ni drogas ni joyas.

—Un «fiasco» en realidad.

Japp dio un respingo.

—¡Y que lo diga! ¡Aquel registro casi nos hace enseñar la oreja! Mas por fortuna, en la redada cogimos a Paverel, el asesino de Battersea. Pura suerte, pues se le suponía en Escocia. Uno de nuestros sargentos lo reconoció. En fin, bien está lo que acaba bien; felicitaciones para nosotros y una estupenda propaganda para el club. Ahora está más concurrido que nunca.

—Pero las investigaciones sobre las drogas no han prosperado un ápice —comentó Poirot—. Tal vez hay un escondrijo por los alrededores.

—Puede ser, pero no lo hemos podido encontrar. No dejamos rincón sin registrar. Y confidencialmente, le diré que hasta hubo un registro extraoficial —Guiñó un ojo—. Esto es de la más estricta reserva. Cuestión de forzar una cerradura y entrar. Pero no hubo éxito. Nuestro «investigador» extraoficial casi resulta despedazado por aquel perrazo. Al parecer, duerme allí.

—¡Aja! *¿Cerbero?*

—Sí. Vaya un nombre para un perro...

—*Cerbero* —murmuró Poirot pensativamente.

—¿Y qué le parece si nos echara una mano, Poirot? —sugirió—. Es un bonito problema y vale la pena probarlo. Aborrezco el tráfico de estupefacientes. Arruina a la gente en cuerpo y alma. Y eso sí que es «El Infierno» propiamente dicho.

—Esto lo complementaría todo... sí —habló Poirot como consigo mismo—. ¿Sabe cuál fue el duodécimo trabajo de Hércules?

—No tengo ni idea.

—La captura de *Cerbero.* Resulta apropiado, ¿no le parece?

—No sé de qué me está hablando, amigo mío; pero recuerde lo de «Cuidado con el perro, que muerde.»

Y Japp se echó hacia atrás soltando una carcajada.

4

—Necesito hablar con usted, pero con la máxima formalidad —dijo Poirot.

Era todavía temprano y, a pesar de ello, el club se hallaba casi lleno. La condesa y Poirot ocupaban una mesa cercana a la puerta.

—No conozco lo que es la formalidad —protestó ella—. *La petite Alice;* ésa sí que es siempre formal, pero, *entre nous,* la encuentro muy aburrida. ¿Qué diversión va a encontrar mi pobre Niki? Ninguna.

—Sepa que le tengo a usted mucho afecto —continuó Poirot inmutable—. Y no quisiera verla en ningún apuro.

—¡Pero qué cosas más absurdas dice! Puede considerarse que ahora estoy encaramada en la cima y el dinero me viene a las manos.

—¿Es suyo este negocio?

Los ojos de la condesa se volvieron un poco evasivos.

—Claro —replicó.

—Pero tiene usted un socio.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó la condesa de pronto.

—¿Es Paul Varesco ese socio?

—¡Oh! ¡Paul Varesco! ¡Qué idea!

—Tiene pésimos antecedentes. ¿Se da usted cuenta de que este sitio es frecuentado por maleantes?

La condesa se echó a reír.

—Ya habló el *bon bourgeois.* ¡Claro que me he dado cuenta! ¿No ve usted que eso constituye la mayor atracción de este club? Esos jóvenes de Mayfair están cansados de ver siempre a los de su misma clase en el West End. Y vienen aquí para ver delincuentes: ladrones, chantajistas, confidentes... y tal vez a un asesino; al hombre que aparecerá en los periódicos del domingo la próxima semana. Les resulta emocionante, creen que están viendo la vida en toda su crudeza. Y lo mismo hace el próspero comerciante que se ha pasado la semana vendiendo ropa interior de señora. ¡Qué diferente es esto de su respetable vida y de sus respetables amigos! Y además, otra emoción más: En una mesa, acariciándose el bigote, hay un inspector de Scotland Yard; un inspector vestido de frac.

—¿De modo que lo sabe usted? —preguntó Poirot suavemente.

—Querido amigo, no soy tan tonta como cree.

—¿Trafican en drogas?

—¡Ah, eso no! —la condesa replicó vivamente—. Eso sería abominable.

Poirot la miró durante unos momentos y luego suspiró.

—Le creo —dijo—. Pero en ese caso, es aún más necesario que me diga quién es el propietario de esto.

—Yo misma —contestó secamente.

—Sobre el papel sí. Pero hay alguien detrás de usted.

—¿Sabe usted, amigo mío, que lo encuentro demasiado curioso? ¿No te parece que es demasiado curioso, *Dou dou?*

Su voz descendió hasta convertirse en un murmullo cuando dijo estas últimas palabras. Luego cogió un hueso que tenía en el plato y se lo tiró al perrazo negro. Se oyó el feroz chasquido de las quijadas al cerrarse.

—¿Cómo ha llamado a ese perro? —preguntó Poirot, distraído de sus pensamientos por aquella acción.

—Es mi segundo *Dou dou.*

—Pero ese nombre es ridículo.

—¡Ah! Mi perrito es adorable. ¡Es un perro policía! Y sabe hacerlo todo... todo. ¡Espere!

Se levantó, miró a su alrededor, y súbitamente cogió un plato en el que acababa de ser servido un suculento filete a un comensal que se sentaba en una de las mesas contiguas. Fue hacia el nicho de mármol y puso el plato ante el perro, al propio tiempo que le decía unas cuantas palabras en ruso.

Cerbero siguió mirando al frente, inmóvil, como si el filete no existiera.

—¿Ve usted? ¡Y no es cuestión de unos minutos! Así estaría durante horas si fuera necesario.

Luego murmuró una palabra y *Cerbero* inclinó su largo cuello con la velocidad del rayo. El filete desapareció como por arte de magia.

Vera Rossakoff rodeó con sus brazos el cuello del can.

—¡Mire qué dócil es! —exclamó—. Tanto yo, como Alice, como sus amigos, podemos hacer lo que queramos con él. Pero basta decirle una palabra y no hace falta más. Le aseguro que haría pedazos... a un inspector de policía, por ejemplo. ¡Sí: mil pedazos!

Se echó a reír.

—Me gustaría decir esa palabra...

Poirot la interrumpió apresuradamente. No se fiaba del sentido del humor de la condesa. El inspector Stevens podía encontrarse en verdadero peligro.

—El profesor Liskeard desea hablar con usted —dijo.

El aludido estaba de pie al lado de ella.

—Ha cogido usted mi filete —dijo—. ¿Por qué lo ha hecho? Era un buen filete.

5

—El jueves por la noche, amigo mío —anunció Japp—. Entonces será cuando salte todo el asunto por los aires. De ello se encargará Andrews, desde luego, ya que es cosa de la Brigada de Estupefacientes. Pero el chico estará encantado de contarle entre los suyos. No, gracias; no quiero ninguno de sus caprichosos *sirops.* Debo cuidar de mi estómago. ¿Es whisky aquello que veo allí? Eso está mejor.

Una vez dejó el vaso, continuó:

—Creo que hemos resuelto el problema. Hay otra salida del club y la hemos descubierto.

—¿Dónde está?

—Detrás de la parrilla. Parte de ésta gira sobre sí misma.

—Pero si es así tuvieron que verlo cuando...

—No, amiguito. Cuando empezó la batida se apagaron las luces; las desconectaron desde el interruptor general. Nadie salió por la puerta principal porque estábamos vigilándola, pero ahora parece claro que alguien se escurrió por la salida secreta, llevándose el cuerpo del delito. Hemos estado registrando la casa que hay detrás del club y así es como nos enteramos del truco.

—¿Qué se proponen hacer?

Japp parpadeó.

—Dejar que todo ocurra como de costumbre. Aparece la policía; se apagan las luces... y alguien estará al otro lado de la puerta secreta esperando a ver los que salen por allí. ¡Esta vez los cogeremos! —¿Y por qué el jueves precisamente?

El policía guiñó un ojo.

—Tenemos ahora bien vigilada a la «Golconda» y nos hemos enterado de que el jueves saldrá de allí una expedición de material. Las esmeraldas de lady Carrington.

—¿Me permitirá que yo también haga por mi parte unos cuantos preparativos? —preguntó Poirot.

6

Sentado en su mesa habitual, cerca de la entrada, se encontraba Poirot el jueves por la noche, estudiando el ambiente que le rodeaba. Como de costumbre, «El Infierno» estaba rebosante de público.

La condesa se había arreglado mucho más extravagantemente que de ordinario. Aquella noche parecía más rusa que en otras ocasiones; batía palmas y reía estrepitosamente. Había llegado Paul Varesco. Algunas veces iba vestido de rigurosa etiqueta, pero otras, como aquel jueves, aparecía con una especie de atavío «apache»; americana ajustada y pañuelo de seda al cuello. Tenía un aspecto depravado, pero atractivo. El joven se libró de una mujer corpulenta de mediana edad, recubierta de diamantes, y se acercó a la mesa donde Alice Cunningham escribía afanosamente en una libreta. Le solicitó un baile. La dama de los diamantes miró furiosa a la muchacha y luego contempló con ojos tiernos a Varesco.

Sin embargo, los ojos de Alice no reflejaban dulzura alguna. Relumbraban con mero interés científico y Poirot pudo oír varios fragmentos de la conversación que sostenía la pareja cuando pasaban junto a él bailando. La joven había completado sus averiguaciones sobre la niñera y ahora se ocupaba de informarse sobre la maestra que tuvo Varesco en la escuela de primaria.

Cuando acabó el baile, Alice tomó asiento junto a Poirot. Parecía feliz y excitada.

—Es interesantísimo —dijo—. Varesco será uno de los casos más importantes de mi libro; el simbolismo es inconfundible. Su repugnancia hacia los chalecos —y al decir chalecos entiéndase «camisas peludas», con todas sus asociaciones—, permite comprender claramente su carácter. Puede decirse que es un tipo criminal, sin lugar a dudas, pero se le podría curar con un tratamiento adecuado...

—El reformar a un bribón ha sido siempre una de las ilusiones favoritas de las mujeres —comentó Poirot.

Alice Cunningham lo miró fríamente.

—En esto no hay nada personal, señor Poirot.

—Nunca lo hay —dijo el detective—. Siempre se trata del más puro y desinteresado altruismo; pero su objeto suele ser, por lo general, un atractivo miembro del sexo opuesto. ¿Se interesa usted, acaso, por saber a qué colegio fui yo, o cómo me trataba la maestra?

—Usted no es un tipo delincuente —replicó la señorita Cunningham.

—¿Los conoce usted a primera vista?

—Claro que sí.

El profesor Liskeard se acercó y tomó asiento al otro lado de Poirot.

—¿Están hablando de delincuentes? Debería usted estudiar el

código penal de Yamurabi, escrito el año mil ochocientos antes de Jesucristo, señor Poirot. Es muy interesante. «El hombre que sea sorprendido robando durante un incendio, será arrojado al fuego.»

Su mirada se dirigió hacia la parrilla eléctrica.

—Y las leyes, todavía más viejas, de los sumerios: «Si la esposa aborreciera al marido y le dijera: "Tú no eres mi marido", la echaría al río.» Más barato y fácil que un divorcio. Pero si el marido dijera eso a la mujer, sólo tendría la obligación de pagarle cierta cantidad de plata. Nadie lo echaría al río.

—Siempre la misma historia —comentó Alice Cunningham—. Una ley para el hombre y otra para la mujer.

—Las mujeres, desde luego, aprecian mucho mejor el valor del dinero —dijo pensativamente el profesor—. Sepa usted que me gusta este sitio —añadió—. Vengo casi todas las noches y no tengo que pagar nada. La condesa, que es muy amable, lo dispuso así, considerando la ayuda que, según dice, le presté aconsejándola acerca de la decoración del local. No tengo nada que ver con esas horribles pinturas, pues cuando me consultó no tenía yo idea de lo que se proponía. Así es que entre ella y el pintor lo han hecho todo al revés. Espero que nadie sepa nunca que existe ni la más mínima conexión entre yo y esos esperpentos. No podría refutar una calumnia así. Pero ella es una mujer maravillosa; siempre la comparo a una babilonia. Las babilonias eran unas mujeres que entendían mucho de negocios...

Las palabras del profesor quedaron ahogadas por un griterío general. Se oyó la palabra «policía»; las mujeres se levantaron de sus asientos y se armó un verdadero pandemónium. A continuación se apagaron las luces y lo mismo ocurrió con la parrilla eléctrica.

Como un contrapunto a la barahúnda, la voz del profesor siguió recitando tranquilamente varios puntos de las leyes de Yamurabi.

Cuando volvieron a encenderse las luces, Hércules Poirot estaba a la mitad de la escalera que conducía al exterior. Los policías que custodiaban la salida le saludaron. El detective salió a la calle y se dirigió a la esquina.

A la vuelta de ella, pegado a la pared, esperaba un hombrecillo de nariz colorada; a su alrededor se notaba un olor penetrante.

Con un murmullo ronco y apremiante, dijo:

—Aquí estoy, jefe. ¿Es ya hora de que haga lo mío?

—Sí. Vamos.

—¡Pero eso está plagado de polizontes!

—No se preocupe. Ya los avisé.

—Espero que no se meterán conmigo.

—No lo harán. ¿Está usted seguro de poder llevar a cabo lo que le dije? El animal en cuestión es grande y feroz.

—Conmigo no lo será —respondió el hombrecillo confiadamente—. Aquí traigo una cosa que lo amansará. ¡Cualquier perro me seguiría

hasta el infierno por conseguirla!

—En este caso, lo sacará usted fuera de él —replicó Hércules Poirot.

7

El timbre del teléfono sonó a primeras horas de la mañana. Poirot cogió el auricular.

Se oyó la voz de Japp.

—¿Quería hablar conmigo? —preguntó el policía.

—Sí; eso es. ¿Qué me cuenta?

—No encontramos las drogas, pero conseguimos las esmeraldas.

—¿Dónde?

—En el bolsillo del profesor Liskeard.

—¿También se sorprende usted? Con franqueza, no sé qué pensar. Pareció tan asombrado como un niño de pecho. Las miró y dijo que no tenía ni la más remota idea de cómo habían llegado a su bolsillo, ¡maldita sea!, creo que decía la verdad. Varesco pudo ponérselas fácilmente mientras estuvo la luz apagada. No puedo imaginarme a un hombre como Liskeard mezclado en una cosa así. Pertenece a la alta sociedad y hasta se relaciona con el Museo Británico. En lo único que gasta el dinero es en libros, y así y todo, los compra de segunda mano. No; no encaja en ello. Empiezo a creer que estábamos equivocados; que nunca ha habido drogas en ese club.

—Pues sí que las hubo, amigo mío. Anoche estaban allí. Y dígame, ¿no salió nadie por la puerta secreta?

—Sí. El príncipe Henry de Scandenberg y su caballerizo mayor. Llegó ayer mismo a Londres. Y el ministro Vitemian Evans. Es un oficio bastante peliagudo ser ministro laborista, pues debe andar uno con mucho cuidado. A nadie le preocupa que un político conservador se gaste los cuartos en francachelas, porque todos se figuran que gasta de su dinero. Pero cuando se trata de un laborista, la gente piensa en seguida que está derrochando los fondos del partido. Y a decir verdad, así suele ocurrir. Bueno, lady Beatrice Viner fue la última; se casa pasado mañana con el presumido duque de Leominster. No creo que ninguno de ellos tenga nada que ver con lo que nos ocupa.

—Y está usted en lo cierto. De todas formas, las drogas estaban en el club y alguien las sacó de allí.

—¿Quién fue?

—Yo, amigo mío —respondió Poirot suavemente.

Colgó el auricular, cortando los farfulleos de Japp, al oír que sonaba el timbre de la puerta. El detective la abrió personalmente y dejó que entrara la condesa Rossakoff.

—Si no fuera por lo viejos que somos, esto iba a ser muy comprometedor —exclamó ella—. Ya ve que he venido, tal como me pedía en su nota. Creo que me ha seguido un policía, pero, por mí, que se espere en la calle; bien, amigo mío, ¿qué ocurre?

Poirot, galantemente, le ayudó a quitarse las pieles.

—¿Por qué puso las esmeraldas en el bolsillo del profesor Liskeard? —preguntó el detective—. *Ce n'est pas gentile, ce que vous avez fait la!*

La condesa abrió los ojos de par en par.

—Pues lo que me propuse fue ponerlas en el bolsillo de usted.

—¿En mi bolsillo?

—Claro que sí. Fui precipitadamente hacia la mesa donde solía usted sentarse; pero supongo que al estar las luces apagadas, por inadvertencia puse las esmeraldas en el bolsillo del profesor.

—¿Y por qué quería hacerme cargar con unas esmeraldas robadas?

—Me pareció... Tuve que decidirme con rapidez, ¿comprende? Y aquello era lo mejor que podía hacer.

—Realmente, Vera, es usted *impayable.*

—¡Pero, mi querido amigo, considere...! Llegó la policía y se apagaron las luces, esto último es un arreglo que hemos hecho para los clientes que no desean ser molestados, y una mano cogió el bolso que tenía sobre la mesa. Lo recuperé de un manotazo y sentí a través del terciopelo una cosa dura en su interior. Introduje la mano, y por el tacto supe que eran piedras preciosas. En el acto comprendí quién las había puesto allí.

—¿De veras? ¿Lo sabe usted?

—Claro que lo sé. ¡Es ese *salaud!* Es ese basilisco, ese monstruo, ese hipócrita, ese traidor, ese reptil de Paul Varesco.

—¿Su socio?

—Sí, sí. Es el dueño; él fue quien puso el dinero. Hasta ahora nunca le traicioné, siempre le he sido fiel. Pero ya que me ha vendido, que ha querido entregarme a la policía... ¡Ah!; ahora he de decir a todos que ha sido él... sí ¡que ha sido él!

—Cálmese —dijo Poirot—. Entre conmigo en esta habitación.

Abrió la puerta. La habitación era pequeña y de momento daba la sensación de que estaba toda llena de «perro». *Cerbero* parecía desproporcionado en el espacioso sitio que ocupaba en «El Infierno»; pero en el pequeño comedor del piso de Poirot, causaba la impresión de que no había otra cosa más que él. A su lado, sin embargo, estaba el odorífero hombrecillo de la noche anterior.

—Hemos venido de acuerdo con lo acordado, jefe —dijo el acompañante del perro, con voz ronca.

—*Dou dou!* —exclamó la condesa—. Mi pobrecito *Dou dou...*

Cerbero golpeó el suelo con la cola. Pero no se movió.

—Permítame que le presente al señor William Higgs —gritó Poirot para hacerse oír sobre el estruendo que hacía el perro con la cola—. Es un maestro en su profesión. Durante el batiburrillo que se armó anoche, el señor Higgs indujo a *Cerbero* que saliera de «El Infierno» y le siguiera.

—¿Que usted le indujo? —la condesa miró incrédulamente al

hombrecillo—. ¿Pero cómo? ¿Cómo?

El señor Higgs bajó los ojos avergonzado.

—No sé cómo decirlo ante una dama. Pero hay cosas que los perros no pueden resistir. Un perro me seguirá a cualquier lado si yo quiero. Desde luego, ya comprenderá usted que no podría hacer lo mismo si se tratara de una perra... No; eso es diferente.

La condesa Rossakoff se volvió hacia Poirot.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? —preguntó.

—Un perro enseñado a propósito, puede llevar una cosa en la boca hasta que se ordene que la suelte. Durante horas enteras si es preciso. ¿Quiere usted ordenarle que suelte lo que lleva ahora?

Vera Rossakoff lo miró con fijeza; se volvió hacia el perro y pronunció dos palabras.

Las quijadas de *Cerbero* se abrieron y su lengua pareció que caía al suelo.

Poirot se adelantó y recogió una cajita envuelta en una goma esponjosa de color rosa. La destapó y en su interior apareció un paquete de polvo blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó vivamente la condesa.

Poirot replicó tranquilamente:

—Droga. Parece que hay poca cantidad; pero basta para valer miles de libras para aquellos que estén dispuestos a pagarlas... Basta para llevar la ruina y la miseria a cientos de personas...

La mujer contuvo el aliento y después gritó:

—Y usted cree que yo... ¡pues no es verdad! ¡Le juro que no es verdad! En tiempos pasados me divertían las joyas, los bibelots, y los objetos raros; son cosas que ayudan a vivir, ya sabe. ¿Y por qué no? ¿Por qué una persona ha de poseer más cosas que otra?

—Eso es lo que opino de los perros —intervino el señor Higgs.

—No tiene usted el sentido de lo bueno y de lo malo —comentó tristemente Poirot dirigiéndose a la condesa.

Ella prosiguió:

—¡Pero drogas... eso no! ¡Porque causan miseria, dolor y degeneración! No tenía idea... ni la más mínima idea, de que mi encantador, inocente y delicioso «Infierno» estaba siendo utilizado para tal propósito.

—Convengo con usted en lo de las drogas —dijo el señor Higgs—. Envenenar a los perros es asqueroso, ¡eso es! Yo nunca tuve nada que ver con tales cosas.

—Pero dígame que me cree, amigo mío —imploró la condesa.

—¡Claro que la creo! ¿Acaso no me he tomado molestias y he dedicado mi tiempo a desenmascarar al organizador de ese tráfico de drogas? ¿Acaso no he llevado a cabo el duodécimo trabajo de Hércules y he sacado a *Cerbero* del infierno para probar mi caso? Y oiga bien esto; no me gusta ver cómo inculpan alevosamente a mis amigos. Sí; porque era usted la que estaba destinada a servir de

cabeza de turco, si las cosas salían mal. Las esmeraldas debían ser encontradas en su bolso y si alguien hubiera sido tan listo, como yo, que sospechara que la boca del perro era, en realidad, el escondrijo de las drogas, el perro en todo caso era de usted, ¿no es verdad? Y ese perro obedecía incluso a la *petite Alice.* ¡Sí; ya es hora de que abra usted los ojos! Desde un principio no me gustó esa joven, ni su jerga científica ni la falda y chaqueta que llevaba, con unos bolsillos tan grandes. Eso es; bolsillos. No es natural que una mujer descuide hasta tal punto su aspecto. Y me dijo que lo fundamental era lo que importaba. ¡Aja! Los bolsillos eran fundamentales. En ellos podía traer la droga y llevarse las joyas. Un cambio que hacía mientras bailaba con su cómplice, al que pretendía considerar como un caso psicológico. ¡Buena pantalla! Nadie podía sospechar de la formal y científica psicóloga, con título académico y gafas de concha. Ella introducía la droga de contrabando e inducía a sus pacientes ricos a que se acostumbraran a tomarla. Puso el dinero para montar un club nocturno y dispuso las cosas de forma que figurara como propietario alguien con... digámoslo así... con un pasado turbio. Pero despreció a Hércules Poirot y pensó que podía engañarlo con su charla acerca de niñeras y de chalecos. *Eh bien, yo* ya estaba dispuesto a seguirla. Cuando se apagaron las luces me levanté rápidamente y fui a situarme junto a *Cerbero.* En la oscuridad oí cómo se acercaba ella. Le abrió la boca al perro y le introdujo dentro el paquete. Pero yo... delicadamente y sin que ella se diera cuenta, le corté con unas tijeras un trozo de la manga de su chaqueta.

Con aire dramático sacó del bolsillo un trocito de tela.

—Vea... es la misma tela a cuadros. La voy a entregar a Japp para que compruebe que pertenece a su chaqueta. Para que la detenga... y diga cuan listos han sido otra vez los de Scotland Yard.

La condesa lo miró con estupefacción. De pronto lanzó un gemido comparable al de una sirena de barco.

—Pero mi *Niki...* mi pobre *Niki.* Esto será terrible para él... —hizo una prolongada pausa—. ¿O acaso cree usted que no...?

—Hay muchas chicas más en América —replicó Hércules Poirot.

—Y si no hubiera sido por usted, su madre estaría en la cárcel... en la cárcel... con el pelo rapado... sentada en una celda y oliendo a desinfectante. Es usted maravilloso... maravilloso.

Se abalanzó sobre Poirot y lo abrazó con todo el fervor de que es capaz la raza eslava. El señor Higgs los miró con aire comprensivo y *Cerbero* volvió a golpear la cola contra el suelo.

En mitad de aquella escena de júbilo se oyó el sonido de un timbre.

—¡Japp! —exclamó Poirot, desasiéndose pronto de la condesa.

—Tal vez será mejor que pase a la otra habitación —dijo ella.

Cuando hubo salido, Poirot se dirigió a la puerta del vestíbulo.

—Oiga, jefe —susurró ansiosamente el señor Higgs—. Será preferible que se mire antes en el espejo, ¿no le parece?

Poirot obedeció e hizo un movimiento de retroceso ante lo que vio. El lápiz de labios y el maquillaje adornaban su cara en fantástico revoltijo.

—Si es el señor Japp, de Scotland Yard, va a pensar lo peor; seguro —comentó el señor Higgs.

Y añadió, mientras sonaba otra vez el timbre de la puerta y Poirot frotaba febrilmente sus bigotes para limpiarlos de aquella grasa colorada:

—¿Qué quiere que haga? ¿Qué me dice de ese podenco?

—Si no recuerdo mal, Cerbero volvió al infierno.

—Como guste —dijo el señor Higgs—. A decir verdad, le he tomado un poco de aprecio... aunque no es de la clase que me apaña; demasiado vistoso. E imagínese lo que me costaría entre huesos y carne de caballo. Debe comer más que un león joven.

—Del león de Nemea a la captura de *Cerbero* —murmuró—. Todo completo.

8

Siete días después, la señorita Lemon le presentó una factura a su jefe.

—Perdone, señor Poirot. ¿Debo pagar esto? «Leonora. Florista. Rosas encarnadas. Once libras, ocho chelines y seis peniques, enviadas a la condesa Rossakoff. "El Infierno", 13 End Street, W. C. 1.»

Las mejillas de Poirot se pusieron como las rosas que acababa de mencionar su secretaria. Enrojeció hasta el blanco de los ojos.

—Es conforme, señorita Lemon. Un pequeño... obsequio... para un acontecimiento. El hijo de la condesa ha contraído relaciones formales en América; con la hija de su jefe; un magnate del acero. Las rosas encarnadas son, si mal no recuerdo, sus flores favoritas.

—No está mal —opinó la señorita Lemon—. En esta época del año resultan algo caras.

Hércules Poirot se irguió.

—Hay momentos en que uno no debe reparar en gastos.

Salió de la habitación canturreando una cancioncilla. Su paso era ligero y casi juvenil. La señorita Lemon miró cómo se alejaba. Olvidó su nuevo sistema de archivo. Todos sus instintos femeninos se despertaron en ella.

—¡Válgame Dios! —murmuró—. Quisiera saber... Pero en realidad, ¡a sus años...! Seguramente no...

FIN